UNA AUTORA BESTSELLER DEL **SUNDAY TIMES**

SUE WATSON

¿UNAS VACACIONES
FAMILIARES **PERFECTAS**...

LA CABAÑA

O LA OCASIÓN **PERFECTA**
PARA VENGARSE?



JENTAS

LA CABAÑA

Sue Watson
La cabaña
Título original: The Lodge
Copyright © Sue Watson, 2023. Reservados todos los derechos.

© 2025 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

Traducción: Jorge Liñán Monroy © Traducción, Jentas A/S.
Reservados todos los derechos.
ePub: Jentas A/S.

ISBN 978-87-428-1412-3

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

First published in Great Britain in 2023 by Storyfire Ltd. trading as Bookouture.

Para Kim Nash.

Gracias por esas encantadoras noches en la cabaña de invierno, donde bebimos ginebra, compartimos historias y empezamos esta...

PRÓLOGO

La oscuridad inminente me envolvió mientras permanecía de pie bajo el viento helado, mirando el cuerpo que tenía ante mí. La sangre se filtraba en la nieve blanca y fría. La chaqueta rasgada dejaba al descubierto la carne desnuda sobre el suelo helado. Y el silencio, ese silencio mortal y tortuoso.

De repente, un brazo se extendió, con los dedos estirados por la conmoción y el dolor. Un movimiento inútil, una última sacudida de vida, y luego nada. Tuve que apartar la mirada. Resultó difícil ver lo que había hecho, el desastre que había provocado, pero era la única forma de seguir adelante con mi vida. Era mi venganza.

De pie en el blanco país de las maravillas invernal, con solo árboles esqueléticos y retorcidos como testigos, alcé la voz para ver si había alguien. Esperé, pero solo el viento y el mar me respondieron. Después me fui.

UNO

FIONA

Viernes por la tarde

Echando la vista atrás, fue una estupidez por mi parte pensar que esto podría haber funcionado. Mi exmarido, su nueva mujer, su madre, nuestros hijos y yo, todos bajo el mismo techo durante un largo fin de semana. ¿Qué podría salir bien? Pero, cuando la que fuera mi suegra, Angela, me llamó para rogarme que acudiera a celebrar su setenta y cinco cumpleaños, me resultó difícil negarme.

—He alquilado una cabaña de lujo en una preciosa cala de Cornualles —comenzó—. Me encantaría que tú y los chicos vinierais. Todos los gastos están pagados.

No pude hablar, ya que estaba trabajando. Trabajo en Recursos Humanos y estaba a punto de entrar en una reunión importante, así que, sin conocer los detalles, le di las gracias y le dije que me encantaría celebrar su cumpleaños en Cornualles. A partir de ese momento, me bombardeó con fotos de deslumbrantes paisajes invernales bajo cielos nevados y de la cabaña en cuestión con el interior iluminado, como si estuviera ardiendo.

Fue como cualquier otra estrategia de venta de Angela: empezó con la elección de mi vestido de novia y terminó con la casa que me ayudó a escoger tras el divorcio. No me importaba; le tenía cariño y le agradecía su apoyo. Iba justa de dinero y Angela se ofrecía a pagarnos a mí y a los chicos unas pequeñas vacaciones en un lugar encantador. Pero, como suele ocurrir con ese tipo de ofertas, tenía letra pequeña.

—Solo quiero que estemos todos bajo el mismo techo, que olvidemos los problemas y que volvamos a ser una familia —me dijo aquella noche cuando la llamé para hablar de los planes.

—Cuando dices «todos», ¿a quién te refieres? —pregunté,

sabiendo ya la respuesta, sintiéndola en cada terminación nerviosa.

—A Scott y Danni. Y a la bebé, claro.

Sentí un vuelco en el estómago. Ni siquiera todo aquel encanto invernal y la comida gratis harían que mereciese la pena pasar una noche bajo el mismo techo que mi exmarido y su nueva esposa. Estaba a punto de rechazar educadamente la oferta de Angela, pero, mientras trataba de encontrar una excusa, ella intervino antes de que pudiera pensar en cómo decir que no. Y Angela no era de las que aceptaban un no por respuesta.

—Fiona, sé que no es lo ideal. Estar cerca de Scott y Danni puede ser un poco... —Hizo una pausa, buscando la forma de llamar a esa horrible y retorcida mezcolanza de pasado y presente.

—¿Infernal? ¿Tortuoso? ¿Insoportable? —ofrecí.

Silencio. Luego añadió:

—Puede ser un poco *incómodo* —respondió, restándole importancia a la palabra.

—¿Incómodo? Eso es quedarse corto —respondí—. Es una oferta muy amable, y te lo agradezco, pero no, gracias.

Odiaba decirle que no, pero Angela debía comprender lo difícil que sería para mí. Adoraba a su único hijo y había sido una suegra estupenda; incluso durante el divorcio se preocupó tanto por mi bienestar como por el de Scott y los chicos. Pero no podía aceptar.

—No me malinterpretes, ya lo he superado —mentí—. De eso hace ya tres años y he pasado página, pero no creo que ninguno de los dos esté nunca preparado para que nos vayamos de vacaciones juntos.

Tras un largo silencio, dijo:

—Significaría mucho para mí. Desde que Jack murió, sois todo lo que tengo: tú y los chicos, Scott... y Danni —dijo rápidamente su nombre en lo que, supuse, era un vano intento de hacerla pasar desapercibida en la conversación.

Pero el nombre de la amante de mi marido, ahora su esposa, *nunca* podría ocultarse ni borrarse. Se me había grabado a fuego en la carne, y cada vez que oía *el nombre «Danni»,* las cicatrices volvían a supurar. Nunca podría perdonar a ninguno de los dos, pero mis sentimientos hacia Scott eran más comedidos. Era el padre de mis

hijos, compartíamos una historia y aquellos recuerdos de nuestro pasado seguían uniéndonos y siempre serían preciosos. No quería borrar el pasado con mi amargura. Scott seguía viniendo a pasear con los chicos o a recogerlos los fines de semana, y seguía estando en mi vida de una forma en la que Danni nunca lo había estado. Así que habíamos seguido siendo civilizados y, desde hacía poco, había vuelto a reinar la calidez entre mi exmarido y yo. Pero, después de todo el dolor y la humillación que pasé, le pedí que mantuviera a Danni fuera de mi mundo, para poder hacer como que no existía. A veces me funcionaba fingir que seguía casada, que Scott solo trabajaba hasta tarde o estaba de viaje. Pero todas las mañanas me despertaba con una sacudida al recordar que el hombre al que había amado vivía ahora con una nueva esposa en un nidito de amor pagado con la venta de nuestra casa familiar.

Angela parecía entenderlo. Sabía que no debía mencionar a la otra mujer ni lo que estaba ocurriendo en la nueva vida de mi marido. Estaba tan atenta a mis sentimientos que ni siquiera mencionó el nacimiento de la bebé, cosa que le agradecí. Los primeros días tuve que protegerme, encontrar la manera de vivir con el nuevo *statu quo*.

Scott estaba viviendo el sueño de la crisis de los cuarenta. Al principio, creyó que formar una nueva familia borraría todos los errores del pasado. Yo lo envidiaba. Para mí, una madre de cuarenta y dos años con dos hijos adolescentes, el barco de los nuevos comienzos y los bebés recién nacidos ya había zarpado para siempre.

—No puedo hacerlo, Angela —le dije—. ¿Por qué mejor no vamos a cenar por tu cumpleaños con Sam y Georgia?

—Pero ya he reservado la cabaña en una preciosa cala de Cornualles. Jack y yo estuvimos allí hace unos años —dijo, jugando una vez más la carta del marido muerto. Me sorprendió que hubiera reservado para todos sin consultarme. ¿De verdad creía que había perdonado a Scott y a Danni? Si era así, debía haberme confundido con otra persona—. Te lo ruego, Fiona. —Otra vez la voz quebrada, una ligera pausa antes de pronunciar mi nombre—. Por favor. *Necesito* que vengáis todos.

—Los chicos pueden ir sin mí. Ya lo celebraremos por nuestra cuenta.

Silencio.

—¿Por qué es tan importante que vaya yo? —le pregunté.

—Porque podría ser mi último cumpleaños.

—No seas tonta —forcé las palabras—. Solo tienes setenta y cinco años, todavía te queda mucho y... ¿Estás... enferma o algo así? — Sentí una repentina presión en el pecho.

—No hablemos de eso ahora —respondió misteriosamente—. Solo dime que vendrás.

Así que acepté ir de vacaciones, ¿cómo no iba a hacerlo? Colgué el teléfono, con la preocupación revoloteando por mi mente. ¿Le pasaba algo?

Angela había sido más que una suegra para mí: había sido mi amiga. No debió ser fácil para ella cuando Scott nos abandonó y tuvo que escucharme despotricar y llorar. Hice toda clase de comentarios viles sobre su traicionero hijo y la nueva mujer de su vida, pero Angela lo soportó y me acompañó en algunos de mis momentos más oscuros... Quizá ahora me tocase a mí acompañarla en los suyos.

Por eso, una fría tarde de principios de diciembre, me vi conduciendo cuatro horas desde mi casa, ubicada en el interior del país, hasta la hermosa y rocosa costa de Cornualles. Allí pasaría un largo fin de semana con la mujer que me había robado a mi marido y había arruinado mi vida. Me sentía enferma ante esta idea.

Mientras conducía por la oscura e invernal tarde, la radio aumentó mi temor:

—La Oficina Meteorológica ha emitido un aviso de mal tiempo... — Otro duro recordatorio de la nevada que se avecinaba y que amenazaba con provocar retrasos, cortes de carreteras, apagones y caos.

Conducía un coche viejo, no era el más fiable, y me preocupaba seriamente que se estropeara en mitad de la gran helada. Las carreteras estaban vacías; todos los demás parecían haber hecho caso de las advertencias y se habían quedado a salvo en sus casas. Pensé en los chicos, que tendrían que ir solos hasta Cornualles.

Georgia, la menor, había pasado un par de días en la Universidad de Bristol, donde Sam, el mayor, cursaba su primer año de Derecho. Ahora, Sam conducía en dirección a la cabaña junto con su hermana, pero me preocupaba que fuera demasiado deprisa o que cediera ante las exigencias de Georgia, que acababa de aprobar el examen de conducir, desesperada por ponerse al volante. Le había hecho prometer a Sam que conduciría despacio y que no dejaría que su hermana se acercara al volante, sobre todo con este tiempo, pero, sin duda, ella iba a presionarlo.

El ocaso caía rápidamente, y hacía tiempo que la carretera costera había dejado atrás cualquier tipo de iluminación. La visibilidad era escasa y, por si la oscuridad no fuera suficiente, caía aguanieve sobre la luna de mi coche. Pequeñas salpicaduras heladas que se entrelazaban como una manta y hacían casi imposible ver unos metros más allá. Los limpiaparabrisas apenas ayudaban a despejar el espeso velo, pero aceleraban el ritmo de mi nervioso corazón mientras barrían de un lado a otro. *Tun, tun, tun.* Volví a pensar en los chicos y deseé que hubieran cogido un tren, pero la cabaña estaba tan alejada que no había ninguna estación cerca.

Tenía que dejar de preocuparme por ellos, pues eso solo ayudaba a aumentar mi ansiedad. Pero, mientras mi mente revoloteaba intentando encontrar algo más fácil en lo que centrarme, mi teléfono volvió a sonar. Estaba segura de que era Nick; ¿por qué no podía dejarme en paz?

Conocí a Nick unos meses antes a través de una aplicación de citas y parecía la respuesta a mis plegarias. Durante esas emocionantes primeras semanas, fue atento, amable, cariñoso y me hizo sentir atractiva de nuevo. Pronto empezaron a florecer sentimientos olvidados hacía mucho tiempo e incluso creí que podría superar a Scott, que me había destrozado con su egoísta búsqueda de una mujer diez años más joven. Scott nos había abandonado justo antes del confinamiento y, para cuando salimos de él, yo no había avanzado en absoluto; para mí, la vida se había detenido. No me había adaptado y continuaba suspendida en la tierra de nadie en la que él me había dejado antes del COVID, el Zoom, el pan de plátano y la muerte. Me aferraba a la necia idea de que, cuando terminara el

confinamiento, emergeríamos de nuestra oscuridad, parpadearíamos ante la luz del sol y reanudaríamos nuestras vidas y nuestro matrimonio. Me obsesioné con reparar la ruptura, recuperarlo y reconstruir nuestra familia, pero para entonces ya era demasiado tarde. Danni estaba embarazada.

Fue mi amiga Cindy quien se dio cuenta de que me estaba obsesionando un poco con la absurda idea de salvar mi matrimonio y me sugirió que, al menos, *intentara* seguir adelante.

—Tienes que volver a salir —me dijo, enseñándome las aplicaciones, los *swipes* y las reglas básicas para las citas *online*.

Al principio no estaba convencida, pero Nick fue el primer hombre que me mandó un guiño, y después de intercambiar mensajes durante un par de semanas, me invitó a salir. Quedamos en un restaurante de la zona. Era tan guapo como en su foto, encantador y divertido. Me enamoré de inmediato.

Al cabo de un mes les mencioné a mis hijos que estaba saliendo con alguien y, aunque parecieron sorprendidos, me animaron. Una noche, cuando Nick vino a recogerme, Sam estaba en casa y se lo presenté. Ahora me doy cuenta de que, inconscientemente, esperaba que se lo contara a Scott, y que este se pusiera celoso, se diera cuenta de lo que había perdido y volviera corriendo a casa. Pero Sam debió ser discreto, porque Scott nunca lo mencionó.

Mi viejo coche siguió subiendo con dificultad hasta que vi una señal de Kynance Cove, donde la página web prometía «una bahía de aguas turquesas que abraza espectaculares acantilados rocosos y extensas playas de arenas blancas». Sonreí mientras me desviaba de la carretera principal, donde el paisaje se abría bajo un cielo cada vez más oscuro. Ni rastro de esas aguas turquesas en diciembre; todo lo que tenía delante era gris, un viento silbante y pálida aguanieve que aterrizaba ingrávida en el suelo.

A medida que la carretera serpenteaba por un terreno montañoso sobre un mar rugiente, los pocos árboles que había en los alrededores se veían negros contra el cielo, obligados por el viento a retorcerse como esqueletos torturados. Observé el paisaje y, por un momento, pensé que uno de los árboles era humano. Parecía un hombre alto, observando, retorciéndose con el viento, y eso provocó

que mi corazón fuera más rápido que los limpiaparabrisas.

Pisé el acelerador, intentando estabilizar el coche y mi corazón, mientras los neumáticos patinaban sobre la carretera resbaladiza. Miraba a través del parabrisas, borroso por la nieve que caía, desesperada por mantener el coche en la carretera mientras la voz de la radio volvía a hablar de la amenaza de la nieve, instando a los oyentes a no hacer desplazamientos innecesarios y advirtiendo *del riesgo para la vida.*

Pero seguí adelante por la carretera helada. El viento aullaba, la nieve se arremolinaba y los limpiaparabrisas chirriaban sobre el cristal, y yo no era consciente del horror que me esperaba.

Como un viento invisible y furioso, ya se precipitaba desde el mar, acechando en los bordes de las carreteras y trepando por las oscuras colinas invernales, consumiendo todo y a todos a su paso. Y, mientras me dirigía por aquella carretera vacía hacia las tinieblas, ya era demasiado tarde.

DOS

DANNI

Estas supuestas «vacaciones de invierno» no podrían haber llegado en un peor momento. A la bebé le están saliendo los dientes, y Scott y yo estamos pasando por un momento muy difícil. No sé por qué, pero últimamente ha cambiado. No es él mismo: está irritable y nervioso, y parece que le cuesta mirarme. Anoche le pregunté si le pasaba algo, pero se limitó a decir «la vida», lo cual me dolió, porque ahora *yo soy* su vida. ¿Soy yo quien le hace sentirse así? Conduzco por las estrechas carreteras de Cornualles, consciente de que un largo fin de semana con su exmujer y sus hijos es lo último que necesitamos ahora mismo. Se me revuelven las tripas, tengo un mal presentimiento y, cuando el cielo empieza a cerrarse sobre mí, siento la tentación de dar media vuelta y volver a casa. Pero no puedo, porque Angela insinuó que podría ser su último cumpleaños, así que ¿cómo podría negarme?

Scott dice que el alojamiento que ha reservado es increíble, y muy caro. Suena encantador, pero, aunque de verdad *sea* su último cumpleaños, ¿por qué siente la necesidad de hacer un experimento social metiendo a la antigua esposa y a la nueva bajo el mismo techo? Es raro, y seguro que le resulta estresante; incluso podría tener un efecto negativo en su salud, además de en la de todos los demás. Si no fuera Angela la que hubiera organizado esto, pensaría que se trata de algún tipo de juego retorcido. ¿Qué sentido tiene? Pero supongo que tan solo se preocupa por el tiempo que le queda. Su idea es reunir a su familia y tratar de aprovechar el tiempo tanto como pueda. Así que, a pesar de lo terrible que suena, creo que debemos esforzarnos para que funcione, al menos en la medida de lo posible.

Angela siempre ha sido amable conmigo, aunque a veces me sigo sintiendo como «la otra mujer» de la familia. Se las arregla para encontrar un equilibrio, manteniendo su relación con Fiona, la

primera esposa, y conmigo, la nueva. Scott dice que le gusto tanto como Fiona, pero a veces me pregunto si simplemente no quiere posicionarse. ¿Es posible tener sentimientos puros de lealtad hacia *dos* personas en bandos opuestos? *¿De verdad* nos quiere tanto como dice o solo finge que yo le gusto para complacer a Scott?

Suspiro y miro hacia delante, a la larga y estrecha carretera, con el parabrisas empañado por la aguanieve. Si *está* fingiendo, Angela no es la única que va a tener que ocultar sus verdaderos sentimientos este fin de semana. Solo he visto a Fiona una vez, cuando dejó a uno de los chicos en el instituto; entonces solo era la mujer del señor Wilson y no le dediqué demasiado tiempo. Recuerdo que pensé que tenía suerte de estar casada con un hombre así. Qué vueltas da la vida: ahora, yo soy su mujer y la madre de su hija menor. A veces me cuesta creer que me eligiera a mí antes que a Fiona. A pesar de estar casada con Scott y tener una hija juntos, todavía la veo como una amenaza. Para empezar, es elegante y sofisticada, siempre va impecable y, aparentemente, superó una maternidad temprana, algo que a mí me está costando. La sola idea de intimar con ella de verdad me aterra, en parte porque no la conozco y no tengo ni idea de cómo es. Fiona ha dejado claro que no quiere tener nada que ver conmigo. No puedo culparla por ello, pero todos tenemos que pasar página, y mientras ella no me acepte, nadie podrá seguir adelante. Su negativa a reconocer mi existencia me hace sentir como el cuco en el nido, como si necesitara desesperadamente su aprobación. Tengo que recordarme a mí misma que mi relación con Scott es tan válida como la suya, tan solo ocurrió más tarde, y a pesar de no conocernos, nuestras vidas están entrelazadas de una forma tan profunda que me hace sentirme expuesta. Nuestra relación con Scott es lo que nos une, pero también lo que nos separa, y no hay nada que podamos hacer para cambiarlo. *Nunca podremos* ser amigas.

Está oscureciendo. Me habría gustado esperar a Scott y viajar juntos, pero tuvo una emergencia en el trabajo. ¡Otra vez! No podía esperarlo. Tengo que pensar en Olivia, nuestra hija, que a sus doce meses necesita una rutina. Dios, odio esa palabra. Evoca un mundo rígido de fechas y horarios, calendarios y obligaciones. Pero todas

estas cosas vienen con la maternidad, y en lugar de apuntar fechas para tomar algo con las chicas o las vacaciones, todo se limita a guarderías, quedadas para jugar y citas con el médico. Adoro a mi hija, aunque no tanto los gritos desgarradores de la dentición y la dermatitis ocasionada por el pañal. Estoy deseando que llegue el día en que Olivia se convierta en una personita y podamos contarnos nuestra vida y divertirnos juntas. Pero estos primeros días parecen un bucle interminable de despertarla, darle de comer, cambiarla y agitar juguetes de colores llamativos frente a ella, en un intento de que deje de llorar. Y a pesar de todo esto, cuando está dormida me preocupa que esté demasiado callada, así que compruebo constantemente que siga respirando. Tener un bebé fue un trauma monumental para mi sistema, y la necesidad biológica de dormir y de tener paz mental me produce todo tipo de problemas. Ahora soy la orgullosa propietaria de un conjunto de pensamientos intrusivos y de una entrega bimensual de ataques de pánico, algo a lo que nunca me suscribí. Probablemente se deba a la falta de sueño y a las hormonas, pero desde que nació Olivia he tenido momentos muy oscuros. Incluso me he preguntado si, tal vez, no sería mejor para ella si yo no estuviera. Pero hay algo primitivo que se activa en tu interior y que te impide escapar, porque ese vínculo físico y visceral se aferra a ti y te absorbe para siempre. Al menos este fin de semana me dará un descanso. Scott podrá estrechar lazos con ella mientras yo duermo y me relajo. Incluso me he comprado una crema facial para aplicármela mientras desconecto, como un lejano recuerdo del pasado.

Aparto los ojos de la carretera durante un milisegundo para mirar hacia atrás y ver a Olivia durmiendo a pierna suelta en su sillita, y luego vuelvo a la carretera. Quizá no esté tan mal que llegue sola: no quiero que Fiona piense que soy una criaturita indefensa que no sabe ni conducir. Tampoco quiero que piense que estoy avergonzada o que me siento como una simple acompañante de Scott. Tengo tanto derecho como ella a estar allí. Admito que me siento culpable por la forma en que Scott y yo comenzamos nuestra relación. Yo no *elegí* enamorarme de un hombre casado y con hijos, pero el amor no siempre es una elección, ¿verdad?

Noto que las ruedas patinan un poco; la superficie de la carretera tiene la consistencia de un granizado y, cuando se congele, será aún más peligrosa. La radio del coche me dice que la temperatura bajará de los cero grados en las próximas horas. Tengo que llegar a la cabaña lo antes posible, pero no me atrevo a pisar a fondo el acelerador por miedo a derrapar. Sigo deslizándome lentamente por la carretera embarrada y, al cabo de un par de kilómetros, los faros captan la señal de Kynance Cove. Se me revuelve el estómago: llevaba semanas temiendo este momento y ahora es una realidad. No existen reglas para situaciones como esta, y estoy hecha un lío. Mis sentimientos contradictorios no se limitan a Fiona y a mí, porque ella ha creado un extraño triángulo que me inquieta. Seguro que Fiona piensa que todavía tiene una oportunidad con Scott, cosa que me pone histérica. Lo llama a altas horas de la noche solo para hablar, y el mensaje que le escribió en su tarjeta de cumpleaños hablaba de recuerdos preciosos y momentos que compartieron juntos. Me hizo sentir como si ella siguiera siendo su esposa y yo fuera una extraña, pero Scott dice que Fiona necesita más tiempo para aceptar la ruptura.

Sé que Fiona tiene sus recuerdos, pero yo también los tengo, y el hecho de que no se remonten tanto en el tiempo como los suyos no los hace menos valiosos. Ahora pienso en el día en que Scott entró en el aula por primera vez y se presentó. Yo me estaba preparando para impartir mi primera clase, sentada sola en mi escritorio. Él se paró junto a la puerta.

—¿Señorita Watkins?

Levanté la vista y vi a un tipo guapo, con una sonrisa arrolladora, y al darme cuenta de que era mi nuevo jefe, me levanté, tirando un montón de clips al suelo. De inmediato se arrodilló para ayudarme a recogerlos y alivió la tensión del momento bromeando.

—No suelo arrodillarme cuando conozco a nuevos profesores —dijo.

—Ni yo suelo tirar clips a los pies de los directores —devolví la broma. Y en ese momento, nuestras manos se tocaron accidentalmente, haciendo que el aire crepitara con electricidad.

Me vuelvo a derretir al revivir el momento y desearía poder volver

allí, a ser solo nosotros, un secreto en nuestra pequeña burbuja antes de que el mundo irrumpiera en ella. Una vez que nos «descubrieron», todo cambió, y todavía me entristece que esos primeros días en los que nos estábamos conociendo fueran tan breves, antes de vernos envueltos en algo vergonzoso.

Nunca olvidaré lo maravillosa que fue la primera vez que nos acostamos. Estábamos trabajando juntos en un informe, y él hacía que fuera divertido. Sabía que estábamos flirteando y nuestras miradas se cruzaban continuamente. Yo estaba al otro lado de la mesa, la proximidad era insoportable. Su *aftershave*, su sonrisa, su forma amable de hablar. Lo deseaba, y cuando se levantó de la silla y caminó alrededor de la mesa hacia mí, supe lo que iba a pasar y me sentí indefensa. Me tendió la mano, y yo me levanté para ir a su encuentro. De repente, nuestros brazos nos rodearon, nuestros labios se juntaron y nuestras lenguas buscaron ansiosamente lo que ambos habíamos estado imaginando durante semanas. Y fue maravilloso. Hicimos el amor como adolescentes, como si él estuviera soltero y no hubiera esposa ni hijos, porque todo lo que nos había estado deteniendo se había quedado fuera de aquel despacho.

Estuve en las nubes durante varios días después de aquello, y me pareció un juego, un juego inocente en el que todo lo que teníamos que hacer para ganar era evitar que se descubriera nuestro delicioso secreto. Mientras siguiera siendo un secreto, nadie saldría herido; no teníamos nada por lo que sentirnos culpables, porque podíamos parar en cualquier momento, ¿no? Así que intercambiamos pequeños guiños en el pasillo, conversaciones delante de los alumnos en las que él se dirigía a mí como «señorita Watkins» y yo respondía con un movimiento de cabeza y un «señor Wilson». Más tarde, disfrutábamos de las noches en vela haciendo el amor en su escritorio, en el coche, sobre una colchoneta en los vestuarios del instituto cuando todos se habían ido a casa. Era salvaje y maravilloso, y mientras quedara entre Scott y yo, no hacíamos daño a nadie, y nadie podía hacernos daño.

Pero resultó que sí había alguien que podía hacernos daño, y ese *alguien* había estado observando y esperando. A día de hoy no

sabemos quién fue, pero algún malnacido retorcido había tomado fotos borrosas de los dos juntos en el despacho de Scott. No solo las colgó en el tablón de anuncios en línea del instituto, sino que también las publicó en una página anónima de Facebook, etiquetando a todas las partes implicadas. Ocultó nuestras caras en las fotos, pero, aparte de etiquetarme a mí, a Scott y a su mujer, dejó pistas en los pies de foto que, para quien no lo hubiera adivinado ya, revelaban *exactamente* quiénes éramos. Me sentí mortificada, y también asustada, porque quienquiera que hubiera tomado y publicado esas fotos quería destruirnos y estaba claro que no tenía límites.

Después de eso, todo se descontroló. El instituto se vio inundado de quejas por parte de padres que habían visto las fotos, y los que no las habían visto pronto fueron informados por sus hijos o en la puerta del instituto. Se convocó a la junta directiva del instituto, y Scott y yo tuvimos que someternos a entrevistas y enfrentarnos a varias asambleas y comités de educación, lo cual fue humillante. Él era el director y yo, jefa de departamento, pero nos trataron como criminales, y yo lloré antes, durante y después de todas las reuniones. Habíamos sido estúpidos, desconsiderados e imprudentes, ambos lo reconocimos. Pero no podíamos permitirnos perder nuestras carreras, así que nos vimos obligados a negarlo todo. Nuestra estrategia, ideada por Scott, consistía en alegar que se trataba de una «imagen falsa», defendiendo que, obviamente, estaba retocada.

—La calidad es pésima —dijo Scott mientras miraba la foto en la que aparecíamos los dos tumbados sobre la mesa de su despacho—. No es más que una elaborada broma de algún estudiante, o una venganza por un castigo que uno de nosotros haya impuesto.

Fue difícil demostrarlo, aunque Scott interpretó tan bien el papel de director tranquilo, inteligente e indignado que mantuvimos nuestros puestos de trabajo por los pelos. Sé que nos equivocamos y que es difícil justificarlo, pero, al fin y al cabo, los dos somos buenos profesores, nos preocupamos por nuestros alumnos y no pusimos en peligro la vida de ningún niño ni les causamos daño alguno. Claro que, con el tiempo, nuestra inocencia quedó en tela de juicio, pero

llegó el COVID, y con el confinamiento, la situación entre nosotros se volvió tan borrosa como las fotos. Cuando este terminó, los padres estaban tan agradecidos de que sus hijos volvieran al instituto que no les importó quiénes fueran los profesores o qué hacían después de clase en el despacho del director. Pero nunca perdonaré a quienquiera que publicara esas fotos por lo que nos hizo pasar. Y a Fiona también. No puedo ni imaginarme lo doloroso y humillante que debe ser que te etiqueten en la traición de tu marido. Por otra parte, a veces me pregunto si ella *ya* habría visto las imágenes. ¿Fue Fiona quien tomó y publicó esas fotos? Cuesta pensar que alguien esté tan desequilibrado como para exponer su matrimonio y arriesgarse a que sus hijos vean algo así, pero ¿quién sabe? Supongo que lo que más me asusta es... ¿y si *no fue* Fiona? ¿Quién más podría odiarnos tanto como para estar merodeando en la noche, con la cara pegada a la ventana y listo para hacer esas fotos? Incluso ahora, me estremezco solo de pensarlo.

Tres años después, seguimos sin saber quién fue. Una vez le pregunté a Scott si creía que podría haber sido Fiona, pero me dijo que ella nunca haría algo así.

—Ella no tenía ni idea de lo nuestro —dijo con seguridad.

Yo no estaba tan segura. Las esposas perciben estas cosas de alguna manera..., igual que yo siento ahora que algo no va bien con Scott. ¿Me está haciendo a mí lo mismo que le hizo a Fiona?

Pero quienquiera que publicara las fotos, si su intención fue separarnos, no lo consiguió, porque el lado positivo de todo esto fue que Fiona por fin supo la verdad. Scott le rogó que no se lo contara a los chicos —ni a la junta directiva del instituto, de paso— y hay que reconocer que fue discreta. De todas formas, a ella no le interesaba que Scott perdiera su trabajo. Tenían dos hijos que mantener, a los que les faltaban pocos años para ir a la universidad, y necesitaban el dinero. Scott me dijo que le había explicado que me amaba y, justo antes del confinamiento, se marchó y se vino a vivir conmigo. Pero al principio no todo fue de color de rosa; por fin estábamos juntos, pero Fiona lo llamaba constantemente al móvil y a nuestro teléfono fijo y, cuando él contestaba, se limitaba a lloriquear, diciendo cosas terribles sobre mí, sobre nosotros. Esa

situación continuó un tiempo, hasta que por fin pareció darse cuenta de que su matrimonio se había acabado. Se divorciaron y, después de unos dos años juntos, descubrí que estaba embarazada. Scott me dijo que Fiona todavía parecía estar conmocionada y enfadada cuando se enteró de la noticia del bebé, y yo creo que, si tuviera la oportunidad, volvería con Scott mañana mismo. Entiendo que debe haber sido duro dejarlo marchar después de tantos años juntos, pero, aun así, me gustaría que siguiera con su vida.

Sam, el mayor, tenía quince años cuando Scott se fue, y empezó a juntarse con un grupo de chicos que se sabía que estaban metidos en asuntos de drogas. Mientras tanto, Georgia empezaba a comer de forma irregular, lo cual era preocupante. Tenía catorce años y, al igual que su hermano, recibía burlas y vejaciones por culpa de las fotos de su padre y mías que corrían por las redes sociales, aunque les asegurábamos que no eran reales. No me cabe duda de que sabían la verdad: si *no* eran reales, ¿por qué se divorciaban sus padres? Recuerdo que un miembro de la junta directiva del instituto le hizo la misma pregunta a Scott, pero él lo encandiló como a todos los demás, insistiendo en que ahora éramos pareja, pero no en aquel entonces. Creo que la razón por la que salimos indemnes es que Scott es muy bueno en su trabajo; se ha labrado una reputación haciendo que los institutos en horas bajas remonten el vuelo y se le considera un genio en lo suyo. Pero, ahora que soy madre, aún me siento culpable por el daño que un escándalo así pudo haber hecho a sus hijos.

Con el tiempo, Sam y Georgia aceptaron la situación y, cuando nació Olivia hace casi un año, se enamoraron de su hermanita. Para alegría de Scott, empezaron a venir más a casa de visita, y a menudo se quedaban a dormir o incluso cuidaban a Olivia para que Scott y yo pudiéramos salir.

Scott dice que me ven como una hermana mayor en la que pueden confiar, y así es. Lo sé todo sobre los amoríos adolescentes de Georgia y los problemas de Sam en el instituto, que por suerte terminaron cuando se fue a la universidad hace un par de meses.

Así que últimamente he empezado a darle las gracias a la vida. Hemos pasado por momentos difíciles, pero ahora me siento más

positiva sobre el futuro. Tengo que hacerlo, por Olivia.

El teléfono suena y, pensando que podría ser Scott, decido parar. Saco el móvil. Me ha enviado un mensaje diciendo que está a punto de salir. «Nos vemos pronto», me dice, y siento un cosquilleo de emoción. Hacía tiempo que no sentía algo así, y me anima, me hace darme cuenta de que hay luz al final del túnel y de que Scott y yo podemos alcanzarla. Tenemos una niña preciosa, una buena vida, así que quizá, si tengo cuidado, también podamos tener un buen futuro juntos.

Estoy a punto de guardar el móvil y continuar la marcha cuando veo una notificación de Facebook. Alguien que no conozco me ha etiquetado en una publicación. El miedo y el pánico me invaden; vuelvo a pensar en la terrible fotografía, la humillación, la sensación de que todo el mundo hable de mí. Guardo el móvil y arranco el motor. Seguro que quien trató de destruirnos la última vez ya ha pasado página, ¿no? No puede saber nada... ¿verdad? Pero soy consciente de que no dejaré de darle vueltas hasta que lo lea. Además, puede que no sea nada: un viejo amigo del que no me acuerdo, una página que seguí hace mucho tiempo... Sí, solo es eso, algo sin importancia. Me obligo a entrar en la página web y a deslizar hacia abajo. A pesar de decirme a mí misma que no es nada, mis ojos se posan en la publicación y sé que no llevo razón. Es horrible. Me dan ganas de vomitar, se me revuelve el estómago y tengo que respirar hondo para evitar un ataque de pánico. También han etiquetado a Scott y a la mayoría del personal docente.

Una integrante del equipo docente tiene un GRAN secreto, y se lo está ocultando a su marido, que también es miembro del equipo docente. ¡ME MEO!

TRES

FIONA

Cuando llegué a la cabaña, ya había anochecido. Tenía frío y los nervios a flor de piel, pero, sobre todo, me sentía abotargada. Me quedé un rato en el coche, recuperando la compostura, y por fin me tranquilicé lo suficiente como para salir, a pesar de que me temblaban las manos al sacar las llaves del contacto. Cuando bajé del coche, me preocupaba que las piernas me flaquearan, así que me apoyé en él para recomponerme.

Fue entonces cuando pude ver la cabaña de cerca. Era aún más impresionante que en las fotos que Angela me había enviado. Un moderno edificio de madera y cristal emergía como una nave espacial entre el crepúsculo invernal. Parecía de otro mundo, resplandeciente, como una aparición fantasmal en medio de un mar y un cielo sucios. Por fin estaba aquí, en los confines de Inglaterra, aliviada por haber llegado a mi destino, pero invadida por un pánico creciente que me oprimía el pecho al pensar en lo que me esperaba.

Todo era muy silencioso y yermo; los esqueléticos árboles sin hojas merodeaban por las colinas circundantes como cuervos a la espera de carroña. Se respiraba una sensación de terror en el aire, ¿o acaso era yo, proyectando mi propio miedo?

Contemplé durante largo rato la cabaña. Era extraña y, a la vez, espectacular, e ignorando el frío cortante, el vago silbido del viento y el clima que se avecinaba en la distancia, hice una foto. Todavía me temblaban las manos cuando saqué el móvil, que no había dejado de sonar durante todo el viaje. Toqué la pantalla y enseguida vi el nombre de Nick. Me entraron ganas de vomitar. Los mensajes de Nick se habían extendido como una mano en la oscuridad y mi miedo se estaba convirtiendo en auténtico pánico. Me había enviado *treinta y seis* mensajes en las cuatro horas que había tardado en llegar. Los borré sin leer ni uno solo de ellos. Ojalá fuera igual de fácil deshacerse de Nick. Por fin hice lo que debería haber hecho

hacía semanas: bloqueé su número y lo borré del teléfono. No iba a ser fácil, pero tenía que olvidarme de él y prepararme para lo que me esperaba: ver a Scott y encontrarme cara a cara con *ella* y su bebé. En un intento por evadirme de lo que me aguardaba, comencé a hacer fotos con desgana.

Hice unas cuantas fotos más y volví a meter el teléfono en el bolso, junto con los pensamientos sobre Nick. Instintivamente, miré al crepúsculo que me rodeaba. Tenía esa sensación, demasiado familiar, de que alguien me observaba. Reinaba la calma, salvo por el viento distante. Miré a mi alrededor con la esperanza de que no hubiera nadie al acecho detrás de un árbol o en la brumosa lejanía, pero no podía estar segura. Permanecí bastante tiempo de pie a la intemperie, acompañada solo por kilómetros y kilómetros de blanco, bajo un cielo frío y oscuro y con la vana esperanza de que el miedo me diese un respiro. Abrí el maletero del coche, saqué las maletas, puse mi mejor cara y me encaminé por el suelo quebradizo hacia la luz de la cabaña.

La enorme puerta de roble de la cabaña se abrió de repente, antes incluso de que hubiera llamado, y Angela asomó la cabeza. Miró de un lado a otro, preocupada, como si estuviera buscando algo a lo lejos.

—¿Angela?

—Anda, ¿eres tú? —Se sobresaltó un poco, obviamente no me había visto.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—Sí, lo siento, estaba mirando por si... había llegado alguien.

Parecía un poco alterada y se me revolvió un poco el estómago al recordar que había dicho que podría ser su último cumpleaños. No gozaba de su característica calma, y eso me hizo preguntarme si tendría algo que ver con su «enfermedad», si es que acaso padecía alguna.

—¿Soy la primera en llegar? —pregunté mientras me hacía pasar.

—Sí, así es. Me preocupa que tengáis que conducir hasta aquí. No había pensado en el tiempo, lo cual ha sido una estupidez por mi parte. Estamos en diciembre, así que lo más normal es encontrarse mal tiempo y hielo en las carreteras.

Le puse una mano en el brazo.

—Nunca dejas de preocuparte por nosotros, ¿verdad? —dije con una sonrisa.

—Soy madre, no puedo evitarlo —respondió, cogiéndome la mano —. Tú eres igual.

Asentí y, respirando aliviada, la abracé. Angela siempre me comprendía. Me sentí afortunada de tenerla en mi vida y agradecida de que ella me incluyera en la suya. Otra suegra podría haberme dado la espalda tras el divorcio, pero Angela no.

Dejé las maletas en el vestíbulo y la seguí hasta el salón. Parecía haber recuperado la calma y volvía a ser la Angela de siempre: habladora y enérgica, con unos pendientes extravagantes y unas botas de agua rosa chillón.

—Acabamos de llegar —anunció, mientras yo contemplaba el salón, mucho más grande que el de mi casa. Era enorme, con techos altos y una estructura interior de madera que lo hacía cálido y acogedor.

—Es precioso —murmuré, dándome cuenta de repente de lo desastroso que sería que de verdad *fuera* su último cumpleaños. Instintivamente estiré la mano y entrelacé un brazo con el suyo—. Feliz cumpleaños —susurré, apoyándome en su cuello.

—No es hasta mañana. Me estoy aferrando hasta el último minuto, así que no me pongas setenta y cinco todavía. —Se rio entre dientes —. Dios, odio envejecer.

—Sé cómo te sientes. Tengo cuarenta y cinco años y me siento como si ya me hubieran mandado a la trinchera de los viejos, sobre todo cuando los chicos se meten conmigo. —Puse los ojos en blanco —. Mis referencias anticuadas y mi incapacidad para entender las redes sociales les divierten muchísimo. Ser madre de adolescentes es una alegría, pero también un recordatorio constante de mi deterioro mental y físico.

Se rio.

—Espera a tener setenta y cuatro, entonces entenderás de verdad lo que es sentirse vieja.

Me di cuenta de que ese tipo de conversación no era la más adecuada, teniendo en cuenta que ese podría ser su último cumpleaños, así que cambié de tema.

—Bueno, ¿has traído a la perra? —pregunté.

—No —respondió ella, desconcertada.

—Ah, es que como dijiste que acababais de llegar, supuse que habías traído a Poppy.

—No, está en la perrera. Pensé que sería demasiado para ella.

Asentí. Era demasiado para *mí,* y yo era una mujer adulta. Esperar que una pequeña *shih tzu* sobreviviera a ese fin de semana infernal sería demasiado pedir.

—Cuando dije «acabamos», me refería a otra persona —dijo—. He contratado a una chef *gourmet*. Ha venido conmigo.

—Qué bien. Entonces, ¿no tenemos que cocinar?

—No, Jenna se encarga de todo. Estudió en Le Cordon Bleu, nada más y nada menos.

—¡Vaya! —Estaba impresionada. Al menos habría buena comida ese fin de semana.

—Se encarga de cocinar, fregar los platos y de toda la limpieza. También ha hecho toda la compra —continuó Angela.

—Qué maravilla. ¿Dónde está?

—Ahora mismo no está. Como hay una alerta meteorológica, acaba de salir a comprar algunas cosas de última hora. La señora de la empresa propietaria de las cabañas me llamó para decirme que va a nevar y que deberíamos asegurarnos de tener todo lo que necesitamos.

—¿Así que hay más cabañas por aquí?

—Sí, hay cuatro o cinco más salpicadas por aquí, pero no están lo bastante cerca como para molestarnos. No queremos despedidas de soltero armando jaleo después de medianoche.

—Me cuesta imaginar que sea ese tipo de lugar.

—Te sorprendería. Tenemos un *jacuzzi* en la terraza con luces intermitentes —dijo guiñando un ojo.

—Angela Wilson, has planeado un finde de cumpleaños salvaje, ¿verdad? —bromeé. En vista de lo que había dicho sobre la posibilidad de que fuera su último cumpleaños, le seguí la corriente y continué fingiendo que era divertido, que no había nada triste en todo aquello.

Soltó una risita.

—Bueno, he oído que a los jóvenes les gustan los hidromasajes. Yo no me voy a meter, eso seguro.

Sonreí.

—Ni yo. —La sola idea de meterme en un *jacuzzi* con mi ex y su nueva mujer me horrorizaba. Sería de lo más incómodo. Pero a los chicos les gustaría.

Me alivió que Angela hubiera contratado a alguien para que cocinara. No me apetecía nada tener que encerrarme con Danni en la cocina jugando a las esposas felices. Aún me resultaba difícil pensar en ella, y mucho más, preguntarme cuáles serían sus dotes culinarias. Pero por suerte teníamos cocinera, y la cocina no se convertiría en el campo de batalla entre dos mujeres.

—Vamos, te enseño la casa —dijo Angela, guiándome por la sala principal hacia los dormitorios. Todos estaban a lo largo de un pasillo corto, excepto la que ella había elegido, que estaba al final de un pequeño tramo de escaleras—. La mía está ahí arriba, tiene baño privado y vistas al mar. Estoy deseando contemplar las vistas por la mañana, cuando haya más luz. —Pasó de un tono distraído a otro repentinamente infantil debido a su entusiasmo.

Abrió la puerta de otro dormitorio y ambas echamos un vistazo.

—Preciosa, ¿no te parece? —Por fortuna para mí, la espaciosa habitación doble tenía una enorme cama *king-size* y ventanas de cristal del suelo al techo.

—Sí, es preciosa, gracias, me encanta. —Entré, y ella me agarró del brazo.

—Ay... Esta no es tu habitación. He pensado que sería más adecuada como habitación familiar... —añadió con torpeza.

Su comentario me oprimió el pecho, como un golpe físico al darme cuenta de que me habían degradado.

—Pero, si *te gusta*, seguro que podríamos... —Era obvio que a ella le dolía tanto decirlo como a mí escucharlo.

—Qué va, está bien, que Scott y... se la queden —respondí, incapaz de pronunciar su nombre. Me avergonzaba mi estúpida suposición de que una mujer soltera se quedara el dormitorio principal. A pesar de la buena acogida de Angela, yo ya no era la esposa; mi lugar había sido usurpado y tenía que ceder mi puesto, en todos los

sentidos. Sonriendo, Angela me condujo a través del pasillo para que eligiera una de las tres habitaciones más pequeñas.

Todas eran encantadoras, pero quien se alojara en esas habitaciones sin duda estaba más abajo en la cadena trófica y tendría que compartir el baño. De todas las cosas horribles que había pensado y para las que había intentado prepararme para aquel fin de semana, la jerarquía de las habitaciones no era una de ellas.

—He pensado que esta estaría bien para ti —sugirió Angela, abriendo la puerta de una habitación extremadamente rosa que estaba a un unicornio de ser el escondite soñado de una niña de ocho años.

—Es perfecta —dije, sintiéndome vacía por dentro, mientras ella me dejaba con el edredón de estrellas rosas, rodeada de lucecitas y preguntándome cómo demonios había acabado allí. Aquello no formaba parte de mi plan. Ya me había organizado el futuro y, como trabajaba en Recursos Humanos, conocía el funcionamiento de las pensiones y tenía intención de jubilarme de forma anticipada. Scott y yo íbamos a dejar de trabajar a los cincuenta y a viajar por el mundo. Qué estúpida fui al pensar que, solo porque lo había planeado, todo eso iba a suceder. Creemos que tenemos el control de nuestras vidas, pero no es así, porque siempre hay algo fortuito que puede lanzarlo todo por la borda y, de repente, nos encontramos en una situación en la que nunca pensamos que estaríamos. Sin comerlo ni beberlo, la lujuria cuarentona de mi exmarido me había llevado a aquella habitación fantasiosa con estampados de ponis anatómicamente incorrectos con los colores del arcoíris. No estaba en mi lista de deseos, pero tenía que soportar la humillación para que mi marido y su nueva mujer pudieran disfrutar de la «habitación familiar» con su bebé.

Me sorprendió que Angela no hubiera tenido en cuenta la injusticia que suponía esta mezcla de pasado y presente familiar. Normalmente era muy considerada y sensible con los sentimientos de los demás, pero aquello era un recordatorio crudo e hiriente de mi lugar en el orden jerárquico. Estaba segura de que la falta de tacto de mi exsuegra se debía más a la edad o a una enfermedad que a una voluntad de recordarme cuál era mi sitio. Sin embargo, la

expresión «habitación familiar» fue una bofetada en la cara, y me hizo preguntarme si era tan amable y atenta como siempre había pensado.

Pero, en realidad, me estaba costando ser racional. Angela no me haría daño deliberadamente ni nos enfrentaría. No obstante, a medida que pasaban los minutos, la semilla del resentimiento hacia Danni y Scott crecía en mí como un cáncer.

Contemplé las estrellas rosa fluorescente entrelazadas con el arcoíris pastel del techo y me dije que estaba siendo egoísta. Nada de aquello iba sobre mí; era el cumpleaños de Angela y había tenido la amabilidad de incluirme. Así que dejé de compadecerme de mí misma, cogí las maletas del vestíbulo y empecé a deshacer el equipaje.

Le había hecho una tarta de cumpleaños a Angela. Siempre me había gustado hacer las tartas para las ocasiones especiales y había seguido preparando la de Angela durante tres años después de que Scott se marchara. Le encantaba mi tarta de chocolate. Siempre le añadía un poco de su licor de café favorito al bizcocho y al glaseado.

—Fiona, no sería un cumpleaños sin tu tarta —decía siempre.

Tras deshacer la maleta, guardé la tarta en su caja dentro de un armario de la cocina junto a las setenta y cinco velas de cumpleaños, con la esperanza de darle una sorpresa a Angela. Al volver al salón, la encontré descansando. No parecía haberse dado cuenta de mi presencia. Me acerqué a ella y permaneció inmóvil, con una extraña expresión entre el miedo y la melancolía. Aunque puede que solo estuviera proyectando, esos eran los mismos sentimientos que me invadían a mí también. Temía ver a Scott con *ella*, e intentaba no pensar en la alternativa: sin Danni, esas serían unas simples vacaciones familiares. Como en los viejos tiempos. Scott, los chicos, Angela y yo, nada habría cambiado. Anhelaba volver a vivir aquello y deseaba poder retroceder en el tiempo hasta el momento en que Danni todavía no había irrumpido en nuestras vidas.

Me acerqué a la enorme cristalera y miré hacia fuera. A la izquierda había una enorme zona cubierta con el *jacuzzi*. Parecía iluminado desde dentro y desprendía vapor.

—¿Siempre está encendido? —pregunté, volviéndome hacia Angela,

que me miraba con aire ausente—. El *jacuzzi*... está encendido y desprende vapor.

De repente, Angela pareció darse cuenta de que yo estaba allí. Cogió una gran taza de café y señaló otra que me esperaba en la mesita.

—Sí, sí. Tienen un mantenimiento constante, lo limpian todos los días y siempre está caliente y listo para la acción —bromeó, volviendo a ser la de siempre.

—Mira, igual que yo —dije con una risita. Ella se echó a reír, se levantó y se fue a la cocina mientras yo seguía mirando por la ventana. La aguanieve se había convertido en nieve y costaba ver con claridad, pero, mientras observaba el vapor que salía del *jacuzzi*, me pareció ver algo. Agucé la vista, tratando de entender lo que había advertido; había algo o alguien allí afuera. Entonces lo vi: un rostro entre las sombras, iluminado por el agua burbujeante. Sentí un escalofrío en las yemas de los dedos cuando la aparición me devolvió la mirada y se agachó hasta casi tocar el agua. Me oí gemir mientras jadeaba horrorizada y me agarré a una silla para estabilizarme. Entonces se levantó despacio y dio un paso atrás; su rostro se sumió en la oscuridad y luego desapareció.

—Estás pálida —dijo Angela al volver al salón, blandiendo una botella de brandi que sirvió en los cafés.

Le di las gracias e intenté sonreír mientras levantaba la taza, diciéndome a mí misma que solo eran imaginaciones mías. Pero no pude disipar la sensación de que estaba ahí afuera observándome, esperando.

—Cuéntame qué es de tu vida —me interpeló, alegre, mientras yo sorbía mi café caliente e impregnado de brandi, agradeciendo el calor y esperando que me hiciera olvidar.

Intenté relajarme y me senté sobre las piernas, con ambas manos alrededor de la taza, pero me sentía incómoda y deseaba tener algo con lo que defenderme.

—Estoy bien, un poco nerviosa por ver a Scott... y a Danni —confesé.

—Estoy segura de que todo irá bien.

Yo no estaba tan convencida. Esperaba desesperadamente que no

llegaran hasta dentro de un buen rato. Necesitaba tiempo para calmarme, para parecer serena y relajada y dar la impresión de encontrarme cómoda. Por diferentes razones, también quería que ambos vieran que seguía manteniendo una relación íntima con Angela a pesar de todo. Me arrebataban a mis hijos cada dos fines de semana, y también había perdido un poco a mi suegra durante el proceso. Cuando un matrimonio se acaba, se les rompe el corazón a más de dos personas.

Pedirme que viera a Danni era como pedirle a un aracnofóbico que tocara a una araña. Había intentado trabajar en mí misma, convertirme en mi mejor versión. Incluso había intentado *perdonar*, pero eso nunca iba a suceder. Así que probé un enfoque diferente: recuperar la confianza en mí misma, reparar mi autoestima destruida y cobrarme una fría venganza. Después del divorcio me quedé sin dinero, ya que dividimos todo y ambos nos quedamos con la mitad de lo que teníamos. Pero, a sabiendas de que debía enfrentarme cara a cara con mi némesis, busqué refuerzos. Siempre había intentado vestir bien, aunque ahora tenía muy poco dinero. No quería que Danni me viera con mi viejo camisón raído y mi bata centenaria. Así que, antes del viaje, me pasé varias noches en internet intentando encontrar algo bonito —y barato— que ponerme durante el viaje. No me apetecía que Danni me dejara en evidencia con su cuerpo más joven y delgado y su vestuario superior, así que me las arreglé para encontrar una imitación de la ropa de estar por casa de la lujosa y elegante marca The White Company. Necesitaba un empujón, llevaba demasiado tiempo vistiendo el velo de la esposa amargada y agraviada, y estaba lista para algo más positivo. Así que ese fin de semana decidí envolver mi dolor y mi rabia en tonos grises apagados. Exudando amor, luz y aceptación con unos pantalones de invierno de lana blancos combinados con una sudadera con capucha gris tórtola, estaba dispuesta a *servir*, como diría Georgia.

—¿A qué hora llegarán Sam y Georgia? —me preguntó Angela, y su voz me devolvió a la habitación.

Puse los ojos en blanco.

—Quién sabe, pero me alegro de que viajen juntos. Estoy segura

de que van a tener un trayecto movidito, y no necesariamente en el buen sentido.

—¿Conduce Sam?

—Hombre, por supuesto. Georgia se moría por conducir, pero de ninguna manera iba a permitirlo.

Angela dejó escapar una risita.

—Recuerdo cuando Scott se sacó el carnet. Solo tenía diecisiete años y quería conducir a todas partes. De repente, se convirtió en el chico más servicial —dijo con una sonrisa— y se ofrecía a llevarme a todas partes. «Yo te recojo, mamá», me decía, aunque solo hubiera ido a la tienda de la esquina.

Nos reímos. El brandi nos sentó de maravilla y parecía habernos tranquilizado a las dos.

—Espero que los chicos estén bien —murmuró, y luego miró el reloj.

—Estarán bien —dije, arrepintiéndome de inmediato de mi comentario un tanto frívolo sobre lo accidentado de su viaje.

—Espero que Scott y Danni estén bien, no han llamado. —Se giró para mirarme—. Tú siempre llamabas si Scott y tú os retrasabais.

No respondí. No había mucho que pudiera decir, pero me ofrecí a hacer más café y me levanté para llevar las tazas a la cocina. Fue entonces cuando lo vi: un pequeño llavero con forma de bate de críquet. Estaba tirado en el suelo, cerca del sofá donde yo estaba sentada. Pensé que se me iba a parar el corazón en ese preciso instante. Conocía ese llavero, fui yo quien se lo compró en verano, cuando me llevó a un partido de críquet. *Nick*.

—Ya están aquí los chicos —dijo Angela levantándose, encantada con su llegada.

Me moría de ganas de verlos, pero, de repente, una nube negra se cernió sobre mí, asfixiante y pesada como el humo. Me levanté para saludar a mis hijos, pero, antes de ir a la puerta, volví a mirar hacia el *jacuzzi*, que burbujeaba y desprendía una luz espeluznante en la oscuridad. No había nadie, pero ahora estaba segura de que él había estado allí...

CUATRO

DANNI

Es casi de noche cuando llego a la cabaña. Aparco donde me indica el navegador, sin saber si estoy en la dirección correcta o no. Hace muchísimo frío y nieva; yo estoy tan preocupada por el mensaje de Facebook que no puedo ni pensar con claridad. Vuelvo a comprobar la publicación y, a pesar de que hay otras personas etiquetadas, *sé que está dirigida* a mí. ¿Por qué hacen esto? ¿Por qué ahora? Accedo rápidamente al foro del instituto. La última vez también publicaron allí las fotos incriminatorias. Me desplazo por la página para ver los comentarios de los padres. Solo me encuentro con las preguntas habituales sobre exámenes y eventos escolares, hasta que lo veo y se me hiela la sangre.

Una integrante del equipo docente tiene un GRAN secreto, y se lo está ocultando a su marido, que también es miembro del equipo docente. ¡ME MEO!

Aquí se ha publicado exactamente el mismo mensaje que en Facebook. La pesadilla empieza de nuevo. Quienquiera que intentara causarnos problemas la última vez ha vuelto, y eso me aterroriza. Llamo de inmediato a Charlotte, una amiga que trabaja en el Área Administrativa del instituto. Ella debería poder borrar el comentario, ya que tiene acceso al foro. No contesta, así que le dejo un mensaje.

Tengo la esperanza de que Scott no lo haya visto y trato de olvidar el asunto. Hablaré con él cuando sea necesario, en el momento adecuado.

Por ahora, debo sonreír y mentirme a mí misma y a los demás. Salgo del coche y, después de levantar a Olivia del asiento con la mayor delicadeza posible para que no se despierte, me dirijo con pies de plomo hacia la cabaña. Angela abre la puerta y mira en

derredor.

—Hola, Danni. ¿Dónde está Scott..., está contigo?

—No, tenía que trabajar, así que he venido yo sola con Olivia. Vendrá más tarde.

—Ah. —Ojalá hubiera ocultado su evidente decepción.

—¿Ya ha llegado todo el mundo? —pregunto.

—Los chicos están aquí, y Fiona —contesta, y se me encoge el corazón cuando cierra la puerta tras de mí. Respiro hondo antes de pasar al recibidor, donde Angela me arrebata a Olivia de inmediato. La sujeta con fuerza y me coge de la mano, guiándome hasta la habitación. De repente, se me seca la boca por los nervios y me pregunto si Fiona habrá visto la publicación de Facebook. No he comprobado si la han etiquetado, pero, si conoce a alguien que sí lo esté, la habrá visto. Entonces me da un vuelco el estómago. ¿Y si han publicado el nombre del profesor desde la última vez que miré la publicación?

Pero, antes de que pueda procesar ese pensamiento, me encuentro cara a cara con la mujer a la que he sustituido. Ahí está, erguida como una reina, vestida con prendas gris tórtola de The White Company, tomando café y sonriendo afablemente.

—Hola, Fiona —intento ser educada; no voy a andarme con rodeos, aunque ella pretenda hacerlo. Intento no pensar en cuánto ha pagado por el conjunto de ropa que lleva, debe haberle costado una fortuna. No puedo evitar sentir una punzada de resentimiento, ya que la semana pasada le pidió más dinero a Scott para el alquiler de Sam en la universidad.

—Hola, Danni —responde, aparentemente incapaz de sonreír—. ¿Qué tal el viaje? —me pregunta.

Me doy cuenta de que esto es difícil para las dos e intento ser más amable con ella, pero no sé si sentirme enfadada o culpable cuando vuelve a mirar el móvil. Ni siquiera ha reparado en Olivia, con su traje rosa para la nieve, a la que Angela está atosigando. Esperaba que mi condición de esposa y madre me protegiera, pero su frialdad ha hecho que me haga pequeña. Este es el nido que construyó Angela, y en el que Fiona ha vivido mucho más tiempo que yo.

—Había algo de hielo en la carretera —respondo, pero ella ni

siquiera levanta la vista.

Le estoy hablando a su coronilla, lo que me hace sentir estúpida, como si tuviera que rogarle que me mirase. La raya de su pelo emana unas mechas rubio platino y caramelo dorado. Tiene buen aspecto; probablemente se ha arreglado el pelo para este fin de semana. Yo no he tenido ocasión; hace meses que no voy a la peluquería y me siento desaseada y vulgar en su presencia. Intento tranquilizarme recordando la respuesta de Scott cuando le pregunté si aún sentía algo por Fiona: «Ella es el pasado, tú eres el futuro. Ni siquiera me fijo en ella, Danni». Suele decir ese tipo de cosas cuando intenta hacerme sentir bien con respecto a su relación. Puedo parecer confiada y segura de mí misma con el sexo opuesto, pero no lo soy. Me han hecho daño y me han engañado tantas veces que mi madre dice que tengo la manía de elegir al hombre equivocado, y eso me ha creado un trauma. Eso es lo que, irónicamente, me atrajo de Scott: estaba casado y tenía hijos. Sabía que era responsable y de fiar. Es inteligente y amable, y yo nunca había estado con alguien como él, pero odio la carga que trae consigo. Me cuesta soportar cuando desaparece durante horas para pasar tiempo con Fiona y los chicos, pudiendo estar con Olivia y conmigo. Y me duele que Fiona lo llame por teléfono y se pasen horas hablando del pasado, de cuando los niños eran pequeños y se iban de vacaciones en familia. Me molesta oírlo empezar las frases con cosas como «¿Te acuerdas de aquella Navidad en la que...?». Intento no pensar en su pasado juntos. Intento no pensar en ella en absoluto. Me resulta más fácil fingir que no existe, pero es complicado porque sigue formando parte de la vida de mi marido a través de los chicos, y por muy unida que yo esté a Sam y Georgia, siempre estaré excluida de esa unidad familiar. Hace unas semanas llevaron a Georgia a varias jornadas de puertas abiertas de diferentes universidades en las que quiere matricularse, y Scott siempre llegaba tarde a casa; una vez a medianoche, oliendo a alcohol.

No lo entiendo, pero Fiona sigue teniendo esa extraña fijación que supongo que tienen todas las exmujeres con hijos. Pero, incluso ahora que Scott y yo estamos casados, a ella le gusta fingir que

siguen siendo una familia y que yo soy la que sobra. Me excluyen de los cumpleaños de los chicos o de cualquier tipo de evento escolar o universitario, lo que me duele como una puñalada. Me encantaría tener la oportunidad de estar ahí para Sam y Georgia; son los hermanastros de Olivia y, si se me diera la oportunidad, sé que podría ser una buena madrastra. Pero, como Fiona se niega a aceptarme, hay un pedazo de las vidas de Sam y Georgia —y de Scott— del que Olivia y yo nunca formaremos parte. Es una de las principales cosas en las que Scott y yo no estamos de acuerdo, pero supongo que es el precio que debo pagar por casarme con un hombre que ya estuvo casado previamente.

Ahora me veo de pie en medio de la habitación, como un estorbo, mientras la ex de mi marido sigue dando sorbos a su café y mirando el teléfono. ¿Se siente incómoda o me ignora *a propósito*? No sé qué decir ni qué hacer, me siento desaliñada tras el viaje, no llevo maquillaje y tengo que lavarme el pelo. He pasado casi toda la noche en vela con Olivia y no he tenido tiempo de prepararme física ni mentalmente para este encuentro. Mi plan era llegar temprano, dormir un poco durante el trayecto y maquillarme en el coche, pero Scott ha tenido un retraso de última hora en el trabajo. Tener que conducir hasta aquí sola ha desbaratado mis planes, y ahora siento que me ha abandonado. Se me pasa por la cabeza la idea de que me haya dejado venir sola a propósito y que me haya echado a las fauces del lobo vestido de The White Company...

Angela está liberando a Olivia de su acolchado traje para la nieve y yo empiezo a sudar, arropada con mi chaqueta y mi bufanda, junto a la chimenea. Fiona ya ha ganado esta batalla al llegar antes que yo y acomodarse en casa con Angela. Siento que la ansiedad me recorre el pecho y, tratando de tranquilizarme, digo:

—Entonces, ¿Sam y Georgie han llegado ya?

—Sam y *Georgia* han llegado, sí —responde despacio, corrigiendo el nombre de su hija.

Al darme cuenta de que no lo aprueba, tomo nota mental de seguir llamando *Georgie* a mi hijastra. Fiona no *lo controla todo*, por mucho que quiera.

—¿Dónde están? —Miro a mi alrededor, como si fueran a salir de

detrás del sofá, mientras ella me observa con una aversión que apenas alcanza a disimular.

—Llegaron hace unos diez minutos, están en sus habitaciones. Seguramente hayan tenido que entrar en TikTok de emergencia —murmura, volviendo a su teléfono.

Sonrío. Creo que podría haber hecho una broma. ¿O no? En cualquier caso, sigo insistiendo.

—Estupendo, voy a saludarlos. ¿Sus habitaciones están aquí abajo? —Me dirijo hacia un pequeño pasillo que sale del salón, donde imagino que están los dormitorios.

—No los molestes, han tenido un largo viaje —dice, como si yo fuera una fastidiosa niña de seis años incordiando a los mayores.

—Solo voy a... —Camino hacia las puertas, a punto de desafiar a Fiona, cuando Angela intercede.

—Danni, creo que sería mejor que les dieras un respiro. Seguro que se están echando una siesta después del viaje. Yo vigilaré a Olivia para que puedas coger tus cosas del coche antes de que llegue ese temporal desde el mar.

Esto me escuece un poco; quizá Angela sí que se haya decantado por una de nosotras después de todo. Al mantenerme alejada de mis hijastros, se ha posicionado claramente en el equipo de Fiona.

—Vale, pues probaré primero con Scott, a ver dónde está —digo, sacando el teléfono para llamarlo. Scott estará conduciendo, y odia usar el móvil al volante, pero yo estoy sufriendo aquí y él es todo lo que tengo. Aguardo unos segundos hasta que salta el contestador, tal y como esperaba. Su voz suele tranquilizarme, pero, en lugar de eso, ahora me siento aún más sola.

—Debe estar conduciendo —murmuro, guardándome el teléfono en el bolsillo de la chaqueta—. Iré a por mis cosas y empezaré a deshacer las maletas —digo, siguiendo las instrucciones disfrazadas de sugerencia de Angela. ¿Se comporta diferente conmigo o es solo que yo la veo diferente porque Fiona está aquí? Me dirijo a la puerta recordándome a mí misma que es su cumpleaños, que podría estar enferma y que tengo que dejar de imaginar que todo el mundo me odia.

—Esa habitación es para Scott y para ti. —Angela sonríe y gesticula

con una mano mientras hace rebotar a Olivia sobre sus rodillas.

Levanto el pulgar en señal de agradecimiento y salgo por la puerta para sacar del coche las maletas y todas las cosas de la bebé, sin que Fiona me ofrezca ayuda alguna, por cierto. Cuando vuelvo a entrar con la primera tanda de equipaje, tengo que pasar por el salón para llegar al dormitorio y ninguna de las dos mujeres levanta la vista. Fiona sigue mirando el móvil y Angela está sentada en el suelo con Olivia, a la que ha colocado sobre una alfombra.

La habitación es preciosa, y en cuanto entro se me acelera el corazón. Hay un ventanal espectacular del suelo al techo. Me asomo, pero, como está tan oscuro, lo único que veo es un paisaje de nieve grisácea. Estoy deseando verlo mañana, cuando haya luz.

Cuando termino de deshacer las maletas, recuerdo la tarta de cumpleaños de Angela, que está en la bolsa sobre la cama. Una de las primeras veces que Scott me llevó ver a su madre fue el día de su cumpleaños. Le hice una tarta de limón y flor de saúco, y le gustó tanto que volví a encargarme de la tarta los dos años siguientes.

—Mi cumpleaños no sería lo mismo sin la deliciosa tarta de Danni —dice siempre. Eso significa mucho para mí. Se ha convertido en una nueva tradición familiar, algo que estoy encantada establecer. Quiero formar parte de la familia, odio sentirme como una intrusa. No es fácil entrar en una familia de esta forma: todo parece de segunda mano, como si hubiera heredado el matrimonio, los hijos y la familia de otra persona. A veces siento que estoy recibiendo un castigo por enamorarme, y me flagelo por ello con bastante frecuencia. Así que, para mí, es importante tener una conexión con la madre de Scott, y mi tarta es una prueba de ello: es algo entre ella y yo, y no hay nadie más del pasado implicado.

Abro la bolsa y saco la caja con la tarta. Al abrirla, me alegra ver el fruto de mi duro trabajo. Es una tarta clásica de limón y flor de saúco, la favorita de Angela, pero con un glaseado de limón. Me pasé incontables horas haciendo limoncitos de azúcar que dispuse alrededor del intrincado glaseado que tuve que elaborar entre las siestas de Olivia. Tardé una eternidad. Está mal que lo diga yo, pero parece hecha por profesionales, y estoy deseando presentarla mañana por la noche con todas las velas encendidas. Será todo un

momentazo. Tengo que encontrar un sitio fresco donde guardarla, porque quiero que sea una sorpresa. Así que, cuando salgo del dormitorio, voy a la cocina y la coloco en un estante alto de la despensa.

De repente, escucho movimiento y risas en el salón, y al entrar me sorprendo al ver que ha llegado Scott.

Sonríe de oreja a oreja y se ríe a carcajadas de algo que acaba de decir Angela. Supongo que eso significa que no ha visto la publicación de Facebook sobre el GRAN secreto del miembro del equipo docente. Mientras tanto, le he enviado otro mensaje a Charlotte pidiéndole que la borre, ya que puede que no llegue a escuchar el mensaje de voz que le dejé. Siempre ha sido un gran apoyo para mí. Fue ella quien eliminó las fotos originales cuando se publicaron por primera vez. Desde entonces nos hemos hecho buenas amigas; sabe escuchar y es muy discreta. Viví en Londres durante muchos años, y me ha llevado un tiempo hacer amigos en Worcestershire, a donde me trasladé para asumir el puesto de jefa de departamento. Supongo que por eso trabé amistad tan pronto con Jenna, pero intimamos demasiado rápido y realmente no la conocía. Sin embargo, Charlotte ha sido un regalo del cielo, una amiga de verdad con la que puedo hablar. Nos lo contamos todo, y ahora la necesito más que nunca. Me consuela saber que, en cuanto reciba mis mensajes, se pondrá manos a la obra; solo tengo que mantener la calma e intentar no estresarme demasiado. Este fin de semana ya será bastante difícil sin la amenaza añadida de volver a quedar en evidencia pública.

—Al final saliste solo unos minutos después que yo —digo en voz baja—. No has estado trabajando hasta tan tarde, podríamos haber venido juntos después de todo.

Aparta su atención de Angela y Fiona y me mira. Su sonrisa se desvanece.

—He trabajado hasta tarde, pero he conseguido terminarlo todo. —Camina hacia mí, rozándome la mejilla con la cara como si fuera una simple conocida—. Y conduzco mucho más rápido que tú, incluso con mal tiempo.

¿Me lo estoy imaginando o parece nervioso?

—Scott, deberías tener cuidado con las carreteras heladas. Siempre conduces demasiado rápido —se burla Fiona, y se me eriza el vello al ver su repentino interés por lo que está pasando. Parece que ha dejado de lado el teléfono, con el que estaba tan obsesionada hace solo unos segundos—*. ¡Scott*! —dice ella alzando la voz—. ¡Siempre haces lo mismo, eres un maleducado! —Se ríe.

Angela niega con la cabeza, y yo intento averiguar de qué están hablando para poder unirme a la conversación, pero nadie me deja entrar. La palabra «siempre» implica que tienen una historia juntos y enseguida me siento como una extraña. Sola.

Scott ha colocado la chaqueta cubierta de nieve en uno de los sofás. A eso debe referirse Fiona. Es el tipo de cosas que obviamente la irritan tanto como a mí. Estoy a punto de sumarme al cariñoso coro de disconformidad y decirle que la quite porque está mojando el sofá, pero, antes de que pueda decir una palabra, Angela la coge y se dirige al porche para sacudirla. Scott no parece darse cuenta siquiera, supongo que es lo normal. A veces pienso que Angela no se ha enterado de que ya es un hombre hecho y derecho. Siempre lo hace todo por él, lo adora, y para Angela su único hijo no puede hacer nada malo.

—¿No tienes calor? —me pregunta Fiona de repente. No estoy muy segura de qué quiere decir y debo parecer confundida—. Todavía llevas la chaqueta puesta, ¿tienes frío?

—Eh, sí, sí —miento, arropándome con la chaqueta mientras ella se levanta para avivar el fuego y calentar aún más la estancia. Estoy segura de que lo hace a propósito. Esto parece el maldito Sáhara, pero no voy a dejar que vea lo incómoda que estoy. Además, mi chaqueta es mi refugio emocional. Me siento desnuda y expuesta en este hermoso y altivo salón en compañía de mi marido y su exmujer. Fiona y Scott se conocen desde hace tanto tiempo que me hace sentirme excluida. Me sorprende ver lo bien que se llevan, casi cariñosos, y me molesta.

Parecen saber lo que piensa el otro, comparten una camaradería que me sorprende.

—Bueno ¿qué tal el viaje? —pregunto, obligándome a mí misma a dejar de sentirme insignificante.

—Bien, bien. ¿Y tú cómo estás? —añade de forma suave y cariñosa. Estoy a punto de responder cuando me doy cuenta de que no me está hablando a mí. Ahora se está tirando en el suelo con Olivia, que gorjea y da patadas.

—Está bien, ha dormido durante todo el camino —anuncio.

Levanta la vista, el horror se refleja en su rostro.

—Eso significa que va a estar despierta toda la noche —susurra, mirándola de nuevo. Parece que últimamente no consigo hacer nada a derechas por lo que respecta a mi marido, así que será culpa mía si no nos deja dormir esta noche.

—Lo siento, estaba demasiado ocupada conduciendo como para entretenerla y mantenerla despierta —lo digo de buenas maneras, pero hay una pizca de sarcasmo.

Siento que Fiona me está observando, que nos está observando, y no quiero que piense que tenemos problemas, así que me agacho para acercarme a él. Sonriéndole a Olivia, le pongo la mano en la espalda a Scott y le doy un beso en la mejilla, esperando que responda. Quiero que se dé la vuelta y me devuelva el beso, pero no lo hace, probablemente porque está preocupado por cómo se pueda sentir Fiona. Actúa con mucho cuidado para asegurarse de no herir sus sentimientos, pero ¿qué hay de mí? Apenas me ha prestado atención, y no ha hecho nada para incluirme en el grupo. Y ahora se aleja de mí para coger a Olivia, dejándome medio inclinada sobre esta estampa paternofilial como si fuera una intrusa no deseada. Veo la fugaz expresión de suficiencia de Fiona y me corroe por dentro.

—Han llegado los chicos —comenta, como un recordatorio para Scott de que Olivia no es su única hija.

—Anda, genial. ¿Están bien?

—Creo que sí, ya sabes cómo son. Llegaron justo después que yo y apenas hablamos.

—Voy a verlos —dice, encasquetándome a Olivia.

—No, no —le digo—, necesitan descansar.

—¿Qué? —Se gira para mirarme como si acabara de decir algo repugnante.

—Fiona dice que... —La señalo de pasada, pero no me echa un cable, ni tampoco Angela, que ya ha vuelto de fuera con la

chaqueta.

—Adelante, se alegrarán de verte —le dice Fiona mientras clava la mirada en mí—. Sus habitaciones están justo ahí.

Al parecer, la instrucción de no molestarlos solo se me aplica a mí.

Camina hacia el pasillo.

—Estoy segura de que te recibirán mejor que a nosotras. No tenían ganas de venirse con la abuela y conmigo para tomar un café irlandés y charlar un rato —añade Fiona con ligereza.

—No puedo culparles —bromea.

Espero a que Fiona reaccione y, para mi sorpresa, le lanza una manta de piel.

—Descarado. Tu madre y yo somos una gran compañía. —Se ríe—. Y les hemos ofrecido café con *whisky*; no recuerdo que tú hayas rechazado nunca esa oferta.

—Ni tú tampoco —dice con lo que parece una sonrisa indulgente, mientras vuelve a dejar a Olivia sobre la alfombra y se adentra de nuevo en la habitación, coge un cojín de un sofá y se lo tira a Fiona.

—¡Desgraciado! —masculla ella, agachándose exageradamente mientras ambos se ríen.

Ni siquiera sonrío, me limito a mirar al frente, como si no me hubiera dado cuenta de nada. Espero que Scott se percate de mi frialdad y que acaben con sus bromas, pero entonces Fiona le vuelve a lanzar el cojín y ambos comienzan a proferirse insultos burlones. Vuelvo a estar sola en medio de algo de lo que no formo parte, y el maldito cojín va de un lado a otro mientras yo permanezco ahí, de pie, como una tonta.

—Cuidado con la bebé —le digo a nadie en particular.

—No estaba ni cerca del bebé —murmura Fiona—, pero tienes razón, Danni, será mejor andar con ojo porque siempre ha tenido una puntería de mierda.

Se dirige a él como si yo no estuviera. Scott se levanta y camina hacia ella, que se hace un ovillo, con los brazos extendidos en posición defensiva.

—No iba en serio, Scott, no lo hagas, me vas a estropear el pelo.

¿Que no *haga qué*? ¿Qué *demonios* espera que *le haga*? Estoy horrorizada, pensaba que se odiaban. Si se comportan así delante de

mí, ¿cómo son cuando están solos?

Estoy inquieta. Esto no es en absoluto lo que me esperaba de dos personas que acaban de pasar por un divorcio complicado. Él me ha dicho que ella puede ser inflexible, que su matrimonio estaba acabado, que estaban aburridos y que ya no la quería... Tiene que ser verdad; de lo contrario, ¿por qué se interesó por mí?

—Creo que Angela va a salir otra vez con tu chaqueta, Scott —digo, viendo a su madre abrir la puerta. Estoy preocupada por Angela, pero al mismo tiempo quiero que se acabe esta chiquillada entre ellos. Me recuerdan a los alumnos de doce años haciendo el tonto en clase.

—¿Angela? —la llama Fiona y su actitud cambia en un instante, la sonrisa abandona su rostro—. ¿Scott? —Se gira hacia él, preocupada, indicando claramente que le gustaría que saliera para ver si Angela está bien.

Pero él no se mueve. Abraza a Olivia y mira a Fiona como si estuviera loca.

—Seguro que está bien —responde, volviéndose hacia nuestra hija.

—Ya voy yo —digo, y atravieso la habitación hasta la puerta principal.

Angela está de pie en el porche, agarrada a la chaqueta de Scott. La rozo con la palma de la mano y me sorprende lo empapada y llena de nieve que está todavía. ¿Por qué está tan mojada? Scott solo ha tenido que recorrer unos metros desde el coche hasta la puerta; tendría que haber estado fuera mucho más tiempo para acabar cubierta de tanta nieve y así de mojada.

—¿Va todo bien? —pregunto.

—Sí, sí, por supuesto.

Parece abrumada y la acompaño de vuelta a la cabaña. Recuerdo esa misma mirada de confusión en los ojos de mi madre, y se me pasa por la cabeza que el motivo de esta reunión podría tener poco que ver con el cumpleaños de mi suegra, sino más bien con un deterioro mental.

—Todo va bien. —De repente, parece serenarse y entramos juntas en la cabaña—. Me acabo de dar cuenta de que no os he contado a Scott y a ti lo de la chef de Le Cordon Bleu que vamos a tener este

fin de semana.

—Anda, vaya. Genial —respondo, volviendo al calor de la cabaña, aliviada por no tener que compartir cocina ni hacer competiciones culinarias con Fiona. Me ganaría.

—Sí, tiene mucho talento y estaba encantada de venir. Lo hace por una pequeña parte de lo que cobra normalmente.

—¿Está en la cocina? —pregunto, emocionada por conocerla.

—No, está fuera, descargando el coche. Ha ido a la tienda de las cabañas. Está a unos diez minutos, pero es lo que queda más cerca para comprar. Ha dicho que necesitaba unas especias.

Cuando vuelvo a entrar en la habitación, veo a Angela haciendo señas hacia la puerta.

—¡Aquí está! —anuncia mientras su chef de Le Cordon Bleu lucha por atravesar la puerta. Lleva una caja de vino, pero no veo ninguna especia. Tiene el pelo empapado; está claro que le ha pillado la nevada.

—Dios mío, la que te ha caído encima ¿no? ¿Has ido andando? —pregunta Fiona.

Ella levanta la vista.

—No... he ido en coche.

Me mira directamente. Luce un delineador de ojos negro y grueso, un pintalabios rojo y esa perversa y familiar sonrisa.

Mis ojos se deslizan hacia Scott, que, a juzgar por el color de su cara, también se ha dado cuenta de quién es.

No digo nada más, y él tampoco, pero me palpita el corazón y quiero irme. Me mira de arriba abajo, fijando la vista en la chaqueta que aún no he tenido ocasión de quitarme. Se toca la parte delantera de su chaqueta amarilla brillante, y me doy cuenta de que es idéntica a la mía. Sus finos labios rojos se ensanchan.

—Sorpresa —dice.

Me giro discretamente hacia Scott, que es incapaz de devolverme la mirada y se limita a mirar al frente. Es entonces cuando me doy cuenta de que él ya *sabía* que ella iba a venir.

CINCO

FIONA

¿Qué demonios? Danni entró como si fuera la reina del mundo, le encasquetó inmediatamente la bebé a Angela esperando que se encargara de cuidarla y apenas me hizo caso. La cría llevaba un traje para la nieve de diseño que debía costar una fortuna, y parecía que Danni también se había dado sus caprichitos. Su pelo rubio, corto y desfilado, irradiaba estilo, y sin duda llevaba un maquillaje muy sutil. Nadie tiene la piel así de bien. Estaba claro que la vida le sonreía desde que se había casado con mi marido, pero tengo que decir que me dio un poco de pena cuando sacó su teléfono rosa brillante e intentó llamarlo. Me había acostumbrado a escuchar el buzón de voz de Scott durante los últimos meses de nuestro matrimonio, cuando él no podía contestar porque estaba con *ella*.

Estaba muy tensa y parecía nerviosa, incluso después de entregarle la bebé a Angela. Me pareció un poco extraña la forma en que se quedó de pie en medio de la habitación, mirándome, mientras yo revisaba mi teléfono. Me estaba asegurando de haber borrado todos los correos de Nick, ya que no quería distracciones. Pero aun así se quedó allí observado, como si esperara que yo dijera algo. No tenía nada que decirle a Danni Watkins; para mí, *nunca* sería Danni *Wilson*.

¿Qué quería de mí? ¿Acaso no se lo había llevado ya todo, incluidos mis hijos?

No dejaba de pensar en el llavero. Me lo imaginaba recorriendo la cabaña, tocándolo todo, sentado en las camas en nuestra ausencia como una Ricitos de Oro siniestra. Cuando llegó Scott, me sentí aliviada. Puede sonar sexista, pero, con el miedo que tenía, me sentí mejor con un hombre de metro ochenta en la casa. Intenté parecer feliz, como siempre, burlándome de Scott para sacudirme todo el miedo, pero Danni me lanzaba un puñal tras otro. Y, cuando nos arrojamos un cojín, muy suave y ligero, prácticamente nos acusó de

tirárselo a la pequeña Olivia.

Sentí una punzada de dolor cuando Scott y yo nos reíamos y ella se limitaba a mirar, impotente y excluida, pero no era nada comparado con lo que me hicieron a mí en la mesa de su despacho. Esperaba que se mostraran más cariñosos entre sí, aunque solo fuera por el bien de Angela. Después de todo, tenían que demostrar que había valido la pena romper una familia por su amor. Pero parecía haber cierta tensión por parte de Scott, porque cuando ella alargó la mano para tocarle la espalda, juraría que él se apartó.

Y, por si eso no fuera lo bastante intrigante, no podía creer la cara que puso Danni cuando apareció Jenna, la chef de Le Cordon Bleu. Llevaba la misma chaqueta que ella. ¿Qué estaba pasando? Sentí la tentación de decir algo como «Vaya, si te ha copiado el modelito» en un intento por restarle importancia, pero algo en la cara de Danni me detuvo. Era obvio que Danni se molestó cuando vio a Jenna, pero ¿por qué? Los ojos de Danni se deslizaron hacia los de Scott, que estaba incómodo, y las dos mujeres se miraron durante lo que pareció una eternidad, hasta que Jenna hizo una broma sobre que sus chaquetas eran idénticas. Pero Danni no se rio. Empecé a pensar que el temido fin de semana podría no estar tan mal después de todo.

No solo llevaban la misma chaqueta de color amarillo chillón; Jenna también tenía el pelo muy corto y decolorado, igual que el de Danni, pero su maquillaje era bastante más recargado: exhibía unos finos labios rojos y un contorno de ojos muy llamativo. Parecía segura de sí misma, no tenía miedo de mirar a Danni. Luego le pidió a Scott que la ayudara a llevar el vino que había comprado. En cualquier caso, no había ni rastro de las especias que había ido a buscar, lo cual no me sorprendió. Era pleno invierno y estábamos en mitad de la nada; dudaba que la pequeña tienda cercana tuviera especias siquiera. Sin embargo, me alegré de ver el vino, pues me pareció que lo iba a necesitar.

En cuanto todos se fueron a deshacer las maletas y Jenna se dirigió a la cocina para empezar a preparar la cena, acudí a Angela para ver si podía arrojar algo de luz sobre la extraña reacción de Danni hacia ella.

—Qué coincidencia que Jenna y Danni tengan la misma chaqueta amarilla —dije—. Danni parecía de lo más sorprendida. —Sorprendida era poco: tanto Danni como Scott parecían horrorizados.

—Ah, la chaqueta. La moda de hoy en día es muy repetitiva, ¿no? Está homogeneizada. Toda la juventud se viste igual. ¿Dónde quedó lo de ser único, la individualidad? —Suspiró. Angela parecía tan preocupada que ni siquiera estaba segura de que se hubiera dado cuenta del desajuste de vestuario.

—¿Contrataste a Jenna a través de una agencia?

Ella negó con la cabeza.

—No, trabaja en la cafetería donde Margaret y yo almorzamos de vez en cuando. Está muy bien, tienen unas ensaladas y unos sándwiches riquísimos. Jenna trabaja allí desde hace unos meses, es encantadora.

—Vaya. Ha pasado de formarse en Le Cordon Bleu a trabajar en una cafetería —comenté.

—Bueno, según tengo entendido, estudió en París, pero se quedó sin dinero y tuvo que dejarlo y volver a casa.

—Es una pena —respondí. Estaba a punto de seguir preguntando para ver si Angela tenía más información que explicara la reacción de Danni, pero, justo entonces, Georgia emergió de su dormitorio—. Hola, cariño, ¿has podido dormir algo? —le pregunté.

Negó, cabizbaja, y se dejó caer en el sofá junto a Angela, que la rodeó con el brazo.

—Ha sido un viaje largo, ¿verdad, amor? Me siento mal por haceros recorrer tanta distancia, pero estaba desesperada por volver aquí mientras pudiera.

Angela no dio más pistas sobre esa afirmación, pero Georgia y yo nos miramos a los ojos. Estaba tan preocupada como yo por su abuela. Creo que las dos teníamos miedo de preguntarle *por qué* había insistido tanto en que nos reuniéramos y por qué, a sus setenta y cinco años, este podría ser su último cumpleaños.

—Jenna está en la cocina por si quieres ir a saludarla, Georgia. Dice que os conocéis —añadió Angela.

—¿Conoces a Jenna, la cocinera? —Eso me descolocó por

completo.

Georgia se incorporó.

—Sí, era ayudante de laboratorio en mi instituto. Ya no trabaja allí.

Eso explicaba por qué Danni la conocía. Los chicos habían ido al mismo instituto del que Scott era director. De hecho, ya estudiaban allí cuando él consiguió el trabajo, y Scott había informado de esto al centro incluso antes de presentar su solicitud. Pero ya habían decidido que Scott era la persona idónea para el puesto; era brillante como director. Además, como Sam y Georgia estaban a punto de terminar el instituto y se trataba de una cuestión a corto plazo, no se opusieron.

—¿Así que pasó de ayudante de laboratorio a chef? —musité—. Menudo giro laboral.

—Pues sí, la verdad. —Georgia me miró y, al ver mi rostro expectante, añadió—: No la conozco, tan solo sé quién es. Siempre me pareció bastante simpática. —Se encogió de hombros.

—Mira, ¿por qué no vas a la cocina a saludarla? Quizá le venga bien algo de ayuda —sugirió Angela.

Esperé la reacción de Georgia sonriendo en secreto, preguntándome cuál de las excusas de su repertorio utilizaría esa vez para no echar una mano. Mi hija no era la ayudante de nadie, y mucho menos, en la cocina. Tenía que amenazarla con confiscarle el teléfono solo para que vaciara el lavavajillas. Pero, antes de que empezara a reírme ante la perspectiva de verla con guantes de fregar, se levantó entusiasmada:

—Sí, vale.

—¡Vaya! Esa es nueva —comenté cuando salió de la habitación.

—Creo que se llevarán bien —dijo Angela, y luego, cambiando de tema, preguntó—: Por cierto, ¿cómo te van las cosas con el hombre aquel?

Me lo preguntó sin rodeos, tanto que lo recibí como un puñetazo en la cara. Casi había olvidado que se lo había contado. Cuando conocí a Nick unos meses antes, fui feliz por un tiempo, y quería la opinión de Angela, así como su aprobación. Pero ahora solo quería olvidarlo.

—Bueno, se quedó en nada. Terminó antes de empezar —mentí,

recordando de nuevo el llavero y sintiendo náuseas. Me lo imaginé deslizando lentamente la mano por el sofá, acariciando los cojines. Me incorporé, sintiéndome muy incómoda de repente—. Angela, cuando llegaste esta tarde, ¿había alguien aquí?

Se lo pensó un momento.

—No, ¿por qué?

—Por nada, solo me preguntaba si había venido alguien de la empresa para recibirte y darte las llaves.

—No, las llaves las dejan en una caja metálica. Solo te hace falta el código de cuatro dígitos, coges la llave y ya puedes entrar.

—Anda, qué cómodo —escuché mi voz quebrarse ligeramente al decirlo—. ¿Cuál es el código?

—Es 1234 —dijo con una risita—. No sé cómo no les roban. Aunque estamos en la remota Cornualles, imagino que aquí podrías dejar todas las puertas abiertas y no pasaría nada.

Asentí, insegura. Estaba intranquila, y recordé aquel primer mes con Nick en el que había sido tan feliz, pero a la vez tan ingenua respecto a las relaciones. Después de haber estado casada durante tanto tiempo, todo volvía a ser nuevo para mí y pensé que aquello era lo que había estado buscando. Empezó siendo algo divertido, una amistad bonita y estimulante, seguida de noches en hoteles o en mi casa cuando no estaban los chicos. Pero no llegó a ser nada más que eso, y el amor y la atención que recibí al principio empezaban a sobrepasarme. La amabilidad de Nick se transformó en necesidad, su inteligencia estaba limitada por sus propios intereses y yo ya ni siquiera estaba segura de encontrarlo atractivo.

Pero, cuando empezó a desconfiar de mí, como si yo aprovechara cada minuto libre que tenía para engañarlo, supe que tenía que cortar por lo sano. Pareció sorprendido cuando le dije que la cosa no funcionaba y me rogó que le diera otra oportunidad.

—Haré todo lo que me pidas —me suplicó, lo que me convenció de que la nuestra no era una relación sana.

Me planté y le dije que se había acabado, pero fue como si no me hubiera oído. O como si no quisiera hacerlo. Eso fue unas semanas antes de estas vacaciones, y desde entonces me había estado enviando mensajes y llamando todos los días, lo que me provocaba

ansiedad y miedo. Angela me miraba, con la cabeza inclinada, interrogante.

—Entonces, ¿seguís juntos? —me preguntó.

—No —dije con un suspiro—. No voy a volver a salir con nadie. La verdad es que fue un poco desastroso.

—Es una pena, esperaba que hubieras encontrado lo que buscabas.

—Ya lo encontré —le recordé, pensando en Scott.

Ella asintió tímidamente.

—Lo sé, cariño, y si pudiera volver atrás en el tiempo...

—Nada de eso es culpa tuya. Tan solo necesito encontrarme a mí misma y dejar de buscar a alguien que no existe.

—Bueno, ¿quién es la que tiene el brandi escondido? —Sam apareció por la puerta, mi hijo, el estudiante de Derecho de un metro ochenta del que todos estábamos orgullosos a más no poder.

Le sonreí; no podía evitarlo, mis hijos siempre me arrancaban una sonrisa. Me daban cuerda cuando me quedaba sin pilas y, aunque no se dieran cuenta, me ayudaron a seguir adelante tras la traición de Scott y la situación con Nick. Mis hijos lo eran todo para mí. A veces sentía como si estuvieran amarrados en el extremo de un trozo de cordel atado a mi corazón, algo que yo no quería soltar por nada del mundo. Por eso entendí el dilema de Angela con Scott; ella no aprobaba ni justificaba lo que había hecho, pero era su hijo. Lo quería tanto que, incluso cuando destruyó a su propia familia, cuando hizo daño a sus propios hijos, le apoyó y acogió a su *nueva* familia en su vida.

—¿Dónde está Georgia? —preguntó Sam una vez que Angela le hubo entregado la copa de brandi solicitada.

—Espero que no la hayas llenado mucho —le dije en tono de advertencia. Sonrió a su abuela y ella le devolvió un guiño.

—Georgia está en la cocina con Jenna. Es la chef que va a cocinar para nosotros este fin de semana —le informó Angela, como si a él le importase.

—¿Jenna?

—Sí. Puede que la conozcas: trabajaba en tu instituto, en el laboratorio, creo —le respondí.

—Ah, sí. No la conozco, pero sé quién es —dijo repitiendo las

palabras de su hermana—. Venga, iré a saludarla.

Ambos lo vimos salir de la habitación armado con el brandi.

Angela se inclinó hacia delante.

—Sé que a veces puede ser un poco exasperante, pero tiene buen corazón.

—¿Quién?

—Danni.

—Ah..., ya —La ambigüedad de Angela me pareció un poco desconcertante.

—A veces es un poco exagerada, pero es una buena persona —añadió, esa vez con mayor lucidez.

—No me cabe duda, y aunque me duela decirlo, solo la tolero por ti.

Vi el dolor reflejado en su rostro y me arrepentí al instante de mi exceso de honestidad.

—Aquello fue cosa de dos, y Scott es tan culpable o más que Danni, pero es mucho más fácil culparla a ella —empecé—. Me resulta más sencillo decirme a mí misma que ella andaba detrás de él; la idea de que él la deseara sin más sigue siendo demasiado difícil de soportar, Angela.

Extendió la mano, la apoyó en mi rodilla y susurró de forma casi inaudible:

—Nunca lo superarás, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—Es por los chicos... —No pude terminar. Vi las lágrimas en sus ojos y, al sentirlas en lo más profundo de mi ser, me levanté para coger un puñado de pañuelos y le alcancé uno.

Ella lo cogió y me apretó suavemente la mano.

—Lo siento —susurró—. Si pudiera cambiar las cosas...

—Nadie puede. —Negué con la cabeza y aparté con delicadeza la mano para enjugarme los ojos con el pañuelo mientras ella hacía lo propio. El silencio posterior fue pesado, ninguna de las dos sabía qué decir para consolar a la otra.

—Angela. —La voz de Danni penetró de repente en el aire como una estridente alarma, recordándonos que estaba allí y que, *mientras* fuera así, todo seguiría igual. Llegó tronando desde el

pequeño vestíbulo, alterada y ruborizada, precedida por una nube de tensión que invadió la habitación antes incluso de que ella llegara—. Hay dos coches de policía en la puerta.

SEIS

DANNI

—La policía —digo, mirando por la ventana de nuestra habitación. Hay dos vehículos aparcados fuera, con sus luces azules parpadeando. Me giro hacia Scott, que está tumbado en la cama—. Seguro que tiene algo que ver con ella.

—¿Con quién? —pregunta fingiendo inocencia.

—Sabes exactamente de quién estoy hablando: Jenna.

—Tonterías. Sé que no te cae bien, pero no es ninguna delincuente —responde.

—Cada cual tiene su opinión —espeto—. ¡Y yo opino que sí lo es!

Tengo la esperanza de que haya hecho alguna estupidez y que la policía haya venido a llevársela; si *es* ella la que está coqueteando con la idea de sacar a la luz ese «gran secreto de un miembro del equipo docente», un arresto podría distraerla durante un tiempo. Pero ¿de verdad es ella quien lo ha publicado? Mis dos sospechosas principales son Fiona y Jenna. Cualquiera de ellas podría estar amenazándome con revelar mi secreto durante estas primeras vacaciones familiares. Después de todo, ambas están aquí, y ambas tienen una razón para odiarme.

No sé quién me asusta más: Fiona quiere que desaparezca de la vida de todos para poder recuperar a su familia, mientras que Jenna me culpa por haber perdido su carrera profesional. Siento pavor ante la perspectiva de que sea ella, porque no cabe duda de que está trastornada, y ahora se hospeda con nosotros en la cabaña haciéndose pasar por chef. Pero hay algo a lo que no le encuentro el sentido: ¿cómo es posible que alguien sepa que *tengo* un secreto que trato de ocultar por todos los medios? No se lo he contado a nadie, excepto a Charlotte, en quien confío ciegamente. Eso me recuerda que aún no ha eliminado el mensaje del foro ni me ha contestado. Espero que esté bien.

En cuanto veo a las agentes bajar de sus coches, dejo a Scott en el

dormitorio y voy corriendo al salón para ver qué pasa. Angela y Fiona están allí sentadas, charlando, completamente ajenas a los nuevos visitantes que han estacionado sobre la nieve.

—Hay dos coches de policía en la puerta —digo.

—Ay, Dios —suspira Angela.

Ambas parecen aterrorizadas y están procesando la situación cuando un fuerte golpe en la puerta nos sorprende.

Abro la puerta con brusquedad y veo a dos mujeres, policías, en el umbral, temblando y con la radio a todo volumen.

—Disculpe que la moleste. Nos gustaría pedirle su colaboración en un asunto. —Hace muchísimo frío, las nubes de vaho desaparecen en la noche mientras habla.

La miro con aire ausente.

—Es sobre un incidente que ha ocurrido a un kilómetro de aquí...

—Será mejor que pasen —les digo, instándolas a entrar.

Alertados por los golpes en la puerta, todos acuden al salón con un millón de preguntas reflejadas en sus rostros.

—¿Qué está pasando? —dice Georgia, y detrás de ella aparece Jenna, con una expresión de preocupación extrema.

Tras presentarse como la inspectora jefe Freeman y la agente Fry, Angela las invita a sentarse y, como buena anfitriona, nos presenta a todos.

—Ha habido un accidente de tráfico, a algo menos de un kilómetro de aquí —empieza Freeman.

—No me sorprende, con este tiempo tan traicionero —responde Angela, arropándose con su gruesa chaqueta de lana a modo de protección—. ¿Hay heridos?

—Sí —responde Fry, bajando ligeramente la cabeza—, pero todo es un poco misterioso.

—¿Por qué? —Angela ladea la cabeza.

—Tras inspeccionar las lesiones de la víctima, y teniendo en cuenta otros factores que no podemos desvelar, parece que se trata de un atropello con fuga. La víctima ha sufrido heridas graves y ha sido trasladada a la UCI. Su estado es crítico.

Todo el mundo parece afligido, aparentemente horrorizados ante la noticia.

—Quienquiera que perpetrara el delito... —continuó—, la persona que ha atropellado a la víctima seguramente la conocía, y hay indicios evidentes de que no ha sido un accidente.

Todos murmuramos, preocupados y alterados ante esto. No sé por qué, pero miro a Jenna y, pese a que no soy parcial en este asunto, juraría ver un destello en sus ojos.

—Vaya, es terrible, agente. Gracias por avisarnos —dice Scott, como si hubiera hecho ese difícil viaje con un tiempo de perros solo para darnos la noticia.

—Esperaba que alguno de ustedes pudiera arrojar algo de luz sobre lo ocurrido —dice—. ¿Alguien ha visto o escuchado algo? Parece que el coche que atropelló a la víctima conducía por la carretera que lleva a esta cabaña.

Todos nos miramos y no puedo evitar preguntarme qué estarán pensando. ¿Acaso se preguntan si el conductor es uno de nosotros?

—¿Hay más cabañas por aquí? —pregunta Sam. Ahora está recostado en un sillón. Georgia está apoyada en el reposabrazos, ambos siguen teniendo sus teléfonos en la mano. No tengo ni idea de por qué pregunta eso, probablemente porque espera que haya más gente joven en las otras cabañas. Por un momento parece lo bastante interesado como para dejar de mirar el teléfono, e incluso Georgia levanta la vista, pero dudo que esa pequeña píldora de drama los mantenga alejados de las pantallas por mucho tiempo.

—Sí, hay cinco cabañas, todas propiedad de Cornish Cream Leisure. La empresa nos ha proporcionado detalles sobre las llegadas y salidas de todos los huéspedes de hoy —responde, antes de volver al asunto que nos ocupa—. El caso es que quien haya atropellado a la víctima debía estar al corriente, porque parece que esta salió despedida por los aires hacia el parabrisas, y luego el coche dio marcha atrás para pasarle por encima.

Angela ahoga un grito.

—Así que, como podrán imaginarse, tenemos muchas preguntas. —Freeman echa un vistazo a la habitación. Todos tenemos los brazos cruzados a la defensiva—. Los forenses podrán confirmar lo que ha sucedido, pero esa es la teoría sobre la que estamos trabajando de momento, hasta que puedan llegar hasta aquí. El temporal es tan

fuerte que la carretera principal está bloqueada, y tenemos que encontrar ese vehículo.

Scott ha estado callado hasta ahora, se limita a observar y escuchar como el resto, pero el director no tarda en tomar la palabra.

—Vaya..., es terrible. ¿Cuándo ha ocurrido?

—Esta tarde, hace solo unas horas, por lo que es importante que recopilemos información antes de que la gente empiece a olvidarla. La carretera es el único acceso a las cabañas, así que tenemos que tomar nota de la hora a la que llegaron los huéspedes, y hoy ha habido bastante movimiento... —Baja la vista hacia sus notas—. La hora de salida fue a las diez de la mañana, cuando todos los huéspedes abandonaron las cabañas. Según nuestras estimaciones, el accidente ocurrió entre las tres y las cinco de la tarde, más o menos a la hora a la que empezarían a llegar los nuevos huéspedes.

—Pero todos hemos pasado por esa carretera entre esas horas —remarca Angela—. Puede haber sido cualquiera.

Todos la miramos. Tiene razón, pero también podría habernos acusado a *todos* de atropellar a esa persona, allí mismo, delante de la policía.

—¿Y cómo puede estar tan segura de que ha ocurrido entre las tres y las cinco, agente? —pregunta ahora Angela.

Fry levanta la vista de sus notas, sin duda más acostumbrada a hacer preguntas que a responderlas.

—Resulta más sencillo hacer una estimación gracias a la nieve. —Mantiene la vista clavada en Angela mientras habla. No me sorprendería si pensara que Angela oculta algo, pero no es el caso. Angela conduce tan desesperantemente despacio que sería incapaz de atropellar a nadie, ni siquiera con mal tiempo.

—Entonces, ¿asumen ustedes que quien ha hecho esto se hospeda en una de las cabañas? —interviene Scott, diciendo lo que todos estamos pensando.

—No puede ser verdad. —Angela se lleva la mano a la boca.

Scott y ella están jugando al poli bueno y el poli malo con la policía. Es todo un espectáculo, son como dos gotas de agua. Ambos se lo tienen bastante creído. Angela también fue profesora, y supongo

que este es el resultado de una carrera dedicada a menospreciar a niños.

Fry se encoge de hombros.

—Por el momento, esa es la teoría en la que nos basamos. Quien lo ha hecho ha dejado deliberadamente a alguien moribundo en la nieve —dice—. Esto es muy grave, y tenemos razones para creer que ha elegido a esta víctima.

Deja de hablar para que asimilemos sus palabras. Siento un escalofrío recorriéndome la espalda y miro a los presentes. Seguro que no ha sido ninguno de nosotros, ¿verdad?

—¿Y qué hay de las personas de las otras cabañas? —pregunto, desesperada por zanjar el tema.

—También los estamos interrogando.

—Si hubiéramos visto algo, habríamos llamado a la policía de inmediato —digo, sin saber qué más aportar.

Fry me mira.

—No me cabe duda. Pero nadie ha llamado.

—No, ya veo —respondo, sintiéndome estúpida.

—Así que, para continuar con la investigación, necesitamos nombres, hora de llegada y detalles de los coche de todos los presentes. Empezando por usted, señora Wilson...

Tanto Fiona como yo levantamos la vista, preparadas para contestar, pero, por supuesto, es a Angela a quien se dirige.

—Jenna y yo hemos llegado sobre las tres y cuarto —dice Angela—, y la siguiente en llegar ha sido Fiona, unos veinte minutos más tarde.

Ahora le toca a Fiona intervenir:

—Si buscan a alguien que pueda saber algo sobre el tema, les sugiero que pregunten a los de la despedida de soltero que se alojan en la cabaña de más abajo, junto a la costa. Casi me sacan de la carretera antes...

—¿En serio?

—Sí, a poco menos de un kilómetro carretera arriba. Aparecieron conduciendo a toda pastilla. ¡Con la de nieve que había!

—¿Cómo sabe que era una despedida de soltero? —pregunta Fry, y todos nos volvemos hacia Fiona, que se ruboriza y empieza a

tartamudear.

—No quiero decir que lo sea, pero sí que se comportaban así. Iban gritando por las ventanas y conduciendo demasiado rápido.

—Gracias, señora...

—Señorita Penny... No estoy casada —dice, y se me parte un poco el corazón por ella. Le arrebaté hasta el nombre.

A continuación, Fry se dirige al grupo y, empezando por Sam, solicita las horas de llegada y los datos de los coches.

Mientras la policía hace sus pesquisas, Angela, tan educada como acostumbra, le pide a Jenna que prepare algo de beber. Jenna pone mala cara ante esta solicitud. Está claro que no quiere perderse nada.

—¿Ahora? —pregunta, haciendo un mohín con la boca—. ¿Quieres que prepare bebidas para todos?

Angela sonríe, asiente en señal de confirmación y vuelve a centrar su atención en el interrogatorio.

Evito el contacto visual con Jenna. Si es ella la que ha publicado los mensajes, una sola palabra por mi parte podría provocar que empezara a escupir veneno.

Da media vuelta y se dirige a la cocina. Jenna es una de esas personas que solo actúa en beneficio propio. Interpretar el papel de cocinera de Le Cordon Bleu le da estatus, a la vez que la ayuda a congraciarse con gente que cree que podría serle útil: mi marido y su madre.

Vuelve unos minutos más tarde portando una bandeja con tazas de té para las agentes. Parece que el resto no vamos a tomar nada. No digo ni una palabra. Ya tengo suficiente con Olivia, que lucha por bajarse de mis rodillas; no necesito añadir una taza de té caliente a la ecuación. Entonces comienza a berrear, y yo me pongo a dar vueltas con ella mientras las policías terminan sus preguntas y apuran el té.

—Hasta que averigüemos qué ha pasado exactamente en esa carretera esta tarde, debo pedirles que tengan cuidado —dice Fry antes de marcharse.

Intento oírla a través del llanto de Olivia mientras voy de un lado a otro de la habitación meciéndola en vano.

—Alguien sabe lo que ha pasado en esa carretera —dice ahora—, y les advierto que la víctima se encuentra en estado crítico. Quien haya sido capaz de hacer algo así será capaz de cosas mucho peores, así que permanezcan alerta, y si alguien recuerda algo o quiere hablar conmigo en privado, que llame a comisaría.

—Joder, quiere que nos delatemos entre nosotros —dice Sam cuando se ha ido.

—Es una forma de verlo, pero, si alguno de nosotros hubiera atropellado a alguien y se hubiera dado a la fuga, que por supuesto no es el caso, deberíamos *delatarlo*, como tú dices —responde Scott. Está enfadado, la irritación se percibe en su voz. Luego se gira hacia mí—. Danni ¿por qué no te has llevado a Olivia a la habitación? —me espeta—. No podía concentrarme en lo que decían las agentes con la niña gritando y contigo dando vueltas todo el rato. Me estabais distrayendo.

—Usted perdone, d*etective* Scott Wilson —bufo—. ¿Por qué no la has llevado tú a la habitación? ¿O es que estabas demasiado ocupado intentando resolver el misterio? —suelto, arrepintiéndome de inmediato cuando Angela, Fiona y Jenna se giran para mirarme.

Jenna tiene los ojos abiertos de par en par; está disfrutando con esto. Me la puedo imaginar comiendo palomitas.

—Lo siento, Danni... Es que era muy molesto. La policía intentaba tomar notas, pero no oía lo que decíamos —responde en tono conciliador.

Estoy tan enfadada que no puedo ni hablar, me limito a dar vueltas y más vueltas meciendo a Olivia, que grita aún más, decidida a avergonzarme tanto como mi marido. Pero, de repente, Jenna empieza a caminar hacia mí con los brazos extendidos.

—Vamos, Danni, déjamela un rato. Estás muy estresada, y los bebés notan esas cosas. —Ahora está agarrando a Olivia, aparentemente con suavidad, pero trata de arrancármela de los brazos, y cuanto más tira ella, más me aferro yo.

—Necesita un respiro. ¿A que sí, Scottie? —dice, sujetando a Olivia, y por un momento lo miro, esperando que intervenga, que me apoye, pero mi marido se limita a observar, impasible. Estoy sola en esto.

—No. ¡NO! —digo más alto, pero nuestros ojos se cruzan y veo que me devuelve una mirada fría como el acero. ¿Es que nadie más se da cuenta de lo que está pasando? Sigo sujetando a mi bebé, al igual que ella, y tira con tanta fuerza que me preocupa que, si no suelto a Olivia, podría acabar haciéndose daño. Así que, de mala gana, cedo, y ella me quita a Olivia de los brazos.

—No pasa nada —le dice a mi hija bajando la mirada, arrullándola con una voz falsa y tranquilizadora que no me trago ni por un segundo.

Me pongo de los nervios, no soporto que toque a mi hija. Estoy desesperada por recuperarla y que esté a salvo conmigo. Pero ahora la está acunando, acerca su cara a la de Olivia y, al encontrarse en brazos de una desconocida, Olivia se calla de repente, insegura, dando la impresión de que se ha calmado.

—Tienes un don para esto —dice Fiona con malicia.

Me encantaría golpearla, después de golpear a Jenna, claro, que revolotea por la habitación con mi bebé mientras todos dan su aprobación a la forma en que ha detenido los llantos.

Trato de morderme la lengua y mantener la calma. Me acerco a ella con los brazos extendidos.

—Voy a bañarla —digo, intentando que mi voz no refleje el miedo y el odio que siento.

—No te preocupes, Danni —me dice, mirándome fijamente—. Yo la cuido esta noche y así puedes tener algo de tiempo libre. Te lo mereces.

—No hace falta —insisto—. Dámela, devuélveme a Olivia. —Me acerco de nuevo, y esta vez ella retrocede, abrazando a la pequeña, como si yo no fuera de fiar.

—Danni, va a estar bien con Jenna —oigo que murmura Scott, y eso es la gota que colma el vaso.

—¡Jenna, DÁMELA! —grito, provocando que Olivia vuelva a llorar y que Jenna mire en derredor, sorprendida por mi enfado.

—Vale, vale. Va a ser verdad que la quieres —dice, como si solo lo hiciera para montar el espectáculo.

Cojo a Olivia y, a pesar de sus gritos, una enorme sensación de alivio me invade. Camino con piernas temblorosas hasta la

habitación. Cierro la puerta y me tumbo en la cama con mi hija, que en pocos minutos está tranquila y dormida. Permanezco largo rato escuchando las voces, alguna carcajada, a alguien que cuenta una historia mientras todos escuchan. No formo parte de eso, no pertenezco a este grupo; me engañé a mí misma al pensar que podría infiltrarme en esta familia, con sus normas de comportamiento, su historia y sus secretos. Pero quién soy yo para hablar de secretos familiares: guardo uno descomunal. Acuesto a Olivia en su cuna y me duermo un rato, hasta que Scott me despierta una hora más tarde.

—¿Estás mejor ahora? —me pregunta, como si debiera avergonzarme de mi comportamiento.

—Sí, estoy perfectamente, y seguiré así siempre y cuando ella no vuelva a acercarse a nuestra hija —digo demasiado alto.

—Venga, Danni, por favor. Déjalo ya —dice con un suspiro, mientras se desabrocha la camisa.

Me siento en la cama y coloco unos cojines detrás de mí.

—No, no lo dejo. Creo seriamente que la oferta de Jenna de hacer de cocinera este fin de semana es mucho más tétrica de lo que piensa tu madre o cualquiera de los demás.

No contesta. Se mete en la cama, cansado.

—No puedo creer que Angela la haya invitado. Seguro que ha venido para vengarse de mí. Sé que suena dramático, y dudo que me hiciera daño —añado rápidamente, antes de que me acuse de paranoica—, pero creo que está disfrutando del malestar que me provoca su presencia. Y todo ese... teatrillo con Olivia ha sido pasarse de la raya; sabía que me molestaría que me la quitara. Es malvada.

—Danni, lo estás malinterpretando todo. Solo intentaba ayudarte.

—Y una mierda, ¿no viste lo que pasó? Fue abusivo. Me da miedo, no voy a poder dormir esta noche. No soporto pensar que está bajo el mismo techo que Olivia y yo. No confío en ella, Scott. —Me giro hacia mi marido buscando su complicidad.

—Mira, Danni, estás muy alterada. No estás durmiendo bien, y eso te está volviendo paranoica.

Ya empezamos.

—Que no, joder, no tiene nada que ver con eso. Es que no veo otro motivo por el que quiera ganarse a tu madre precisamente. Seguro que fue para que la invitara este fin de semana.

—Jenna no es tan malintencionada como tú piensas. Perdió su trabajo y ahora es camarera en una cafetería. Necesita dinero, es así de simple —dice con firmeza.

—¿Y se supone que debe darme lástima?

—No, pero está en esta situación por tu culpa.

—No me vengas con esas otra vez. Sabes lo que pasó, Scott, y tú estuviste de acuerdo.

—No tuve elección, querías ir a la policía...

—No consigo entender por qué no te asusta lo más mínimo. Se planta aquí pareciendo mi doble, se hace pasar por cocinera de Le Cordon Bleu e intenta robarme a mi bebé, ¡está como una puta cabra!

—De verdad, no creo que nada de eso indique que Jenna está, como tú dices, «como una puta cabra».

—¡Se ha decolorado el pelo y hasta se lo ha cortado exactamente igual que yo! —Me inclino hacia delante para que se entere bien—. Quiere quitarme a mi bebé.

—Danni, ella no es así. —Esto parece hacerle gracia.

—¿Te estás riendo de mí?

—No, es solo que te basas en ejemplos muy vagos a la hora de catalogar a alguien de loca. Intentó ayudarte a calmar a Olivia y funcionó. Las dos comprasteis la misma chaqueta y no tienes el monopolio de ese corte de pelo.

—No quiero decir eso, pero ella tenía el pelo largo y oscuro hasta hace poco, y yo subí una foto a Instagram con esa chaqueta. Seguro que la vio y se compró una igual. Scott: de repente, se ha convertido en mí.

Se limita a mirarme, negando con la cabeza.

—¿Qué?

—Para, esto no tiene sentido. ¡Pareces una quinceañera! Vale, se ha cortado el pelo y se lo ha teñido, y puede que hasta tuviera esa chaqueta antes que tú. Además, si te está copiando, cosa que dudo, considéralo como algo positivo. La imitación es la forma más sincera

de halago.

—No me siento halagada. Me siento aterrada. Y, si es camarera ¿por qué dice que es cocinera de Le Cordon Bleu cuando está claro que no lo es?

—Puede que lo sea. Independientemente de eso, admiro el hecho de que haya podido recomponerse tan rápido y que el orgullo no le impida trabajar en una cafetería para ganarse la vida.

—Vaya, sí que la admiras, ¿no? ¿Y cómo demonios encontró a tu madre? Seguro que también es una coincidencia, ¿a que sí?

Empieza a hablar despacio, para demostrar hasta qué punto estaba poniendo a prueba su paciencia.

—Ella no sabía ni quién era mi madre. Entró *por casualidad* en la cafetería donde trabaja y empezaron a hablar —dice.

Para ser un hombre con tanta formación, a veces puede ser muy estúpido. ¿O acaso se piensa que la estúpida soy yo y que me creo lo que dice? Jenna siempre ha sentido algo por Scott. Yo he sido la otra mujer y sé lo fácil que le resulta a mi marido enamorarse de una damisela en apuros. ¿De verdad Jenna se cree que soy tan estúpida como para dejar que infecte mi relación?

Puede que esté paranoica, pero no comparto la fe que profesa Scott por Jenna ni su aparentemente buena opinión sobre ella. Diga lo que diga, no me hará cambiar de pensamiento: aparecer de repente en nuestras vacaciones familiares, vistiendo la misma chaqueta amarilla que yo y con un nuevo corte de pelo idéntico al mío no me parece una coincidencia; me parece siniestro.

SIETE

FIONA

Viernes por la noche

—Bueno, Jenna, estaba todo riquísimo —dijo Angela, dejando el tenedor, y se limpió la boca con la servilleta.

—Sí, estaba muy bueno —concordó Georgia.

Me alegró gratamente el entusiasmo de mi hija por la cena, porque en los dos años anteriores sus hábitos alimenticios habían sido, en el mejor de los casos, esporádicos.

Pero mi mayor preocupación esa noche era Sam. Se había pasado dos días en una *rave* y, a juzgar por sus ojos, todavía estaba sufriendo las consecuencias. Mi hijo había recibido el aspecto social de la universidad con los brazos abiertos, una vía de escape que, sin duda, agradeció tras el divorcio de sus padres. Pero me inquietaba que su ajetreada vida social interfiriese en su rendimiento académico. Comenté ese asunto con Scott la semana anterior, pero él me dijo que no había de qué preocuparse, que Sam solo tenía que madurar y lo haría tarde o temprano. Solíamos mantener largas charlas por teléfono cuando Danni estaba fuera o mientras dormía, pero me resultaba muy diferente las veces que ella estaba presente. No dejaba de oír los gritos de la bebé, las quejas de Danni de fondo y su voz cargada de tensión.

—Joder, Danni, estoy hablando por teléfono —bufaba él, y ella se lo devolvía. Yo colgaba el teléfono en esas ocasiones, y no podía evitar pensar en el disparate que supone para un hombre de mediana edad cambiar una vida feliz y estable por otra marcada por el caos y la falta de sueño que acompaña a los bebés y las nuevas esposas.

—Gracias, Jenna, la carne estaba deliciosa —dijo Scott.

—Ha sobrado un montón —ofreció Jenna e, inclinándose hacia él, empezó a rellenarle el plato con cariño.

—Sí, gracias, Jenna, estaba delicioso. Me encantaría que me pasaras la receta... —comencé, pero, antes de terminar o de que Jenna me respondiera, Danni me interrumpió.

—Y bien, ¿qué demonios ha pasado en la carretera? —Se dirigía a toda la mesa, reclamando atención, claramente descontenta por los elogios que estaba recibiendo Jenna.

—Vaya manera de estropear el ambiente —murmuré, preguntándome de nuevo qué problema tenía con aquella joven que parecía tan agradable y dispuesta a caer bien. No como Danni.

—Bueno, puede que no nos afecte a todos —dijo, dedicándome una mirada de reojo—, pero yo me siento culpable sabiendo que han atropellado a alguien a unos metros de aquí mientras nosotros estamos tan tranquilos comiendo estofado. —Apartó la cena, que apenas había tocado, como si fuera a contagiarle algo.

Un silencio incómodo se apoderó de la sala. Lo único que se oía era el chasquido de los cubiertos en el plato de Scott; los demás ya habían terminado, pero él estaba dando cuenta de su segunda ración.

—No es estofado, es *boeuf bourguignon* —dijo por fin Jenna, con la cara enrojecida por una ira que casi no alcanzaba a contener.

—Y está riquísimo, el mejor *bourguignon* que he comido en mi vida, Jenna, gracias. —Angela tranquilizó el ambiente.

—Mejor no pensar en el accidente —dije con calma—, este fin de semana es para celebrar el cumpleaños de la abuela.

Vi que Danni ponía los ojos en blanco y le lancé una mirada, que ella me devolvió, desafiante.

—Tienes razón, mamá —animó Sam.

Se lo agradecí. ¿Se habría dado cuenta de los dardos envenenados que Danni nos estaba arrojando a Jenna y a mí? Mi hijo odiaba el conflicto, había tenido de sobra durante las semanas previas a la partida de su padre. Y ahora, como entonces, se mostraba dispuesto a apaciguar la situación. Sam era un mediador natural, para él no había nada más satisfactorio que solucionar problemas.

—¿Quién se apunta al *jacuzzi* más tarde? —dijo de repente mi hijo.

Casi se me escapó una carcajada. Dejando a un lado el frío, ¿de verdad creía que un baño burbujeante de celos y resentimiento iba a

aliviar las tensiones en lo más mínimo? «Eso sí que sería un buen guiso», pensé.

—¿Con este tiempo de perros? —exclamé.

—Ahí está la gracia, mamá —respondió, divertido—. Dentro del *jacuzzi* se está calentito.

Danni disimuló una risita, aferrándose a lo divertido que le había parecido Sam mi comentario y convirtiéndolo en algo negativo y mezquino.

—A mí nunca me han llamado la atención —dije, negándome a dejar que me arrastrara.

—Pues, para empezar, puedes sentarte a la intemperie a ver las estrellas. Da igual que haga frío, el agua te mantiene caliente —rebatió.

—Prefiero sentarme junto al fuego —murmuré.

—Yo también —contestó Angela—. Cuando me dijeron que había un *jacuzzi*, ni siquiera sabía bien lo que era, pero estaba convencida de que a los más jóvenes os gustaría. —Hizo un gesto hacia Jenna, Danni y los chicos y, de repente, me sentí una anciana.

—Va, yo me apunto al *jacuzzi*, Sam —comentó Jenna. La forma en que dijo su nombre y le sostuvo la mirada a mi hijo me hizo preguntarme si podría haber química entre ellos. Se me ocurrió que podría ser bueno para Sam tener a una mujer joven y agradable en su vida. Jenna era unos años mayor que él y tenía la cabeza bien amueblada, y yo podría pasar por alto su brazo tatuado y su maquillaje recargado si cocinaba así todas las noches.

—¿Tomamos el postre en el *jacuzzi*? —sugirió Jenna—. He hecho tarta de queso.

Angela y yo nos miramos dubitativas.

—Suena peligroso —bromeé.

—A mí me encanta el peligro —dijo Danni con entusiasmo, mirándome desdeñosamente—. ¡Contad conmigo!

—Genial. Entonces, ¿nos lo tomamos en el *jacuzzi*? —preguntó Sam.

—Síííí —respondió Danni con voz chillona, el tipo de voz que supuse que usaba cuando seducía a mi marido. A pesar de que ahora estaba casado con ella, seguía pensando en Scott como *mi* marido.

—Angela me dijo que había un *jacuzzi*, así que me he traído el bikini —añadió.

No había duda de que estaba más que dispuesta a mostrar ese cuerpo posparto; daba la impresión de que pasaba mucho tiempo en el gimnasio, pero Georgia me dijo que había empezado a hacer ejercicio en casa desde que tuvo a Olivia.

—Tiene pesas y una bicicleta estática en casa —me había dicho mi hija en un raro lapsus de discreción.

Georgia estaba impresionada con el compromiso de Danni con el bienestar físico, pero trataba de ocultar la admiración que profesaba por su madrastra cuando hablaba conmigo. Rara vez relataba nada de lo que ocurría cuando pasaba la noche con Scott y Danni en su afán por protegerme. Tan solo tenía diecisiete años, pero mi hija gozaba de buena intuición y sabía que mis aparentemente inocentes preguntas sobre el fin de semana ocultaban un ansia de información que podría hacerme daño. Estaba desesperada por conocer las minucias de su afectuosa vida doméstica para compararla con la nuestra. Quería saber *por qué* la había elegido a ella antes que a mí y a los chicos. Cualquier migaja de información que los chicos pudieran soltar me valía como prueba para averiguar por qué nos había ido tan mal a nosotros y tan bien a ellos. Pero Georgia sabía lo que tramaba y lo doloroso que era para mí, así que se cuidaba de no dar detalles sobre el tiempo que pasaba con Scott y Danni.

Ya que nunca la había visto con mis hijos, a menudo me preguntaba cómo era como madrastra. Y, por lo que había podido observar hasta ahora, parecía que aprovechaba su juventud y jugaba la carta de la amiga y la hermana mayor en lugar de comportarse como una madrastra estricta. Pero pese a sus esfuerzos por integrarse con los chicos, parecía no entender el subtexto de lo que estaba pasando allí. Probablemente, Sam solo había mencionado el *jacuzzi* en un torpe intento de quedarse a solas con Jenna. Me había parecido que quería conocerla más en profundidad, y puede que ella sintiera lo mismo. Obviamente, Georgia se había dado cuenta y había anunciado que pasaba del baño, pero Danni no había sido capaz de leer la situación. Iba rumbo a convertirse en la sujetavelas de la noche, ¿o es que acaso intentaba interponerse

entre ellos deliberadamente? Al fin y al cabo, se notaba que Jenna no era de su agrado. Fueran cuales fueran sus motivos, Jenna y Sam estaban a punto de disfrutar de una noche estrellada ¡acompañados por su madrastra!

—¿Y la bebé? —pregunté. Fue una pregunta incómoda por mi parte, especialmente después de todo el drama que se había montado con Jenna. Sabía que le molestaría, pero no pude evitarlo: esperaba que mencionarle a su retoño la incitara a olvidar el baño en el *jacuzzi* para que Sam y Jenna estuvieran un rato a solas.

Pero Danni giró la cabeza y me fulminó con la mirada.

—También es hija de Scott. ¿No cuidaba de Sam y *Georgie* cuando eran bebés? —Lanzó una sonrisa cómplice a Scott, como si estuvieran compartiendo una broma privada sobre mí.

—No, la verdad es que no —respondí—. Scott es un buen padre, pero no tenía muy buena mano con los bebés, ¿verdad? —le pregunté directamente. Él se encogió de hombros, serio—. No —continué—, para él es más fácil cuando ya están en edad de ir al colegio.

No pretendía menospreciar a Scott, pero lo pareció y me él me lanzó una mirada asesina. Todo era tan frágil: el conflicto entre pasado y presente, la dinámica entre dos mujeres forjada a partir del dolor y resentimiento. Cada palabra, cada acción se sentía como una victoria o una derrota; un estúpido juego presidido por el hombre que había causado todo ese dolor. Debería haber pedido una tregua en ese preciso momento, porque solo había un ganador en esa guerra entre mujeres: el marido.

—Yo cuidaré encantada de Olivia si quieres bañarte en el *jacuzzi*, Danni —se ofreció Angela. Una vez más, volvía a ser un bote salvavidas en mitad de la tormenta, justo lo que Danni esperaba. Estaba claro que había visto el fin de semana como una oportunidad idónea para relajarse y dejar a la bebé en manos de Angela, tal y como había hecho nada más llegar.

—No vas a pasarte el fin de semana haciendo de canguro —espeté, y luego traté de suavizarlo—. Mira, Angela, este fin de semana es en tu honor. Has tenido la amabilidad de invitarnos y pagarlo todo. Lo siento, pero no deberías tener que andar cambiando pañales y

acostando bebés en tu cumpleaños.

Vi a Danni sentada con la boca abierta, en una suerte de pantomima de ofensa, pero la ignoré.

—Yo puedo cuidar de Olivia —se ofreció Jenna. La propuesta cayó como una bomba, y todos desviamos la mirada hacia la mesa, esperando la reacción de Danni. Para alivio de todos, Scott intervino:

—Yo cuidaré de Olivia —dijo, cansado—, estoy acostumbrado a acostarla. Tú ve a meterte en el *jacuzzi* con los demás.

Danni frunció el ceño. Me sorprendió su gesto de altruismo; en otros tiempos, él se habría ido al *jacuzzi* mientras yo cuidaba de Sam y Georgia. Quedó patente que se estaba implicando más en su segunda paternidad. Por otra parte, lo más seguro es que estuviera tratando de evitar otra guerra mundial entre Danni y Jenna en la lucha por Olivia. Eso ya nos había dejado a todos con mal sabor de boca.

Así que, mientras «los chicos» —es decir, Jenna, Sam y Danni— salían con sus postres, Angela y yo nos sentamos junto al fuego con los nuestros, y Scott acostó a Olivia.

—La tarta de queso es una maravilla. Muy ligera y esponjosa —comentó Angela.

—Sí, tengo que decir que contratar a Jenna fue un acierto. Aunque no estoy segura de que Danni piense lo mismo.

—Eso mismo me ha parecido. Danni apenas ha probado la comida. Creo que Jenna es más amiga de Scott.

—¿Amiga de Scott? —Aquello me sorprendió.

—Sí. Creo que ella y Danni no se llevan bien.

—Mmm, tengo la sensación de que a Danni no le gusta ni un pelo. Cuando la vio antes, parecía..., no sé, molesta.

Angela se encogió de hombros y sonrió cariñosamente, como si no me hubiera oído o prefiriera no hacerlo.

Nos asomamos al exterior para observar en silencio a la juventud en el *jacuzzi*. Los focos de colores cambiaban lentamente del azul al verde y luego al rosa, y el vapor adoptaba las distintas tonalidades, transformando la escena minuto a minuto.

—Por fin se ha dormido. —Scott rompió el silencio cuando volvió tras acostar a Olivia. Él y su madre hablaban sobre la dentición de

Olivia mientras yo tenía un ojo puesto en la terraza, donde Jenna y Sam se encontraban charlando en el agua. Segundos después apareció Danni, que se quitó la bata para dejar ver un bikini diminuto que me pareció inapropiado para una reunión familiar.

—Danni tiene buen aspecto, la bebé solo tiene doce meses —murmuré con sinceridad.

Scott no respondió, y Angela no estaba presente en ese momento.

Me quedé fascinada observando a Danni, quien de inmediato desvió la atención de Sam de Jenna diciéndole algo mientras se metía en el *jacuzzi*. Observé cómo la miraba y vi la expresión de su cara cuando ella entró en el agua y se sentó excesivamente cerca de él. Había una intención clara de hacer sentir a Jenna fuera de lugar, pero, mientras Danni miraba a mi hijo a los ojos, Jenna salió del *jacuzzi*. Esperaba que Sam la siguiera, pero no lo hizo. De hecho, no pareció darse cuenta siquiera. Permaneció sentado entre el vapor y la penumbra, hablando bajo las estrellas con su madrastra, como si fuera algo que ya hubieran hecho miles de veces.

Un instante después, Jenna apareció en el salón envuelta en una toalla.

—Hace demasiado frío para mí ahí fuera —murmuró, sonriendo a Scott—. Hazme hueco, Scottie —dijo, apretándose a su lado en el extremo del sofá.

Ya había oído a Jenna dirigirse a Scott de esa manera antes, y me sorprendió que adoptara de nuevo ese tono informal. Nadie lo llamaba Scottie; seguro que detestaba ese diminutivo, ¿verdad? Pero él no pareció darle importancia, tan solo se desplazó un poco para que ella pudiera sentarse a su lado y continuó mirando en dirección al *jacuzzi*, como el resto. Me resultaba incómodo ver a Sam en una actitud tan íntima con su madrastra y, a juzgar por el silencio sepulcral, creo que los demás pensaban lo mismo. Miré a Scott, pero no pude verle la cara porque Jenna me tapaba la vista. Me pregunté por qué no se había sentado conmigo en el otro sofá, casi vacío. ¿Tenía razón Angela y había una amistad entre Scott y Jenna? ¿O era algo más que eso, al menos por parte de ella?

Encontré desagradable y —lo admito— doloroso ver lo cómodos que estaban Sam y Danni el uno con el otro. Jamás imaginé que

tuvieran una relación tan estrecha. Sam nunca hablaba de Danni. Tan solo me informaba de lo básico siempre y cuando yo le preguntara: confirmaba que estaba en casa, si había preparado la cena o si estaba bien. Siempre fueron detalles sin importancia que no me dieron a entender que existiera una relación así entre ellos. Ninguno de mis hijos me había proporcionado nunca una crónica exhaustiva del tiempo que compartían con ella, y yo lo agradecía, pues hacía la situación más llevadera. Pero lo que estaba presenciando ahora sugería una amistad *muy* estrecha que superaba la de una madrastra con su hijastro. Los observé con discreción pero atenta. El diálogo parecía tan íntimo, tan secreto, que se veían obligados a colocarse muy cerca el uno del otro. Era Sam quien llevaba la conversación, y estaba claro que no se parecía en nada a los intercambios monosilábicos que a veces se dignaba a tener conmigo. Me sentí herida; Scott me había descartado por una mujer nueva y mejor, y ahora mi hijo también me había sustituido por una madre nueva y mejor.

Seguíamos mirando la escena en silencio, como si estuviéramos en el cine, esperando a ver qué ocurría a continuación. Tuve que agarrarme al sofá para no salir allí afuera a poner fin a lo que fuera que estuviera pasando. Era insoportable. Y, cuando a través del vapor y el vaho vi a Danni tocarle el hombro desnudo y brillante a mi hijo, se me encogió el corazón. Luego, se inclinó hacia él y le susurró algo al oído. La forma en que sus cuerpos se rozaron hizo que todo mi mundo diera un vuelco.

OCHO

DANNI

Sábado

Esta mañana me he despertado molesta y enfadada. Anoche me sorprendí tanto como Fiona y Angela cuando Scott se ofreció a cuidar de Olivia mientras yo me metía en el *jacuzzi*. Claro que me sentí aliviada, porque no quería montar otra escenita con Jenna haciendo las veces de Mary Poppins e intentando quitármela. Pero lo de Scott fue aún peor, diciendo eso de «*estoy acostumbrado a acostarla*» con esa voz, delante de Fiona y de su madre. Fue imperdonable. La insinuación de que yo era una madre negligente y de que él se encargaba de todo era, sencillamente, una falacia. Estaba tan enfadada que no quise ni hablar con él. Me fui a la habitación, me puse el bikini y me metí en el *jacuzzi*. Pero más tarde, cuando volví a la habitación, me enfurecí incluso más al ver que había acostado a Olivia en su cuna solo con un pañal y una camiseta, mientras que él estaba tirado en la cama durmiendo a pierna suelta.

—¿Así estás acostumbrado a acostarla? ¡Ni siquiera le has puesto el pijama! —le grité, pese a que estuviera dormido.

Yo estaba de pie, junto a él, preparada para la guerra. Es posible que estuviera exagerando, pero me encuentro bajo mucha presión en este lugar.

—¿Scott? —pregunté, esperando una respuesta. Pero él se limitó a darse la vuelta y se puso la almohada sobre la cabeza para no tener que oírme.

Estaba dolida y cabreada. Si en ese momento me hubiera rodeado con los brazos y me hubiera dicho que me calmara, posiblemente me habría sentido mejor. Pero no, me estaba ignorando. Era como si no le importara.

—Te vendes como si fueras don Perfecto, sobre todo ante Fiona y tu madre... ¡Quieres que piensen que eres el padre del año! —dije entre lágrimas.

—Shhh, vas a despertar a todo el mundo —susurró.

—¡Me da igual! —grité, asegurándome *de que todos* se despertaran. Por desgracia, también desperté a Olivia y tuve que ocuparme de ella mientras él seguía medio dormido repitiendo las mismas quejas de siempre.

—Ya has despertado a Olivia, y probablemente a los demás también. Solo te preocupas por ti misma —murmuró—. Tienes que empezar a ser más considerada con el resto del mundo...

—Como tú, que siempre eres tan considerado con los demás: «no los despiertes», «no enfades a mi madre o a Fiona», «no hieras los sentimientos de Jenna». Pero ¿qué hay de mis sentimientos? —dije llorando.

—No puedo más, Danni —dijo desde debajo de la almohada.

—Yo tampoco, Scott. Soy tu mujer, pero te preocupas más por Fiona. Ella siempre es lo primero, y lo sabe. Sabe bien que si pide algo se lo darás, que si necesita algo siempre vas a estar ahí. ¡Que Fiona no se enfade por nada del mundo! —Me tiré en la cama y sollocé en mi almohada, pensando en cómo había afectado a nuestras vidas su incapacidad para alejarse de su exmujer.

Unos meses atrás, unos amigos míos nos invitaron a Scott y a mí a cenar. Había perdido los kilos del embarazo, me compré un vestido nuevo y estaba deseando pasar una velada adulta, con buena comida y buena conversación. Angela iba a hacer de canguro, pero estoy convencida de que le comentó algo a Fiona, porque media hora antes de salir le sonó el teléfono a Scott. Recuerdo que se me encogió el corazón cuando dijo: «Ah, hola, Fiona». Se fue a otra habitación, como hacía siempre que habla con ella. Cuando volvió, dijo:

—Georgia vuelve esta noche de la excursión con el instituto, pero a Fiona le duele la cabeza y no puede ir recogerla.

Me invadió una profunda decepción. No podía creer que pudiera caer tan bajo.

Es una persona perversa, y si puede joderme de alguna forma, lo

hará.

Y no solo se ciñe a los grandes momentos, como con aquella cena, sino que también se ensaña con los pequeños detalles. Fiona quiere arruinármelo todo, y cuando estaba en el *jacuzzi* con los demás, pude ver cómo me miraba a través de la ventana del salón. Me contemplaba con desprecio porque llevaba un bikini. Encima, en cuanto entré en el *jacuzzi*, Jenna salió y —¡sorpresa!— se unió a Scott, Fiona y Angela. Seguro que pensaban que estaban siendo discretos, pero yo podía verlos a través del vapor, observando, juzgando. Vi cómo Jenna apareció en el salón y se colocó junto a Scott en el sofá, mientras que Fiona se encontraba sola en un mar de cojines. Sabía a qué estaba jugando Jenna, y Fiona también. No confiaba en ninguna de las dos y mi ansiedad iba en aumento. Era horrible tener que estar bajo el mismo techo que dos personas que me odian.

Ahora me giro para mirar a Scott a la tenue luz de la mañana. Se ha retirado la almohada de la cabeza y duerme a mi lado. Contemplo su hermoso rostro en reposo en la penumbra. Alargo la mano y le toco el pelo oscuro y despeinado. Paso el dorso de la mano por su cara: barba incipiente alrededor de su poderosa mandíbula, pestañas largas y buenos pómulos, como los de su madre. Hubo un tiempo en que amé este rostro y habría hecho cualquier cosa por él. Aún lo quiero, me dio a Olivia, pero ya no es lo mismo.

Se remueve. Me incorporo y le toco el pecho desnudo. Abre los ojos y me pregunto fugazmente si podríamos hacer el amor, pero esa espontaneidad desapareció hace tiempo; ambos sabemos que Olivia se despertará pronto. El tiempo siempre juega en nuestra contra. Ayer lo hicimos con prisa al poco de llegar. Parecía encantado, pero le dije que me sentía incómoda con su mujer en la habitación de al lado. Juraría que eso lo excitó aún más y, antes de darme cuenta, me vi sentada en el lavabo del baño, con las piernas alrededor de su cintura e intentando no gemir demasiado alto. Pero ahora la cosa es distinta; sigo lidiando con el enfado de anoche. Necesito que me escuche y que comprenda cómo me hacen sentir sus palabras, así que le digo que hacerme quedar como una mala madre delante de todos me hizo daño. Él, por toda respuesta, se

desprende del edredón y se va al baño a lavarse los dientes. Así que me doy por vencida y pruebo con un enfoque más positivo.

—¿Y si hacemos algo hoy, los tres solos? —pregunto, mientras escupe en el lavabo.

—No —responde, secándose la cara con la toalla.

Sonrío con incredulidad ante su falta de tacto.

—No puedes decir que no así, sin más. ¿Por qué no damos un paseo en coche? —le sugiero. Llegamos ayer pero ya se me está cayendo la casa encima.

—¿Tú has visto la nieve? —pregunta, volviendo a entrar en la habitación—. Imposible conducir con este tiempo. Y, por si se te había olvidado, hoy es el cumpleaños de mi madre —añade, cogiendo su ropa, y se la pone tan rápido que parece a punto de salir corriendo.

—No se me había olvidado. —Señalo la bolsa que hay en un rincón de la habitación—. Fui yo quien compró y envolvió todos sus regalos. También le hice una tarta.

—Entonces, ¿por qué sugieres que nos vayamos y la dejemos sola en su cumpleaños? —Se pone los calcetines dándome la espalda, ni siquiera se gira para dirigirse a mí.

Lanzo las manos al aire en un gesto de frustración.

—¡No quiero decir eso! —replico—. Solo digo que estaría bien que tú y yo pasáramos un rato juntos.

—Pasaremos todo el tiempo que queramos *juntos* cuando volvamos a casa, pero ahora mismo estamos de vacaciones en familia. Esto no va de lo que queramos *nosotros* —lo dice con ese tono de rectitud moral que suele reservar para las asambleas escolares, cuando alguien le «falta al respeto a los demás» hablando o usando el teléfono.

—¡Cállate, pedante! —murmuro en voz baja.

Finge ignorar esto último.

—Podrías ayudar a Jenna en la cocina. No estaría de más que lo intentaras. —Por fin se gira para mirarme—. Antes erais amigas, tampoco es para tanto, ¿no? Creo que no estás siendo justa con mamá y estás creando mal ambiente.

—Lo siento, no tengo nada en contra de tu madre, pero no pienso

acercarme a esa psicópata ni en broma, y menos en la cocina.

—Jenna no es una psicópata...

—Es una psicópata y una mentirosa —digo demasiado alto. Luego bajo el volumen cuando Olivia se agita—. ¿Le Cordon Bleu? ¿En serio? Como mucho, será el cordón de los zapatos. ¡Si no sabe ni hacer una tostada! —digo en un susurro dramático—. Lo que tiene que hacer es seguir con su trabajo: traficar con drogas —añado, incapaz de contenerme.

—Ese tipo de comentarios pueden arruinarle la vida a la gente. Jenna perdió su trabajo porque propagaste rumores infundados como ese...

—No eran infundados. Por Dios, Scott, a veces eres tan repelente. Pareces un juez de la Corte Suprema. Ojalá pudieras ver cómo es en realidad. Hace lo que sea para contentaros a ti y a tu madre, parece muy dulce e inocente, pero no lo es, es una...

—Baja la voz, te van a escuchar. Estás histérica, Danni. Y puedes decir lo que quieras sobre su formación culinaria, pero la cena de anoche estuvo deliciosa. —Hace una pausa mientras se levanta y se pone el jersey—. Y creo que fue una grosería por tu parte no comértela.

—Pues acostúmbrate, porque no voy a probar nada de lo que cocine. Lo de que es chef es mentira. Seguro que añade otros ingredientes a mi plato, como anticongelante.

Pone los ojos en blanco.

—Pues te vas a morir de hambre, porque ella es la cocinera.

—Bueno, no te preocupes. «Yo quiero repetir, Jenna, por favor» —imito su petición de anoche con voz chillona—. Seamos realistas, a ti no te va a echar anticongelante, *Scottie* —añado, emulando la voz repulsiva y servil de Jenna—. No me fío de ella, no puedo creer que alguna vez fuéramos amigas. Pero ahora sé que es un bicho malo, y la policía tiene que conocer la realidad.

Recuerdo cuando Jenna y yo éramos amigas. No tardó en enredar a Scott en un supuesto proyecto de ciencias que aparentemente le «apasionaba». Sé que en el fondo buscaba renovar el plan de estudios de ciencias, pero ¿de verdad era necesario quedarse hasta las tantas para discutirlo con Jenna? Ella era técnico de laboratorio y,

como le dije a Scott en aquel momento, ¿por qué no hablaba con los *profesores* de ese departamento?

—Porque Jenna es sangre fresca. Es de la nueva generación y tiene muchas ideas innovadoras —me comentó, entusiasmado.

Me entraron ganas de vomitar. No era más que una interesada que había conseguido el puesto a base de mentiras. Y sigo pensando lo mismo de ella.

Se queda en silencio, mirándome, maquinando la peor respuesta posible que se le ocurra soltarme. La estoy esperando, preparando mi réplica, acostumbrada ya a este juego de crueldad mutua.

—Tú eres el bicho malo, Danni. Jenna es joven y brillante, tiene toda la vida por delante, y por eso la odias tanto.

Auch. Ahí está, la lacerante bofetada verbal rebota en mi mejilla. Así es como él la ve, ¿no? *Joven y brillante.* Es muy diferente a como yo la veo: una amenaza para mí y para mi matrimonio. Sé que está desesperada, y la gente desesperada es peligrosa.

—¿Cómo puedes ser tan inteligente y, sin embargo, no eres capaz de ver lo que tienes delante de las narices? No estoy celosa, ¡es que no confío en ella, Scott!

—Anda, no seas tan dramática. Solo es una cría. Tú no eres así, ¿qué ha pasado con la mujer fuerte e independiente con la que me casé?

—Te casaste con ella, eso es lo que le ha pasado —espeté—. Y no soy la única que ha cambiado, Scott. Te has convertido en un cuarentón promedio; buscas la redención a través del sexo con alguien más joven mientras te aferras a los cuatro pelos que te quedan en la cabeza.

Ahora está de pie junto a la puerta. A juzgar por cómo se le hincha la vena de la frente, sé que esto le ha afectado, pero por fuera ni se inmuta. Rebosa autocontrol, y ahora está sopesando su respuesta.

—Dios, eres mala persona —dice por fin—. ¿Cómo no me di cuenta antes? —Me mira con tanto veneno, con tanta oscuridad, que siento un escalofrío recorriéndome el cuerpo.

Aparto las sábanas y, tras coger mi bata, me dirijo al baño. Quiero escapar de allí, huir de su odio.

—Me voy a dar una ducha, ¿por qué no coges a Olivia y les

enseñas a tu madre y a tu ex lo bueno que eres dándole el desayuno? Aunque puede que necesites ayuda, ¡porque no lo has hecho nunca! —escupo, cerrando la puerta del baño tan fuerte que debe haberse oído en toda la cabaña.

Abro el grifo y me meto bajo el agua caliente. Me calma, pero no lo suficiente. Estoy furiosa, pero a la par triste por cómo han salido las cosas. Hubo un tiempo, cuando él aún estaba casado con Fiona, en que me tumbaba en la bañera de mi piso de alquiler soñando con él, tarareando canciones de amor convencida de que era el hombre de mi vida. Tenía la certeza de que lo único que hacía falta era que la dejara y que empezara una vida conmigo para que pudiera demostrarle lo que era el amor *de verdad*. Después del divorcio, el matrimonio y el parto, la gente siguió con su vida, se produjeron nuevos escándalos y todo el mundo pareció olvidarse de que yo había sido la otra mujer; nos convertimos en Scott y Danni. Por fin eliminamos a Fiona de la ecuación, y nuestra relación dejó de estar definida por la infidelidad y los rumores sobre nuestros revolcones en el escritorio de la oficina. Conservamos nuestros trabajos, tuvimos una hija y nos encontrábamos en el camino hacia la redención y la reinserción, o eso creía yo. Pero estar casada con Scott es una realidad que difiere mucho de mis sueños de soltería y canciones románticas de bañera.

Después de ducharme, me visto y accedo al foro, directa a la publicación sobre el gran secreto. Es como una enfermedad. No puedo descansar, no puedo dormir, no puedo dejarlo ni un momento por si alguien dice algo. De lo contrario, ¿quién sabe cuánto tiempo podría permanecer ahí, a la vista de cualquiera? Charlotte no me ha contestado. Tan solo espero que haya recibido mi mensaje y que también esté atenta para poder borrarlo en cuanto aparezca, porque aparecerá, no tengo dudas.

Me desplazo hacia el final de la página conteniendo la respiración, rezando por que no se haya añadido nada más, y cuando llego al final de la página, no hay actualizaciones. Puedo respirar tranquila, por ahora.

De repente, empieza a sonar el teléfono fijo. Me sobresalto y, al cabo de unos segundos, la voz de Scott nos llama a todos desde el

salón.

—Es la policía. ¿Podéis venir? Tienen que hablar nosotros, con todos. He puesto el manos libres. Las agentes tienen novedades —nos dice mientras entramos en tropel y nos sentamos en los sofás y las sillas.

—Soy la inspectora jefe Freeman, ¿están todos presentes, señor Wilson?

—Sí, están todos —responde.

—Siento molestarles durante sus vacaciones, pero me temo que no tengo elección. Han surgido algunos problemas tanto con la investigación como con el clima. Les pido disculpas, pero ambos factores van a afectarles a usted y al resto de los huéspedes.

—Comprendo —responde Scott con cautela.

A juzgar por el tono de voz de Freeman, esto no pinta bien.

—Hay siete huéspedes en su cabaña, ¿correcto?

Sostiene a Olivia, que emite un balbuceo justo a tiempo.

—Sí... Bueno, en realidad, no. Me explico: somos ocho, incluyendo a una niña de casi un año, Olivia.

Sonreímos, y eso alivia parte de la tensión, pero me gustaría que la dejara continuar. Todos nos preguntamos qué demonios está pasando.

—En primer lugar, la razón por la que llamo en vez de personarme en la cabaña es que hay una alerta meteorológica extrema. Ha caído tanta nieve durante la noche que todas las carreteras de la cala han quedado bloqueadas. Es imposible salir en coche de la zona, además de extremadamente peligroso, por lo que les pedimos que permanezcan en casa.

Todos mascullamos preocupados. Quiero gritar; la simple idea de quedarme aquí, atrapada por la nieve con Jenna y Fiona, me horroriza. De repente, me veo al borde de las lágrimas y se me comprime el pecho, presa del pánico.

—Pero hay más. Lamento informarles de que la víctima del atropello de ayer ha fallecido. Tras continuar con las averiguaciones, parece que nuestras sospechas se han confirmado: no se trata de un accidente. Hemos puesto en marcha una investigación por asesinato, y les tenemos que pedir que permanezcan ahí hasta nuevo aviso.

NUEVE

FIONA

Cuando la inspectora jefe Freeman nos informó de la muerte de la víctima del atropello, todos nos quedamos sentados, conmocionados y abatidos.

Pensé que Danni iba a explotar.

—No puedo... —dijo—, no puedo quedarme aquí ni un minuto más.

Mientras el resto intentábamos asimilar que alguien había muerto, Danni hacía que todo girara en torno a ella. Por una vez, Scott no le seguía el juego; simplemente ignoró el drama que estaba montando y siguió meciendo a Olivia en su regazo con el teléfono en la mano. Pero, para mi consternación, Sam se levantó de su asiento, se colocó junto a Danni y le pasó el brazo por los hombros, lo que me provocó una punzada de inquietud.

—Vamos a necesitar su colaboración, y tendremos que hablar con *todos los* huéspedes de las cabañas durante las próximas cuarenta y ocho horas... —dijo Freeman, mientras yo observaba cómo la mano de Sam masajeaba el hombro de Danni.

Aparté la mirada, perturbada por la muerte. No obstante, lo que más me preocupaba era la aparente cercanía que había entre mi hijo y su madrastra.

—La investigación acaba de comenzar y, de momento, nadie ha confesado nada —dijo Freeman—. Aunque hay varias cabañas por aquí y hablamos con todo el mundo, tal y como les comenté ayer, la carretera donde ocurrió el incidente conduce directamente a su cabaña.

Miré a los demás para ver sus reacciones, pero todos parecían recelosos.

—Hola, inspectora, ¿puedo decir algo? —preguntó Angela.

—Sí, por supuesto. Solo una cosa: les pido que se identifiquen antes de hablar —ordenó Freeman con firmeza. Ya no quedaba rastro de ese tono complaciente que había mostrado el día anterior;

ahora la situación era seria y la inspectora se había vuelto mucho más estricta.

—Angela... Soy Angela Wilson. Solo quería señalar que no fuimos los únicos que vinimos conduciendo hasta aquí ayer. —Sonó como si estuviera a la defensiva.

—¿Vio usted algún otro coche? —preguntó Freeman de inmediato.

Ante esto, Angela perdió un poco de fuelle.

—No, pero que los coches vinieran por esta carretera no significa que llegaran aquí. Puede que alguno de los otros huéspedes tomase este camino y luego se desviara por una ruta alternativa hasta su cabaña.

—No, todos los desvíos que salen de esa carretera son caminos cortados. Tras varios metros, dan directamente al bosque. No hay salida, a menos que se dé la vuelta para volver a la carretera principal o a su cabaña.

—Mierda —murmuró Jenna entre dientes. Todos desviamos la mirada hacia ella, que se sonrojó y adoptó una expresión de incomodidad.

—Puede que alguien viniera por la carretera y luego regresara por donde vino —sugirió Scott, volviendo a poner el foco en la conversación.

—No hay marcas de sugieran que ningún coche haya girado allí —dijo Fry.

Tuve la certeza de que nos estaba poniendo a prueba. Su voz era solemne; sus palabras, parcas; y sus silenciosas pausas hacían que aumentara la tensión.

—¿Y si el conductor venía por la carretera, atropelló a la víctima y dio media vuelta? —sugirió Sam, lo que me pareció una pregunta razonable.

—Imposible. Por desgracia, la nieve ha cubierto casi todas las marcas de neumáticos, pero, por lo que hemos podido comprobar, todos los vehículos que llegaron aquí ayer fueron directamente a las cabañas desde esa carretera. Todavía no podemos precisar qué vehículo era ni quién conducía...

—Ya le dije que un Ferrari pasó por aquí a toda velocidad —le ofrecí —. Eran unos jóvenes y se dirigían a nuestra cabaña.

Se hizo el silencio al otro lado del teléfono y luego la agente preguntó:

—¿Se presentaron los ocupantes de ese coche en su cabaña?

—Aquí no ha venido nadie, excepto nosotros —dijo Angela, lo que en cierto modo echó por tierra mi argumento.

—Sí, pero pasaron por delante de mí —dije—, y a gran velocidad — Mi voz perdió fuerza, pues no tenía claro a dónde quería llegar.

Freeman no respondió. Estaba claro que pensaban que me equivocaba, o que me lo había inventado.

—¿No hay cámaras de seguridad? —preguntó Scott.

—No. Pero lo que podemos afirmar, incluso en esta primera fase de la investigación, es que el vehículo que mató a la víctima condujo directamente hasta su cabaña.

Todos bajamos la mirada hacia el brillante suelo de madera. Creo que tratábamos de parecer inocentes, comprobando las reacciones del resto y evitando el contacto visual. Probablemente esa actitud *nos* hacía parecer culpables, y me alegré de que se tratara de una llamada telefónica en lugar de tener a Freeman delante, goteando nieve por todas partes y sometiéndonos a escrutinio.

—Con el debido respeto —Scott se negaba a dejarlo estar—, ha nevado durante toda la noche, seguro que eso ha cubierto todas las huellas ¿verdad?

—Es posible, pero confiamos en que la rapidez con la que el equipo forense llegó ayer al lugar de los hechos nos pueda proporcionar mucha de la información que se habría perdido bajo la nieve.

Suspiré. Por culpa del mal tiempo y del atropello, estábamos completamente encerrados. El pánico me oprimió el pecho; no se me ocurría nada peor que aquello.

Finalmente, tras más preguntas que respuestas por parte de Freeman, se despidió diciendo que volvería a llamar al día siguiente con más información.

—Si alguien sabe o descubre algo mientras tanto, no duden en llamarnos. Podemos hablar en la más estricta confidencialidad si es necesario.

—Está convencida de que ha sido uno de nosotros —dijo Sam frívolamente una vez ella colgó.

Nadie más pronunció una sola palabra. Nos quedamos sentados en silencio, desconcertados, hasta que Angela habló.

—Esto es muy triste —dijo.

Todos asentimos y expresamos nuestro pesar.

—Sí, son malas noticias —respondió Scott—. Pensar que alguien ha muerto a solo varios de metros de aquí me hace sentir incómodo.

—A mí también, y lo siento mucho por la víctima, fuera quien fuera. Pero esto significa que la policía puede retenernos aquí bajo sospecha tanto tiempo como quiera —replicó Danni.

—Debemos cooperar, Danni —anunció Scott en un tono ligeramente represivo.

—Estoy cooperando —rechistó—. Me siento como si estuviera en una pecera y todo el mundo nos estuviera observando. Sam tiene razón, ¡piensan que ha sido uno de nosotros!

—Puede que lo piensen, pero nosotros sabemos no que fue así. Será mejor que mantengamos la calma y hagamos lo que nos piden. —Estaba irritado y dejaba mostrar sus sentimientos, algo poco común en Scott.

—No puedo hacerlo —murmuró Danni, a punto de llorar. Se apartó de Sam y se fue a su dormitorio, dando un portazo tras de sí.

Angela me miró y enarcó las cejas. Yo le devolví el gesto y sugerí que nos tomáramos un respiro.

—Es una noticia terrible —dije—, y a todos nos resulta difícil de procesar. Creo que nos vendría bien descansar un tiempo.

—¿Qué pasa con la cena de esta noche? —preguntó Jenna, alternando la mirada entre Scott y yo.

—Creo que deberíamos seguir con nuestros planes —respondió Scott—. Ya has oído a la inspectora: no podemos irnos. Alguien ha muerto, y es una tragedia, pero a nosotros no nos concierne. Mamá nos invitó aquí por su cumpleaños, y creo que deberíamos honrar y celebrar la ocasión como se merece. —Se giró hacia Sam—. Eso sí, nada de globos ni fuegos artificiales, colega.

Sam se encogió de hombros.

—El año que viene será.

Nadie respondió. Se suponía que toda esta pantomima de viaje era por el supuesto último cumpleaños de Angela. Los demás se

retiraron para seguir con sus cosas. Solo quedamos Angela, Jenna y yo.

—Feliz cumpleaños, supongo —dije a Angela con una sonrisa.

—Gracias. —Parecía triste—. No tengo mucho ánimo para fiestas. Me da pena ese pobre hombre.

—¿Cómo sabes que es un hombre? —pregunté.

—Claro, tienes razón. Eso no lo sabemos, podría ser cualquiera. Es todo tan aleatorio.

—En realidad, no lo es si el culpable lo hizo deliberadamente. Es lo que afirma la policía, ¿no? —comentó Jenna.

Me encogí de hombros.

—¿Quién sabe? La interpretación de la policía no siempre es la correcta. Me cuesta creer que alguien pudiera hacer algo así a propósito.

—Te sorprenderías —respondió Jenna.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Hay gente que no se detiene ante nada para conseguir lo que quiere —dijo misteriosamente, antes de levantarse para dirigirse a la cocina y empezar a preparar una de sus complejas recetas francesas para la cena.

—¿Te puedo ayudar? —me ofrecí antes de que saliera de la habitación. Esperaba tener un rato con ella a solas y averiguar quién era esa persona que «no se detiene ante nada».

—No, gracias. Esto es ciencia, no se me puede molestar. —Se apoyó en el marco de la puerta—. Mi cocina es como una cirugía cerebral: no puedo dejar que nadie entre en el quirófano mientras estoy creando, me desconcentra.

Soltó una risita e hizo una reverencia antes de desaparecer. Angela y yo sonreímos y seguimos tomándonos nuestro café mientras observábamos cómo se alzaba el telón matutino. Durante la hora siguiente más o menos, disfrutamos de la lenta transformación del paisaje en una extensión blanca y azulada, desde el suelo hasta el cielo, pasando por el mar. La nieve seguía cayendo como flores a cámara lenta, aterrizando con delicadeza sobre el enorme manto de blanco reluciente. En la distancia, las olas grises del mar.

—La costa en invierno es espectacular —apreció. Yo había vivido

siempre en el interior y solo había disfrutado de calas como aquella durante el verano, acompañada de helado y el cosquilleo en los hombros quemados por el sol.

—Los paisajes marinos en esta época del año tienen una especie de belleza cruel —respondió Angela, asintiendo con la cabeza mientras hablaba.

Contemplamos el hermoso y traicionero paisaje. Angela sonaba reflexiva, y volví a preguntarme si también estaría contemplando el final de su vida.

—¿Estás bien? —pregunté, vacilante. Se giró para mirarme, sobresaltada—. Es que... dijiste que este podría ser tu último cumpleaños. Perdona la indiscreción, pero ¿te pasa algo, Angela? —pregunté suavemente.

—No lo sé. No me apetece hablar de eso. —Parecía molesta, y me arrepentí de haberla presionado con ese asunto.

Decidí dejar el tema. Quizá Scott podría hablar con ella. Debíamos enterarnos de si padecía alguna enfermedad; querríamos estar a su lado dado el caso. Deseé que fuera más abierta con nosotros sobre su estado de salud y sentí un atisbo de culpa porque no era así cómo había planeado su cumpleaños. Iba a ser un momento de celebración. Y, en lugar de eso, aquí estábamos, contemplando la muerte.

***

La nevada arreció durante las horas siguientes; en el interior todo era gris y carente de sentido. Nos reuníamos de vez en cuando para examinar las pruebas, charlar un poco y asegurarnos de que todos estábamos bien. ¿O acaso queríamos comprobar si alguien había confesado?

La pesadez parecía haberse apoderado de todos, incluso de la pequeña Olivia, que se encontraba sentada somnolienta sobre las rodillas de su padre, sin rastro de los aspavientos de la noche anterior. La tranquilidad de la mañana parecía adecuada a las circunstancias, y creo que nos ayudó a empezar a procesar lo que había pasado. Pero Sam, como siempre, llevaba los auriculares

puestos. No le gustaba el silencio. Pronto apareció Danni y se hizo un hueco junto a Sam. Se apoyó en su hombro, le acercó la mano a una oreja y le quitó con cuidado el auricular para colocárselo en la suya mientras le sonreía. Él le devolvió la sonrisa, feliz de compartir su música con su joven madrastra. Me sentí enferma.

—Podría haber sido yo. Podría haber estado conduciendo sola por aquella carretera helada y haber tenido que parar para comprobar un neumático o coger algo del maletero —dijo de repente Danni. Era incapaz de guardarse sus pensamientos.

—Si ha sido deliberado, no —señaló Angela—. Si la policía está en lo cierto, el asesino conocía a la víctima, y no habría mostrado el menor interés en ti —añadió despectivamente.

Nos encontrábamos todos bajo el mismo techo, y ya empezaban a aflorar los verdaderos sentimientos de la gente. Pero ahora íbamos a estar allí un tiempo indefinido, y ni siquiera Angela pudo ocultar lo que sentía en el fondo. Me encantaba que sacara su lado insolente; Danni se merecía que la pusieran en su sitio, todo tenía que girar siempre en torno a ella.

—Eso no lo sabemos. Podría haber sido un asesinato deliberado de un desconocido —replicó Danni a su suegra.

—Eso no tiene sentido —dijo Jenna al entrar desde la cocina.

Danni se dio la vuelta. Estaba a punto de contestar, pero yo intervine.

—Mirad, creo seriamente que tenemos que dejar de darle vueltas al asunto —dije—. No sabemos lo que ha pasado, será mejor dejarle la investigación a la policía. ¿Hacemos tortitas para desayunar?

—¿Desayunar? Si ya casi es hora de almorzar —contestó Danni.

—Bueno, pues almorzamos tortitas. —No iba a permitir que también dinamitara eso.

Los demás acogieron mi sugerencia con cierto entusiasmo, sobre todo Georgia, a la que siempre le habían encantado las tortitas.

—Solíais hacernos tortitas todos los sábados para desayunar cuando éramos pequeños. —Nos miró a Scott y a mí.

—Venga, vamos, Fiona. Por los viejos tiempos —anunció Scott, levantándose, y puso a Olivia en brazos de Angela.

—Yo voy a pasar de este viaje al país de los recuerdos —oí

murmurar a Danni, que se levantó y recorrió el pasillo en dirección a su habitación.

—Yo te ayudo. —Jenna saltó del sofá como un cachorrito ansioso brincando tras Scott.

—Creo que no me va a necesitar —le dije a Angela—. Ya tiene ayudantes de sobra.

Sonrió mientras sostenía a la bebé adormecida. Parecía encontrarse bien, pero no era la de siempre, y daba cabezadas de vez en cuando. Decidí quedarme con ella para vigilar a la pequeña.

—A Jenna parece gustarle Scott —dije. Después de haber visto cómo se comportaba con él la noche anterior, estaba deseando entender la dinámica que había entre los dos—. ¿Crees que lo percibe como una figura paterna? —le pregunté.

Angela se encogió de hombros.

—Esperemos que sea eso.

Su comentario me revolvió el estómago. No era la primera vez que mi exmarido tenía una historia con una mujer mucho más joven.

—Dudo que vea a Danni como una figura materna —dijo Angela, chistosa—. Ni siquiera actúa como tal con su propia hija —susurró mientras contemplaba el rostro de su nieta dormida.

Y ahí estaba. Por muy leal y neutral que pretendiera ser, y a pesar de que últimamente había estado un tanto despistada, por fin había visto a Danni tal y como era en realidad.

Esperaba que dijera algo más sobre su nueva nuera, pero volvió a Jenna de forma más bien irracional.

—¿Sabes? Jenna es una chica encantadora —dijo como si yo pensara lo contrario.

—Sí, parece simpática —respondí, adaptándome sin problemas al nuevo tema de conversación—. ¿La conocías antes de que trabajara en la cafetería?

Se llevó un dedo a los labios.

—No se lo digas a Danni, pero fui yo quien le consiguió ese trabajo.

Me quedé mirándola, atónita.

—Scott se sentía mal por ella. Tuvo que despedirla y me pidió que preguntara por ahí por si alguien buscaba personal. Resultó que en la cafetería necesitaban una camarera. Así que les di su contacto, y

Scott dio buenas referencias de ella sin que Danni lo supiera.

—Pero ¿por qué no quería que Danni lo supiera?

—Me dijo que Danni estaba celosa de Jenna e iba comentando por ahí que estaba metida en asuntos de drogas. Al parecer, le dijo a Scott que si no se deshacía de Jenna iría a la policía... o algo así.

—¿Y por eso la despidió?

Angela asintió.

Eso no sonaba propio de Scott. Él no despediría a alguien solo porque Danni se lo dijera. Era un hombre con criterio, y siempre hacía lo que consideraba correcto. Allí pasaba algo más, pero Angela no lo sabía o no quería contármelo.

—¿Crees que lo de Jenna con las drogas era cierto y por eso Scott la despidió?

—No. Solo eran habladurías de Danni, pero, por lo que cuenta Scott, creo que Jenna era muy popular entre los alumnos y le iba bastante bien..., y eso no le hacía gracia a Danni. Nunca se demostró que tomara drogas y ninguno de los alumnos informó de ningún problema, pero Danni siguió insistiendo hasta que Scott no tuvo otra alternativa, según me dijo.

—Vaya. —Nada de eso tenía sentido, pero era de lo más interesante. Antes de que pudiera indagar más, empezó a hablar de Jenna. Su mente saltaba de un tema a otro en cuestión de segundos.

—Jenna es una buena persona, y me da un poco de pena. Scott dice que ha tenido una vida dura: pasó un tiempo en centros de acogida, y creo que por eso..., bueno, a veces puede ser un poco intensa —dijo en un medio susurro.

A Angela no se le escapó el detalle de que Jenna era amiga de mis dos hijos y levantó la mano en señal de defensa.

—No hay de qué preocuparse, es una chica normal y corriente —trató de tranquilizarme, agitando la mano con indiferencia para restarle importancia.

Entendía que Jenna necesitara algún tipo de apoyo y admiraba a Scott por ofrecerle ayuda. Sin embargo, lo que de verdad me intrigaba era que Danni hubiera conseguido que la despidieran. Estaba claro que Danni era peligrosa, y ahora la tensión latente

entre ellas cobraba sentido.

Antes de que pudiéramos seguir hablando, Georgia entró en la habitación armada con platos, cubiertos y servilletas, y empezó a poner la mesa.

—¿Cómo van esas tortitas? —pregunté, alegre.

Georgia puso los ojos en blanco.

—Vamos a tardar una eternidad. Jenna cree que se dejó los huevos en el maletero del coche, así que papá la está ayudando a traerlos.

Era evidente que Georgia no estaba contenta con esto. Yo no podía ver claramente por qué, pero había algo en todo aquello que me parecía sospechoso. ¿Jenna le había pedido a Scott que la ayudara y Georgia se había sentido desplazada? ¿O estaba pasando algo más? Era consciente de la forma en que Jenna miraba a Scott, y me hacía desconfiar.

—¿Hacen falta dos personas para sacar un par de cartones de huevos del coche? —pregunté con una sonrisa, tratando de no revelar mis dudas y alarmar a Georgia.

Se encogió de hombros.

—Yo qué sé. Me ofrecí a ir con Jenna para que papá pudiera seguir con las tortitas, pero a mí nadie me escucha.

—Ay, cariño, eso no es verdad —le contesté, sintiendo su dolor.

—Mi vida, todo el mundo te escucha porque eres encantadora, inteligente e interesante —comentó Angela con una gran sonrisa.

—Tú eres mi madre y tú eres mi abuela —respondió Georgia con voz fingidamente malhumorada—, no os queda otra.

—Tampoco te creas —bromeó Angela.

Sonreímos y, mientras, yo intenté no pensar en Jenna y Scott, en la muerte, en estar atrapada en la nieve, en todas las banderas rojas que ondeaban en mis narices sobre Sam y Danni. Ya había pasado por ahí. Esa vez no iba a quedarme sentada viendo cómo mi vida se desmoronaba sin más: iba a tomar el control. Así que, con el pretexto de ir al baño, me escabullí hacia el pasillo. Quería comprobar dónde estaba Sam y, además, estaba a punto de ir a la cocina para ver si era verdad que Scott y Jenna habían ido a traer los huevos del coche. Miré el reloj, que marcaba poco más de la una de la tarde. Oí voces y me dio un vuelco el corazón. Que Scott

tuviera algo con Jenna ya era malo, pero peor era que Sam tuviera algo con Danni. Después de ver la relación tan íntima que tenían la noche anterior en el *jacuzzi*, esa idea seguía revoloteando por mi mente.

Permanecí en el pasillo tanto tiempo como pude, intentando discernir lo que decían. Lo único que oí fue: «Papá me mataría si se lo cuentas». Entonces Danni apareció en la puerta de repente. Su cara reflejaba la furia más intensa; obviamente, pensaba que yo había oído algo que no debía. Ojalá hubiera sido así.

Mientras tanto, Scott y Jenna tardaron nada menos que diecisiete minutos en traer los huevos, a pesar de que el coche estaba aparcado justo delante de la puerta de la cocina. Antes de que regresaran, revisé el armario de la cocina. En su interior había cartones con un total de treinta y seis huevos que, en mi humilde opinión, habrían sido más que suficientes para hacer tortitas para todos.

***

—*Están deliciosas,* Scott —comentó Angela con orgullo, una media hora más tarde. Nos habíamos sentado a comernos las tortitas en la mesa del diáfano salón—. Eres increíble, cariño —continuó ella, como si su hijo acabara de descubrir la cura del cáncer.

Scott era hijo único y Angela lo adoraba, pero siempre lo había elogiado en exceso. En consecuencia, creció esperando que lo adularan por cualquier cosa que hiciera, desde conseguir un ascenso hasta sacar la basura. Verlo sonreír ante el cumplido de las tortitas me hizo sonreír.

Tuve que recordarme a mí misma que Scott ya no era mi marido. En ocasiones, esa realidad seguía cogiéndome por sorpresa, y lo peor de todo era que el mayor deseo de nuestros hijos era que volviéramos a estar juntos. Como para dar fe de ello, Georgia estaba sentada a la mesa sonriéndonos a su padre y a mí. Sam se había unido a nosotros y, a pesar de no despegarse del móvil, parecía relajado, feliz, y estaba flirteando con Jenna. A Georgia también parecía caerle bien Jenna, pero se mostraba un poco tímida con ella,

lo cual no me sorprendió. Una chica mayor, con sus labios escarlata, su pelo rubio platino y sus estéticos tatuajes; mi hija debía verla como a una estrella del *rock*. Me preocupaba que los chicos se aburrieran ese fin de semana, pero Jenna parecía mantener entretenidos tanto a uno como a otra, aunque de formas muy diferentes.

Para mí, aquel desayuno enmarcó un momento precioso: sin Danni, sin dramas, sin tensiones, solo una familia alrededor de una mesa comiendo tortitas. Era como en los viejos tiempos, e incluso me atreví a imaginar un mundo en el que Danni no existiera. Quizá la pequeña Olivia podría haber sido nuestra tercera hija. Siempre había querido otro retoño. Deseé poder detener el tiempo en aquella mañana cubierta de nieve. Parecía que sin Danni todo era puro y blanco, impoluto. Pero esa sensación no duraría mucho tiempo...

DIEZ

DANNI

Sábado por la noche

—Feliz cumpleaños, Angela —le digo cuando nos sentamos ante la temida cena de cumpleaños.

Intento no pensar en cuántas veces más me veré obligada a hacer esto con la falsa de Jenna y la arrogante de Fiona. Las interminables conversaciones triviales y los comentarios vacíos serían insoportables para cualquiera con un mínimo de cerebro.

—Caben ocho personas cómodamente —nos asegura Angela, pero la comodidad brilla por su ausencia esta noche.

Jenna ha preparado la mesa; está claro que ha buscado «decoración de mesa de cumpleaños» en Google, porque este «paisaje invernal», como ella lo llama, es pasarse de la raya. Todo es blanco, desde la vajilla hasta las velas, pasando por el mantel, el camino de mesa y las servilletas. Si hasta hay un maldito trozo de red blanca colgando del techo sobre la mesa.

—Representa la nieve —anuncia Jenna cuando Angela la felicita por su habilidad ornamental.

—Solo espero que la *nieve* no se acerque demasiado a las velas, porque en esta estructura de madera sería más bien fuego —señala Scott. Oigo la leve reprimenda que esconde su voz. La conozco bien porque es como me habla a mí y, por la cara que pone, veo que el comentario ha entristecido a Jenna. Tal y como sospechaba, todo este despliegue no era para Angela, sino para Scott. Ahora, sin darse cuenta, acaba de rechazarla públicamente. Sonríe con desgana a algo que dice Georgia. Luego se desplaza alrededor de la mesa sirviendo el vino. Las lágrimas de sus ojos pasan desapercibidas para todos menos para mí. Le ha dedicado mucho esfuerzo a esta cena de cumpleaños, y sea para quien sea y dejando a un lado su

motivación, no puedo evitar sentir lástima por ella. Georgia y Sam la han estado *ayudando*, pero lo único que han hecho en toda la tarde ha sido inflar globos e intercambiar gritos jugando al Monopoly. Armaban tanto escándalo que no pude conseguir que Olivia se echara la siesta, así que Scott se la llevó a dar un paseo y a jugar en la nieve, lo que vino bien para calmarla tanto a ella como a mí. Ahora está en nuestra habitación, acostada en su cuna, y tenemos la esperanza de que duerma al menos un par de horas.

—Vamos con el entrante —anuncia Jenna, trayendo una gran bandeja, que coloca sobre la mesa.

Hay siete platos pequeños que deja cuidadosamente sobre la mesa junto a cada uno de los comensales.

—¿Esto es un entrante? ¿Desde cuándo una salchicha gorda cuenta como entrante? —bromea Sam, que, al igual que su padre, a veces puede ser un poco tosco en lo tocante al humor. Ahora nos mira al resto, esperando que alguien se ría, pero ni siquiera yo me atrevo a reírme abiertamente de Jenna. ¿En qué lugar me dejaría eso?

—Es salchicha blanca con trufa negra —responde Jenna, un poco avergonzada, pero intentando sonreír—. La he hecho yo misma, es una receta francesa —murmura.

—Bueno, ¿y dónde está el puré de patatas? —Sam vuelve a la carga en busca de alguna carcajada, pero, una vez más, no encuentra ninguna.

—La salchicha de trufa va acompañada de manzana caramelizada, puré de raíz de apio y salsa de calvados —continúa Jenna, más alto esta vez, no solo para ignorar a Sam, sino para hacerlo callar. Aquí no hay romance posible; está claro que él la pone de los nervios. Sam es un poco más joven que ella, y es divertido, amable y encantador, pero es evidente que Jenna no lo soporta.

—Por favor, comenzad —ordena, apartándose de la mesa y esperando su merecida ovación.

El entrante está sorprendentemente bueno, aunque las motas de trufa saben sospechosamente a pimienta negra, pero yo no soy ninguna experta, claro.

Mi mente está en otras cosas, como en si Sam está bien, a quién le guardo más rencor entre Fiona y Jenna y cuánto tiempo más nos

veremos obligados a continuar con esta pantomima. ¿Qué posibilidades hay de acabar en una cena íntima y eterna con las dos personas a las que más odias en el mundo?

Estoy sentada entre Fiona y Scott, ¿no es simbólico? Sé que no es algo al azar, porque Jenna fue quien planificó la mesa. Es una mesa circular, y ella está sentada al otro lado de Scott. Está monopolizando su atención, y a él no parece importarle, pero Fiona y yo ni nos dirigimos la palabra, por lo que la situación es bastante incómoda. Así que hago un comentario trivial sobre el tiempo dirigido a Angela, esperando desesperadamente que responda y me rescate de esta situación. Pero Fiona se las ingenia para decir algo más banal si cabe sobre la comida, a lo que Angela responde de inmediato.

Miro al otro extremo de la mesa aguantándome las ganas de gritar pidiendo auxilio, pero no hay nadie. Esto es horrible. Sam sigue haciendo chistes de salchichas en un intento por impresionar a su padre. Scott, por su parte, lo ignora; ha puesto el vigilabebés sobre la mesa y ha subido el volumen. Se me rompe el corazón. Sam intenta por todos los medios que su padre esté orgulloso de él, y por eso tiene miedo de contarle la verdad, pero Scott parece ajeno a las necesidades de su hijo. Una vez me dijo que se sentía culpable porque, como director, siempre está pendiente de los demás chicos, y a cambio ha relegado a sus hijos a un segundo plano. No quiere cometer el mismo error con Olivia pero, tal y como le señalé, todavía no es demasiado tarde para enmendar las cosas con Sam y Georgia. Mientras tanto, Georgia ha vuelto a refugiarse en su caparazón. Me pregunto si tendrá algo que ver con la indescifrable Jenna, a quien puedo ver por el rabillo del ojo sonriendo socarronamente, sentada gustosa junto a Scott.

Al entrante le sigue una *cassoulet* —¡más salchichas!—, y ahora Sam pregunta:

—¿Esto qué es, un estofado?

No es propio de él mostrarse irrespetuoso, pero, mientras su padre siga dándole la espalda, el potencial de su impertinencia será ilimitado. Me sorprendía que no hubiera lanzado ninguna referencia freudiana sobre la salchicha..., pero, cómo no, no puede contenerse.

Me río de su broma tratando de echarle un capote. Sé que es un chico divertido y lo quiero. No obstante, Fiona parece incómoda.

—Gracias, Sam, no hace falta que nos retransmitas la cena ni que te la pases contando chistes dignos de papá —suelta, lo que tiene bastante gracia tratándose de Fiona.

Devolvamos la atención a Jenna, que le pregunta cada dos minutos a mi marido si está disfrutando de la comida y, aprovechando su debilidad por recibir elogios, se entusiasma con el vino que Scott ha elegido. Tengo que contenerme para no gritarle que cierre la puta boca y deje de flirtear con mi hombre delante de mis narices. También me gustaría pedirle a Fiona que deje de llamarlo a las tantas de la noche para hablar del pasado y de los chicos, y que no le vuelva a exigir que lleve el coche al puto taller como si aún estuvieran casados. Quiero que Angela me reconozca como la mujer de su hijo y no como una simple novia irritante a la que tiene que tolerar. Vuelvo a llenarme la boca de comida para evitar decir lo que siento. Esta cena está resultando un auténtico infierno. Y, tras enterarme de que podríamos estar aquí atrapados durante días, me doy cuenta de que, si Jenna le está poniendo anticongelante a mi comida, es mejor que no se corte, porque morirme sería un regalo del cielo a estas alturas. Así que, privada de mis ganas de vivir, como con avidez mientras Fiona, Angela o quien sea menciona el tiempo una vez más y la noche continúa con su tedioso transcurso.

Llegado el postre, la conversación pasa por fin del tiempo al atropello, cortesía de Angela.

—La policía dice que la víctima salió despedida por los aires y se chocó contra el parabrisas —dice de repente.

Todos la miramos con la boca llena y sorprendidos por su inesperado cambio de tono. Tras una pausa incómoda, Scott deja la cuchara y aparta su *mousse* a medio comer. Es una *mousse* de chocolate, uno de sus postres favoritos. Me sorprende que no se la termine, pero el comentario de Angela nos ha traído de vuelta a una realidad marcada por la muerte.

—Sí, yo también sigo dándole vueltas. —Scott sacude la cabeza, quiere hablar del tema.

—¿Creéis que sufrió? —pregunta Angela, con la voz entrecortada

por la emoción.

Siento lástima por ella. Esta pobre mujer solo quería un último cumpleaños con su familia. En cambio, estamos viviendo una investigación por asesinato, un encierro en medio de una tormenta de nieve y, por si fuera poco, las dos mujeres de su hijo están dispuestas a matarse la una a la otra. ¡Feliz cumpleaños, Angela!

—Creo que deberíamos tratar de olvidar el asunto —dice Fiona, piadosa, y mira a Scott en busca de apoyo.

Él se encoge de hombros.

—Es difícil hacerlo. ¿Qué demonios hacía alguien deambulando a solas por la carretera con la que estaba cayendo?

—¿Y por qué querrían matarlo? —exclama Angela, con un horror genuino.

—Quizá sacaran a la víctima del coche antes de... —ofrezco, echando más leña al fuego. Es mucho más interesante que hablar del tiempo, por el amor de Dios.

—Dios mío, *no puedo más*... —Georgia tira la cuchara, abandonando la *mousse* de chocolate—*. ¿P*odemos dejarlo ya?

El silencio cae sobre la mesa como una capa de hielo. La hija adolescente, que guarda tanta tensión en su interior como el resto de los presentes, es incapaz de seguir fingiendo sometida a tanta presión.

Fiona empieza a excusarse.

—Lo siento, cariño, solo lo estábamos comentando; todos estamos conmocionados. Pero tienes razón, *vamos a dejarlo.* —Nos lanza una mirada de advertencia a Scott y a mí, como si fuera culpa *nuestra* que su hija se hubiera enfadado. Si alguien tiene la culpa de que sea incapaz de lidiar con la situación, es Fiona; trata a Georgia como si fuera de cristal, y le aterroriza molestar a la chiquilla. Y, en mi opinión, Georgia nunca sabe cómo sentirse hasta que lo consulta con su madre; se ve obligada a tener una rabieta emocional solo para complacerla. Hablar sobre un atropello no es algo agradable, pero son cosas que pasan, y los chicos tienen que conocer el lado difícil de la vida para escarmentar y hacerse fuertes.

—Georgia, sé que es un tema complejo, pero creo que te estás dejando llevar por tus emociones —le digo para tranquilizarla.

Pero, antes de que Georgia pueda responder, Fiona se gira hacia mí irradiando odio por los ojos.

—Anda, ¿eso es lo que piensas, que mi hija se deja llevar por sus emociones?

—¡Pues la verdad es que sí! Es muy delicada —respondo con brusquedad.

—Mira, soy su madre y la conozco mucho mejor que tú, y desde luego no es delicada. Así que, por favor, guárdate para ti esos comentarios sin sentido que nadie quiere escuchar —escupe.

—Te crees que la conoces, pero... —empiezo, a punto de contarle todo lo que sé sobre Georgia, pero me detengo justo a tiempo.

La cara de Angela se contrae. Me mira desconcertada, sacudiendo la cabeza y preparada para contradecir cualquier cosa que yo diga. No puedo hacerle esto.

—Por favor, tengamos la fiesta en paz, es mi cumpleaños. —Su voz se quiebra, y me siento tentada de abofetear a Fiona por haber convertido la velada en una pelea.

—Tienes razón, Angela —le digo—. Lo siento.

Agacho la cabeza, aparto la *mousse* y hago un esfuerzo por no mirar a Fiona. Si lo hago, acabaré diciendo algo de lo que me arrepentiré, y eso afectaría a mi vínculo con Georgia. He trabajado sin descanso para encarrilar esa relación y no voy a tirarlo todo por la borda por una pataleta de sobremesa. Georgia y yo comenzamos con mal pie cuando sus padres se separaron. Fiona me culpaba a mí y, sin duda, se encargó de que sus hijos recibieran el mensaje. Pero, tras ese comienzo complicado, las cosas entre mi hijastra y yo cambiaron. Ahora Georgia suele acompañarnos a la hora de cenar, y yo agradezco esas visitas, porque en esos momentos es cuando conectamos de verdad. Lo comparte todo conmigo; la semana pasada tuve que contener las lágrimas cuando me dijo que, más que una madrastra, yo era como su mejor amiga. Yo siento lo mismo, valoro nuestra amistad. Solemos ir juntas a conciertos y nos vamos de compras en busca de las prendas de moda. Incluso he llegado a reunirme con Georgia y sus amigas, que me recuerdan como su profesora de primer año de instituto. Lo único peliagudo de todo esto es que Georgia me ha pedido que no le hable a Fiona acerca de

nuestra vida social juntas, ya que podría sentirse herida. Lo entiendo, y es todo un detalle por parte de Georgia querer proteger a su madre, pero creo que Fiona debería saber lo unidas que estamos. De ser así, tal vez entendiera que, cuando le doy un consejo o mi opinión, lo hago desde el conocimiento, el amor y la amistad. Cuando Fiona vea el vínculo tan cercano que tengo con sus hijos, por fin entenderá que he llegado a sus vidas para quedarme. Ya puede desearme la muerte tanto como quiera; no me voy a ninguna parte.

Ahora, Fiona se ha trasladado a la cocina con Jenna para preparar café. Me acuerdo de la tarta que hice para Angela, así que no tardo en seguirlas. Ninguna de las dos se percata de mi presencia, de modo que, mientras charlan y la tetera comienza a hervir, me dirijo a la despensa donde guardé la tarta ayer. La saco y la coloco sobre la encimera de la cocina. Luego, busco un plato grande donde servir la tarta y lo sitúo junto a la caja.

Cuando abro la tapa, espero maravillarme con mi obra maestra cítrica. Se me desencaja la mandíbula. Parece que *alguien* hubiera abierto la caja y la hubiera emprendido a golpes con la tarta, abriendo un gran agujero en el centro. Me dan ganas de llorar. Puse muchísimo empeño y amor en preparar esta tarta para Angela.

Contemplo el destrozo con la boca abierta. Las otras dos se han quedado en silencio y también miran la tarta, imitando mi gesto de perplejidad.

—¿Qué es eso? —pregunta Fiona.

No tengo dudas de que sabe exactamente lo que es, pero continúo con la farsa.

—Es la tarta de cumpleaños de Angela. La estará esperando. Siempre dice lo mismo: «Mi cumpleaños no sería lo mismo sin la deliciosa tarta de Danni».

Digo esto con la esperanza de que quien haya destrozado mi tarta se sienta culpable, pero, en lugar de eso, el comentario parece molestar a Fiona:

—¿En serio dice eso?

—¿Se ha desmoronado? —pregunta Jenna dando un paso adelante, mirando el abismo de crema de limón—. ¿Ha sido durante el viaje?

La miro.

—No, claro que no. La tarta estaba intacta cuando la dejé ayer en la estantería de la despensa.

—Vale, vale, solo era una pregunta. —Finge estar dolida, congraciándose con Fiona.

Yo las observo a las dos.

—A mí no me mires, Danni —dice Fiona, con la palma de la mano sobre el pecho en actitud defensiva—. Yo ni siquiera sabía que teníamos una despensa.

Esto no ha ocurrido por arte de magia. *Alguien* lo ha hecho. Siento ganas de llorar, pero no me voy a amedrentar. Estoy convencida de que la persona responsable está en esta cocina ahora mismo, solo que no sé quién de las dos es.

Estoy tan desesperada por servir la maldita tarta que abro a ciegas un cajón de la cocina y, al ver allí una espátula, intento reparar parte del daño. En lugar de eso, solo consigo empeorarlo.

Jenna se asoma, puedo sentirla mirando por encima de mi hombro.

—Joder, tía —dice.

Aparto la vista de la tarta y la miro a la cara. No sé si está contenta o sorprendida; su cara, como siempre, es como una máscara.

—No te preocupes; yo he hecho otra tarta, como siempre —dice Fiona, mientras da un paso al frente sosteniendo una gran tarta de chocolate cubierta de velas encendidas—. Angela la estará esperando. Siempre dice lo mismo: «Mi cumpleaños no sería lo mismo sin la deliciosa tarta de Fiona».

ONCE

FIONA

Lo cierto es que Danni me dio pena; quien hubiera destrozado la tarta de cumpleaños que hizo para Angela no se andaba con chiquitas. Yo sabía que me culpaba a mí, sobre todo porque había hecho otra tarta, pero no me hizo ninguna gracia ver cómo habían saboteado la suya, porque podría haber sido la mía perfectamente. Sacó las cosas de quicio en aquel momento, pero pude comprender su frustración: Angela es el tipo de mujer a la que quieres complacer. Recuerdo haberme sentido igual cuando estaba recién casada con Scott, y esa necesidad perdura hasta el día de hoy. Era una mujer amable pero imponente. Querías ganarte su aprobación, porque eso garantizaba tu inclusión en el núcleo familiar. La reacción de Danni me convenció de que ella se encontraba en la misma situación.

Ahora Danni era presa del pánico, trataba desesperadamente de resucitar el bizcocho de limón; sollozando, lo golpeaba con una espátula, pero en el fondo estaba empeorando las cosas. Le habría arrancado gustosa la cabeza a Jenna y a mí me lanzaba una puñalada tras otra, así que me pareció diplomático por mi parte salir de la cocina y poner a salvo mi tarta. Estaba tan desquiciada que no me habría sorprendido que, movida por el dolor, se hubiera abalanzado sobre mí y mi postre. Lo último que necesitábamos *era otro incidente de repostería.* Lo sentí por Danni, pero, una vez más, ella no era la protagonista, sino Angela. Yo solo quería proseguir con las celebraciones, que suficientes retrasos habían sufrido a esas alturas. Así que encendí las velas y entré en el salón, dejándola en la cocina junto a Jenna y su tarta masacrada. Mientras me acercaba lentamente, Scott apagó las luces para entregarle la tarta a Angela. Ella dejó escapar un grito de alegría, y su cara brilló a la luz de las velas mientras pedía su deseo.

La miré. Tenía los ojos cerrados y las manos entrelazadas en

aparente alegría, como todos los años. Pero esa vez era diferente. Al parecer, le decía exactamente lo mismo a Danni sobre *su* tarta, por lo que todos los años que yo me había esforzado en prepararle una se habían esfumado de un plumazo. Aquello no iba de una simple tarta: iba de que Angela mantuviera su posición en la familia. Misma familia, mismas reglas, por lo visto. No importaba si había una nuera distinta; éramos intercambiables. Angela sopló con fuerza las pequeñas llamas, reduciéndolas a diminutas columnas de humo en la penumbra, y en ese momento por fin pude verla de verdad. Sus sentimientos por Danni y por mí eran superficiales. Para ella, no éramos más que meras extensiones de Scott; solo le importaban su hijo y sus nietos. Todos los demás, incluidas Danni y yo, éramos como piezas de Lego, que se podían encajar o retirar de la familia según fuera conveniente.

Una vez concluido el preceptivo *Cumpleaños feliz*, todavía a oscuras, me di cuenta de repente de un sonido que provenía de la cocina. Estaba a punto de pedirle a Scott que volviera a encender las luces cuando Danni apareció en la puerta de la cocina. Tenía el rímel corrido, los ojos desorbitados y la cara iluminada por el resplandor de las velas. Parecía sacada de una película de terror, aferrada a la tarta destrozada que había decorado torpemente con velas dispuestas al azar. Todos nos volvimos para mirarla y, ronca de tanto llorar, empezó a entonar el *Cumpleaños feliz*.

Era una escena de lo más inquietante y embarazosa. Miré a Scott, cuya expresión de alarma pude percibir incluso en la penumbra. Todos nos quedamos mirando, sin saber qué hacer ni cómo manejar la situación, hasta que Sam se levantó y se acercó a Danni después de que esta hubiera dado varios pasos temblorosos. Luego se unió tímido a su canto, seguido por Georgia. Cuando terminaron, Sam guio a Danni y su tarta hasta la mesa. Angela disimuló el horror atroz que debía sentir ante el desastre llameante que tenía delante y consiguió elogiar aquel postre desfigurado.

***

La mañana después del cumpleaños de Angela nos encontramos

todos reunidos en el salón. Fingíamos que era una tranquila mañana de domingo cualquiera: desayunábamos tostadas, bebíamos café y charlábamos, pero, en el fondo, todos estábamos esperando a que sonara el teléfono. Teníamos que dejar la cabaña el lunes, ese debía ser nuestro último día aquí y, por encantadora que fuera, nadie quería quedarse ni un minuto más de lo necesario. ¿Qué iba a pasar ahora?

—¿Podríamos seguir aquí hasta la semana que viene? —dije, tratando de no revelar mi pánico interior.

—Mira, no empieces —gruñó Danni. Llevaba toda la mañana merodeando por la cabaña como una leona enjaulada y ahora se paseaba por el salón con Olivia en la cadera.

—Bueno, mamá, cuéntanos cómo de mayor te sientes hoy —bromeó Scott, corriendo un velo cómico que todos agradecimos.

Eso me hizo sonreír. Veía el mismo tipo de humor descarado en Sam. Se parecía tanto a su padre, siempre intentando mejorar las cosas y resolver los problemas de todo el mundo, aunque fuera con una broma absurda.

—Acabo de cumplir setenta y cinco. Estoy en la flor de la vida, listillo —respondió Angela con una risita. Podía soportar una insolencia así de su único hijo porque, además de Sam, Georgia y Olivia, lo era todo para ella.

—Estás estupenda para tu edad, Ange —dijo Sam con una sonrisa cálida.

—Mejor llámame *abuela* —le pidió con una risa cariñosa.

Sam le dirigió una sonrisa a Danni, que seguía paseándose por la habitación. Ella se la devolvió, y yo traté de observarlos discretamente para averiguar qué se traían entre manos, porque estaba claro que había algo.

—Sam tiene razón, Angela: no aparentas setenta y cinco. ¡Estás preciosa! —dijo Jenna, lanzándole un beso.

—Gracias, cielo —dijo Angela, radiante, mientras todos nos mostrábamos de acuerdo con la afirmación.

—¿Y yo? ¿También soy preciosa? —preguntó Jenna.

Sam se sonrojó ligeramente y se me partió un poco el corazón.

—Sí, tía, un bellezón —musitó, avergonzado.

De inmediato miré a Danni, cuya sonrisa se desvaneció.

—No soy guapa. Deja de burlarte de mí, Sam —respondió Jenna.

—Él siempre está con sus burlas —dijo Danni de forma monótona y seria. Los miraba fijamente a ambos, hasta que Jenna tuvo que apartar la mirada, pero Sam se mantuvo firme ante el desafío. Estaban pasando muchas cosas bajo la superficie. Ojalá hubiera podido averiguar de qué se trataba, pero era algo que se me escapaba.

Un rato antes me había topado con ellos en la cocina. Mantenían una conversación que, claramente, no querían que nadie más escuchara. Él mencionaba algo que le había dicho a ella la noche anterior, pero, por más que lo intenté, no pude descifrar de qué hablaban. Pero entonces ella me vio fisgoneando —cosa que negué — y se volvió loca, y me pregunté si alguna vez llegaría a saber qué le había dicho Sam. Ahora, aquel encuentro tan tenso me hizo volver a preguntarme qué habría pasado entre ellos. Aquello no era propio de mi hijo. Él era bromista y complaciente, nunca lo había visto comportarse así. ¿Y si Danni había estado jugando con él y ahora Sam se estaba vengando? ¿O tenía algo que ver con Jenna? Era obvio que Danni no la aguantaba. ¿Acaso esas dos mujeres se estaban peleando por llamar la atención de mi hijo de alguna manera? No era capaz de entenderlo, pero me sorprendió ver a Jenna tocando discretamente el antebrazo de Sam con el dorso de la mano. Fue solo un instante, muy rápido, muy leve. ¿Era un gesto de consuelo o de ánimo? Fuera lo que fuese, estaba cargado de un significado que yo era incapaz de captar.

—Bueno, estoy encantada de estar aquí, Angela —anunció Jenna de repente—. Fuiste muy amable al invitarnos a todos. Pero es una pena que nos hayan encerrado en tu cumpleaños.

—Se me ocurren sitios peores en los que estar encerrado —intentó tranquilizar Scott.

Yo no compartía su optimismo. El lugar en sí era encantador, pero estábamos atrapados allí por culpa del tiempo traicionero y de un asesinato; por bonito que tratara de vendérselo a Angela, no era la manera idónea de pasar un cumpleaños.

—Es cierto, no deberíamos quejarnos. Lo siento en el alma por la

víctima y su familia, pero, por el amor de Dios, fue un accidente. Dudo que fuera planeado. Hacía un tiempo horrible, estaba anocheciendo y alguien decidió salir a dar un paseo, lo que fue una tontería. —Angela sacudió la cabeza, incrédula ante tantos despropósitos.

—La policía nos ha dicho que no podemos irnos de aquí, pero eso no significa que no podamos salir a dar una vuelta, ¿no? —preguntó Danni, mirando ansiosa alrededor de la mesa.

—Con el tiempo que hace, no podemos ir a ningún sitio —contestó Scott. Parecía exasperado con Danni.

—Seguro que podemos ir a dar un paseo cerca de aquí y tomar un poco de aire fresco —propuso Sam.

—Eso sí que podemos hacerlo, ¿no? —Jenna miró a Scott como si este fuera un oráculo.

—Sí, supongo que podemos dar un paseo —respondió, encogiéndose de hombros—. No va a pasar nada malo, siempre y cuando no vayamos solos; el temporal no es lo único de lo que tenemos que preocuparnos —añadió—. Por lo visto, hay alguien ahí fuera que se dedica a atropellar a la gente.

Sentí que se me erizaba el vello de la nuca.

—Yo pensaba dar una vuelta en coche; quiero ver Lizard Point —dijo Danni.

—¿Qué? ¿Estás loca? —replicó Sam.

—Danni, Lizard Point es el filo del mundo. La gente se precipita por los acantilados como ese —dijo Scott—. Ni se me ocurriría ir a un sitio así con una tormenta de nieve.

—Ah, ¿no? —respondió, sarcástica, antes de añadir—: Pues a mí sí.

Ese comentario se estrelló contra la mesa y quedó rebotando un rato. De repente, los demás nos topamos con algo fascinante en el fondo de nuestras tazas de café. Parecía que la parejita feliz estaba teniendo problemas en el paraíso. Intenté disimular mi alegría ante aquello.

—La nieve es preciosa —dijo Jenna, mientras se levantaba de la mesa y se giraba para mirar por la ventana—. Quiero salir a hacer angelitos en la nieve —anunció, volviéndose hacia la mesa y mirando directamente a Scott.

—Creo que después de desayunar podríamos salir un rato —dijo sonriéndole con indulgencia—. No sé vosotros, pero yo necesito un poco de aire fresco del mar.

Georgia se animó ante la sugerencia de su padre.

—¡Eso! Podemos hacer ángeles, ¡tú también, papá!

—Bueno, ya veremos —dijo Scott con cariño.

—Venga, vamos a salir todos —dije, ansiosa por no perder de vista a mi hijo y a su madrastra.

—Espero no arrepentirme de esto —dijo Scott con una sonrisa.

—Lo harás —respondió Danni, con cara de pocos amigos. Su tono encerraba una leve amenaza y, de repente, noté una dinámica que no había visto hasta entonces. Danni estaba *enfadada* con Scott. Ahora quería saber la razón, *qué* había hecho él.

Volví a mirar a Scott para ver su reacción. No respondió, pero le dirigió una mirada dolida. ¿Acaso estaba presenciando el resultado de alguna discusión que habían tenido previamente en privado?

Reservé ese pensamiento para más tarde y escuché mientras Angela y Scott hablaban con cariño de sus vacaciones familiares en Kynance Cove cuando él era pequeño. Todos sonreímos en los momentos adecuados e hicimos preguntas, prestándole a la cumpleañera la atención que merecía. El atropello y el clima adverso habían enrarecido el ambiente, lo que no permitía que Angela disfrutara. Ella solo quería tener a su familia cerca. Pero estar encerrados allí era un infierno. Danni se pasaba el rato compitiendo conmigo y, cuando no, lo hacía con Jenna. Esa dinámica insufrible había creado una tensión insoportable. Se podía palpar incluso ahora, cuando la familia se reunía a la mesa. Por suerte, Danni no tardó en aburrirse e interrumpió las evocaciones de Angela y Scott para anunciar que iba a cambiar a Olivia para el paseo.

La salida de Danni purificó el ambiente de la habitación en un segundo y pude volver a respirar. Sin ella, me sentía libre de hablar sin sentirme juzgada. Podía reírme con Scott sobre cualquier detalle del pasado o hacer referencias a cuando los chicos eran pequeños sin preocuparme de estar excluyéndola. En presencia de Danni, me veía obligada a borrar parte de mi propia vida, y odiaba tener que hacer eso. Pero ahora podíamos charlar tranquilamente, tomar café

y debatir lo que nos iba a deparar el día acompañados por un aura de extraña tranquilidad. Las cosas volvían a ser como antes de que ella llegara y lo estropeara todo.

Vista desde fuera, habría parecido una escena familiar corriente, un montaje cinematográfico de gente riendo, charlando, escuchando. En aquel momento, con el crepitar del fuego, el olor a café recién hecho y el sonido de las risas de mis hijos, me pregunté si habría alguna posibilidad de que nuestra familia pudiera resucitar de las cenizas que dejamos atrás. Pero ya había algo rondando aquella escena familiar y, a pesar de las sonrisas y los bombones que compartíamos, el rencor y el odio seguían burbujeando bajo la superficie. El pasado y el presente chocaban, y si hubiéramos prestado atención, quizá habríamos oído el lejano rumor de una tormenta que se acercaba desde el mar, se colaba por debajo de las puertas y se deslizaba por entre las ventanas, trayendo consigo algo tan terrible que ninguno de nosotros volvería a ser el mismo.

DOCE

DANNI

Todavía me siento un poco rara por lo de anoche. Saqué las cosas de quicio por lo que pasó con la tarta de Angela y esta mañana, al encontrarme con los demás, me he sentido avergonzada. Todo el mundo parece evitarme, o se comporta de manera rara a mi alrededor. Jenna me mira más de lo normal, y no sé si es asco o lástima lo que refleja la cara de Fiona. Incluso Sam me elude, y eso es lo que más me duele.

Estoy desesperada por salir de este lugar, me siento atrapada. Y, a pesar del frío que hace fuera, la chimenea me agobia. El calor constante me asfixia. Se lo comenté a Angela y Scott, que no paran de alimentar el fuego, pero no me hicieron caso y Angela llegó a decirme:

—Eres la única, Danni; a los demás les gusta.

Pero eso no es verdad, Sam y Georgia también comentaron que estaban pasando calor. En cualquier caso, el siguiente plan consiste en salir todos juntos a la nieve. Es horrible, adiós a mis esperanzas de escapar de esta gente. Por otra parte, me vendrá bien el aire fresco y despejarme un poco.

Mientras tanto, tengo que huir del salón como sea. Todos escuchan educadamente las interminables batallitas de Angela y Scott sobre las vacaciones de su infancia. En otros tiempos me habría encantado escuchar las historias de mi suegra sobre el marcado ceceo con el que Scott exigía helados cuando tenía dos años o que siempre se llevaba su peluche de elefante de vacaciones y tenía que fotografiarlo en todas partes. Pero ya me conozco todos esos relatos y, además, no puedo dejar de mirar el móvil. Apenas puedo mantener una conversación a estas alturas, así que anuncio que Olivia necesita descansar y, justo cuando estoy a punto de escapar del salón, Scott me recuerda la cita con el paseo familiar, lo que hace que se me caiga el alma a los pies. Prometo estar de vuelta en diez

minutos.

Ahora estoy en el santuario de nuestro dormitorio y apenas tengo unos minutos para vestirnos a Olivia y a mí para salir, pero primero tengo que consultar el teléfono. Accedo al sitio web del instituto, empiezo a desplazarme y, para mi alivio —profundo aunque temporal —, no se ha publicado nada... todavía.

Fantaseo con la maravillosa idea de que el trol en cuestión se haya olvidado del tema o haya pasado a otra cosa... ¿o quizá eso es justamente lo que *quieren* que piense? Tengo la sensación constante de que alguien me observa. En el coche de detrás, en la caja del supermercado...; pero cuando reduzco la velocidad o me doy la vuelta, no hay nadie. Ya ni siquiera estoy segura de si confío en Scott. ¿Acaso se puede confiar en un hombre que llamaba a su mujer para decirle que iba a llegar tarde del trabajo para, en realidad, engañarla conmigo en la mesa de su despacho? Todavía me estremezco al recordar esa escena, con la blusa abierta, al igual que las piernas. Se me cae la cara de vergüenza cada vez que pienso en aquello, y me atormenta no saber quién demonios rondaba el despacho del director a las nueve de la noche, lo suficientemente cerca además como para hacer esas fotos.

Siempre tuvimos cuidado. Esperábamos a que todo el mundo se hubiera ido y apagaran las luces. Incluso sacábamos nuestros coches del aparcamiento para que nadie supiera que seguíamos allí. ¿Fue, como dice Scott, pura casualidad? Un alumno travieso, un padre enfadado o incluso una persona cualquiera que paseaba a su perro por allí esa noche. Me cuesta creerlo, pero la alternativa —que alguien supiera lo nuestro y nos estuviera acechando para tomarnos fotos— me da escalofríos. A diferencia de Scott, yo creo que nos descubrieron porque nos estaban buscando, y eso me asusta.

Visto a Olivia para salir al exterior y, al enfundarme mi traje para la nieve, maldigo mi suerte cuando veo que la cremallera no sube. Antes podía comer y hacer lo que quisiese, pero ya no. Ahora mi vida gira en torno a los kilos que gané en el embarazo, la leche y acostarme temprano. Me molesta que Scott siga yendo al gimnasio y saliendo a tomar algo después del trabajo, mientras que yo me doy con un canto en los dientes si soy capaz de sacar diez minutos para

hacer algo de ejercicio delante de la tele cuando Olivia está durmiendo.

Tiro el mono de nieve a la cama y, tras ponerme una camiseta y un jersey, cojo la chaqueta y salgo por la puerta con Olivia. No hay nadie en el salón, todos se están cambiando para salir. Pero ¿dónde está Scott? En nuestra habitación no, desde luego. Todavía con Olivia en brazos, me acerco a la ventana para ver si ya ha salido, pero no hay rastro de él y tampoco está en la cocina. El único lugar en el que puede estar es en la habitación de alguien.

Vuelvo a pensar en Fiona y en la extraña forma en que me miraba y, lo que es peor, en la forma en que Jenna miraba a Scott. La inquietud me recorre, me hiela las venas, me obliga a bombear la sangre con más fuerza cuando me pregunto si estará con ella.

Sé que no está aquí. Tampoco fuera ni en nuestro dormitorio, así que tiene que estar en la habitación de otra persona. Me sitúo en medio del salón, desde donde puedo ver todas las puertas de las habitaciones en el pequeño pasillo. Cada vez que oigo una puerta abrirse, miro, en estado de alerta máxima. Una a una, las puertas se abren: primero la de Angela, luego la de Sam y, finalmente, la de Fiona. Uno a uno, todos salen de sus respectivas habitaciones, excepto Scott, Jenna y Georgia. Así que espero.

Necesito saber que no me ha dejado ya por otra..., por Jenna.

Tal es la compleja situación de la amante y esposa; la sombra siempre está ahí, el pasado moldea el presente, nada puede borrarse al fin y al cabo. Me concentro en las dos puertas cerradas para ver de cuál de ellas sale. Hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que sea de la habitación de Jenna. Sé que, aunque salga de ahí con ella, con el pelo alborotado y restos de carmín, se excusará en que solo la ha estado ayudando a rellenar un formulario de solicitud o asesorándola sobre su futuro laboral. Sonará plausible y ella asentirá vigorosamente a su lado. Pero sé cómo actúa, vi cómo le mentía a Fiona.

Así que, cuando la puerta de Georgia se abre lentamente y sale sola, mi mundo empieza a girar descontrolado. Si ella está sola, solo queda una habitación en la que pueda estar Scott. De repente, Georgia se inclina hacia su habitación, dice algo, y ahí aparece él,

atravesando la puerta y pasándole el brazo por el hombro. Caminan por el pasillo, y él mantiene la cabeza gacha mientras le dice algo a ella con dulzura. Siento un alivio inmenso, pero por un instante me pregunto si pasa algo y si va todo bien.

Georgia suele tener pequeñas crisis, aunque siempre se le pasan. Puede que sea porque una amiga le haya hablado mal, o porque Sam se haya metido de ella. Me preocupa que estos episodios se agraven porque su madre fomenta el drama, lo que hace que Scott vaya corriendo a atender a su primera familia... y a ella.

Llegan al salón y puedo ver una leve preocupación en el rostro de Scott cuando mira a su hija. Me parece entrañable. Guardo la esperanza de que algún día comparta el mismo tipo de relación con Olivia, y de que para entonces aún siga teniendo la energía necesaria para ser un buen padre. Últimamente no parece tener la voluntad suficiente como para ser un buen marido.

—¿Dónde está Jenna? —pregunta Sam, mientras camina hacia la puerta de su habitación y la aporrea.

—Sam, a lo mejor se está echando una siesta —dice Fiona con un ligero tono de reprimenda.

—Jenna nunca se echa la siesta —responde con una sonrisa.

—Venga, vámonos, seguro que a Jenna no le apetece salir con este frío —añado, dirigiéndome hacia la puerta principal. Sé perfectamente que Jenna sí quiere salir, pero no estoy dispuesta a esperarla. Ya soy bastante reacia a pasear en compañía de Fiona, pero tener que aguantar también a Jenna sería insoportable. Lleva toda la mañana insistiendo en hacer los dichosos ángeles de nieve, y la perspectiva de ver a una mujer de veinticinco años tirada en el suelo agitando las piernas no es algo que me apetezca.

En cuanto abrimos la puerta principal el viento entra aullando y oigo la voz de Jenna.

—¡Esperadme!

Mi gozo en un pozo. Dios, ojalá hubiera rechazado este paseo, pero no podía negarme porque Scott se enfadaría y, a su vez, no quiero que salga con Jenna. Pese a todo, sigo cruzando los dedos para que no venga. Así que me acerco a Angela, que está envuelta en varias capas de forros polares y jerséis, y rematada con el impermeable

acolchado que tanto le gusta. El frío sería incapaz de penetrar su atuendo ni aunque estuviésemos a temperaturas bajo cero. Blande su bastón, el mismo que asegura que no necesita.

Sí que lo necesita.

—Vas a estar de lo más calentita y seca con tanta ropa, Angela —digo, con la esperanza de iniciar una conversación que pueda llevar en piloto automático mientras vigilo la puerta de la habitación de Jenna.

—Sí, gracias —dice despectivamente con una sonrisa forzada. Luego se vuelve para decirle algo a Fiona, que se ríe con su comentario. No oigo lo que dice, pero me queda claro que ni siquiera Angela va a prestarme atención hoy.

—Yo llevaré a Olivia en su mochila —ofrece Scott, lo cual me alivia. No me siento del todo segura caminando sobre el suelo helado con ella encima por si me caigo. Al mismo tiempo, su propuesta me irrita porque normalmente sería yo quien se encargaría de cargar con Olivia, así que parece que sigue interpretando su papel de padrazo para impresionar a los demás. Pero ¿a quién? ¿A su madre? ¿A Jenna? ¿A Fiona?

Pero descarto esa idea de inmediato cuando deja a Olivia en el sofá para ayudar a Jenna a ponerse la chaqueta, exactamente la misma que la mía. Al verla ahora, noto que ha cambiado su apariencia de un tiempo a esta parte; se ha vuelto más segura, más madura, diría. Es toda una transformación, porque la última vez que la vi estaba llorando y suplicándome que no le contara nada a la policía.

TRECE

FIONA

No resultó sencillo ver cómo Scott agarraba a Danni de la mano y la ayudaba a pasar por la nieve. No alcanzaba a comprender que el hombre que nos había cuidado a mí y a nuestros hijos hacía tan solo unos años ahora lo hiciera con otra mujer y otra niña. Los niños y yo lo habíamos sido todo para él y, sin embargo, había adoptado ese mismo papel hacia otra persona con sorprendente facilidad. ¿Cómo podía hacer algo así? A mí me costaba iniciar relaciones desde la ruptura. Estuve saliendo con Nick durante unos seis meses, y al principio esperaba que me ayudara a pasar página, pero fue todo lo contrario. ¿Alguna vez estaré preparada para dejar atrás lo que fuimos? Me encontraba sola en mitad de la nieve viendo cómo Scott rodeaba a Danni con un brazo protector mientras acunaba a Olivia en el portabebés. Me produjo tanto dolor que tuve que apartar la mirada. Angela también estaba sola, quieta en la blancura gélida, con su bastón de mango de perlas. Parecía desconcertada, así que avancé hasta ella a través de la nieve y entrelacé mi brazo con el suyo. Miró al pequeño grupo conformado por Danni y Scott, que obviamente se susurraban palabras de afecto, y me dio una palmadita en la mano. Me sonrió con tanta compasión que me entraron ganas de llorar.

Seguimos caminando hasta Georgia y Jenna, que estaban tumbadas con los brazos y las piernas extendidas sobre la nieve. Angela y yo sonreímos con indulgencia ante las dos jóvenes. Danni, por otra parte, parecía muy agitada. Estaba claro que no soportaba no ser el centro de atención y, en cuestión de segundos, abandonó la acogedora compañía de Scott. Pensé que iba a alejarse, pero resultó ser todo lo contrario, y en una súplica bastante frenética gritó:

—¡Hacedle hueco a otro angelito!

«Sería más apropiado decir a otra desesperada», pensé, viéndola

tirarse bocarriba y agitar sus extremidades erráticamente. Las tres movían piernas y brazos de un lado a otro creando la forma de un ángel en el suelo blanco. Georgia y Jenna lo hacían por pura diversión —vale, puede que Jenna también disfrutara de la atención —, pero la incorporación de Danni me pareció bastante deprimente. Parecía estar demasiado nerviosa, y eso le impedía relajarse y fundirse en la nieve como las otras dos. A pesar de su aparente muestra de confianza, parecía torpe y algo cohibida. Dio la impresión de que estaba compitiendo con las dos jóvenes. Vi cómo Scott contemplaba la escena y tuve la sensación de que no quedó demasiado impresionado por su actuación. Danni era demasiado joven para él, en muchos sentidos.

Al fin se acabó el espectáculo, y las chicas se levantaron para hacer fotos de sus creaciones. Mientras lo hacían, Jenna soltó un rugido ensordecedor y volvió a caer sobre la nieve:

—¡Dios mío! Creo que me has roto el tobillo, Danni. —Jenna gemía de dolor.

—¿Qué dices? No te he tocado.

Jenna estaba tendida en la nieve, mirando a Danni con expresión de dolor.

—¡No te hagas la tonta! Me has pisado la pierna a propósito —exclamó Jenna, indignada ante la negativa de Danni.

Scott trastabilló sobre la nieve e inmediatamente fue en auxilio de Jenna. Con Olivia aún en el portabebés, se inclinó hacia delante y le ofreció la mano.

—¡Scott, se te va a caer! —gritó Danni, con la cara enrojecida.

Yo no había visto lo ocurrido y no tenía ni idea de quién decía la verdad. Ambas parecían igual de indignadas y ofendidas, y consideré que lo más prudente era mantenerme al margen, al igual que Georgia, quien se alejó de la escena.

Al parecer, Scott se dio cuenta de que ayudar a Jenna suponía un riesgo mortal dadas las circunstancias, así que dio un paso atrás, un tanto avergonzado, mientras que Sam se acercó para ofrecer su ayuda. Agarró a Jenna de los brazos y la puso de pie.

—¡Ay! —gritó ella, sujetándose el tobillo y mirando a Scott.

Entonces Sam se dirigió hacia Danni y le preguntó si estaba bien.

De repente, ella empezó a llorar y dijo:

—Yo no la he tocado, Sam. Tú me crees, ¿verdad?

Sam no dijo nada al respecto, pero el hecho de que le pusiera la mano en la espalda y le dejara apoyar la cabeza en sus anchos hombros me indicó que se había posicionado de parte de Danni.

Miré a Angela, que fingió no ver nada, pero, a juzgar por sus labios fruncidos, me di cuenta de que aquello le había parecido excesivo. Scott estaba ocupado calmando a Olivia, que había roto a llorar. Tenía la nariz y las mejillas enrojecidas por el frío, no debería haber salido.

Sam, por su parte, parecía tranquilo con la situación, como no podía ser de otra manera. La mujer que reposaba sobre él podría ser su madrastra, pero, a ojos de un chico de dieciocho años, también era una mujer atractiva. Me molestaba lo cómodos que se encontraban físicamente, y me pregunté qué pensaría Scott de aquello, pero él estaba demasiado distraído con Olivia. Me di cuenta de que Jenna también se había convertido en otra fuente de distracción. Estaba apoyada en un árbol, cubierta de nieve y con una pierna levantada. Miraba a Danni y a Sam con un odio evidente.

—¡Danni! —gritó, acusadora, mientras se agarraba el tobillo, aparentemente dolorida—. Me has pisado el tobillo.

Danni levantó la cabeza del hombro de Sam.

—Sabes que eso no es verdad.

—¡Sí que lo es! Me has dado un pisotón cuando intentabas levantarte —la culpó, con los ojos entrecerrados.

—Venga, dejemos de discutir —dijo Sam—. Jenna, ¿puedes mover la pierna? —le preguntó, apartándose de Danni y caminando hacia el árbol donde Jenna se apoyaba dramáticamente.

Georgia se unió a Sam, y juntos trataron de ayudar a Jenna a caminar. Desde luego, parecía estar sufriendo mucho: su rostro manifestaba una palidez cadavérica y parecía estar al borde de las lágrimas.

Danni había vuelto con Scott y su beligerante bebé, ignorando el supuesto daño que había causado.

—Lo ha hecho queriendo —oí que Jenna susurraba a mis hijos—. ¡Me ha dado un pisotón!

—Será mejor que volvamos —dijo Sam, ignorando diplomáticamente lo que había dicho. En ese momento vi cómo Jenna miró a Scott, como si esperara que él acudiera a su rescate, o al menos se dignara a ayudarla. Pero él estaba demasiado ocupado intentando apaciguar a Olivia, mientras que Danni, ya recuperada emocionalmente, estaba mirando el teléfono. ¡Otra vez!

—Estoy bien —dijo Jenna al darse cuenta de que no iba a sacar nada de todo aquello. Yo no le tenía ningún cariño a Danni, pero dudaba mucho que la hubiera pisado a propósito.

—¿Seguro que estás bien, Jenna? —pregunté. Solo Sam y Georgia parecían preocuparse por su lesión, si es que la tenía, y no estaban derrochando empatía precisamente.

Georgia se agachó para tocarle la pierna.

—No creo que esté rota —anunció, declarándola apta para caminar.

Pude imaginármela con una bata blanca y un estetoscopio, y me sentí tan orgullosa de ella en ese momento que sentí el impulso de darle un abrazo.

Avanzamos un poco más y Jenna se unió al grupo con Sam y Georgia, mientras que yo acompañaba a Angela. Pero, de repente, Sam se detuvo para lanzarle bolas de nieve a Georgia, que, entre chillidos de sorpresa y alegría, contraatacó. Jenna no tardó en unirse a la contienda, y Danni llegó corriendo para pasar a la acción. En cuestión de segundos, tiró a Sam al suelo y se sentó a horcajadas sobre él, intentando meterle nieve en la boca. Me sentí horrorizada. Mi instinto me decía que me abriera paso entre la nieve y la apartara de mi hijo de los pelos, pero apreté los puños en el bolsillo de la chaqueta y contuve mi rabia. Miré a Scott, que también observaba a Danni. Sus ojos se deslizaron hasta los míos y levantó las cejas de forma casi imperceptible. Los dos éramos meros espectadores; dos adultos, la madre y el padre legítimos del grupo, el matrimonio verdadero.

—Ven conmigo, Fiona, quiero ver el mar desde esa colina al otro lado de la cabaña —me dijo de repente Angela—. Mira el faro. Anoche estuvo parpadeando toda la noche, está encendido todo el rato. Vamos a intentar acercarnos.

Aparté la vista de Scott y sonreí agradecida. Mi exsuegra me ofrecía

una vía de escape, la cual acepté encantada. No veía el momento de alejarme de esa escena invernal, que me estaba poniendo histérica.

Así que seguimos caminando, ansiosa por alejarme, pero también por ver el faro de cerca y la espectacular vista que Danni y Scott disfrutaban desde la habitación principal.

—Ahora vamos —anunció Sam, que seguía peleándose con Danni y no mostraba la menor prisa por unirse a nosotras. Me preocupaba que Angela tuviera problemas durante el camino, ya que dependía en gran medida de su bastón y la cuesta era bastante empinada. Pero, aunque había tenido algún que otro momento de confusión durante el fin de semana, no mostró signos de debilidad *física*. Estaba en buena forma, teniendo en cuenta sus setenta y cinco años y ese podría ser su último cumpleaños.

La nieve era bastante profunda y crujía bajo las pisadas. En algunos puntos me llegaba a la mitad de las pantorrillas, e incluso más arriba a Angela, que era unos centímetros más baja. Por fin, llegamos a la cima de la pendiente jadeando, tanto por el esfuerzo como por las asombrosas vistas que teníamos delante. El faro era blanco y, si bien hacía de guía, se perdía en el paisaje igualmente níveo, salvo por la luz intermitente y constante que advertía a los barcos de las peligrosas corrientes.

El mar rugía sobre las rocas y las olas, altas y peligrosas, se veían a través de la nieve, como una gigantesca cortina que le restaba peligro al acantilado. Me di cuenta de que, en nuestro afán por disfrutar de las vistas, nos habíamos acercado excesivamente al borde, y me aferré a Angela para seguridad de ambas. Un simple resbalón y adiós, muy buenas.

—Vamos a retroceder un poco —dije, con el viento dentellándome la cara. Estábamos en mitad de un acantilado, completamente expuestas a los elementos—. Estás muy cerca del filo —la advertí, pero Angela no parecía asustada en absoluto, y eso me molestó—. ¿Angela?

Con los ojos entrecerrados, levantó poco a poco la cabeza para darle la bienvenida a cualquier cosa que el mar le deparara, y a mí también. Me invadió el pánico, pero no quería asustarla porque podría caerse.

—¿Angela? —repetí su nombre en voz baja para no alarmarla, mientras intentaba alejarla suavemente del precipicio. No respondió. El único sonido provenía del rugido constante de las olas golpeando las rocas con fuerza, la nieve helada y las salpicaduras del mar que me golpeaban la cara. De repente, me agarró el brazo y se giró hacia mí. Su mirada era la de un extraño, sus ojos no parecían reconocerme.

—Angela, ¿estás bien?

Me tendió la mano y se aferró a mi brazo, inclinándose hacia mí y mirándome a la cara.

—¿Estás bien, Angela?

—Ten cuidado... No te fíes de ella, Fiona.

Se me erizó el vello de la nuca.

—¿De quién, cariño? ¿De quién no me puedo fiar?

Estábamos solas en el acantilado, con el mar arremolinado a nuestro pies. Angela tenía los ojos desorbitados, parecía asustada.

—Dímelo —le pedí con suavidad.

Sin mediar palabra, se volvió hacia el mar, sucumbiendo al blanco olvido de la nieve, que caía a nuestro alrededor con más fuerza.

Seguía agarrada a mi brazo. Ahora dudaba de ella, temía que pudiera saltar.

Por mucho que me preocupara por mi suegra y quisiera mantenerla a salvo, estaba sujeta a mí de tal manera que podría arrastrarme al abismo con ella. Intenté retroceder, sin dejar de mirar atrás. No había rastro de los demás, estábamos solas. El pánico se apoderó de mí.

CATORCE

DANNI

Todos están disfrutando de su chocolate caliente como una gran familia feliz después del paseo por la nieve, pero yo soy incapaz de unirme. No han publicado nada más en la web, pero Charlotte no ha quitado la pregunta burlona sobre qué profesor tiene un gran secreto. Debe estar de vacaciones o algo así, lo que me hace sentir muy vulnerable y expuesta. Podrían volver a publicar algo en cualquier momento. Esta idea me atormenta cada segundo que paso despierta.

Hay algo a lo que no le encuentro ningún sentido: no he estado en el instituto desde antes de que naciera Olivia. Alargué la baja por maternidad todo lo posible para asegurarme de que se olvidara cualquier asunto relacionado con las fotos. Entonces, ¿por qué ha decidido este psicópata empezar a trolearme justo ahora? ¿Es porque la baja por maternidad termina pronto y tengo que volver? Por mucho que quiera retomar la enseñanza, no soporto la idea de volver a ese instituto si ese monstruo sigue acechándome.

Me siento muy sola, no es el tipo de cosas que se pueden compartir con cualquiera. Pero con Sam tengo una relación muy estrecha, así que lo sigo cuando va a la cocina. Le cuento lo de la publicación en Facebook y la página web, y esto parece preocuparle.

—¿Y es cierto que le ocultas un gran secreto a papá? —pregunta, repentinamente serio.

—No, claro que no le oculto ningún gran secreto a tu padre —miento, arrepintiéndome ya de esta conversación.

—Entonces, ¿por qué te preocupas? —No tarda en volver a adoptar su característico aire desenfadado y relajado.

—Me preocupa lo que amenazan con publicar. Podrían volver a difundir mentiras sobre mí. Es mi reputación, mi carrera...

—¿Es la misma persona que publicó las fotos?

—No lo sé, pero creo que sí. —Me sonrojo de vergüenza ante la

idea de que mi hijastro viera fotos mías con su padre in fraganti.

—Lo mejor que puedes hacer es pasar del tema —aconseja.

—No puedo, no hasta que sepa lo que van a publicar.

—Podría no ser sobre ti. —Levanta las cejas, esperanzado, en un dulce intento de ofrecerme un clavo ardiendo al que aferrarme.

—Lo que vayan a publicar es mentira, pero ya sé cómo funcionan estos trols. ¿No te parece mucha coincidencia que todo esto empiece justo cuando voy a volver de la baja por maternidad?

—Supongo que no.

—Sea quien sea, me odia. Pero ¿quién podría odiarme tanto? —pregunto, esperando desesperadamente que se le ocurra un nombre, una teoría al menos.

Sam se limita a sacudir la cabeza, desconcertado. Dudo que sugiera abiertamente que su propia madre es la culpable, pero seguro que se le ha pasado por la cabeza que podría estar involucrada. Sigue estando en mi lista de dos sospechosas, junto con Jenna.

Pero la parte racional de mi cerebro se pregunta cómo pueden saber que le oculto un gran secreto a Scott.

Sam se apoya en el armario de la cocina y dice en voz baja:

—Hablando de misterios, ¿tienes alguna hipótesis sobre el atropello?

No esperaba que sacara ese tema. Ya hemos debatido hasta la saciedad sobre el quién, el qué, el cuándo y el porqué, pero siempre acabábamos dando vueltas en círculos. Estoy intrigada, ¿acaso sabe algo?

—No tengo ni idea —respondo—. Al contrario que la policía, me parece que ha debido ser algo fortuito. No creo que haya sido nadie de aquí, ¿y tú?

Levanta las cejas.

—¿Quién? —Su insinuación capta todo mi interés. ¿Fue Angela, llena de buenas intenciones pero pésima conductora? ¿La psicópata de Jenna arrollando a inocentes? ¿Fiona, cuya amargura le impide ver a los peatones en la oscuridad? ¿Scott? ¿El propio Sam conduciendo demasiado rápido? Mira que siempre se lo digo. Supongo que podría haber sido cualquiera, pero no somos

delincuentes. Excepto Jenna, claro. Además, de haber sido alguno de ellos, podría haber parado y haber llamado a la policía—. ¿Quién, Sam? —repito, impaciente, viendo la sonrisa mordaz que se dibuja en sus labios.

—Tengo mis teorías —responde tentadoramente.

—¿Así que crees que fue deliberado? ¿Crees que ha sido uno de nosotros? —susurro esto último, mirando alrededor para comprobar que nadie nos esté escuchando.

—Creo que fueron esos tipos de las otras cabañas. Nos adelantaron en un puto Ferrari el viernes por la noche. Mamá dijo que casi la sacan de la carretera.

Estoy un poco decepcionada, pero a la vez aliviada de que no piense que ha sido uno de nosotros. Justo entonces, Fiona emerge como una aparición tenebrosa en la puerta.

—Sam, aquí estás. Te estaba buscando. —Entra en la cocina y coge un cuchillo de cocina.

—Pues estaba aquí mismo, con Danni —dice—, no has buscado demasiado.

—Es que Jenna estaba preguntando dónde estabas —dice Fiona, con un brillo en los ojos. Ay, Dios, debe ser tan ingenua como para pensar que Sam y Jenna... ¿Qué demonios? *¿De verdad* está tan perdida? ¿No puede ver lo que tiene delante de las narices?

Fiona saca una barra de pan de la panera y corta una rebanada.

—¿Alguien quiere una tostada? —pregunta, sosteniendo el cuchillo de una forma que a mí me parece amenazadora. Puede que esté en un estado de paranoia extrema en estos momentos, pero nunca se sabe.

—No, gracias. —Sacudo la cabeza ante su oferta mientras Sam, que no para de engullir, asiente enérgicamente. Fiona mete más pan en la tostadora.

Entonces, para mi sorpresa, camina hacia mí y se coloca justo delante. No sé si echar a correr o mantenerme firme. Ambas nos miramos durante al menos treinta segundos, demasiado tiempo de contacto visual para una nueva esposa y la antigua. Y, cuando me acerca la mano a la cara, entrecierro los ojos esperando la bofetada que tanto desea darme. Contengo la respiración, aprieto los dientes

y no cedo terreno, sabedora de que probablemente me la merezco.

—¿Estás bien? —dice, dirigiendo la mirada de mí hacia Sam.

—Yo... sí, ¿y tú? —digo con inseguridad.

—Sí. Es que estás delante de la nevera. Necesito mantequilla para las tostadas.

Me siento estúpida, y se me relaja el cuerpo al completo, como si fuera líquido, mientras me aparto de la brillante puerta de la nevera para que ella pueda abrirla.

Me da tanta vergüenza que no se me ocurre otra cosa que murmurar:

—Voy a buscar... —Lo dejo ahí y salgo de la cocina.

Vuelvo al salón, donde los demás siguen sentados tomando chocolate caliente alrededor del fuego. Acabamos de regresar de lo que Angela denominó, en un alarde de optimismo, «un agradable paseo familiar», aunque no se ha parecido a eso ni por asomo. Scott estaba enfurruñado porque, por una vez, no me he hecho cargo de Olivia; Fiona se limitó a mirarnos con esa expresión crítica como si fuera la maldita reina de las nieves; ¡y Jenna me acusó falsamente de agredirla! Un paseo familiar para el recuerdo...

Empieza a darme miedo que Jenna sea capaz de hacer cualquier cosa para llamar la atención de Scott. Piensa que, si se viste como yo y se corta el pelo igual, él caerá rendido a sus pies. Eso demuestra lo infantil y superficial que es esa cría. Me gustaría poder decir que Scott pasa del tema, pero es consciente de lo que hace Jenna, interactúa constantemente con ella y a veces se pasan el rato charlando. Pero, cuando menciono sus pequeñas conversaciones, me dice que estoy paranoica.

—Apenas conozco a la chica. Te lo estás imaginando —dice—. Te reconcome tanto la culpa por lo que pasó entre nosotros que ahora te imaginas que te estoy siendo infiel. —Intenta tranquilizarme, pero no me convence; la dinámica que hay entre ellos me incomoda.

Ahora la observo. Tiene los ojos clavados en él sobre su taza de chocolate caliente, escuchando atentamente todo lo que dice. Se comporta de esa forma descarada delante de mí, pero lo que en realidad me saca de mis casillas es la forma en que Scott la anima. Se muestra muy amable y simpático con ella, y no es capaz de ver el

jueguecito que se trae entre manos. No lo comprendo. O quizá sí, solo que no quiero verlo.

—El chocolate caliente está delicioso, Jenna —dice Angela, y todos dan su aprobación.

—El tiempo está empeorando —observa Scott—. Y mi teléfono dice que hay otra alerta meteorológica. Me preocupa que tengamos que quedarnos aquí más tiempo del que tarde la policía en resolver lo del atropello.

—¡Oh, no! —Las manos de Angela vuelan hacia su boca.

Fiona está pálida.

—De eso nada, tenemos que volver a nuestros trabajos —dice.

Estoy en un sofá sentada con Scott y Olivia. Unos minutos después, Sam se une a nosotros con su tostada y se sienta a mi lado. Estoy cansada y me apoyo en Sam porque Olivia está intentando coger la tostada y él juega con ella. Siempre se ríe cuando está con Sam, al igual que yo. Es un chico muy divertido.

Unos segundos después de que Sam se acomode, Fiona entra en la habitación y puedo ver que no está nada contenta con la disposición de los asientos. Odia que Sam y yo tengamos una relación tan cercana. Me odia. Desearía por su bien que lo superara de una vez, pero no puede. Se sitúa junto a Jenna, que está sentada cómodamente con Angela, como si ya formara parte de la familia. ¿Por qué soy la única que se siente alarmada por su presencia?

Pero los demás no saben lo que yo sé sobre Jenna. Y hay tantas cosas que quiero decir, tantas cosas que *podría* decir y que les harían darse cuenta de que no es la dulce jovencita que ellos creen que es. Jenna carece de sentido de la moralidad, es peligrosa, pero Scott siempre la defiende públicamente. La apoyó en el instituto: se puso de su lado, contra mí, tanto personal como profesionalmente. Nunca podré perdonarle eso. Pero, si dijera algo en su contra ahora, arruinaría el cumpleaños de Angela. Y no solo eso, sino que parecería que estoy celosa del vínculo que comparte con mi marido. Pero las cosas no son siempre lo que parecen: es ella la que me tiene celos, no al contrario... Yo le tengo miedo.

QUINCE

FIONA

Al final conseguí que Angela se apartara del sendero costero, pero, de alguna forma, perdió su bastón de camino a la cabaña. No recordaba que fuera tan olvidadiza y me enfadé conmigo misma por no darme cuenta de que no lo tenía cuando volvíamos. Sam se ofreció a buscarlo, pero volvió negando con la cabeza. Nevaba tanto que habría quedado enterrado en muy poco tiempo.

Una vez de vuelta en la cabaña, tomamos chocolate caliente y fui a la cocina a ver qué pasaba con Danni y Sam. Tal y como esperaba, me los encontré acurrucados, así que preparé unas tostadas para Sam y para mí, consiguiendo de paso una excusa para poder quedarme por allí. Pero Danni se comportaba de forma muy extraña. Se plantó delante de la nevera para que yo no pudiera abrirla, parecía muy ansiosa. La situación nos estaba afectando a todos, pero ella ya no podía ocultar sus sentimientos llegados a ese punto.

Más tarde, en el salón, vi que Danni ponía mala cara cuando Jenna mencionó la cena. Se fulminaron con la mirada la una a la otra en ese extraño enfrentamiento que tenían. Yo me mantuve al margen; ya tenía suficientes problemas por mi cuenta y no me interesaba verme envuelta en su drama. Quería pasar desapercibida y sobrevivir al fin de semana, nada más. Pero Georgia se fue a ponerse ropa seca, dejando a Jenna sola en la cocina, así que me ofrecí a ayudarla.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté al entrar.

—Está todo controlado, no te preocupes —dijo, removiendo leche lentamente en una sartén, a la que luego agregó mantequilla y harina. Me dio la sensación de que se le estaba cortando, pero no dije nada, supuse que sabía lo que hacía.

—¿Cuánto hace que conoces a Angela? —pregunté.

—Hará como un año, diría. —Miró al techo como si esperara encontrar la fecha en un calendario—. Sí, fue en noviembre del año

pasado, cuando empecé a trabajar en la cafetería. Ella fue mi primera clienta. Es un amor, ¿verdad?

—Siempre fue una suegra encantadora —dije.

—Seguro que sí. —Luego pareció dudar un poco antes de decir—: Estoy un poco preocupada por ella, Fiona.

—¿Por qué?

—Parece un poco... perdida.

—¿Quieres decir que parece un poco confusa? —pregunté, recordando el momento que acabábamos de vivir fuera, cuando me había dicho: «Ten cuidado... No te fíes de ella, Fiona».

—A veces me paso por su casa, para ver cómo está. El otro día llamé y estaba dormida.

—Anda. ¿Tienes llaves?

—Sí... Ella quería que las tuviera, por si alguna vez me necesitaba, ya sabes.

—Sí, eso está bien —dije, dándome cuenta de que tenía mucho sentido.

—El otro día entré y estaba dormida, pero había un cojín tirado en el suelo. Estaba destrozado, rajado. ¡Había plumas por todas partes! —Agitó los brazos como una niña para ilustrar la explosión de plumas.

—¿Quién hizo eso? —pregunté, horrorizada.

—Angela, supongo. Le pregunté cuando se despertó y parecía confusa.

—¿Estaba sola?

—Creo que sí. ¿Quién más podría haber allí?

Imaginé que no podría ofrecerme más información y, por muy bien que me cayera Jenna, no sería justo para Angela seguir hablando de eso. Tomé nota mental de comentárselo a Scott, por si sabía algo. Si Angela tenía lagunas mentales, eso explicaría algunas cosas.

—Sé que has venido a cocinar, pero espero que también te lo estés pasando bien —dije, acercándome poco a poco.

—Me lo estoy pasando en grande. —Se apartó de la sartén para regalarme una sonrisa resplandeciente—. Sois todos personas fantásticas, no parece que estuviera trabajando. Me siento afortunada de estar aquí.

—Y nosotros, de que estés —respondí—. Tus cenas estaban para chuparse los dedos. Tienes mucho talento.

—Bueno, no sé yo. Tú sí que tienes talento: la tarta de cumpleaños que hiciste estaba deliciosa.

—Gracias, me gusta la repostería —respondí, dándome cuenta de que tenía una oportunidad de introducir a Danni en la conversación —. Aunque me sentí un poco culpable. Danni también había hecho una tarta y... ya sabes lo que le pasó.

Bajó el fuego y suspiró.

—Ya ves. —Se apoyó sobre la encimera—. Estoy segura de que piensa que fui yo quien le destrozó la tarta, pero no fue así.

—¿Te culpó a ti?

Jenna se pasó los dedos por el pelo rubio, corto y espeso. Como el de Danni.

—No, no me dijo nada, pero sé que no me traga.

—¿En serio? —Me hice la sorprendida.

—Sí, nunca le he caído bien. Desde mi primer día en el instituto, Danni Watkins, como se apellidaba entonces, me odia.

—Pero ¿por qué?

Se encogió de hombros.

—Se pensaba que los espiaba a ella y a Scott, que fui yo quien hizo esa foto y... —Pareció darse cuenta de repente de que yo era la esposa en aquel momento y que aquello también me había afectado a mí—. Lo siento, Fiona.

—Oh, es agua pasada. No fue agradable ver aquella imagen... La verdad, fue humillante. —Levanté la cabeza para mirarla—. Pero fue hace mucho tiempo y lo he superado —mentí—. Pero ¿por qué te acusaría Danni de hacer la foto?

Me miró por un momento y luego se dirigió a la puerta de la cocina para cerrarla suavemente. Bajó la voz antes de decir:

—Me tachó de ser una acosadora, decía que yo estaba obsesionada con Scott... Lo más gracioso de todo es que era ella quien estaba obsesionada con él. Recuerdo su primer día, no se separaba de él.

Asentí; podía imaginármelo.

—En fin, le dijo a todo el personal que había sido yo. Los alumnos se enteraron y también me lo hicieron pasar mal. Y, por si eso fuera

poco, luego empezó a contar más mentiras sobre mí.

—¿Como qué?

—Nada, cosillas sobre asuntos de drogas... Todo mentiras.

—¿Y por qué crees que ella...?

—Por lo que te he dicho: estaba obsesionada con Scott, y odiaba que fuéramos amigos.

—¿Scott y tú? —Esto era intrigante, y un poco preocupante al mismo tiempo.

—Danni Watkins me hizo pasar un infierno. —Sacudía la cabeza mientras hablaba, todavía angustiada por lo que había ocurrido. Incluso le resultaba doloroso contármelo ahora—. Me acusó de... traficar con drogas.

—Vaya...

Ella negaba con la cabeza.

—No fue solo eso, Fiona: afirmaba que les vendía droga a los chicos del instituto. —Sus grandes ojos azules se redondearon, perplejos, mientras una lágrima se abría paso por su mejilla.

—Jenna, eso es horrible. —Fingí sorprenderme, aunque Angela ya me lo había contado. Quería oírlo de boca Jenna, porque no tenía ni idea de cuál de las dos versiones era la verdadera.

—Amenazó con llamar a la policía y hacer que me despidieran, así que acudí directamente a Scottie. —Volvió a incomodarme escuchar la forma en que hablaba de él. Una vez más, me di cuenta de que se refería a él por su nombre de pila—. Le dije que no era verdad, que yo no traficaba con drogas, pero entonces... —Me miró y luego apartó la mirada—. Salieron otras cosas a la luz y la cosa se puso fea. Scott dijo que lo mejor sería que me fuera, pero yo sé que ella estuvo detrás de todo.

—¿Que se puso fea? ¿Qué quieres decir, que Danni te denunció a la policía tal y como había amenazado?

—No, Scott le quitó esa idea de la cabeza. Dijo que, si accedía a irme, no se lo diría a la policía.

Aquella historia carecía de sentido. Si era culpable, Scott estaría de acuerdo con Danni en que había que llamar a la policía. Por otra parte, si era inocente, ¿por qué no dejó que Danni llamara a la policía y que se demostrara que las acusaciones eran falsas?

—Scott es muy bueno —dijo efusivamente—, me ayudó mucho. Me encontró un trabajo y dio buenas referencias sobre mí en la cafetería.

Scott siempre intentaba salvar a los alumnos y, aunque Jenna no era una estudiante, era poco más que una cría.

—Me salvó la vida. Quería suicidarme, Fiona.

—Siento mucho que hayas tenido que pasar por eso. Nada es tan grave como para que te quites la vida por ello, Jenna. ¿Estás bien ahora?

—Sí, sí, estoy bien. Estoy agradecida por haberte conocido y por pasar tiempo con Georgia y Sam..., y por estar con una familia de verdad.

Asentí con la cabeza, aunque aquello era un poco raro: más que una familia de verdad, sería más acertado calificarnos como *familia desestructurada*.

—Obviamente, sería más feliz si Danni no estuviera —añadió con un suspiro. Me sentía tan identificada—, pero hago esto por Angela, y por Scott, claro.

—Claro —repetí en voz baja.

De repente, se abrió la puerta de la cocina. Georgia entró, abrió la nevera y sacó un zumo de naranja. Eso marcó el fin de nuestra conversación.

—Vamos a jugar al ajedrez, mamá —me pidió.

Me sorprendió que no quisiera quedarse en la cocina con Jenna, pero claro, a Jenna no le gustaba que hubiera gente cuando cocinaba.

—Venga, vale, así dejamos a Jenna en paz —dije, viendo los remolinos de aceite dorado en la superficie de la leche. La salsa se había cortado, no había duda, y a Jenna le estaba entrando el pánico.

Georgia y yo entramos en el salón y, por mi propia cordura, intenté no fijarme en que Danni se inclinaba sobre Sam. Me costaba ver esas cosas, me incomodaban mucho, y no era la única; la desaprobación en el rostro de Angela era evidente mientras miraba a Danni manoseando a su nieto. Me senté, Georgia trajo la caja de ajedrez y empezamos a colocar las piezas sobre el tablero. Eché un

vistazo a los demás, que estaban hablando del atropello.

—Todo esto es muy angustioso —decía Angela, retorciéndose las manos y con la mirada perdida. La noticia de la muerte de la víctima nos había afectado a todos, pero a Angela le estaba resultando especialmente duro.

Quería hablar con Scott del extraño comportamiento de Angela, saber si él también se había dado cuenta. No habíamos tenido ocasión de hablar, y no era una conversación que quisiera tener con Danni presente. No necesitábamos que se inmiscuyera ni nos diera sus estúpidos consejos. Volví a observarla, sentada demasiado cerca de mi hijo y mirando inquietantemente a Scott a los ojos. ¿Es que tenía que quedarse a los dos hombres que yo amaba? ¿No le *bastaba* con uno?

***

—¿Te das cuenta de que estamos rompiendo las reglas de papá? —le dije a Sam en la puerta de atrás después de cenar. Habíamos salido para asegurarnos de que la puerta exterior de la cocina estaba cerrada, pero, ya que la luna estaba llena, nos quedamos un rato en el umbral para admirarla.

La vista era impresionante pese a la oscuridad. La luna iluminaba la nieve con un tono azul blanquecino, semejante a un neón; no podía apartar los ojos de ella.

—Jenna me dijo que la despidieron del instituto por culpa de Danni. ¿Lo sabías? —me oí decir.

Sam se giró para mirarme con una expresión de duda en la cara.

—¿Eso te ha dicho?

—Sí, ¿es verdad?

—Sinceramente, no lo sé.

—¿Crees que Jenna mentiría sobre ese tema?

—No lo sé. No sé si me fío de Jenna, pero Danni la odia a muerte. Antes eran amigas, coincidimos un par de veces en casa de papá.

—¿En serio?

—Sí, pero creo que la relación se enfrió. Me dio la sensación de que Jenna solo iba para ver a papá.

Esa información me pilló a traspié. Me sorprendió y, al mismo tiempo, me la esperaba.

—Entonces, ¿papá y Jenna son muy amigos? —Lo planteé como una pregunta, pero obviamente Sam no quiso responderme y volvió a entrar en la casa, abriendo el brazo para invitarme a pasar.

—Hace frío aquí fuera —dijo, dando por concluida la conversación. Me pareció curioso que mi pregunta sobre Scott y Jenna hubiera provocado aquella reacción, pero ese pensamiento se disipó en cuanto volvimos al salón. El televisor emitía las noticias de la noche y nos detuvimos en seco al escucharlas.

—¿Hay un asesino suelto en Kynance Cove? —preguntaba el reportero, mirando seriamente a cámara. Todos estábamos pegados a la pantalla, Sam y yo incluidos; nos habíamos detenido para ver las noticias. Sin apartar los ojos de la pantalla, me senté lentamente en el borde del sofá, asegurándome de no perder detalle.

—La policía ha abierto una investigación por asesinato después de hallar el cadáver de un hombre, víctima de un «brutal y despiadado» ataque en Kynance Cove, Cornualles —anunció el presentador.

Un murmullo de horror resonó en el salón.

—Los agentes acudieron al lugar de los hechos el viernes por la tarde. También se personaron sanitarios de los servicios médicos de Devon y Cornualles.

—¡Dios mío! —gritó Danni, sujetándose la cara con ambas manos.

Angela palideció.

—Maldad pura y dura —exclamó, horrorizada, mientras Scott levantaba una mano en el aire pidiendo silencio.

De repente, la inspectora jefe Freeman apareció en la pantalla en lo que parecía una rueda de prensa improvisada. Todo el mundo murmuró en señal de reconocimiento, pero yo me limité a observar con la boca abierta cómo se desarrollaba esa tragedia.

—Mierda —oí suspirar a Georgia.

—Todo apunta a que se trata de un ataque premeditado. El conductor arrolló a la víctima y, tras arrastrarla durante ochocientos metros, dio marcha atrás y le pasó por encima antes de darse a la fuga. Es uno de los ataques más cruentos que he visto en más de veinticinco años en el cuerpo —añadió, y sus palabras se mezclaron

con más lamentos en el salón.

«El conductor del vehículo dejó morir a la víctima en la carretera, donde fue descubierta por un vecino que paseaba a su perro. Continuamos con la investigación a pesar de las difíciles condiciones meteorológicas y esperamos detener al culpable cuanto antes —declaró—. Hacemos un llamamiento a cualquier persona que estuviera en la zona en ese momento o que pudiera tener imágenes del accidente. Por favor, póngase en contacto con nosotros.

De vuelta al plató, la presentadora concluyó el reportaje:

—La policía cree conocer la identidad de la víctima y ha informado a sus familiares. La identificación formal del cuerpo y la autopsia se llevarán a cabo a su debido tiempo.

—Parece que no han detenido a nadie todavía —murmuró Scott, mientras la presentadora pasaba a otra noticia. Nos miramos los unos a los otros, con el temor y el miedo reflejados en nuestros rostros: esa pesadilla no iba a acabar pronto.

Sentí que se me helaba la sangre, pero, antes de que pudiera unirme a las especulaciones, apareció un anuncio de última hora en pantalla, y volvimos al plató, donde la presentadora se llevaba la mano a la oreja para escuchar por su auricular.

—Tenemos noticias de última hora en relación con la noticia anterior sobre la investigación por asesinato en Kynance Cove. —Hizo una pausa—. Acabamos de saber que la policía ha identificado a la víctima del atropello del viernes por la tarde como un hombre de cuarenta y dos años procedente de Worcestershire. Las autoridades darán más detalles una vez que la familia haya sido informada.

—Anda, es de Worcestershire, como nosotros —comentó Angela—. Pobre hombre, qué muerte tan horrible, no quiero ni imaginármelo.

—Como ha anunciado la policía, no fue un simple atropello —dijo Scott, horrorizado—. Alguien ha usado su coche como arma para matar a otra persona a sangre fría.

Nos quedamos en silencio unos segundos asimilando esa información. Entonces Jenna habló:

—¿Creéis que encontrarán al responsable? —preguntó.

Nadie respondió.

DIECISÉIS

DANNI

Me siento atrapada. No puedo estar sola en ningún sitio: si voy al dormitorio, Scott me sigue. Si voy a la cocina, siempre aparece alguien o ya está allí cuando llego. El único salón de la casa es como un aeropuerto internacional, con un montón de gente pululando y hablando de tonterías.

Ahora, con un fingido tono triste, hablan del pobre hombre que murió atropellado. Después de todo, no fue un simple atropello, sino un asesinato a sangre fría ¡y parece que el conductor era un maldito sádico! No solo arrastró a la víctima por la carretera durante varios metros, sino que luego dio marcha atrás para rematarlo. Solo de pensar en el estado en que debió quedar el cuerpo después de todo eso me ha dado un dolor de cabeza espantoso, y he tenido que colarme en la habitación de Angela para ver si tiene algún analgésico. Scott encontró los míos y los tiró por el retrete, es un dramático de cuidado. Se enfadó conmigo por tomarlos, pero yo necesitaba *algo*. Así que, como la habitación de Angela está en la buhardilla al final de un pequeño tramo de escaleras en la parte trasera de la casa, sabía que nadie me vería subir allí. Angela está abajo charlando con Fiona, así que estará ocupada un rato. Cuando entro, me quedo con la boca abierta: ¡es una *suite* enorme! Angela se ha agenciado el mejor dormitorio, es gigantesco y da a otra habitación con un pequeño sofá y una mesa de café. No tengo tiempo de entretenerme mirando. A pesar de utilizar bastón, esa carcamal es más rápida de lo que parece, así que voy directamente al baño. No quiero pasar la vergüenza de que me encuentre en su habitación. Tampoco le haría gracia que me tomara un paracetamol y seguro que montaría un escándalo y me haría sentir como una delincuente.

Una vez en el pequeño cuarto de baño, rebusco en el neceser de Angela y, como no encuentro nada, pruebo en el armario. Necesito

algo para aliviarme un poco, pero, por desgracia, solo tiene hilo dental y enjuague bucal, nada de analgésicos.

Estoy a punto de cerrar el armario del cuarto de baño para largarme de allí y, al hacerlo, el espejo capta un movimiento. Se me revuelve el estómago cuando la veo. Pelo rubio, saliendo de la habitación detrás de mí. ¿Qué demonios hacía Jenna en la habitación de Angela? Vuelvo la vista al espejo. Se ha ido, pero, justo cuando me dispongo a marcharme, con los ojos todavía fijos en el espejo, veo su gruesa y ondulada cabeza morena abandonando la habitación de Angela. ¡Scott! Corro tras él, pero es demasiado rápido, y cuando llego al final de las escaleras no hay rastro de ninguno de los dos. Jenna y Scott, juntos en la habitación de Angela. ¿De verdad acabo de presenciar eso? Claro que sí, yo no me imagino cosas. Creo que voy a vomitar.

Me siento mareada, como si tuviera una herida abierta en canal y me estuviera desangrando a medida que bajo las escaleras con moqueta de vuelta a la habitación principal de la cabaña. Oigo la estúpida voz de Jenna, y el pomposo timbre de Scott, que se superpone al de ella. No puedo soportar verlos. Lo sabía, sabía que algo no iba bien. Nunca confié en ella, y ahora sé que no puedo confiar en él. Necesito escapar a mi santuario, así que me voy a mi habitación y me tumbo en la cama durante una hora, procesando lo que creo que acabo de ver.

Un poco más tarde, alguien llama a la puerta.

—Danni, me dijiste que te ibas a bañar conmigo en el *jacuzzi.* Quiero hablar contigo.

Santo cielo, es Sam. No me apetece esto ahora, mi vida ya es lo bastante complicada.

—Iré en un rato, me duele la cabeza —digo.

—El *prosecco* te curará los dolores —bromea—. Te doy cinco minutos, y si no sales, entro yo a por ti.

Suspiro. Lo dice en serio.

—Está bien, cinco minutos —le digo.

***

Unos quince minutos después, estoy sentada en el *jacuzzi* con Sam. Intento pensar en qué le voy a decir a Scott por haberlo pillado con Jenna en la habitación de Angela. Tendré que contarle la verdad, que estaba en el baño buscando pastillas, pero eso no es ni la mitad de grave que verse allí con una chica a la que le dobla la edad.

Mientras tanto, no consigo conectar con Sam, que está empinando una botella de *prosecco* y arreglando el mundo.

—Mamá no deja de mirar, cree que estoy bebiendo demasiado —dice, señalando con la cabeza hacia la ventana desde donde Fiona nos observa. Dos ojos grandes y malvados que brillan a través de la blancura. Me pone los vellos de punta, Dios sabe qué pudo ver Scott en ella.

Me encojo de hombros.

—¿Y estás bebiendo demasiado?

—Mamá cree que sí. Piensa que tú también te pasaste bebiendo anoche. Bueno, ella y todos.

Recuerdo la tarta con una punzada.

—Sí, tuve un pequeño colapso emocional.

—Ya ves. —Echa la cabeza hacia atrás, sonriendo.

—¿Por qué sonríes?

Sacude la cabeza.

—¿Te estás riendo de mí? —Sonrío, me encanta la actitud de Sam; nunca se toma las cosas demasiado en serio, a diferencia de su hermana.

—Es que... ¡Me acuerdo de esa imagen tuya, llorando, con la tarta hecha papilla! —Se echa a reír—. Solo era una tarta, pero las velas te iluminaban la cara de una forma... —Adopta una expresión maníaca, emulando la que yo debí poner la noche anterior. Me rompe el corazón, pero me obligo a sonreír.

—¡No! Dime que no tenía esa cara. —Pongo los ojos en blanco y le doy una palmada en su hombro desnudo.

—Tenías todo el maquillaje corrido, como sacada de una película de terror. Aquello parecía el cumpleaños de Carrie.

Vuelve a echar la cabeza hacia atrás. Puede parecer que los dos nos estamos riendo, pero en el fondo estoy llorando.

—¿De qué os reís tanto? Se os oía desde dentro con las puertas

cerradas. —Georgia está envuelta en una gran toalla, temblando y sonriendo de manera expectante.

Sumerjo la cara en el *jacuzzi* para que no vean las lágrimas y, cuando salgo al cabo de unos segundos, me siento un poco mejor.

—Tu hermano le está faltando al respeto a tu madrastra —le digo, haciéndole hueco en el *jacuzzi*.

Le tiendo la mano y ella la coge. Le castañetean los dientes mientras se mete con cautela, y deja escapar gritos de sorpresa al sentir el agradable quemazón del agua caliente.

—¡Qué gustazo! —exclama, acomodándose entre las burbujas, y coge la botella de Sam para dar un discreto trago mientras este repite lo que acaba de decir sobre la tarta y mi cara.

—Qué malo eres, Sam. La pobre Danni estaba destrozada —dice, protectora.

—No pasa nada. Sam tiene razón, parecía una desquiciada. Estaba estresada y se me acumuló todo —digo—. Tenía el rímel por toda la cara y el pintalabios emborronado. Debía parecer el Joker. —Los dos se ríen con ganas y Georgia echa la cabeza hacia atrás igual que su hermano. Son tan parecidos: los dos son rubios, guapos, inteligentes y atléticos. Sam está en el equipo de *rugby* de la universidad y Georgia es la capitana del equipo de *netball* del instituto. Estoy muy orgullosa de ellos, aunque no sean hijos míos.

Mientras ellos se ríen, percibo la mirada de Fiona a través del gran ventanal. Me golpea directamente en el estómago, acaba con toda mi alegría en un instante y la esparce por los suelos. Los chicos no se dan cuenta, pero yo siento sus ojos clavados en mí en todas partes.

—¿Puedo beber un poco más? —pregunta Georgia, alcanzando la botella.

—De ninguna manera. —Sam sacude la cabeza con severidad—. Te vas a poner pedo, George, harás alguna estupidez... y seré yo quien se la cargue por darte alcohol.

Por muy pasota que parezca mi hijastro, es el hijo mayor y cuida de su hermana.

Al menos Fiona no va a unirse a nosotros en el *jacuzzi*. Jenna sí que lo haría, pero no creo que se moleste esta noche; cuando pasé

antes por la cocina, estaba ocupada demostrándole a Scott lo gran ama de casa que es. La clave de su éxito parece residir en pronunciar mal los nombres de los platos franceses y destripar aves de corral con gran vigorosidad. No quiero ni imaginarme lo que estaba tratando de enseñarle hace una hora, en el dormitorio de Angela.

—Este *jacuzzi* es el único sitio donde puedo sentarme sin que nadie me moleste —digo, bajando la guardia. Deben saber que me refiero a su madre y a su amiga Jenna.

Los dos sonríen con cautela. Están tan hartos de estar encerrados aquí como yo, pero debo tener cuidado de no decir nada malo de su madre. Es odiosa con sus comentarios sarcásticos y su desdén; siempre tiene que quedarse con la última palabra, siempre tiene que competir y dejarme en mal lugar. Lo de la tarta fue el ejemplo perfecto de ello. Seguro que Angela mencionó que yo siempre me encargaba de su tarta, así que Fiona hizo otra y, encima, destrozó la mía en un arrebato de envidia. O tal vez lo hizo Jenna para hacerme pensar que fue Fiona. Le estoy dando demasiadas vueltas al asunto y me imagino que todo el mundo está en mi contra. Pero ¿acaso no es así?

—Hablando de gente molesta, ¿habéis visto lo que le estaba haciendo Jenna a ese pobre pollo?

Esto puede resultar arriesgado; ambos adoran a Jenna, pero hoy he notado que su relación se enfriaba. No han pasado tiempo con ella. Jenna ha estado todo el tiempo pegada a Fiona y a Angela como una lapa, y escondiéndose por las habitaciones con Scott.

Ninguno de los dos dice nada en respuesta a mis comentarios sobre el ave, pero se sonríen con complicidad. Espero que por fin se hayan dado cuenta de lo falsa y traicionera que es.

Cuando nos disponemos a abandonar el *jacuzzi*, yo tengo problemas para salir, lo que me provoca la risa; creo que es un síntoma de histeria después de todo lo ocurrido. Sam intenta arrastrarme hasta la terraza. Me resbalo, así que me aferro a él como a una balsa salvavidas y, cuando levanto la vista, Fiona sigue observando desde la ventana del salón. Su furia es más que evidente incluso a través del cristal. ¿Qué problema tiene? Yo soy

madre, y si Olivia tuviera una madrastra, lo único que le pediría es que se portara bien con mi hija. Y yo me porto bien con *sus* hijos, les *caigo bien*, nos divertimos. ¿Por qué Fiona no puede alegrarse por ello en lugar de estar resentida conmigo? Seguimos riéndonos cuando entramos en la cocina, pero las risas se evaporan tan pronto aparece Fiona. Noto que los chicos recuperan la sobriedad, en todos los sentidos.

Parece que Jenna y Fiona están preparando café juntas y me pregunto qué pueden tener en común la pija y prejuiciosa ex de mi marido y Jenna, la joven promesa. Supongo que es Scott. Pero entonces me doy cuenta: soy yo. El dicho «el enemigo de mi enemigo es mi amigo» le viene como anillo al dedo a esta especie de amistad que comparten.

Mientras avanzamos, Jenna pasa de nosotros y Fiona le dedica una sonrisa exclusivamente a sus hijos. Luego vuelven a su charla trivial y a las cápsulas de café.

Al ser una cabaña, no hay muchos pasillos. Una habitación lleva a otra y ahora tenemos que pasar por el salón de camino a nuestros dormitorios. Angela y Scott están juntos en el sofá con Olivia, que está llorando de nuevo, y parece que tienen problemas para calmarla. Sus llantos activan un instinto primitivo en mi interior y me dirijo hacia Scott y su madre.

—Está cansada, por eso llora —le digo—. Me la voy a llevar a la habitación, ya ha pasado su hora de acostarse —añado, acercándome a ella, pero Scott la aparta, abrazándola de forma protectora. Esto me cae como una bofetada—. ¿Scott?

—No, ¡no te la vas a llevar a ninguna parte en tu estado!

—¿Qué? Estoy bien.

—¿Has bebido algo? —pregunta.

—No, claro que no.

—¿Y has tomado pastillas? —pregunta. Supongo que se refiere a los analgésicos que me impidió tomar antes.

—¡NO! —espeto. Quiero gritarle, pero soy consciente de que eso asustaría a Olivia—. No estoy *borracha* y no he tomado pastillas. Me tiraste el paracetamol, ¿o es que no te acuerdas? —Me acerco un paso más a él—. Así que, si no te importa, me voy a llevar a mi hija;

está *cansada.* —Vuelvo a tenderle la mano, pero él sigue sujetándola como si yo fuera a hacerle daño. Estoy dolida y confusa con esta situación. ¿Acaso está de broma? Miro a Angela en busca de una explicación, pero me fulmina con la mirada y se aproxima al borde del sofá, como preparándose para abalanzarse sobre mí si me atreviera a separar a mi hija de su hijo.

—¿Qué te pasa? —dice Scott en voz baja.

—¿Qué te pasa a ti? —le respondo.

—Danni, creo que deberías acostarte un rato hasta que se te pase... sea lo que sea —susurra Angela sin sonreír.

—No es nada. *Estoy sobria*, no he bebido ni he tomado nada. —Paso la mirada de uno a otra. Se están confabulando contra mí, insinuando que no estoy en condiciones de estar a solas con mi propia hija.

Tengo la sensación de que los estoy viendo por primera vez. Scott, que aleja a nuestra hija de mí fingiendo que teme por su seguridad; y Angela, esta mujer de setenta y cinco años con pendientes extravagantes y zapatillas arcoíris que siempre está sonriendo. La mujer que me acogió en su familia con los brazos abiertos, contra todo pronóstico, y que, de repente, parece distinta. Me entra el pánico.

—Ve a echarte una siesta —dice Angela con voz extraña, como si intentara sonar amable, pero no pudiera ocultar su enfado. Se levanta y camina hacia mí. Sus manos se extienden para tocarme, para tocar a Olivia. Su mirada es oscura y fría, no hay nada detrás de sus ojos.

—No, no voy a echarme una puta siesta. —Me aparto rápidamente de sus garras. Mira a Scott con las cejas enarcadas en señal de desaprobación; han desaparecido su sonrisa afable y su característica actitud de *todo lo que necesitas es amor*. Nunca me ha juzgado, nunca me ha tratado como a la otra: Angela lo perdona todo y a todos. ¿Verdad que sí?

Quizá Fiona por fin ha conseguido nublarle la mente con su veneno. ¿O es que Jenna le ha contado alguna mentira sobre lo que pasó en el instituto? ¿Y si esta es mi suegra de verdad? ¿Y si toda esa bondad y aparente aceptación no eran más que una fachada

para mantener feliz a Scott? ¿Alguna vez *me aceptó*?

Y, de pronto, la veo por el rabillo del ojo. Jenna, de pie, junto a la puerta de la cocina, con una bandeja de café y los ojos brillantes.

—¿Va todo bien? —pregunta con esa voz chillona que reserva para Scott y Angela.

Nadie le responde, la tensión se palpa en el ambiente. Quiero a mi bebé.

—Pero ¿qué te pasa? —le pregunto—. No he hecho nada malo. Que haya pasado media hora en un *jacuzzi* con mis hijastros no significa que no pueda ocuparme de mi hija.

Alguien se mueve detrás de mí. Fiona ha llegado a la habitación, debe haberlo oído todo. Siento que me superan en número y me giro para ver si los chicos están aquí. Ellos me defenderían, saben que no estoy borracha y que cuido bien de Olivia. Pero se han refugiado en sus habitaciones en cuanto han visto las caras de Scott y Angela; este problema no va con ellos. Así que estoy sola contra los cuatro. Y, en un doloroso momento de epifanía, comprendo que nadie está de mi lado. Nunca me aceptarán plenamente en esta familia. Ni siquiera mi marido.

—Ya está, tranquila, cielo. Siéntate un rato, Jenna ha preparado café —ofrece Angela.

—No voy a beberme su café —escupo de forma que, probablemente, me hace sonar como una loca, pero no me extrañaría que estuviera adulterando mis bebidas. Jenna deja la bandeja en la mesita y, en lugar de irse discretamente o de distraerse con cualquier otra cosa, se queda mirándome, incapaz de disimular lo mucho que está disfrutando.

La alegría desenfrenada en el rostro de Jenna y la falsa preocupación que exhibe Fiona mientras se une al grupo me hacen darme cuenta de que no es el momento de enfrentarme a esto. Ya hablaré con Scott más tarde, a solas. Mientras tanto, si no quiere dejarme sola con Olivia, permitiré que se la quede hasta que la lleve a la cama. Si me quedo, diré cosas de las que me arrepentiré, a los cuatro. Me están rodeando como si fueran seguratas robotizados, observando y esperando a que me largue de aquí. No voy a coger a Olivia. No solo la angustiaría, sino que también le daría a uno de

estos psicópatas la excusa perfecta para hacerme un placaje.

—Sé que mi hija está a salvo con su padre, por lo que, en lugar de montar el numerito que Jenna y Fiona están deseando, me voy a la cama —digo, y me dirijo hacia el pasillo que lleva a mi dormitorio. No consigo respirar hasta que llego a ese santuario y cierro la puerta.

Doy un largo suspiro y miro a través de la enorme ventana, preguntándome qué demonios puedo hacer a continuación. Miro la página web del instituto. La publicación sigue ahí; es evidente que Charlotte aún no ha visto mi mensaje ni el buzón de voz, porque todavía no lo ha borrado. Mi único consuelo es que aún no me han nombrado. Pero no he recibido el ansiado mensaje de Charlotte confirmando que está lista, con el dedo puesto sobre el botón de borrar, así que espero que se encuentre bien. Ahora esta preocupación se sumará a todas las demás, por no hablar de la tensión evidente en la cabaña. No voy a poder dormir esta noche.

Camino hacia el enorme ventanal. Incluso en la oscuridad parece un cuadro impresionista, una versión nevada y gélida *de La noche estrellada* de Van Gogh. Aparte del cielo de color azul oscuro, todo es blanco, con esqueléticos árboles plateados que se elevan entre la nieve como secretos apenas ocultos. En la distancia se arremolina el mar enfurecido, los relámpagos agrietan el cielo y los truenos rugen a lo lejos, preparados para arrasar con todo en la tormenta que se nos avecina. Y, a pesar de intentar aferrarme a un mínimo resquicio de esperanza, veo mi reflejo en la ventana oscura y ya sé que es demasiado tarde.

DIECISIETE

FIONA

No me sentía cómoda fingiendo, una noche más, que todo iba a las mil maravillas. En un principio, las vacaciones solo iban a ser un fin de semana largo, de viernes a lunes, lo que ya habría sido bastante tortuoso de por sí. Sin embargo, debido al temporal y al atropello, ya estábamos a lunes y no había perspectiva de que fuéramos a salir de allí. Habían sido los cuatro días más largos de mi vida, y todo el mundo se estaba desmoronando. El aire estaba cargado de tensión, todos estábamos hartos de estar encerrados y temíamos que la policía llamara a la puerta para detener a alguno de nosotros por el atropello.

Yo no aguantaba más. Angela seguía desorientada, se comportaba de forma ambigua y olvidadiza. Jenna estaba bien, pero le costaba ocultar su resentimiento si alguien se atrevía a pedirle que preparara una taza de té. Por su parte, mis hijos habían pasado demasiadas tardes bebiendo en el *jacuzzi*, en el sofá o incluso en sus dormitorios, y aquello tenía que acabar. El cuidado de Olivia tenía a Scott estresado, y daba la sensación de que Danni estaba al borde de un ataque de nervios.

Sentí compasión por ella. Era obvio que estaba sufriendo y no era feliz en su nueva vida con mi marido. Quizá aquella emocionante aventura secreta con su jefe no había salido como ella esperaba ahora que había tenido un bebé y la vida real se había apoderado de todo. Pues me alegraba. Pero la felicidad de Danni no me interesaba en lo más mínimo, tan solo esperaba que no hubiera pasado de mi marido a mi hijo. Cuanto más tiempo pasábamos viviendo en aquel ambiente febril, más intenso parecía hacerse el apego de Sam hacia Danni.

Mi hijo no necesitaba a alguien así en su vida; necesitaba a personas responsables y con la cabeza bien amueblada que le apoyaran. En el instituto se había juntado con la gente equivocada, y

él era fácil de influenciar. Tuvo muchas largas noches llenas de alcohol, y eso había afectado a sus resultados académicos. No quería que le ocurriera lo mismo ahora que estaba en la universidad; enredarse en una extraña relación con su madrastra era lo último que necesitaba. Sabía de buena tinta que Danni no se detendría ante nada hasta conseguir lo que quería. Jenna también había sufrido su ira y lo había perdido todo por culpa de los celos de Danni.

***

Esa misma noche, durante la cena, vi a Danni juguetear con la comida que Jenna se había esforzado tanto en preparar y me molestó su falta de respeto.

—¿Le pasa algo a tu comida? —le pregunté con el mismo tono que habría utilizado si uno de los chicos estuviera haciendo el tonto con su plato. Su actitud era grosera, sobre todo con la cocinera presente.

—No, está bien —respondió a regañadientes, sin levantar la cabeza.

—Seguramente no tengas mucho apetito —sugirió Angela.

—¿Qué quieres decir? —gritó Danni, y todos alzamos la vista al unísono. Nadie le gritaba a Angela; era amable y buena, y su actitud no merecía ser correspondida de malas maneras.

Ella pareció sorprendida y, levantando las cejas de forma casi imperceptible, apartó su plato vacío y apoyó la barbilla en los nudillos. Tenía esa mirada lejana, pero miraba directamente a Danni.

—Quiero decir que pareces cansada, y creo que tienes muchas cosas en la cabeza, ¿no es así?

Danni levantó la cabeza. Parecía genuinamente sorprendida.

¿De qué demonios estaba hablando Angela?

Justo en ese momento, se oyeron los llantos de Olivia en el monitor para bebés situado junto al codo de Scott.

—Disculpadme —dijo, sin duda aliviado de poder escapar de esa incómoda coyuntura.

—Estaba a punto de servir el postre, Scottie. ¿Te esperamos? —preguntó Jenna, obstinada.

Se dio la vuelta, visiblemente fastidiado; estaba claro que el postre era lo último en lo que pensaba.

—Eh, no, gracias. Sírveselo a los demás —contestó, tajante, y luego desapareció por el pequeño pasillo en dirección a los llantos de su bebé.

Jenna miró alrededor de la mesa, sonriendo.

—Bueno, ¿estamos listos para el postre? —dijo con la voz de una animadora en una fiesta de cumpleaños infantil. No era el momento más adecuado, pero agradecí su torpe intento de animar el ambiente, al contrario que Danni.

—¿A quién estás imitando ahora, Jenna? —Danni la fulminó con la mirada. El comentario de Angela había molestado a Danni, que ahora se estaba desquitando con Jenna, o utilizándola como distracción de lo que Angela hubiera querido decir.

Un silencio embarazoso se cernió sobre la mesa como una nube tormentosa.

Jenna pareció sorprendida y se quedó sin palabras.

—Danni, solo estaba preguntando a quién le apetecía postre —dijo, con el rostro tenso por la frustración.

—No te hagas la inocente conmigo. Sabes perfectamente a lo que me refiero —le espetó Danni—. ¡Me sorprende que no te hayas ofrecido a ayudar a Scott con Olivia para estar a solas con él!

—No lo entiendo... —De repente, las lágrimas humedecieron los ojos de Jenna. Miró a Angela y luego, a mí. A pesar de la aversión existente entre aquellas mujeres, todos nos quedamos sorprendidos ante el arrebato de Danni. ¿Estaba arremetiendo contra Jenna sin más o creía de verdad que había algo entre ella y Scott?

Sintiéndose atacada y desamparada, Jenna recogió su servilleta, se levantó y salió de la habitación. Pero, antes de hacerlo, se dio la vuelta y pronunció una única frase:

—¿Has tenido noticias de Charlotte?

La cara de Danni se puso tan pálida como la nieve.

—¿Charlotte?

—Sí, es mi mejor amiga, hablamos mucho. Es muy simpática, no se calla ni debajo del agua. Me llamó antes, me dijo que te saludara.

Danni miraba a Jenna, todo su rostro desprovisto de color.

—Hija de puta —vomitó las palabras, tres bocanadas guturales, y antes de que nadie moviera un dedo, Danni se levantó de su asiento en dirección hacia Jenna, que empezó a gritar y echó a correr hasta su habitación, cerrando la puerta tras de sí. Pero eso no detuvo a Danni, que aporreó la puerta profiriendo insultos hasta que Scott salió de su habitación, con la cara roja de furia.

—¿Qué cojones está pasando, Danni?

Sam se levantó de su asiento y se dirigió hacia ella, que se había derrumbado frente a la puerta, arrodillada entre un mar de lágrimas de desesperación.

—Ayúdame a llevarla a la cama, Sam —dijo Scott, extendiendo la mano para levantarla.

Pero la presencia de Scott pareció reavivar su rabia y, desde lo más profundo de su interior, pronunció lentamente:

—Ni se te ocurra acercarte a mí. —Sus palabras salieron con tanta furia que Scott dio un paso atrás, amedrentado.

—Está bien, ve a ocuparte de Olivia —dijo Angela, levantándose, y caminó hacia Sam, que ahora ayudaba a Danni a ponerse de pie—. Danni, esto no era necesario —dijo Angela, trayéndola de vuelta a la habitación—. Jenna solo te estaba hablando de su amiga. Una amiga común, me parece.

Danni no respondió y, con la ayuda de Sam, Angela la sentó en el sofá y le puso una manta sobre las rodillas. Mientras tanto, Georgia y yo, las dos únicas que seguíamos sentadas a la mesa, nos quedamos mirando, intentando asimilar lo que acababa de ocurrir.

—No la conoces, Angela, no tienes ni idea de lo que es capaz. Lleva soltando su veneno desde que llegó aquí.

—¿Cómo? ¿Dices que ha estado envenenando a la gente? —Angela parecía confundida de nuevo.

—Os tiene engañados a todos —dijo Danni. Ahora me miraba directamente a mí, ignorando los aspavientos de Angela mientras empujaba un cojín detrás de ella—. Pensadlo, tiene veinticinco años y se suponía que tenía un grado y un máster en Educación cuando entró a trabajar en el instituto, pero resulta que no hay constancia de ello. Y ahora, de repente, ¡se ha reinventado por completo y es cocinera de Le Cordon Bleu! —Su respiración se agitó debido al

llanto.

—Es una buena cocinera —ofrecí a la defensiva.

—Fiona, lo tienes delante de las narices, ¡no *seas estúpida!* —Danni se dio toquecitos con el dedo en la cabeza—. Finge ser lo que queramos que sea: una técnico de laboratorio, una amiga, una hermana mayor... —Señaló a Georgia—. Angela necesitaba una cocinera y, mira tú por donde, ahí aparece ella. Hasta que lanza su ataque. Lo hizo conmigo. Yo era nueva en el instituto, en la ciudad, y necesitaba una amiga. Así que se convirtió en mi amiga: casualmente nos gustaban las mismas películas, las mismas bebidas e incluso la misma *ropa.* —Se detuvo para limpiarse los ojos con un pañuelo—. No es amiga de nadie. —Se giró hacia los chicos—: *De nadie*, ¿me oís?

Esperaba que rechazaran esa opinión, pues Jenna era su amiga. Pero, extrañamente, no lo hicieron. Parecían estar de acuerdo con lo que decía Danni, Georgia incluso asintió con la cabeza, y Sam enarcó las cejas indicando que pensaba lo mismo.

Luego se inclinó hacia delante y levantó el dedo en un gesto de advertencia, con la voz ronca de tanto chillar y los ojos todavía humedecidos.

—Hay una razón por la que Jenna Phillips ha venido a esta cabaña y, creedme, no es para cocinar.

Como si fuera una lámpara de cristal, sus palabras colgaban precariamente sobre nuestras cabezas al tiempo que reflexionábamos sobre lo que acababa de decir.

Unos instantes después, Angela tomó la palabra y la hizo añicos.

—Ha venido para cocinar, Danni —dijo, un poco sonrojada a causa de su leve indignación—. Yo le pedí que viniera, yo la invité. No me obligó a hacerlo.

—Eso es exactamente a lo que me refiero. Crees que fue idea tuya, pero no lo fue. Es manipuladora, y apuesto a que, si echas la vista atrás, ha intentado conseguir que la invites durante semanas. Te habrá dicho cosas como que nunca ha estado en Cornualles porque viene de una familia pobre, o que nunca se fue de vacaciones de pequeña...

Angela se sintió incómoda ante esto; era evidente que Danni tenía

algo entre manos.

—Puedo imaginármela, con esa voz embaucadora, diciéndote que «nunca he visto el mar, señorita Angela» —dijo eso forzando el acento, lo que hizo que Sam soltara una risita—. Pero, como no la invitaste enseguida a las vacaciones, buscó otra forma de llegar hasta aquí. —Danni siguió atacando a Jenna. Luego se sentó y nos miró fijamente, esperando una reacción.

Pero Angela movía la cabeza con firmeza, y como Jenna no estaba allí para defenderse, alguien tenía que hacerlo.

—Danni, creo que la has malinterpretado —dije con cautela—. Crees que todo lo que hace encierra malas intenciones, pero solo es una joven que intenta hacerlo lo mejor posible.

Se reclinó en la silla y respiró hondo. Estaba enfadada, frustrada porque nadie se tragaba las acusaciones sobre Jenna.

—Pensé que tú verías cómo es en realidad, Fiona, ¡está totalmente desquiciada! Pero ya veo que eres tan ingenua como todos los demás.

Alcé las cejas.

—Puede que sí. A fin de cuentas, tampoco te vi venir a ti, ¿verdad? —Me detuve, arrepintiéndome de mis palabras tan pronto salieron de mis labios. No debería haber dicho eso delante de los chicos y de Angela.

Como era de esperar, mi comentario crispó aún más a Danni, que ahora tenía los ojos desorbitados de furia.

—¿De verdad estás *tan* obsesionada? —Estaba inclinada sobre Sam, señalándome con el dedo desde el otro lado de la habitación. Su cara mostraba una sonrisa incrédula y rabiosa.

No respondí. No quería que me gritara como acababa de hacer con Jenna. Angela parecía igual de sorprendida, mientras que los chicos se limitaron a agachar la cabeza, avergonzados.

—No soportas verme con Scott —continuó despotricando contra mí —. Ni siquiera te gusta que esté cerca de Sam y Georgie. Los celos te carcomen, puedo sentir tus ojos clavados en mí todo el tiempo. Pasa página de una vez, Fiona.

Scott salió del dormitorio, atraído por las fuertes voces.

—Basta ya, no consigo que Olivia se duerma con todo este ruido.

¿Qué pasa ahora?

—¿Has dejado a Olivia sola? —dijo Danni, levantándose de golpe. Atravesó la habitación y pasó junto a él en dirección a la cocina.

—Estás estresada, la vas a alterar más —la llamó, poniéndose en marcha tras ella mientras salía de la cocina y se acercaba al dormitorio. Otro volcán a punto de entrar en erupción, sin duda. La puerta del dormitorio se cerró con un portazo y todos nos quedamos en silencio. Miré a mi hijo, que puso los ojos en blanco.

—Maravilloso todo.

—Mmm, es que está estresada —dije en lo que fue el eufemismo del año.

Sam y Georgia parecían decaídos después de tanto drama, y pronto se retiraron a la cama, dejándonos solas a Angela y a mí.

—Estoy preocupada por ella —dijo Angela. Parecía lúcida de nuevo —. Pero obviamente quienes más me preocupan son Scott y mi nieta. Scott está desesperado, me da mucha pena por él. No debería decir esto, pero... Danni no está hecha para ser madre.

Estuve de acuerdo, pero no respondí. No me sentía cómoda oyendo a Angela decir algo así. Normalmente se guardaba sus opiniones sobre los demás, hasta el punto de que, a veces, resultaba frustrante tratar de averiguar lo que sentía en realidad. Entonces pensé en lo poco que debía agradarle Danni para decir aquello, y me di cuenta de que la conocía desde hacía más de veinte años, pero en realidad no sabía quién era.

—Hace poco, Scott me dijo que, en lugar de casarse con Danni, le parecía que había adoptado a otra niña —anunció con palabras llenas de amargura—. Creo que se arrepiente de todo, Fiona. —Me transmitió eso como si fuera una flor, un regalo de ella para mí.

Lo acepté, pero no me sorprendió. Sabía exactamente lo que Scott sentía por Danni. Al menos *eso creía*.

***

Scott regresó diez minutos después con Olivia y un edredón, pero sin Danni.

—Así es imposible. Danni está hecha una furia, no para de atacar a

todo el mundo. Olivia necesita un ambiente tranquilo —murmuró casi para sí mismo, al tiempo que tiraba el edredón sobre el sofá y le entregaba a Olivia a su madre. Angela la tomó con cariño, acunándola y arrullándola como había hecho con mis hijos y con el suyo propio.

Ella lo miró.

—Esto no puede seguir así, cariño. —Él asintió levemente, compartiendo una mirada cómplice con su madre. No estaba segura de entender la situación. Danni era un dolor de muelas, pero se debía a las provocaciones de Jenna y, siendo honesta, a las mías también. ¿De verdad no pensaron en eso Angela y Scott? ¿En serio no se esperaban que las cosas acabaran de esa forma? Angela estaba más despistada de lo normal y un poco olvidadiza, pero seguro que no había organizado ese fin de semana a la ligera. Aunque fuera su último cumpleaños, sabía lo que podía pasar al juntarnos a Danni y a mí, y también era consciente de las rencillas entre Danni y Jenna. Entonces, ¿por qué querría pasar su último cumpleaños en una zona de guerra?

—Por primera vez en mi vida, no tengo ni idea de qué hacer —dijo Scott. Estaba de pie en medio de la habitación, como un niño hablando con su madre. Las cosas se habían ido de las manos, y aunque Scott se había metido en esa situación él solito, la madre que había en mi interior se compadecía de Angela, una leona que protegía a su hijo y a su nieta de la nueva esposa desquiciada. No podía ni imaginarme cómo me sentiría yo si alguien —una *mujer*— le hiciera daño a Sam algún día; como la mayoría de las madres en esa situación, querría *matarla*.

No tenía motivos para dudar de la historia de Jenna, que defendía que Danni la había acusado falsamente de vender droga a los alumnos del instituto; pero no conocía la versión de Danni, por lo que me convenía ser prudente al respecto. Me resultaba fácil creer que la mujer que me había robado a mi marido era una bruja. Después de todo, era humana, y me costaba ponerme en la piel Danni, y mucho más pensar que ella era la buena de la historia. Pero ¿quién era Charlotte y por qué Danni se había cabreado tanto cuando Jenna mencionó que también era amiga suya? Aquello era

de lo más enigmático, pero no dudaba de que hubiera mentido con el tema de las drogas de Jenna para librarse de ella. Ojalá yo pudiera deshacerme de Danni de la misma manera. Sería maravilloso que Danni no existiera y pudiéramos hacer retroceder el reloj para ser una familia unida de nuevo.

De un tiempo a esa parte, la amistad entre Scott y yo había empezado a resurgir. Tras un largo invierno, la chispa había vuelto a encenderse entre nosotros. Pero Danni era la madre de la hija de Scott, e iba a estar ahí siempre. Los bebés nos acompañan toda la vida, y Olivia supone un vínculo para ellos: su primer día de colegio, las fiestas de cumpleaños, las Navidades... E incluso cuando creciera, ahí estarían los novios, la boda, los nietos. Mientras Danni estuviera en nuestras vidas, también lo harían el desorden, los problemas y el dolor; nunca podríamos ser libres. Era como una mancha que nunca se podía borrar. Pero Olivia era un trocito de pan. Desde que llegamos a la cabaña pude ver el amor con el que mis hijos la trataban, y sabía que yo también podría llegar a quererla.

Scott trajo la cuna de viaje de Olivia y yo lo ayudé a montarla. Luego cogí a Olivia en brazos y la mecí para que se durmiera. Tan solo era un bebé inocente. Me partía el corazón pensar en lo difícil que sería su vida con una madre como Danni. Acaba de cargarle el muerto a Scott, que se había metido en todo eso en un momento de crisis existencial. Pero ahora, con la bebé, le resultaba imposible escapar. Puede que Danni no estuviera en su vida para siempre, pero Olivia sí lo estaría. Con el paso del tiempo, cuando Danni perdiera la belleza y el estatus, se volvería más y más dependiente de él. Ya lo acusaba de todo tipo de cosas, estaba paranoica e insegura, y me daba la sensación de que se encontraba al borde del colapso mental. Sin embargo, yo había pasado por algo peor, y había sobrevivido. Me preguntaba cómo reaccionará Danni cuando descubriera la traición de Scott. ¿Qué haría cuando se enterase de que su marido llevaba acostándose con otra los últimos cuatro meses? ¿Y cómo se sentirá cuando supiera que esa otra era yo?

DIECIOCHO

FIONA

—¿Alguien ha visto a Danni?

Ya era martes por la mañana. Hacía un día que tendríamos que haber salido de esa cabaña, pero, como la policía aún no había detenido a nadie por el atropello y el tiempo seguía siendo horrible, permanecíamos allí encerrados, perdiendo la cabeza. Scott estaba de pie en el pasillo, sosteniendo lo que parecía la bata de Danni. Yo me había quedado vigilando a Olivia mientras él iba a su dormitorio a ducharse, pero salió tras unos segundos y ahora estaba gritando el nombre de Danni, abriendo y cerrando puertas para buscarla.

—Scott, seguramente esté en la cocina. —Señalé con la cabeza hacia la cocina mientras le pasaba a Olivia una pelota azul pastel.

—No está en la cocina —espetó, nervioso, recorriendo la habitación hacia la puerta principal, que abrió de par en par. Una ráfaga de viento gélido se coló en la cabaña—. ¿Danni? ¿DANNI? —gritó con más fuerza, pero el viento y el mar acallaban cualquier voz humana; aunque hubiera estado ahí fuera, nunca lo habría oído.

Sam desvió la mirada de su teléfono y me miró. Yo abrí los ojos de forma exagerada, él imitó el gesto y volvió a la pantalla. Solo Dios sabía lo que estaba pasando ahora.

—No está fuera. —Scott dejó que la puerta se cerrara con un portazo.

—¿Dónde podría estar?

—A lo mejor ha ido a dar un paseo —sugirió Sam—. ¿La has llamado?

—Sí. Su teléfono da tono, pero no contesta. No lo oigo dentro de la casa, así que se lo habrá llevado... —Scott parecía muy preocupado; no podía estarse quieto, desesperado por encontrar cualquier explicación a su ausencia.

—Seguro que está bien —comenté en tono tranquilizador.

—Mira, su chaqueta —dijo, ignorándome y caminando hacia el

perchero. Empezó a toquetearlo todo, su cara reflejaba un pánico atroz.

—Scott, seguro que se encuentra bien. Ha tenido unos días difíciles. Como dice Sam, seguramente ha ido a dar una vuelta —comenté.

—No puede ser, su chaqueta está aquí. —Levantó la brillante chaqueta amarilla y la sostuvo como prueba de que no había ido a dar un paseo.

—¿No tiene otra chaqueta?

—No —espetó—, solo tiene esta.

—Espera. —Levanté la mano en un gesto tranquilizador—. Puede que lleve *la* de otra persona. El otro día llevaba puesta la de Sam, ¿no? —Me acordé de eso porque me había molestado, como si fuera su novia o algo. Miré a Sam.

—Sí, se puso mi sudadera en la casa porque tenía frío. Pero mi chaqueta está ahí colgada. Puede que haya salido sin chaqueta. —Sam se encogió de hombros y volvió a centrarse en su teléfono, claramente aburrido de tanto drama.

—¿Con este tiempo? —Scott seguía agarrando la chaqueta. Seguí sus ojos hacia la ventana: un cielo blanco, remolinos de nieve y un suelo helado. Ambos nos miramos.

Entonces Jenna apareció en la puerta.

—¿Qué haces con mi chaqueta? ¿Quieres que te la preste, Scottie? —preguntó cantando su nombre y sonriendo mientras entraba en la habitación.

Scott miró la chaqueta, luego a Jenna y volvió a la prenda.

—¿Es tuya?

—Sí, ¿por qué? —Parecía desconcertada.

—¿Estás segura? —pregunté, levantándome, y caminé hacia Scott y la chaqueta—. Porque Danni tiene una igual.

—Es verdad, pero la de Danni es la cara. La mía es de imitación.

—¿Y tú puedes diferenciarlas? Porque yo no —dijo Scott, tendiéndosela para que la inspeccionara.

—Sí, es la mía, la costura es diferente. Pero, si Danni quiere cambiármela, yo encantada —bromeó, ajena a la preocupación de Scott.

—Su chaqueta no está aquí, y eso significa que ha salido —murmuró Scott, ignorando el comentario desenfadado de Jenna.

—Bien, me alegro de que todo se haya aclarado —dijo Jenna con una sonrisa. No se había percatado de la tensión del ambiente y, manteniendo su humor alegre, preguntó—: ¿Desayunamos? —Luego, sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se dirigió a la cocina.

Miré a Scott, pero él estaba oteando por la ventana, ajeno al resto del mundo. Mientras tanto, Sam seguía enganchado al teléfono y no parecía preocuparle el paradero de Danni. En un primer momento, me inquietó lo íntimos que parecían, pero ahora me preguntaba si, tal vez, había malinterpretado su relación y, en realidad, no sentía esa atracción indecorosa hacia su joven y atractiva madrastra.

—No te lo tomes a mal, Scott —le dije—, pero ¿no crees que Danni ha podido desaparecer así para mortificarte?

—¿Y qué hacemos? —respondió Scott bruscamente—. ¿La castigamos y dejamos que dé vueltas por ahí fuera hasta que muera de hipotermia?

Reprimí el impulso de admitir que esa sería la opción por la que yo me decantaría y, en su lugar, sugerí llamar a la policía.

—¿De qué serviría? —objetó Scott, y añadió, respondiendo a su propia pregunta—: La policía no puede llegar hasta aquí, estamos incomunicados. Y, aunque pudieran venir a buscarla, podría ser demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? No quiero parecer insensible, pero es una mujer adulta, Scott. Creo que estás exagerando.

Él sacudía la cabeza.

—Estamos a temperaturas bajo cero, tenemos que buscarla —dijo —. Debemos salir a encontrarla. Todos.

—¿Estás de broma? —masculló Sam.

Se me encogió el pecho.

—Sería como buscar una aguja en un pajar, Scott —añadí con un suspiro.

—Sí, sobre todo si ella no quiere que la encontremos —añadió Sam, lo cual tenía mucho sentido.

—¿Por qué no iba a querer que la encontráramos? —pregunté, sabiendo perfectamente que lo haría para llamar la atención.

—Puede que logre esconderse durante un par de horas —dijo Scott sin responder a mi pregunta—, pero hace mucho frío ahí fuera y pasado un tiempo... No, no puedo dejar que eso ocurra. Voy a cambiarme y saldré a buscarla, y agradecería algo de ayuda. —Se dirigió a Sam.

Cuando se hubo ido, Sam me miró poniendo los ojos en blanco.

—¿A este qué le pasa?

—Sé que papá está exagerando, pero creo que tiene razón. Deberíamos ayudarlo a buscarla, Sam.

—Sí, sí, lo que tú digas... —respondió de mala gana.

—A fin de cuentas, Danni y tú estáis muy unidos.

—¿Qué se supone que significa eso? —Seguía mirando su teléfono, con los dedos volando de tecla en tecla.

—Nada, solo me preguntaba si te ha dicho algo. Sé que os contáis las cosas. —Era obvio que tenían sus conversaciones privadas, yo me había entrometido al menos en una, y me interesaba saber la naturaleza de las charlas que mantenía mi hijo de dieciocho años con su madrastra.

—No entiendo lo que quieres decir —Parecía genuinamente confundido, ¿o quizá solo fingía estarlo?

—Solo quiero saber qué tenéis en común —balbuceé.

—Es guay, me gusta hablar con ella.

—No me cabe duda, y seguro que solo son conversaciones amistosas, pero ten cuidado, Sam.

Por fin apartó los ojos de la pantalla del teléfono.

—¿Por qué? Es mi madrastra. No estamos haciendo nada malo.

—Puede que no, pero parece estresada e infeliz, y creo que deberías tener cuidado. —Se echó a reír ante esto, cosa que me irritó—. Mira, Sam, esto no tiene gracia. No confío en ella, y tú tampoco deberías. Creo que estás jugando con fuego y, si te acercas demasiado, te acabarás quemando.

—¿Acercarme? —Sonreía ampliamente, mis palabras parecían divertirle—. Es la mujer de mi padre, tengo que relacionarme con ella.

—Lo sé, pero creo que se comporta *de forma inapropiada* contigo. —Intenté decirlo con delicadeza, pero sabía que había sonado como

una crítica. Yo trabajaba en Recursos Humanos, era consciente de que me había puesto en plan jefa, pero quería ser clara y no dejarme llevar por las emociones.

—Siento que Danni podría estar usándote para fastidiar a papá... —Ya está, por fin lo había soltado, y sabía que no le iba a gustar.

—Joder, mamá, no me vengas con estas mierdas —farfulló, cerrándose por completo y volviendo la vista a su teléfono—, y encima no hay señal —murmuró—. Dios, estoy empezando a hartarme de este lugar. —Era obvio que le había tocado una fibra sensible.

Unos minutos más tarde, volvió la señal, y Sam se lanzó a responder un mensaje que acababa de recibir. A juzgar por la velocidad a la que escribía, parecía ser una emergencia. Me hubiera gustado que respondiera a mis mensajes con la misma premura. Entonces una idea cruzó por mi mente: ¿era *ella quien* le estaba mandando el mensaje? Pero, antes de que pudiera preguntarle, se levantó y se dirigió a su habitación.

Olivia se despertó y empezó a llorar. Esto me distrajo, y consiguió que Georgia saliera de su habitación al poco tiempo. Cuando le dije que Danni había salido a dar un paseo y no había vuelto, y que estábamos un poco preocupados, enseguida rompió a llorar. Intenté tranquilizarla.

—Solo lleva fuera un rato —añadí, meciendo a Olivia en mis brazos para que volviera a dormirse.

Pero Georgia estaba destrozada, y fue entonces cuando me di cuenta de lo unida que estaba a su madrastra. He de admitir que me dolió.

Unos minutos más tarde, Scott apareció vestido con un jersey de lana, unos pantalones acolchados y calcetines gruesos. Se estaba poniendo las botas junto a la puerta cuando le sonó el teléfono. Lo miré. Como no decía quién era, tuve que preguntar:

—¿Es Danni? —pregunté, sin esperanzas de que fuera así.

Al cabo de un tiempo, contestó con voz derrotada:

—Sí.

—Ah, ¿y está bien? —pregunté, mientras Georgia levantaba la vista, esperanzada.

—Dice que está bien, pero que ya ha tenido bastante. Tampoco quiere que la busque ni que le devuelva el mensaje. Quiere estar sola para pensar. —Me habría gustado que no le diese tanta importancia.

—Deberías hacer lo que te pide y darle un poco de espacio, Scott —traté de tranquilizarlo—. Y, si no ha vuelto para esta tarde, pongamos, puedes ir a buscarla.

—Sí, necesita su espacio —dijo Georgia, secándose los ojos—. Creo que voy a darme una ducha —añadió, levantándose del sofá cansadamente y dirigiéndose a su habitación.

Scott me quitó a Olivia de los brazos, me miró con tristeza y me dijo:

—¿Cómo he podido destrozar nuestras vidas de esta forma, Fiona?

—Por lo visto, nuestra vida juntos no te parecía lo bastante emocionante. Decías que era «predecible». Desde luego, no puedes acusar a tu nueva esposa de ser *predecible* —Puse los ojos en blanco. Yo tampoco había sido la persona más predecible últimamente, y pensar en ello me revolvía el estómago.

Se encogió de hombros.

—Tienes razón, Danni puede ser impredecible y difícil de tratar, pero me preocupa su seguridad. Podría haberse resbalado, o algo peor.

—¿Te refieres al conductor del...?

Asintió, incapaz de mencionar siquiera la posibilidad de que la hubieran herido o algo más grave. Me estremecí al pensarlo, pero aparté esa idea para dejarle sitio a otra que se me acababa de ocurrir.

—Danni está embarazada, ¿verdad? —No lo sabía, pero tenía un presentimiento que esperaba que fuera equivocado. Eso explicaría por qué tenía tanto miedo. También que Scott la hubiera acusado por beber alcohol y que ella se hubiera enfadado cuando le había tirado el paracetamol. Scott estaba totalmente en contra de tomar analgésicos o alcohol durante el embarazo, y eso me hizo suponer que estaba encinta. Deseaba equivocarme en mi pronóstico, pues no soportaba la idea de que fuera cierto. El hecho de que estuviera embarazada de él también explicaba por qué Scott parecía tan

preocupado, sabiendo que, muy probablemente, Danni solo estuviera haciendo de las suyas.

Tardó en contestarme, lo que dejó claro que la respuesta era afirmativa.

—Lo siento... Lo siento mucho —contestó finalmente, mirando a Olivia a la cara—. Ojalá no tuviera tanto poder sobre mí. Justo cuando creo que lo tengo todo bajo control, consigue ponerlo todo patas arriba.

—Me dijiste que esa parte de tu matrimonio había terminado.

—Ocurrió hace unos meses, fue algo puntual.

—¿Cómo de... embarazada está?

—De tres meses justos.

—¿Y no se te ocurrió contármelo?

Se sentó y exhaló un profundo suspiro desde lo más hondo de su pecho.

—Lo siento. Ya sabes que las cosas entre nosotros no iban bien, pero este embarazo... la ha trastornado, nos ha trastornado a los dos.

—¿Tu madre sabe lo del embarazo? —pregunté en voz baja, sin apartar los ojos del paisaje.

—Sí —respondió—. Está preocupada.

—Ya me imagino. —Me dolía pensar que Angela, Scott y Danni compartían ese gran secreto y no me lo habían contado, tenían su propia burbuja y yo no formaba parte de ella. Pero, desde que Scott y yo habíamos vuelto a conectar, me había preguntado si podía volver a casa, si podíamos volver a estar juntos. Me había permitido pensar que podríamos seguir donde lo dejamos, un poco malheridos, pero aun así capaces de vivir un matrimonio feliz, un futuro juntos. Pero ahora...

No me había mirado en todo ese rato; seguía mirando al frente, seguía pensando en ella, mientras que yo estaba en vilo, desesperada y ansiosa. Por fin lo comprendí: había sido una tonta, él nunca la dejaría.

—Con el nuevo bebé... Danni está histérica, es impredecible. Incluso conduce de forma de errática. Hasta he llegado a dudar si... tuvo algo que ver con el atropello.

—¿En serio? —respondí, intrigada por esa teoría.

—No digo que fuera ella... —Retrocedió al ver que despertaba mi interés—. Solo digo que, a estas alturas, nada me sorprende —añadió con un suspiro—. Pero, si de verdad hubiera hecho algo así, eso sería la gota que colma el vaso. Exigiría la custodia de *los dos* niños inmediatamente —dijo casi para sí mismo.

En el fondo, siempre supe que yo no formaba parte de sus planes de futuro, que él no tenía ningún interés en enmendar nuestro matrimonio ni nuestra familia. Yo solo había sido un puerto en el que refugiarse durante la tormenta, alguien de su antigua y anodina vida que lo reconfortaba cuando se veía superado por la nueva.

Antes de que pudiéramos seguir hablando, Angela se unió a nosotros.

—Mamá, no encuentro a Danni. Creo que ha salido a dar una vuelta, pero estoy preocupado —dijo, sonando como un niño.

Angela no reaccionó hasta que, de repente, dijo:

—Ah, sí, esta mañana se levantó temprano, ¿no? Muy temprano, si no recuerdo mal.

Ambos clavamos nuestras miradas en Angela.

—¿La viste esta mañana? —preguntó Scott.

—Sí, serían alrededor de las cinco y media, no estoy segura, pero todavía estaba oscuro. No podía dormir; el faro parpadeaba en mi ventana, es como un foco que no para de dar vueltas. Me siento como si me interrogaran mientras duermo.

Dejó de hablar. Vi la frustración reflejada en su cara cuando intentaba recordar lo que estaba diciendo.

—Así que viste a Danni. ¿Estaba aquí o en la cocina? —pregunté, tratando de refrescarle la memoria sin avergonzarla.

—No, estaba ahí fuera, en la terraza. —Señaló a través de la ventana hacia el gélido exterior, en donde burbujeaba el *jacuzzi.*

En ese momento Olivia empezó a llorar. Scott la levantó de su cuna y, tras dejarla en el suelo, le dio un juguete para intentar calmarla. No funcionó.

—¿Qué hacía Danni en la terraza? ¿Estaba sola? —pregunté, a la vez que el llanto de Olivia se intensificaba.

—Sí, sola. Estaba sentada, acurrucada en una de las sillas de

jardín. Llevaba puesta una chaqueta y una bufanda, y las rodillas cubiertas con una manta.

—¿Estaba dormida? —preguntó Scott, intentando calmar a Olivia frotándole la espalda.

—No sabría decirte... Le ofrecí un té, pero no me contestó. Puede que sí estuviera dormida —dijo, como si se le acabara de ocurrir esa posibilidad—. Como no me contestó, supuse que estaba pasando por uno de sus berrinches.

Los gritos de Olivia eran cada vez más fuertes y furiosos.

—Le están saliendo los dientes —dije—. ¿Le dais algo para la dentición? —pregunté, pensando en Danni, sentada en la terraza en la fría y oscura mañana.

Scott parecía desconcertado; era obvio que no.

—Entonces, mamá, ¿Danni no dijo nada? —Angela negó con la cabeza—. ¿Y qué aspecto tenía? —preguntó en voz alta.

Todo lo que dijo fue:

—Parecía... dormida.

Scott palideció.

—Ahora sí que estoy preocupado.

—Scott, tiene las hormonas revolucionadas. Se levantó temprano porque no podía dormir, así que salió a dar un paseo —intenté tranquilizarlo.

—Estaba totalmente oscuro —señaló Angela, mirándome, con la voz teñida de irritación—. Estaba sentada ahí fuera en plena oscuridad. Eso no es muy normal, ¿verdad?

Tras haber pasado varios días allí encerrada con aquella gente, empezaba a cuestionarme qué *era* normal y qué no.

—Cielo santo—murmuró Scott, todavía bregando con Olivia. Parecía que la bebé se hubiera impregnado de la tensión que reinaba en la cabaña—. ¿Y si no se levantó temprano para ir a dar un paseo? —dijo por encima de los quejidos de Olivia. Nos miraba a su madre y a mí desde el suelo, donde trataba desesperadamente de consolar a su hija.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

Se puso de pie sosteniendo en brazos a Olivia, que luchaba por liberarse.

—¿Y si salió esta mañana temprano planeando hacer alguna estupidez...? ¿Y si ya es demasiado tarde?

Angela se llevó la mano a la boca.

—No digas eso.

—Bueno, es la verdad, mamá. Se ha estado comportando de forma extraña últimamente, y es raro que te la encontraras ahí fuera en la oscuridad. ¿Estaba... planeándolo? —Apenas podía pronunciar las palabras.

—No pienses eso, podría aparecer por esa puerta en cualquier momento —le dije.

Scott negaba con la cabeza.

—Si salió sola al amanecer, no volverá. La temperatura está por debajo de los cero grados. Además, no va acompañada. Si tropieza y se cae, podría quedarse tirada en la nieve durante horas. O peor, podría caer al mar.

—Ya conoces a Danni, sabe cuidar de sí misma —dijo Angela—. A lo mejor nos estamos preocupando más de la cuenta, dándole demasiadas vueltas al asunto. Puede que se haya ido a otra parte y esté a salvo —dijo Angela.

—Estoy de acuerdo, Danni no pondría en peligro a su futuro hijo —balbuceé, insegura.

—No, no lo haría —respondió Angela, tan poco convencida como yo —. Hazme caso, Scott, esto no es más que otro de sus numeritos. Apuesto a que está sentada en otra cabaña, delante de una chimenea, contándole a algún pobre desgraciado que su marido no la entiende —Al decir eso, enarco las cejas hacia Scott. Angela había dejado de ocultar lo que opinaba sobre Danni.

Suspiró, sacudiendo la cabeza y sin dejar de darle palmaditas en la espalda a Olivia en vano.

De repente, Angela tensó el rostro.

—Scott, ¿la niña tiene que comer?

—No lo sé. —Nos miró a ambas y me pregunté si tal vez no había cambiado después de todo. Scott todavía no era el padrazo que nos había hecho creer.

—Bueno —continuó Angela—, pues propongo que desayunemos y luego llamemos a la policía.

—La policía no puede venir hasta aquí, y yo no puedo esperar más, mamá. Tengo que ir a buscarla, aunque esté sentada junto a una chimenea en otra cabaña. No tengo apetito en este estado. Nadie podría sobrevivir a estas temperaturas durante mucho tiempo y, además, está embarazada.

—Pero, si sales a buscarla, te pondrás en peligro —le recordé—. Tienes que pensar en Olivia.

Sacudió la cabeza.

—También tengo que pensar en Danni y en el bebé. Ya ha habido un asesinato en los alrededores y la policía sigue buscando al culpable. ¿Y si todavía está ahí fuera?

DIECINUEVE

FIONA

Scott echó un vistazo al exterior de la cabaña, dando vueltas por los alrededores y llamando a Danni, pero Angela y yo conseguimos convencerlo de que no se aventurara más allá con aquel tiempo traicionero. Le recordamos que Olivia necesitaba a su padre, y aceptó esperar a tener noticias de la policía y no correr riesgos estúpidos. Todos estaban preocupados por el hecho de que Danni no regresara, y cada uno tenía su propia teoría. En todo momento contamos con la compañía de los lamentos y gritos de Olivia de fondo. Con casi doce meses, estaba a punto de empezar andar y, guiada por su impulso primario de explorar, forcejeaba constantemente con Scott para que la soltara cada vez que este la cogía para consolarla. Sin embargo, cuando la dejaba en el suelo, comenzaba a gatear y captaba la tensión del ambiente, por lo que rompía a llorar para volver a la seguridad de unos brazos. La tensión era máxima, todos estábamos nerviosos; saltábamos con cada mensaje de texto que sonaba, y la nieve que caía derretida desde el cálido techo de la cabaña sonaba como si alguien golpeara la puerta. Tenía el corazón en un puño, desesperada por que llegara la policía.

—He intentado llamarla otra vez —dijo Sam con su teléfono en la mano, donde normalmente estaba—. Ahora ni siquiera da tono.

Al oír eso, Scott gimió como un animal dolorido.

—¿Y si ha salido de paseo y ha acabado en una de las otras cabañas? —sugirió Jenna.

—¿Por qué iba a hacer eso? —respondió Angela, claramente irritada.

—Creo que lo que Jenna quiere decir es: ¿ha desaparecido Danni por alguna razón en concreto? Le ha enviado un mensaje a Scott diciéndole que no la busque. ¿Está intentando asustarnos...? O, mejor dicho, asustar a Scott. —Me giré hacia él, y los demás me siguieron con la mirada—. ¿Podría tener alguna razón para querer...

asustarte?

La expresión de mi exmarido era de vergüenza, incapaz de sostenerme la mirada.

—Es una posibilidad. Como bien sabéis —empezó torpemente—, Danni y yo discutimos anoche. Yo dormí aquí, en el salón, con Olivia, y ella, en nuestra habitación —dijo—. Los dos estábamos enfadados y no debemos descartar que se haya escondido en algún sitio para darme una lección. Pero dudo que sea capaz de algo tan cruel.

—De eso y más —murmuró Jenna en voz baja.

—No creo que hiciera algo así.

—No. Si se ha escondido, no ha sido por crueldad —dije, negándome a interpretar el papel de esposa amargada y despechada. Miré a Scott—. Habrá sido por confusión, inseguridad, por un malentendido.

—Deberíamos llamar a la policía y decirles eso —dijo Angela—. No podemos hacerles perder el tiempo, pero tampoco podemos quedarnos aquí sentados suponiendo que está bien; no lo está, la verdad que está fuera de sus cabales. —Angela miró al frente, como si acabara de decir la frase más apropiada del mundo.

Antes de que pudiera añadir nada más, le reiteré a Scott que teníamos que llamar a la policía, y él se mostró de acuerdo, aunque a regañadientes.

—Vale, vamos a llamar. Pero creo que no deberíamos mencionar la discusión ni el mensaje; podrían complicar las cosas.

—No, tenemos que contárselo todo —insistí—. Es mejor no ocultar nada si eso les ayuda a encontrarla —añadí con firmeza, y me levanté para coger el móvil de la mesita.

—Tienes razón —respondió y, en un gesto típico de Scott, sacó su propio teléfono del bolsillo para hacer la llamada él mismo. Siempre era el solucionador, el que lo arreglaba todo. No sabía dónde estaba Danni ni cómo proceder, y eso lo frustraba. Le gustaba tener el control.

Así que marcó y esperó hasta que alguien contestó. Fue directo: le dijo a la persona al otro lado de la línea que su mujer había salido a dar un paseo hacía seis horas, que le había enviado un mensaje pidiendo que no la buscaran hacía un buen rato, que tenía el

teléfono apagado y que no había rastro de ella. No ofreció más información; el agente de policía se limitó a preguntar los datos básicos como su nombre, edad, peso, altura y el lugar y la hora a la que se había marchado.

Colgó el teléfono, descorazonado.

—No parecían muy alarmados. Nos llamarán si averiguan algo, pero, de momento, están desbordados de problemas por culpa del clima, incluida gente desaparecida. Además, no pueden llegar hasta aquí, seguimos completamente incomunicados —dijo con un suspiro —. Han dicho que no salgamos a buscarla bajo ningún concepto. — Se quedó mirando por la enorme ventana la infinita extensión blanca.

Aquella tarde fue la más larga de mi vida. Scott daba vueltas de un lado a otro, Olivia no paraba de gritar, Georgia y Angela lloraban a ratos, y Sam intentaba consolarlas. Jenna nos acompañaba de vez en cuando, pero prefería pasar más tiempo en su habitación o en la cocina. Se ofreció a preparar sándwiches. Trajo algunos en una bandeja junto con café, pero no teníamos apetito y nos limitamos a masticarlos para mantener las fuerzas. ¿Quién sabía lo que nos esperaba?

***

A las tres y media, el firmamento nevado dejaba paso a los cielos nocturnos más oscuros, y todos nos sentíamos al borde del ataque de nervios. Toda esperanza se había desvanecido junto con el día, y ahora nos enfrentábamos a la cruda noche sin tener noticias. La policía no había vuelto a ponerse en contacto con nosotros, Sam y Scott habían estado un rato fuera, llamándola, pero no había ni el más mínimo rastro de Danni.

—¿Dónde podría estar? —preguntó Georgia, mientras Angela se limitaba a negar con la cabeza.

—Sé que la policía nos dijo que no saliéramos, pero voy a ver si puedo encontrarla. —Scott estaba temblando a pesar del calor del interior de la cabaña.

—Es peligroso, Scott, no deberías salir —dijo Angela.

—No tengo elección, mamá, debo hacerlo —replicó, poniéndose de pie.

—No irás solo, papá, yo voy contigo —se ofreció Sam, y tras eso todos estuvimos de acuerdo en hacer lo mismo.

—No, no quiero que todos salgáis ahí fuera por nuestra culpa —dijo Scott.

—Será mejor que permanezcamos juntos —dije—. Danni se fue por su cuenta y no queremos que hagas lo mismo. Sería un error por nuestra parte dejar que lo hicieras, así que no hay más que hablar.

Procedimos a ponernos la ropa de exterior; las botas estaban junto a la puerta y los abrigos y chaquetas, colgados en el perchero.

—¿Y qué pasa con Olivia? —preguntó Jenna de repente—. No podemos dejarla aquí. Yo me puedo quedar con ella si queréis.

Normalmente habría preferido salir. Jenna parecía tener esa necesidad de pertenencia al grupo y me costaba creer que quisiera perderse la oportunidad de participar en la búsqueda, aunque fuera para encontrar a Danni. Me pregunté por un momento por qué se habría ofrecido a quedarse para cuidar de la bebé. ¿Eran puras sus intenciones o tramaba algo?

—No, yo me quedaré con Olivia —dijo Angela, lo cual era la opción más acertada. Ella no nos sería de ninguna utilidad en la nieve, sobre todo ahora que había perdido el bastón. Y alguien tenía que quedarse con Olivia; era lógico que Angela cuidara de su nieta.

—Claro, gracias, mamá —respondió Scott, cogiendo su gruesa chaqueta del gancho de la puerta.

Y todos nos pusimos en marcha, preparados para comenzar la búsqueda. Contábamos con las linternas de nuestros teléfonos, que encendimos una vez estuvimos vestidos para salir. Además, también encontré varias linternas en un armario del pasillo que nos vendrían bien.

La ráfaga helada nos golpeó de lleno en cuanto se abrió la puerta. Afuera, el frío era insoportable. Me castañeteaban los dientes y me temblaba el cuerpo. Trataba de caminar lo más rápido posible para entrar en calor. Pero la nieve seguía cayendo, el suelo estaba helado y rígido tras tantas capas de hielo y escarcha. Se me hundían las botas en el suelo quebradizo, la nieve me llegaba a las rodillas por

momentos. Caminar era casi imposible, como avanzar a través de hormigón húmedo, y con los remolinos de nieve, el viento huracanado y la luz mortecina, era difícil ver lo que teníamos delante.

Caminamos un rato gritando su nombre, pero, a medida que oscurecía, nos invadía una sensación terrorífica, como si fuéramos las únicas personas sobre la faz de la tierra. La nieve absorbía cualquier sonido; el silencio era denso; el suelo, inflexible; y, a pesar de estar provistos de linternas, las sombras se acumulaban a nuestro alrededor, como si arrastráramos la oscuridad a nuestro paso.

Éramos cinco. Entonces empecé a darme cuenta de lo mal que lo tendría que haber pasado Danni. Dondequiera que estuviera, y fuera lo que fuera que se traía entre manos, todo eso sería aún más aterrador y peligroso sola. Tal vez no fuera un acto malintencionado, y solo quiso dar un paseo, alejarse del ambiente cargado y claustrofóbico y del resto del mundo. Quizá empezó a caminar, se dio cuenta de que fue un error y le resultó imposible encontrar el camino de vuelta.

Me acerqué al mismo sendero —seguido de una caída en picado— en el que tuve que sostener a Angela unos días antes y caí en la cuenta de lo peligroso se podría ser un resbalón en aquella zona. De inmediato, pedí a los chicos que tuvieran cuidado. Estaba mucho más asustada por ellos que por mí. Solo quería aferrarme a ellos, mantenerlos cerca, y no me cabía duda de que tendrían miedo. Eran jóvenes, fuertes y sanos, con mejor vista y mejor equilibrio que yo. Claro que Danni también era más joven y estaba más en forma, y ¿dónde estaba? Continuamos llamándola a voz en grito, siguiendo a Scott y su linterna. Las nuestras las usábamos tan solo cuando las necesitábamos de verdad. Éramos conscientes de que, si alguno de nosotros se perdía, tendría que recurrir a la linterna de su teléfono. Esa teoría quedó confirmada poco después, cuando quien yo creía que era Scott resultó ser Jenna.

—¿Dónde están los demás? —preguntó.

—¿Cómo has podido perderlos? Estabas justo delante de mí —dije, frustrada.

—No tengo ni idea. Estaban aquí hacer un momento, y de repente

han desaparecido. Scott es el único que sabe moverse por estos bosques; veraneaba aquí cuando era niño.

—Ya lo sé —le contesté en tono cortante. ¿Por qué me venía con eso? Yo era su exmujer, por el amor de Dios. Sabía perfectamente dónde veraneaba de pequeño. Levanté la vista y me dio un vuelco el corazón. Se había puesto la linterna del móvil bajo la cara para iluminársela. Me dio un susto de muerte, sobre todo porque estábamos solas ella y yo. Se estaba comportando de forma extraña. ¿Acaso me estaba gastando una broma?

—Jenna, no desperdicies la batería —pedí—. Vamos a necesitarla si nos perdemos. Ella seguía iluminándose la cara de forma inquietante —. Jenna, podríamos habernos perdido —dije con voz apremiante. Siempre tenía problemas para comprender la gravedad de la situación, pero ahora se estaba comportando como una cría—. Hace mucho frío y hemos perdido a los demás. Me preocupa que no podamos encontrar el camino de vuelta. —Los llamé a gritos, pero ella ni se inmutó; se quedó allí plantada, con el rostro iluminado como un fantasma. ¿Qué coño le pasaba?—. No me responden —dije, nerviosa.

No quería quedarme sola en ese sendero tenebroso, a bajo cero, con la nieve arremolinándose a mi alrededor y el mar furioso a mis pies. Lo único que me apetecía menos que eso era estar allí con Jenna. Recordé la última vez que estuve allí y me alejé cuanto pude del precipicio.

—No sé muy bien qué hacer —confesé—. Estaba siguiendo a Scott, supuse que nos guiaría de vuelta por el sendero.

—Qué tonta eres —dijo—. No puedes fiarte de Scottie, ya deberías saberlo —advirtió, sin dejar de proyectar luz a su cara con el teléfono.

—¿Y se te ocurre algo? —pregunté, irritada por la maldita linterna, la verdad en sus palabras y el hecho de que no se tomara aquello en serio—. Podríamos morir en estas temperaturas —grité sintiendo cómo crecía mi pánico, enfadada con Scott por poner a nuestros hijos en peligro.

—Yo digo que volvamos —soltó—. Ya he pasado más tiempo del que me gustaría buscado a Danni Watkins. —Usó su nombre de

soltera, y su voz sonó fría y cargada de odio. Luego se dio la vuelta y empezó a caminar en otra dirección.

—¿Sabes a dónde vas? —pregunté, tratando de alcanzarla. Era reticente a quedarme con ella en una situación tan peligrosa. Había visto el lado oscuro de aquella joven encantadora y ya no estaba segura de confiar en ella. Pero la alternativa era ir por mi cuenta y tratar de encontrar a los demás, lo que podría ser más peligroso si cabe. Continuó caminando como si nada y no tuve más remedio que seguirla. Podía llevarme a cualquier parte, e incluso abandonarme en mitad de la nada.

«¡Está desquiciada!», la voz de Danni resonó en mi cabeza mientras caminábamos una al lado de la otra.

La incomodidad se apoderó de mí, el pánico iba ascendiendo poco a poco por mi pecho mientras la seguía a ciegas.

Me castañeteaban los dientes por el frío glacial, y el mar rugía de fondo. Ella siguió caminando hacia el abismo, y no tuve más remedio que seguirla.

VEINTE

FIONA

Caminé junto a Jenna durante media hora, sin tener ni idea de si avanzábamos en la dirección correcta. Comprobé mi teléfono, pero la señal se había vuelto a perder. No podía llamar a nadie ni consultar la ruta en el mapa. Pero Jenna no tenía reparos en adentrarse en la oscuridad, cabizbaja, con la nieve arremolinándose a nuestro alrededor.

—*¿Seguro* que conoces el camino de vuelta? —pregunté entre respiraciones ansiosas.

Se detuvo de repente, tanto que casi choco con ella.

—¿Ves eso de ahí? —me dijo, y miré hacia donde señalaba. Al principio no pude distinguir qué era, pero entonces, entre la cortina de nieve y la oscuridad, vislumbré el faro.

—Siempre y cuando lo mantengamos a nuestra derecha, es decir, al este, iremos en la dirección correcta.

Quedé impresionada. Me sentí un poco más tranquila sabiendo que tenía una ligera idea de cómo volver.

—No sabía que eras una *girl scout*, Jenna.

Se rio.

—Y no lo soy. Ayer salí por la mañana temprano con Scottie, y me habló del faro y de cómo puede servir de guía tanto para personas como para barcos.

—Anda. ¿En serio? —Aquello sonaba a algo que haría Scott, convertir un paseo en una enseñanza. Seguro que se había guiado usando el faro como brújula durante sus vacaciones de verano de niño. Pero no tenía ni idea de hubiera estado saliendo por las mañanas, y eso me trajo a la mente el paseo matutino de Danni y me hizo preguntarme si de verdad estaba sola después de todo. Seguía dándole vueltas a ese pensamiento diez minutos más tarde cuando, para mi alivio, vimos las luces de la cabaña a lo lejos. Estuve pensando en cómo volver a sacar el tema sin alertar a Jenna

de mi evidente preocupación por el hecho de que tanto Scott como Danni se encontraran en el exterior cuando ella había desaparecido.

—Entonces, ¿Scott y tú salisteis a pasear esta mañana? —pregunté con el tono más casual posible.

Se detuvo de nuevo.

—No confías para nada en él, ¿verdad? —dijo, mirándome. Iluminada por la luz de la cabaña, vi en su rostro una sonrisa no de diversión, sino más bien de burla.

—Tanto como en cualquier otra persona. —Me encogí de hombros, preguntándome por qué me había dicho eso. ¿Tan evidente era mi desconfianza? Seguimos caminando en silencio hasta que nos acercamos a la cabaña y oímos la voz de Angela.

—Hola, ¿eres tú, Scott? —pronunció desde la puerta abierta, saludando con la mano.

—Somos Jenna y Fiona —contesté, pero ella no respondió, sin duda decepcionada de no ver a su hijo.

Al acercarnos, preguntó:

—¿Scott está bien?

—Sí, está bien —le dije—, volverá pronto. —No tenía ni idea de cómo o dónde estaba, pero no quería preocuparla.

Oí los gritos de Olivia en cuanto entré por la puerta y se me revolvió el estómago. Pobrecita, todo lo que estaba pasando era muy angustioso para ella. Se había empapado de la tensión del ambiente y, a pesar de ser tan pequeña, de algún modo debía ser consciente de la ausencia de su madre. Sentí lástima por ella e, instintivamente, me acerqué a la cuna y la cogí.

—Me hace falta ayuda con ella cuando se pone así —dijo Angela en tono de disculpa. Fue duro oír eso de la que fue una abuela vivaz, cariñosa y divertida, y me entristeció verla tan frágil y superada por su querida nieta.

Jenna se fue a su habitación a cambiarse, pero sospeché que la verdadera razón era que no le apetecía hacer de niñera ni cocinar, lo cual tenía todo el sentido del mundo. Me senté en el suelo con Olivia, saqué una bolsa de bloques de juguete y empecé a construir con ellos. A Olivia le encantaba aquel pasatiempo y pronto dejó de llorar para unirse al juego mientras Angela miraba desde el borde del

sofá.

—Espero que Danni esté bien —dije en voz baja. Sentí que debía decir algo, no quería que Angela pensara que no me importaba.

—Yo espero que Scott y los chicos estén bien, creo que no me importa demasiado Danni.

De nuevo, me sorprendió la franqueza de Angela. Por fin había dejado a un lado los filtros. No estaba segura de si era la antigua Angela la que se sinceraba o la nueva, aquella suegra despistada que había perdido el bolso esa misma mañana. Por suerte, Jenna lo encontró tirado en el suelo de la cocina. «Pero si ni siquiera he entrado a la cocina», dijo. Estaba claro que la desaparición de Danni ocupaba todos sus pensamientos; ese viaje no le estaba haciendo ningún favor a la ya deteriorada salud mental de Angela.

—Danni es una mujer inteligente y con estudios, pero su necesidad de atención me parece bastante inmadura —dijo Angela.

Lo consideré un comentario bastante lúcido y acertado, y asentí lentamente para mostrar consenso. La inmadurez de Danni se manifestaba en su afán por ceder responsabilidades a los demás y en su búsqueda del placer personal a costa de los demás, sobre todo de mí. Le encasquetó su bebé a Angela nada más llegar; esperaba que Scott se hiciera cargo del cuidado de Olivia para poder pasar el tiempo en el *jacuzzi* con los chicos... bueno, con Sam. Luego vino el paripé de la tarta de cumpleaños de Angela, y aunque estaba destrozada, nos la presentó, a fin de granjearse atención y elogios.

—Angela, lo siento —dije, levantando la vista de los suaves bloques color pastel que estaba amontonando para que Olivia los derribara —. Este fin de semana se ha convertido en una pesadilla, ¿verdad?

Suspiró.

—Os invité porque quería que estuviéramos juntos. Quería una tregua, pasar tiempo en familia antes de que fuera demasiado tarde. Pero ha sido un desastre, y en especial por culpa de Danni.

—No todo ha sido malo, a los chicos les ha venido bien pasar tiempo con Scott —ofrecí, sin estar totalmente segura de si lo decía en serio.

Enarcó las cejas.

—Scott está demasiado estresado, no es capaz de pasar tiempo de

calidad con nadie ahora mismo. Debería haberlo tenido en cuenta. He juntado a mucha gente con mucha historia a su espalda.

—Sí, pero hemos venido por ti, no por nosotros. —Me miró con una sonrisa de desconcierto—. Dijiste que podría ser tu último cumpleaños.

—¿Yo dije eso? —contestó, como si lo hubiera olvidado—. Bueno, supongo que cualquier cumpleaños puede ser el último... —respondió en un derroche de lógica. Me miraba sonriente.

Entonces me di cuenta de que tenía los ojos oscurecidos, como si me mirara pero no me viera. Sentí que se me erizaba el vello de la nuca.

—¿Angela? ¿Estás bien? —grazné, poniéndome de pie lentamente, sin perder de vista a la bebé.

—Estoy bien, cariño. —Se sentó en el lugar que yo acababa de dejar y cogió un bloque.

—¡Angela, cuidado! —grité cuando Olivia empezó a desplomarse. Me lancé hacia ella, sosteniendo su suave cabecita antes de que se estrellara contra el suelo.

—Dios mío. ¿Qué ha pasado? —chilló Angela, volviendo en sí súbitamente cuando la niña empezó a llorar. Ambas estábamos en el suelo. Yo sujetaba y consolaba a Olivia. Su cabeza había caído en mis brazos, pero aun así comprobé si tenía algún bulto. No vi nada, probablemente sus llantos se debían a la caída y a mi repentino agarre, que la había sorprendido. Volvería a comprobar más adelante que la niña no tuviera daños.

A Angela también le había pillado por sorpresa todo eso. ¿Acaso estaba sufriendo ataques? Recordé lo que Jenna me había dicho sobre la masacre del cojín. Y ahora trataba de coger a Olivia, lo que me alarmó, e instintivamente me aferré a ella, negándome a soltarla. Me alejé, horrorizada por mis propios sentimientos. Pensé que la bebé no estaría a salvo con ella, aunque me preocupaba que pudiera darse cuenta.

—Relájate un poco, Angela, Olivia está bien. Parece que está cómoda así. —Empecé a caminar despacio y a mecer a la cría. Si lo que Jenna me había contado era cierto y Angela era capaz de rajar un cojín sin darse cuenta, ¿de qué *más* era capaz?

—Me encuentro perfectamente. Puedo cuidar de Olivia —replicó, indignada.

—Lo sé, lo sé. —Usé una voz tranquilizadora—. ¿Por qué no nos tomamos una buena taza de té? —sugerí. Angela nunca rechazaba a un té, era su respuesta para todo.

—Buena idea. —Se fue a la cocina y yo me quedé en la ventana, con Olivia en brazos para no perderla de vista. Fue entonces cuando, de repente, vi unas luces a lo lejos, no más que unos pequeños puntitos; pero dos de esos puntitos eran mis hijos, y sentí un gran alivio. Cuando se acercaron, pude distinguirlos en la oscuridad. Scott iba en cabeza, los chicos, justo detrás, con los hombros caídos y la cabeza gacha mientras avanzaban por la gélida noche. Pensé en las fotos que la gente colgaba en Facebook. Fotos de sus niños, parejas y mascotas en barbacoas en el jardín, vacaciones o Navidades, con títulos como «*mi mundo*». Y aquí estaban ahora, mis hijos, *mi mundo*. Los vi caminar penosamente por el paisaje oscuro y nevado, tambaleándose a través del sendero, a un resbalón de una zambullida fatal, a un paso de perderse en la nieve. Mis hijos, poniendo sus vidas en peligro para salvar a la mujer que nos había destruido.

—Mi mundo —murmuré en voz baja.

Aquellas dos personas lo eran todo para mí. Danni no solo nos había separado a Scott y a mí, sino que se había interpuesto entre mis hijos y yo. Sam me había roto el corazón con los coqueteos y los susurros que había presenciado entre él y Danni a lo largo de aquellas vacaciones. Y ahora Georgia había ablandado su actitud con respecto a Danni, a quien siempre había acusado de ser una rompehogares y una robamaridos. Pero las cosas habían cambiado. Las había visto disfrutando juntas de compras, riéndose mientras portaban bolsas de ropa nueva para Georgia que yo ya no me podía permitir comprarle. Danni me hizo un daño tremendo cuando se acostó con mi marido, pero había hecho mucho más desde entonces.

***

Olivia se quedó dormida en mis brazos mientras yo contemplaba la oscuridad. Al principio me mostré reticente a venir a la cabaña, pero jamás me habría imaginado las atrocidades que iban a ocurrir.

Pensé en Angela, que seguía preparando el té en la cocina, cantando. ¿O estaba hablando sola? Recordé cuando me acerqué al acantilado con ella a mi lado, contemplando el mar. Daba la impresión de que Angela estaba a un millón de kilómetros de allí, como si yo no pudiera alcanzarla. Y recordé el miedo en sus ojos, la alarma en su voz. «Ten cuidado... No te fíes de ella, Fiona». ¿Aquello fue un desvarío o una advertencia? Si era lo segundo, ¿de quién me estaba advirtiendo?

Me preocupó entonces y seguía haciéndolo ahora. Se unió a mí junto a la ventana, sonriendo.

—Están de vuelta —dije, devolviéndole la sonrisa y señalando las tres siluetas, iluminadas ahora por las luces de la cabaña, abriéndose paso con esfuerzo entre la nieve.

—¿Quién, querida? —Me miró con los ojos vidriosos y vacíos.

—Scott y los chicos —respondí.

—Ah... Ya, claro, claro.

Le eché un vistazo de reojo; su cara no mostraba la más mínima expresión.

Poco después estaban en la puerta, hablando y golpeando las botas contra el escalón para deshacerse de la nieve. Ansiaba ir a su encuentro, abrirles la puerta y abrazar a mis hijos, pero tenía otra niña en brazos y no podía dejarla con Angela.

Finalmente llegaron, acompañados de un frío glacial y el rugido del mar y el viento.

—¿No ha habido suerte? —pregunté.

Scott negó con la cabeza.

—¡Llama a la policía! —grito Jenna. Había aparecido de la nada, con ropa nueva y maquillada. A pesar del pánico que proyectaba su voz, parecía muy compuesta—. Tenemos que informarles de que ha desaparecido de verdad. —Avanzó unos pasos—. Entrad y calentaos —ordenó. Luego, se aproximó a Scott pasando por delante de mí y miró hacia arriba—. Creo que Scott está en *shock*.

—¿No hay rastro de ella? —pregunté a los chicos, que negaron con

la cabeza sin decir palabra y empezaron a quitarse sus gruesas chaquetas—. Espero que esté bien —les dije, pese a que, en aquel momento, lo único que me importaba era que mis hijos hubieran vuelto sanos y salvos.

—Hemos buscado por todas partes, mamá —dijo Sam con un suspiro.

Georgia y él pasaron al salón. Su semblante era de puro miedo y tristeza.

—Esto es terrible —dijo Georgia, tartamudeando entre lágrimas. La desaparición de Danni le había afectado profundamente. Sabía que había estrechado lazos con su madrastra, aunque hubiera intentado ocultármelo. Me rompía el corazón verla tan triste y, sin soltar a Olivia, la rodeé con el brazo.

Ahora Jenna marcaba el número de teléfono de la policía, que Scott había dejado antes en una pizarra de corcho. Mientras tanto, Angela daba vueltas alrededor de Scott, que se limitaba a sacudir lentamente la cabeza.

—¿Creéis que podría haber tomado algo? —preguntó Georgia, las lágrimas le recorrían las mejillas.

Me agité un poco ante la insensibilidad de mi hija. Había dicho lo primero que se le había pasado por la cabeza, pero era obvio que Scott estaba en un momento de mucho estrés. No respondió.

Encargué a Sam el cuidado de Olivia y guie a Georgia hasta el sofá para que se sentara a su lado. No me sentía cómoda dejando a la bebé en manos de Angela; sus ojos desorbitados iban de un lado a otro y parecía aún más confusa que antes. Rodeé a Georgia con el brazo mientras Sam abrazaba a Olivia, distrayéndola con carantoñas y cosquillas. Era conmovedor verlo, y recordé lo que me dijo cuando ella nació: «Ahora tengo dos hermanitas a las que cuidar». Por mucho que me doliera oír eso en aquel momento, me sentí orgullosa de él. Siempre había sido un buen hermano para Georgia, eran buenos amigos. Haría cualquier cosa por ella. Nunca pude acostumbrarme a que mis hijos formaran parte de una familia que no me incluía a mí, pero, al verlo con Olivia, caí en la cuenta de la relación que mantenían mis hijos con esa bebé, y de que ellos también eran una familia. Me avergoncé por no haber sentido

tristeza y remordimiento por la desaparición de Danni hasta entonces.

Jenna contactó por fin con la policía para decirles que Danni seguía desaparecida. Scott todavía no había pronunciado ni una palabra cuando ella colgó el teléfono, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué te ha dicho la policía? —pregunté.

—Lo mismo que antes: no pueden venir hasta aquí y ya tienen bastantes problemas. Me han dicho que volverían a llamar cuando hubiera alguien disponible para hablar con nosotros. Parece que están hasta el cuello de marrones —añadió, encendiendo el televisor con el mando a distancia.

Tenía razón. Según las noticias, la zona estaba sumida en un caos total: accidentes de tráfico, personas desaparecidas y otras aisladas en zonas remotas a causa de la tormenta. Como se trataba de una zona costera, se temía que los desaparecidos hubieran sido arrastrados mar adentro.

—Supongo que la policía solo puede ayudar a la gente a la que puede llegar —ofrecí.

—¿Hay lobos ahí fuera? —preguntó Angela, sin apartar los ojos de la pantalla.

—No —dije en voz baja.

Jenna la miró, y luego a mí, como si estuviera enfadada.

—Solo me preguntaba si la habría despedazado un animal salvaje —sugirió Angela. Todos nos quedamos rígidos en un silencio incierto, sin saber cómo responder. Aquel comentario había sido de lo más impredecible, e insensible para con Scott, que estaba al borde del colapso mental. No había duda de que Angela no era la de siempre; parecía estar bien un minuto y al siguiente, desconcertada y confusa.

Scott escuchó sus palabras y se levantó, alegando que no se encontraba bien. Se fue directamente a su dormitorio, donde lo oímos vomitar en el cuarto de baño.

—¡Dios mío, pobre Scott! —gritó Angela, levantándose del sofá para ir hacia él, pero Jenna la detuvo.

—Déjalo, solo necesita unos minutos —dijo, y luego se volvió hacia Georgia—. ¿Por qué no nos preparáis Angela y tú algo calentito para

tomar? Yo esperaré a que llame la policía.

—Has hablado con ellos hace un minuto y estaban ocupados; no volverán a llamar hasta dentro de un buen rato —respondió Georgia, molesta por la petición de Jenna.

No estaba tan encantada con Jenna como yo pensaba. Al parecer, había habido algún tipo de pelea entre ellas. Jenna estaba siendo bastante asertiva. Quizá sentía que alguien tenía que tomar el mando. Yo lo habría hecho encantada, pero prefería pasar desapercibida y evitar cualquier conversación con la policía.

Finalmente Scott volvió al salón. Jenna se levantó de un salto y lo guio hasta el sofá, como si él fuera incapaz de andar. Al sentarse, pude ver la mano de ella en su espalda, pero él parecía no darse cuenta de nada ni de nadie a su alrededor. Independientemente del estado en el que se encontrase el matrimonio de Scott y Danni, era evidente que estaba preocupado por su mujer. Ella era la madre de su hija —y de su futuro hijo—, y debía estar destrozado por no saber dónde estaba. Scott adoraba a los niños, y sabía que en el fondo quería tenerlo.

—Vamos, Scottie, seguro que está bien —dijo Jenna con firmeza.

¿Era mi imaginación o Jenna estaba disfrutando de aquello? De repente, se había puesto al mando de la situación, y aquella chica dulce y mansa se había transformado en alguien bastante capaz.

Georgia y Angela volvieron con una bandeja de té. La pusieron en la mesita, Angela sirvió el té y Georgia repartió las tazas.

—Yo normalmente tomo Earl Grey —dijo Jenna.

—No hay, solo queda del normal —respondió Georgia, monótona, sin mirarla siquiera mientras le entregaba la taza humeante.

—Sí que hay Earl Grey, porque lo compré yo misma —dijo Jenna con firmeza.

Georgia seguía sosteniendo la taza por el asa, y Jenna ahora la tomó por la parte superior.

—¿Quieres que te prepare un poco? —respondió Georgia, haciendo que esa oferta sonara como una amenaza, mientras mantenía la taza bien sujeta.

—No, tranquila, me conformaré con esto. —Jenna continuaba agarrando la taza. Se estaba convirtiendo en un tira y afloja, hasta

que Georgia acabó por soltarla, con expresión seria.

Hasta aquel momento habían sido bastante amigas, pero algo había pasado entre ellas. Dudaba que fuera importante; Georgia era joven y se enamoraba y forjaba vínculos con la misma rapidez con que los rompía. Nunca se podía estar seguro de quién era «guay» y quién no según los estándares de Georgia, pero, desde luego, Jenna había perdido su estatus.

Scott estaba absorto en su teléfono, como deseando que Danni volviera a mandarle un mensaje.

Jenna miró a su alrededor y, dirigiéndose a Georgia, dijo:

—Cariño, ¿te importaría traerme las galletas con trocitos de chocolate que están en el armario de la cocina?

—¿No puedes ir tú? —dijo Sam, acudiendo en defensa de su hermana.

Me preocupaba un poco la dinámica de poder que Jenna parecía haber impuesto sobre Georgia. Tal vez solo fuera la forma brusca en la que había hecho sus peticiones, pero no me gustó ni un pelo. Sam también se había dado cuenta de esto.

—No, Sam —empezó Jenna—. No puedo ir yo porque estoy hablando con la policía. —Agitó su teléfono en el aire, que había tenido previamente al oído. No estaba hablando, sino que esperaba a que alguien respondiera, pero para evitar un conflicto mayor, Georgia se levantó del sofá para cumplir con sus exigencias. Fue entonces cuando decidí que era hora de que interviniera un adulto.

—Está bien, quédate ahí y caliéntate frente al fuego, Georgia —dije en un intento de recuperar algo de control de manos de Jenna—. Ya te traigo yo las galletas, Jenna. —Pensé que tendría la decencia de decirme que no me tomara la molestia, pero se limitó a asentir de manera displicente.

Entré en la cocina, fui directa al armario y lo abrí. Estaba a punto de coger las galletas cuando vi una bolsa de plástico negra al fondo del armario. No estaba llena de basura como cabría esperar, sino que la habían aplastado bastante, lo que me extrañó un poco. De un tirón, la saqué del armario. A primera vista, el contenido de la bolsa no era más que cartón y papel para reciclar, pero no entendía por qué estaban escondidos en el fondo de un armario. La razón me

quedó clara en cuando los abrí. Los paquetes eran platos preparados, aptos para microondas, probablemente selectas delicias *francesas*. *Boeuf bourguignon*, salchicha blanca con trufa negra, manzana caramelizada, puré de raíz de apio y salsa de calvados, *coq au vin*... La lista era interminable, y daba cuenta de todas las comidas que habíamos ingerido desde que llegamos allí. Reconocí varios de los envases, los había visto en un supermercado bastante caro. Estaba conmocionada, algunas piezas empezaban a encajar. Ella no había hecho nada; las patatas *boulangère* eran de paquete, no había preparado la *mousse* de chocolate ni la tarta Tatin. Tampoco había hecho los cruasanes desde cero, ¡y eso que nos había contado una historia sobre un pastelero parisino que le había enseñado a hacer la masa y le había pedido que se casara con él! Todas las noches se sentaba presidiendo la mesa, alardeando de su excelente cocina y aceptando con gusto todos los elogios, cuando no había hecho más que meterla en el horno y servirla en platos. Eso no me pareció lo peor del mundo, pero Angela la había contratado durante nuestras vacaciones bajo el pretexto de que era cocinera de Le Cordon Bleu. ¿Por qué habría llevado tan lejos aquella mentira? ¿Y sobre qué más estaba mintiendo Jenna?

VEINTIUNO

FIONA

Volví al salón con las galletas y las puse sobre la mesita. Jenna ni les prestó atención, había sido un movimiento para establecer su autoridad. Pero dejarme acceder por mi cuenta a la cocina le iba a hacer mucho más daño que si hubiera ido ella misma a por las galletas.

—Dicen que los vehículos todavía no pueden llegar hasta aquí, las carreteras están bloqueadas. Pero han llamado a las otras cuatro cabañas y no está en ninguna de ellas —anunció—. Dicen que no hay ningún lugar donde refugiarse a lo largo del sendero, está abierto y a merced de los elementos, pero hay algunas cuevas marinas desperdigadas por la costa. A lo mejor se está refugiando en una de ellas... Empezarán a buscarla en cuanto puedan y se mantendrán en contacto con nosotros. —Lo dijo como si leyera un guion. Disfrutaba siendo el centro del atención, lo que me hizo sentir un poco de lástima por ella; era evidente que nunca le habían dedicado buenas palabras ni le habían dado ningún tipo de estímulo positivo o responsabilidad. Comprendía por qué se sentía atraída por Scott, una figura amable y paternal, y me pregunté si tal vez Georgia estaba celosa de eso.

«Danni tiene enemigos —dijo Jenna en tono sombrío mientras yo me sentaba. Eso hizo que la sangre me subiera a la cara. Yo era uno de esos enemigos.

—Evidentemente os adora a ambos —añadió, señalando a Sam y a Georgia, como si hablara en nombre de Danni—, pero habéis tenido vuestros altibajos, ¿no?

Miré a mis hijos, que estaban desconcertados por esa evaluación. Jenna no los conocía tan bien, pero se había aventurado a hacer ese extraño informe de la situación después de hablar con la policía. ¿Quién era ella para hacer esos comentarios?

—Nunca he tenido problemas con Danni —respondió Sam con

firmeza—. Es una madrastra muy guay, puedo hablar con ella de cualquier cosa, incluso de cosas que no les cuento a mis padres.

Eso me irritó un poco, pero estaba deseando escuchar qué más tenía que decir.

—No hemos tenido ningún altibajo. No entiendo por qué dices eso, Jenna —añadió Georgia con voz dolida—. Era como una hermana mayor para mí...

—¿Era? —preguntó Jenna con la cabeza girada hacia un lado, como si estuviera haciendo una pregunta educada, en lugar de acusando a Georgia de saber algo.

—Sabes lo que quiero decir, Jenna —dijo apretando los dientes.

—Lo siento, pensé que... —Hizo una pausa de unos segundos, luego continuó—: Es que Danni y yo éramos amigas cuando empezó con tu padre. —Me miró—. Y para ella fue duro porque tú te portabas muy mal con ella. ¿No fue así, Georgia? Eso la destrozó...

La cara de Georgia se arrugó aún más, las lágrimas no cesaban.

—Jenna, no creo que sea el momento de hablar de eso. Eso quedó en el pasado, las cosas han cambiado y no estás ayudando a nadie —dije.

Dirigió la mirada hacia Georgia con los ojos muy abiertos, como si no supiera cómo podía haberla fastidiado.

—Ay, Dios, lo siento mucho, Georgia. No era mi intención molestarte —dijo, poniéndose de pie y caminando hacia ella. Luego, extendió la mano con torpeza y le tocó el hombro.

Georgia le sacudió la mano de encima de inmediato y, mirando a Jenna con un odio patente, dijo:

—Es verdad, culpé a Danni del divorcio de mamá y papá. La odiaba y me negaba a quedarme con ella y con papá porque pensaba que había roto nuestra familia —La barbilla le temblaba, tenía la cara húmeda por las lágrimas y sus ojos seguían derramando más—. Pero luego la conocí y me dijo que nunca intentaría sustituir a mamá, que quería ser mi amiga y que pensara en ella como en una hermana mayor. Yo nunca había tenido una hermana, ¡y Danni era la mejor hermana del mundo! —Georgia volvió a derrumbarse entre sonoros sollozos, el dolor desgarrador que sentía se vio empeorado por la culpa que le habían hecho sentir los mezquinos apuntes de Jenna.

—Tranquila, tranquila. —Jenna se acercó más a ella—. No hables de ella en pasado, Georgia —dijo—. Hasta donde sabemos, sigue viva. No tienes nada de qué preocuparte.

—Todos los presentes tuvimos algún problema con Danni en algún momento —intervine—. Sobre todo tú, Jenna. —Intenté que el temblor de mi voz no revelara el alcance de mi ira, pero estaba segura de que mis ojos me delataban.

La conmoción que se reflejó en su rostro al recibir de su propia medicina fue profundamente placentera.

—Sé que hizo que te despidieran, y es comprensible que le guardes rencor. Pero seguro que el hecho de que os pelearais y la culpes por haber perdido tu trabajo no tiene nada que ver con su desaparición, ¿verdad? —pregunté, incapaz de ocultar el sarcasmo en mi voz mientras la señalaba con el dedo.

Ella palideció y, bajando la mirada, balbuceó:

—No, claro que no.

Le sonreí, pero debió percatarse del brillo en mis ojos. ¿De verdad se creía que podía lanzar esos comentarios acusatorios sobre mi hija y que yo me iba a quedar de brazos cruzados? Me quedé mirándola y no añadí ni una sola palabra más, pero mi expresión decía claramente: «*si intentas joderme a mí o a mis hijos, estás muerta».*

—Fiona tiene razón, todos hemos tenido nuestros momentos con Danni. Es mi mujer y, como en todas las relaciones, hemos tenido nuestros baches. —Por alguna razón, en medio de aquella balacera de acusaciones, Scott tuvo la necesidad de defender su raída relación con Danni—. No es la persona más fácil de tratar, ni tampoco la mejor esposa... —Le costó un poco continuar—. Pero yo tampoco lo soy. —Hizo una pausa—. Y es culpa mía que ahora no esté aquí con nosotros. Debería haberla tratado mejor. *Debería* haberme dado cuenta de lo infeliz que era, pero no fue así, y ahora ha desaparecido —continuó, mientras a mí se me partía el alma en pedazos al darme cuenta de que, aunque Danni no estuviera en nuestras vidas, su amor por ella *nunca* moriría.

Parecía que una cascada de lágrimas iba a anegar su rostro en cualquier momento, pero intentaba desesperadamente no llorar. Angela le tocó el brazo, las lágrimas corrían por su rostro a causa del

dolor que sentía su hijo. Sus palabras sobre Danni parecían sinceras, de corazón, y todos los presentes quedaron conmovidos por lo que había dicho. Excepto yo. Me preguntaba qué le parecería esa escena a alguien de fuera, si la policía entrara en la habitación y nos preguntara por nuestra relación con Danni. Podrían ver que se había interpuesto en la felicidad de otros, que había causado dolor y sufrimiento, que había destrozado vidas y carreras y herido sentimientos. Y todo lo anterior se me aplicaba a mí, a Scott y a Jenna, e incluso a mis hijos y a Angela, que podrían haberla visto como el catalizador de nuestra ruptura familiar y, por tanto, había llenado de tristeza y destrucción sus vidas.

—Me siento culpable por lo de esta mañana. Debería haber salido a preguntarle si estaba bien —murmuró Angela, recordando que fue la última persona que vio a Danni.

—Creo que le estamos dando demasiada importancia al hecho de que se sentara en la terraza antes de irse. No te flageles, abuela; aunque le hubieras preguntado si estaba bien, seguramente te habría dicho que sí y se habría marchado igual —la consoló Sam—. Así que no hay nada de lo que sentirse culpable.

—Pues yo no la vi, desde luego. Me levanté tarde —anunció Jenna a la defensiva.

Recordé que me había contado que había ido a pasear con Scott la mañana anterior. Al parecer, él le había dicho a Jenna que solía salir a pasear sobre esa hora, y me pregunté si también se habría levantado temprano esa mañana mientras Olivia dormía.

—No importa quién la vio o no —dijo Sam con brusquedad—; lo importante es que vuelva. —Apenas pudo pronunciar las palabras.

***

Aquella noche nos quedamos despiertos hasta muy tarde, esperando, hablando y pensando en Danni, preguntándonos en todo momento dónde estaba. Pero, echando la vista atrás, creo que todos teníamos nuestras propias sospechas sobre por qué se había marchado, y nos preguntábamos si alguno de nosotros sabía *exactamente* qué le había pasado.

—Sería más fácil pensar que se ha quitado la vida o que ha tenido un accidente, pero cuando le envió el mensaje a Scott era de día —señalé—. La nieve casi había cesado por la mañana, así que cuando estuvo caminando por el sendero de la costa había luz, y mientras hubiera tenido cuidado, no tendría por qué haberle pasado nada. Es joven y está en forma, no lo entiendo. ¿Qué le pasó después de que le enviara el mensaje a Scott?

—¿Crees que alguien le hizo algo? —preguntó Jenna, mirando alrededor. Sus comentarios me parecieron insensibles y poco útiles, y aún no me quedaba claro si estaba siendo sarcástica, mintiendo o simplemente se debía a una carencia de inteligencia emocional. Pero siguió—: No sabemos quién podría estar merodeando por ahí fuera.

—Ay, no —dijo Angela—, ¿podría haber alguien rondando ahí fuera ahora mismo? —Se agarró las mejillas con ambas manos—. ¡Pobre Danni!

—A menos que... A menos que no sea alguien de ahí fuera —anunció Jenna—, ¡sino alguien de aquí dentro! —Le brillaban los ojos. Estaba jugando con nosotros. Soltó la bomba y se quedó mirando, esperando la explosión.

Nadie se inmutó.

Sentía sus ojos clavados en mí y me preguntaba si, en su opinión, yo era la principal sospechosa. Resultaba obvio: yo era la esposa traicionada en busca de venganza, y en todas las buenas películas de suspense todos los dedos me apuntarían a mí. Pero, cuanto más se acurrucaba con Scott en el sofá, más convencida estaba de que la adorable Jenna tenía más de una razón para quitarse de en medio a Danni. Seguía turbada por su alijo de comida preparada, estaba claro que tenía talento de sobra para elaborar mentiras.

Vi cómo miraba a Scott a los ojos y le acariciaba el brazo, y me cuestioné la naturaleza de la supuesta amistad entre ambos. Al principio pensé que eran simples compañeros de trabajo, conocidos como mucho, pero la familiaridad que ella mostraba hacia él sugería algo más. ¿Era él una figura paterna para ella y ella, una alumna para él? Fuera como fuese, parecían mantener una relación mucho más íntima de lo que creí en un primer momento, cuando se presentó como una jovencita inofensiva con la que Angela había

trabado amistad en una cafetería. Empecé a prestar más atención a su vínculo. Me obligué a creer que los comentarios de Danni sobre su relación eran fruto de los celos. Di por sentadas demasiadas cosas; no se me ocurrió preguntarme por qué una joven técnico de laboratorio se haría amiga del director del instituto, y mucho menos, por qué se dirigiría a él por su nombre de pila. Incluso le había señalado que estaba ganando peso y se burló de él por haber repetido plato durante la cena la noche previa. Al parecer, el día anterior fueron a dar un paseo a solas por la mañana, y luego estaba el asunto de los huevos. Seguía sin entender por qué habían desaparecido durante diecisiete minutos para coger los huevos del coche cuando había de sobra en la cocina.

Pensé en Scott, trabajando hasta tarde durante semanas para «ayudar» a Danni, la nueva profesora, con sus clases. En sus llamadas telefónicas a casa para preguntarle si podía hablar con él sobre algún acontecimiento escolar; en la forma en que vi desde la distancia cómo lo abrazaba cuando ganó la carrera de profesores en aquel evento deportivo.

Mientras revivía esos dolorosos recuerdos, observé cómo Jenna le entregaba cariñosamente a Scott un vaso de agua. ¿Estaba siendo irracional y desconfiada por todo lo que había pasado? ¿O, al igual que pasó con aquel abrazo de Danni, no había sido capaz de ver algo que estaba ocurriendo justo delante de mí... otra vez?

VEINTIDÓS

FIONA

Miércoles

La mañana siguiente a la desaparición de Danni nos despertamos con más nieve. Miré el blanco infinito a través de la diminuta ventana de mi pequeña habitación individual y sentí nostalgia de los colores, las calles, los coches... Sentí nostalgia de la vida.

Entrar en el cuarto de baño que compartía con los chicos me sirvió como recordatorio de lo complejas que son las relaciones familiares. Estaba la parte emocional, que ya era bastante difícil de por sí: gestionar a los chicos con sus altibajos hormonales era un desafío, por no hablar de mi exmarido, cuyas hormonas también lo habían llevado por mal camino. Pero entrar en un cuarto de baño desbordante de vapor, con botellas de plástico medio llenas abandonadas a su suerte, supurando champú y geles caros por todo el suelo también era bastante estresante.

Así que, antes de poder pensar siquiera en darme un baño o una ducha, tuve que abrir la ventana para que saliera parte del vapor y limpiar el cuarto de baño, incluidas las salpicaduras del espejo, los azulejos y la mampara. Luego recogí las toallas de los chicos y abrí mi neceser para rescatar la bomba de baño con la que pensaba consentirme. Al sacarla, vi el llavero con el bate de críquet de Nick y se me aceleró el pulso. Lo había escondido allí para no tener que verlo y reprimir la idea de que hubiera venido a la cabaña antes que yo para examinarlo todo, mirar en las habitaciones e imaginar cuál era la mía. Traté de no pensar en él ni en lo que podría ocurrir, pero estaba aterrorizada.

Cerré la cremallera del neceser e intenté expulsarlo de mis pensamientos. Quise olvidar que lo había conocido. Me distraje recogiendo del suelo los calcetines de Sam y limpiando la bañera con

lejía y estropajo, frotando como si mi vida dependiera de ello. La bañera ni siquiera estaba sucia, pero sentía la necesidad de limpiarlo todo, aunque terminara con las uñas ensangrentadas y las manos en carne viva.

Finalmente, preparé la bañera y me metí en ella. Me escocían las manos por el agua caliente, pero me lo merecía, me merecía el dolor. En cuestión de segundos, todas... bueno, *la mayoría de* mis preocupaciones y miedos quedaron ahogados temporalmente, y estaba a punto de quedarme dormida cuando sentí un escalofrío y recordé que había dejado la ventana abierta para que saliera el vapor que había generado la última persona que había usado el baño. A pesar del agua caliente, el aire que me golpeaba la cara estaba helado. Justo cuando iba a levantarme para cerrar la ventana, oí a alguien decir:

—Por favor, no se lo digas a la policía. Te lo ruego, Jenna... — Estaban al otro lado de la ventana.

Era la voz de Angela. ¿De qué demonios estaba hablando?

—Angela, ¿no lo ves? No tengo elección; si no lo cuento, yo también podría meterme en problemas, y no quiero que me arrastren a esto.

—¿No es posible que te equivocaras?

—Angela, te digo que había sangre en la nieve.

¿Qué? Me quedé completamente inmóvil. Apenas respiraba con la esperanza de que hubiera el suficiente silencio para oír más. No podía permitir que el más mínimo sonido les alertara de que había alguien en el baño escuchando. Despacio, me levanté un poco más y me acerqué para escuchar con más claridad.

—¿Hay algo que pueda hacer? Lo que sea. ¿Necesitas dinero?

Justo en ese momento crucial, la voz de Georgia llegó desde fuera del baño:

—Mamá, ¿estás ahí? Necesito ir al baño.

No me jodas.

No podía contestar, de lo contrario sabrían que las había estado escuchando. Me quedé en silencio, rezando por que Georgia se fuera.

—¿Sam? —llamó—. ¿No me dijiste que mamá se estaba bañando?

—Trató de abrir la puerta.

—Mierda, hay alguien en el baño —oí decir a Jenna.

—¡Ay, no! —gritó Angela.

—Aléjate de la ventana, Angela —instó Jenna. Esperé, pero se hizo el silencio. Intentaba comprender qué diablos acababa de oír, pero tuve que dejarlo para más tarde porque Georgia estaba golpeando la puerta insistentemente.

—Mamá, me estás preocupando. ¿Estás bien?

Como todos los demás, mi hija estaba asustada por la desaparición de Danni, y ahora se mostraba excesivamente protectora conmigo, como si yo pudiera ser la siguiente.

—Estoy bien, cariño —respondí—. Me he quedado dormida en la bañera —añadí por si les llegaba a Jenna o a Angela y suponían que había estado espiando su conversación.

—Gracias a Dios, me tenías angustiada.

—Lo siento, cariño.

Georgia era de esas personas que se preocupan en exceso y temía que esas vacaciones la hubieran vuelto más ansiosa si cabe. Pero mi hija no era la única que lo estaba pasando mal: yo también me sentía más encerrada a cada hora que pasaba, Angela parecía más confusa, Olivia estaba inquieta, Scott se estaba derrumbando y Jenna había tomado el control del grupo.

Le pregunté a Georgia si le apetecía tomar un poco de aire fresco y nos sentamos en la terraza, envueltas en nuestros abrigos y bufandas. A nadie le apetecía ya meterse en el *jacuzzi*, pero resultaba agradable sentarse fuera y respirar el aire frío.

No tenía a nadie con quien hablar de todo lo que estaba pasando, y yo quería hacerle ver que podía abrirse conmigo, que eso podría ayudarla a aliviar su ansiedad.

—Le tienes mucho cariño a Danni, ¿verdad? —le pregunté.

—Bueno, lo normal —dijo en voz baja.

—Mira, no me importa que te lleves bien con ella, no me ofenderé. Admito que, cuando papá se mudó con ella y tú te tenías que quedar a dormir con ellos, me preocupaba perderte. Pero fue una estupidez por mi parte. Soy tu madre, y ahora sé que nada ni nadie cambiará eso jamás.

Me miró.

—Nunca nos dijiste que te preocupara perdernos.

—No, porque no habría sido justo para vosotros que os lo dijera.

—Sabía que te sentías sola cuando nos íbamos con papá.

—No me sentía sola; me sentía triste por no poder estar juntos.

—Lo sé, yo también, sentía que te estábamos dejando de lado. Y me sentí fatal por ti cuando Danni se quedó embarazada y luego tuvimos que ir a la boda, y... estaba superilusionada por tener una hermanita, pero no podía decírtelo.

—Siento haberte hecho sentir así, Georgia.

—Mamá, nunca te lo conté, pero Danni me llevó a elegir su vestido de novia. Me tomé una copa de champán con ella, sus amigas y su madre —añadió con culpa.

—Eso está genial. Me alegro de que te lo pasaras bien. Ojalá yo hubiera sido un poco más madura y hubiera sabido darme cuenta de que, a pesar de lo ocurrido, Danni te quiere. Cuando seas madre, comprenderás que cuanta más gente quiera a tus hijos mejor y más próspera será su vida —añadí, rodeándola con el brazo.

—Cuanto más la conocía, mejor me caía. Era amable, pero estaba muy triste.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que le preocupaba que papá la abandonara igual que a ti.

Había percibido los sentimientos negativos que Danni me profesaba —todo ese odio era imposible de ocultar— y, sin embargo, nunca lo había visto como lo que era: inseguridad. Danni sabía que yo era una amenaza, y yo la veía a ella de la misma forma. Las dos éramos víctimas de las circunstancias; las dos éramos infelices, vivíamos en tensión y desconfiábamos la una de la otra, cuando en realidad era en Scott en quien no podíamos confiar. *Él* nos había hecho eso.

—Tengo la sensación de que tu padre y Danni estaban pasando por una mala racha. Quizá no fuera más que eso —ofrecí, sintiéndome culpable, cuestionando mi propio comportamiento. Georgia se encogió de hombros y su rostro se llenó de dudas—. ¿Qué pasa? —pregunté.

—No sé, es que... una noche me quedé a dormir y papá tuvo que trabajar hasta tarde. Danni me pidió que cuidara de Olivia mientras

ella salía.

—Ajá.

—Pero, cuando papá volvió, se puso hecho una fiera porque ella hubiera salido. Y, cuando Danni llegó a casa, papá le preguntó si se había visto con él.

—¿Con quién?

—No lo sé, solo dijo *él.* —Se encogió de hombros—. Pero papá estaba muy cabreado.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos meses, a principios de verano, creo.

Qué interesante. Scott y yo habíamos vuelto a conectar hacía poco, después de mi aventura con Nick. ¿Había conocido Danni a alguien y Scott recurrió a mí por despecho? Qué desastre. Ver nuestro comportamiento a través de los ojos de mi hija me hizo sentir vergüenza. Scott había destrozado la familia, pero, en mis torpes esfuerzos por recomponerla, había querido destrozar lo que él tenía con Danni. Mientras tanto, los chicos habían empezado a adaptarse a la nueva normalidad y yo estaba decidida a romperla de nuevo. Si Olivia percibía la tensión, no había dudas de que mis hijos de diecisiete y dieciocho años también lo hacían. No me extrañaba que Georgia tuviera tanta ansiedad y que Sam cayera con tanta facilidad en las trampas carnales de Danni. Estaba confundido, quería atención y ella se la daba.

De repente, la puerta se abrió y Sam asomó la cabeza.

—Papá acaba de recibir una llamada de la policía. Es sobre el atropello —anunció.

Ambas nos sobresaltamos. El corazón me latía con fuerza en el pecho. ¿Cuánto más podría aguantar?

—¿Qué han dicho? —pregunté.

Pero Sam se limitó a encogerse de hombros. O no lo sabía, o no quiso molestarse en darnos la información. Nos hizo señas para que entráramos.

—Papá está haciendo una asamblea —comentó Georgia, poniendo los ojos en blanco.

Todavía con la ropa de calle, atravesamos la cocina para llegar al salón, donde Scott nos recibió.

—Tengo noticias —dijo casi con alegría. Como era de esperar, la desaparición de Danni lo estaba atormentando, pero había encontrado algo con lo que entretenerse por un momento. Scott siempre necesitaba de un proyecto, un problema que resolver, y el atropello le estaba proporcionando la distracción que necesitaba.

—Me acaba de llamar la inspectora jefe Freeman —anunció con su voz de director—. Dice que ha habido novedades en la investigación del atropello con fuga.

—Vale, ¿qué pasa? —pregunté, impaciente.

—El atropello podría estar relacionado de alguna manera con... —titubeó un poco—la desaparición de Danni.

Un escalofrío me recorrió los dedos.

—¿De qué manera? —preguntó Sam.

—Pero no sabemos nada de lo que le ha pasado a Danni, ¿cómo pueden relacionar un asesinato y una desaparición así? No tiene sentido. —Sacudí la cabeza, incrédula—. No entiendo cómo....

—Lo sé. Básicamente, lo que parecen ser dos incidentes no relacionados tienen similitudes importantes. Ambos ocurrieron en esta zona e involucran a gente de Worcestershire.

—¿Estás diciendo que se conocían?

—O eso, o el asesino los conocía a los dos, lo que me hace preocuparme todavía más por Danni. —Su voz se apagó por un momento. Luego se repuso y dijo con firmeza—: La policía nos ha pedido que estemos alerta, que mantengamos las puertas cerradas en todo momento y que no salga nadie.

—¿Nos estás diciendo que hay un puto psicópata suelto merodeando por la zona y matando a quien se le cruza en su camino? —Sam estaba aterrorizado.

Scott adoptó una expresión de duda.

—Yo no lo diría así, Sam. Y, por favor, no digas palabrotas delante de la abuela —añadió—. Por lo que dice la policía, no saben *quién es* el responsable ni por qué lo ha hecho.

—Scott, ¿no pensarás que él y Danni estaban...? —sugirió Jenna.

Dios santo, qué retorcida era.

—No, no lo pienso —espetó, y ella retrocedió un poco mientras él se tomaba un momento para serenarse—. Hasta que sepan algo

más, vamos a hacer lo que dicen y nos mantendremos a salvo.

—A salvo estaríamos si nos largáramos de aquí, no esperando como carnaza —espetó Georgia—. Vámonos. ¿Qué puede hacer la policía?

—Pueden hacer muchas cosas: para empezar, arrestarnos, Georgia —respondió Scott bruscamente.

Ella arrugó la cara.

—Georgia, sé que esta situación es complicada, cariño —dije en tono tranquilizador—, pero estamos todos juntos. Y, aunque nos dejaran irnos, ha nevado tanto esta noche que es imposible ir a ninguna parte, los vehículos no pueden salir de aquí.

—Y, según la previsión meteorológica, vamos a estar así al menos veinticuatro horas más —dijo Scott.

—Mierda —farfulló Sam—. Otras veinticuatro horas atrapados aquí no, por Dios.

—Uy, lo siento, Sam, ¿es que tenías una cita picante? —bromeó Jenna.

Nadie se rio.

VEINTITRÉS

FIONA

Jueves

A la mañana siguiente, me senté a oscuras pensando en Nick y, al mismo tiempo, tratando de expulsarlo de mi mente. En cierto modo, la calidez y la tranquilidad, acompañadas del burbujeo de la tetera, me hacían sentirme protegida. Sin embargo, me noté vulnerable de repente y, al comprobar la puerta trasera, descubrí horrorizada que no estaba cerrada con llave. Me apresuré a buscar las llaves de repuesto en el armario y la cerré con un doble giro de llave, tal y como había hecho la noche anterior. Me preparé una taza de té, me dirigí al salón y, mientras sorbía el brebaje, contemplé la inmensa oscuridad exterior. Estaba iluminada por la nieve, y todavía podía oír la voz de Jenna en mi cabeza hablando con Angela: «Había sangre en la nieve». ¿De qué estaban hablando? Me dio escalofríos solo de pensarlo y volví a preguntarme por enésima vez qué le habría pasado a Danni. Fuera caía la nieve, ligera y delicada como en una postal navideña, pero en su sigiloso silencio iba cubriendo cada vez más terreno, más pistas, y borrando pruebas vitales. Parecía decidida a mantenernos atrapados en aquel lugar, obligándonos a esperar bajo su yugo sin que nos diéramos cuenta siquiera.

Sentí que una lágrima se deslizaba por mi rostro al pensar de nuevo en Nick; en la forma en que me hizo el amor la primera vez, suave, cariñoso, consiguiendo que recuperara la vida y la esperanza. Devoré con avidez sus promesas susurradas de amaneceres infinitos. Recordaba estar tumbada después de amarnos, abrazando un futuro sin Scott y atreviéndome a pensar que había alguien para mí ahí fuera. Me compraba flores y me escribía poemas. Su amor era como una droga: cuanto más me daba, más adicta me volvía. Era justo lo que había estado buscando, el antídoto contra la traición, un

ungüento para cerrar una herida abierta.

A medida que pasaba el tiempo, el cielo palidecía cada vez más; la luz del día se arrastraba sobre una oscuridad que se negaba a retroceder, dando paso a las sombras. Y de repente, de entre esas sombras, algo parpadeó a través de la ventana. ¿Había algo o alguien allí? Volví a escuchar aquel titular en mi cabeza: «¿Hay un asesino suelto en Kynance Cove?».

Pensé que se me iba a parar el corazón. Dejé la taza antes de que se me cayera y comencé a buscar un arma desesperadamente. En la penumbra de la habitación vislumbré una botella de vino en un estante. Me aparté de la ventana para cogerla y volví con cautela, intentando ver más allá del cristal oscurecido. Vi mi propio reflejo, mi cara mirándome, pero también vi que los brazos de ese reflejo se movían. Pero todas mis extremidades permanecían estáticas. En ese momento la cara se acercó aún más, no era más que una silueta sombría entre movimientos furiosos. El pánico se apoderó de mí y empecé a gritar tanto como fui capaz, hasta que Sam entró corriendo en la habitación, seguido de cerca por Georgia.

—Mamá, ¿qué ha pasado? —Ambos estaban aterrorizados. Georgia me rodeó con el brazo mientras les contaba lo que había visto. Sam se acercó a la ventana, apretando la cara contra el cristal.

—No veo a nadie —dijo, y luego se dirigió hacia la puerta.

—¿A dónde vas, Sam? —pregunté.

—Afuera, a ver si sigue ahí.

—No, por favor —gimoteó Georgia.

—No vas a salir —ordené mientras lo agarraba del brazo—. No sabemos quién anda ahí fuera. Podría ser algún psicópata. Le va a dar igual quién seas; te atacará y punto. Además, ya oíste lo que dijo la policía: quédate dentro. —Me planté delante de la puerta, impidiéndole el paso. No iba a permitir que mi hijo saliera a la penumbra—. Si hay alguien ahí fuera, sabrá tan bien como nosotros que la policía no puede llegar hasta aquí.

—Mamá, si lo veo, lo asustaré para que se vaya.

—No, *de eso nada*. *Él* no tiene miedo, *¡pero nosotros* sí! Solo nos tenemos los unos a los otros y no podemos contra un asesino. Podría colarse en la cabaña en cuanto abras la puerta... —Antes de

que pudiera terminar la frase, escuchamos un ruido proveniente de la cocina.

—Dios, está intentando entrar por la puerta de atrás —susurré. No había caído en la cuenta hasta entonces. Por suerte, aún tenía la botella de vino en la mano, así que les enseñé mi arma a los chicos y les ordené que se quedaran en el salón mientras yo iba a ver qué era ese ruido. Como era de esperar, no estuvieron dispuestos a dejarme sola, así que los tres avanzamos sigilosamente hasta la cocina, donde parecía que alguien trataba abrir la puerta trasera. Nos detuvimos en el otro extremo de la cocina. Desde esa distancia solo pudimos ver una sombra empeñada en abrir el picaporte. Las luces del *jacuzzi* brillaban en el exterior, pálidas y fantasmales, convirtiendo la figura de la puerta en una silueta oscura.

—Enciende la luz —susurré.

—No sé dónde está el interruptor. —La voz de Sam era puro pánico. Oí gimotear a Georgia y, presa del miedo, tampoco fui capaz de recordar dónde estaba el interruptor.

—¡Hemos llamado a la policía! —grité—. Tenemos un arma y la usaremos como no te largues. —Blandí la botella de vino en el aire.

De repente, la persona al otro lado de la puerta empezó a gritar, y todos retrocedimos aterrados.

—¡Venga, no me jodas! —exclamó Sam.

—¿Qué? —Apenas podía hablar.

Empezó a caminar hacia la puerta y, recordando dónde estaban las llaves, la abrió.

—¡No, Sam! —grité mientras giraba la llave.

—¡Es papá! —dijo. Scott casi se cae de bruces.

—¿Qué está pasando? —preguntó Scott.

—Eso mismo deberíamos preguntarte nosotros, nos has dado un susto de muerte —jadeé. Todo mi cuerpo palpitaba de alivio y miedo.

—No he echado la llave para poder entrar de nuevo.

—Pues no deberías haberlo hecho, nos has puesto a todos en peligro. La policía nos dijo que mantuviéramos las puertas cerradas —espeté. Los chicos suspiraban aliviados—. ¿Qué diablos estabas haciendo ahí fuera?

Antes de que pudiera contestar, Angela apareció en bata, visiblemente sorprendida al vernos reunidos en la cocina.

—Me ha parecido oír algo y he pensado que sería mejor venir a comprobar qué ocurría —dijo, mirándonos a todos.

—Scott había salido, pensamos que era... —No quise asustar a Angela contándole quién creíamos que era, así que me callé.

—Es que... necesitaba respuestas —dijo.

—¿Saliendo tú solo y dejando la puerta abierta? No solo te has puesto en peligro a ti mismo, ¡sino a todos los demás! —Mientras hablaba, volví a darme cuenta de que había antepuesto a Danni al resto d*el mundo*, incluso a sus propios hijos. Ya lo había hecho antes y lo volvería a hacer. Jamás renunciaría a ella.

—He intentado recrear sus últimos movimientos —dijo—. Buscaba pistas para averiguar qué había pasado, para encontrarla. —Estaba de pie, a oscuras, apoyado en el armario de la cocina como si estuviera a punto de caerse, con voz compungida y entrecortada.

—Ánimo, papá —dijo Georgia, rodeándole la cintura con el brazo y apoyando la cabeza en su pecho.

Al verlos abrazarse, me sentí culpable por haberme enfadado. En mi mente tenía sentido que Scott quisiera volver tras los pasos de Danni. Quizá solo quería volver a estar cerca de ella, sentirse junto a ella y junto a su bebé.

—Estás empapado, papá —dijo Georgia—. Ven a calentarte al lado del fuego. —Sam encendió la luz de la cocina para poder ver por dónde caminaba.

Scott estaba hecho un desastre, con el pelo revuelto y la chaqueta tan calada que parecía que hubiera estado revolcándose por la nieve. Todo aquello le había destrozado.

Angela y yo los seguimos hasta el salón, encendimos las luces y atizamos el fuego mientras los chicos lo ayudaban a deshacerse de la chaqueta y las botas mojadas para que tomara asiento. Angela fue a preparar té y nosotros nos sentamos junto a él, diciéndole que todo iba a salir bien.

—No saldrá bien, no puedo con esto —balbuceó.

—Sí que puedes, papá —insistió Sam—. Necesitamos que seas fuerte.

—Sí, papá, te necesitamos, como siempre; siempre has estado ahí para nosotros. ¿Qué haríamos sin ti?

Sentí un orgullo intenso al escuchar a mis hijos; cómo lo consolaban y animaban, igual que él siempre había hecho con ellos. Ese cambio de papeles fue tan conmovedor que no pude contener las lágrimas. Alargué la mano y le toqué el brazo a Scott. Estaba a punto de ofrecerle mis propias palabras de consuelo cuando lo vi. Había algo rojo en el puño de su jersey de lana. Sentí que una descarga eléctrica me recorría el cuerpo y me oprimía el pecho. *Era sangre*.

Me quedé sentada unos minutos intentando asimilarlo, con la mente en blanco. No sabía qué hacer ni qué decir. ¿Y si no era nada y estaba sacando conclusiones precipitadas? ¿Debía mencionar el tema delante de los chicos? ¿Sería mejor dejarlo por ahora y comentarlo con Scott en privado más tarde? Momentos después, mientras los chicos seguían atendiéndolo y Angela traía una bandeja con té, fui incapaz de contenerme y me oí a mí misma preguntar:

—¿Qué es esa mancha del puño?

Scott miró hacia donde yo señalaba y los chicos siguieron nuestras miradas. Se hizo el silencio y al instante me arrepentí de haber preguntado. Los chicos estaban atónitos. Ambos palidecieron, y me odié por hacerles pasar por eso, pero estaba claro que no era la única que tenía miedo.

—Em... Pues... —Miraba fijamente la mancha, como si al observarla el tiempo suficiente pudiera hacerla desaparecer y convencernos de que nunca había existido. Pero, cuanto más la mirábamos, más nítido se hacía el escarlata sobre la pálida lana. Mientras él se esforzaba por encontrar un motivo, yo me sentía enferma. Recé por que diera con una explicación plausible: kétchup, tinta roja..., algo, *lo que fuera*.

—Me habré cortado afeitándome —dijo por fin, encogiéndose de hombros.

Sabía cuándo Scott no decía la verdad, me había contado suficientes mentiras durante nuestro matrimonio como para aprender a reconocerlas. Siempre le había dado el beneplácito de la duda; incluso cuando se veía con Danni, lo creí cuando me dijo que

no había nadie más. Pero la forma en que negaba su existencia me hizo cerciorarme de que estaba en lo cierto. Cuando lo eché de casa y pedí el divorcio, se fue corriendo directo a sus brazos. Y aquella mañana, justo cuando el sol empezaba a alzarse dando comienzo a otro día en el infierno, volví a sentir lo mismo cuando lo miré y pensé: «*Mentiroso*».

VEINTICUATRO

FIONA

En apariencia, todos aceptamos la explicación de Scott sobre la mancha de sangre y nos olvidamos del tema, pero yo sabía que estaba mintiendo. Y eso me aterrorizaba. La policía nos había advertido de la presencia de un posible un asesino en la zona y, desoyendo sus consejos, mi exmarido había salido a pasear de madrugada y había regresado con sangre en una manga. Era mucho que asimilar, y me costó concentrarme en cualquier cosa después de aquello.

Más tarde, cuando Scott se acostó un rato, Angela expresó los mismos temores y dudas que nos carcomían a todos.

—No entiendo qué le ha llevado a salir ahí fuera esta mañana. Hacía un frío que pelaba y, encima, podría haber un asesino al acecho —anunció dramáticamente.

—Tiene la mente nublada por la preocupación, Angela. Todos hacemos cosas extrañas cuando estamos en ese estado. —Jenna sonrió con pesar mientras le frotaba el brazo a la anciana.

—Fue una estupidez —espeté—. Se puso a sí mismo en peligro, y a todos los demás. —Pero, mientras lo decía, no podía pensar en otra cosa que en la mancha de sangre. Aquella imagen ocupaba toda mi mente.

—Cálmate, mamá. No le ha pasado nada a nadie. Papá es así, hace ese tipo de cosas. Se cree que es el amo del universo y que no puede pasarle nada malo. —Sam, como siempre, estaba más que dispuesto a defender a su padre, a su héroe. Crucé los dedos y recé por que Scott no defraudara a su hijo otra vez.

Parecíamos muertos vivientes, cansados y asustados. Un tiempo después, Angela le pidió a Jenna que preparara algo de desayunar para todos. No le hizo mucha gracia recibir esa orden, pero sonrió con los dientes apretados y desapareció en la cocina durante un buen rato. Finalmente volvió, aunque sin los pasteles y cruasanes de

los primeros días, los mismos que tanto había insistido en amasar y hornear ella misma.

—No me ha parecido adecuado comer cruasanes con mermelada con todo lo que ha pasado —anunció, poniendo un montón de sándwiches de beicon en el centro de la mesa. Dudaba que la adecuación tuviese algo que ver; la verdadera razón era que, a medida que pasaban los días, se le iba acabando su comida francesa falsa, y a ese paso terminaría considerando que cualquier plato sería inadecuado si permanecíamos allí más tiempo y sus reservas de precocinados seguían mermando. Y, en cuanto a los cruasanes frescos «artesanales», cualquier capa de mantequilla caliente sobre la fina masa se había agregado en una fábrica hacía tiempo. Mi marido no era el único mentiroso en aquella cabaña.

Después del desayuno recibimos una llamada de la inspectora jefe Freeman, que nos informó de que había «incautado» un vehículo 4x4 con el que debería poder avanzar entre la nieve.

—Hemos iniciado una búsqueda y contamos con equipamiento con el que podemos llegar hasta la bahía —dijo—. La nieve es algo más ligera ahora, así que intentaremos llegar hasta la cabaña. Les llamaremos cuando estemos allí para que sepan que somos nosotros y que pueden abrir la puerta sin preocupaciones.

Dos horas más tarde, una vez nos hubo llamado para avisarnos de que habían llegado, Freeman y un par de sus hombres se personaron en la puerta. Contuve la respiración cuando Sam se dirigió a la puerta para dejarles entrar.

—Hemos tardado diez veces más en llegar, no estamos acostumbrados a este clima —bromeó mientras se sacudía la nieve de las botas en el porche. Nos había pedido que estuviéramos todos presentes, ya que quería ponernos al día, pero creo que en el fondo sabíamos que había venido por otro motivo.

—¿Hay noticias de Danni? —preguntó Scott con urgencia tan pronto como Freeman entró en la cabaña.

—Lo siento, señor Wilson, aún nada. Los forenses siguen trabajando en la zona en la que creemos que puede haber estado. Solo espero que, si la encontramos, podamos traer una ambulancia. El tiempo está causando todo tipo de problemas. —Se agachó para

desatarse las botas—. Hay escasez de personal y de ambulancias, el Servicio Nacional de Salud se está desangrando poco a poco y todas las camas están ocupadas por algún pobre desgraciado con gripe —añadió sin rodeos, quitándose las botas nevadas, que colocó ordenadamente junto a la puerta.

—¿Han encontrado ya al conductor? —preguntó Angela, sentada en el borde de su asiento y retorciendo un pañuelo entre los dedos. No era la pregunta que cabría esperar dado que Danni seguía desaparecida, pero a la pobre Angela le costaba darle sentido a todo.

Freeman negó con la cabeza.

—De momento, no; pero ya que lo menciona... —Se irguió y, caminando por la habitación, dijo—: Déjenme preguntarles de nuevo si alguien vio algo el viernes por la noche.

—Creo que ya se lo dije, pero casi me saca de la carretera un coche lleno de jóvenes —ofrecí.

—Sí, consta en la declaración, pero los únicos jóvenes que hemos podido localizar se encuentran en una cabaña cercana. Son solo dos y dicen que no salieron del alojamiento ese día. Esto ha sido corroborado por sus parejas, que también se hospedan en la cabaña.

—Pues quien fuera iba lo bastante rápido como para casi sacar a mi madre de la carretera. Si no fueron esos tipos en concreto, ¿por qué no siguen buscando? —intervino Sam con agresividad.

Sentí un escalofrío.

—Seguimos buscando y, hasta que encontremos al culpable, todo el mundo está bajo sospecha, señor —dijo Freeman lentamente, sopesándolo con la mirada.

—¿Y qué pasa con Danni? ¿Puede decirnos algo? —preguntó Scott. Solo estaba interesado en el atropello en tanto que pudiera estar relacionado con la desaparición de Danni.

—Esa es la razón principal por la que estamos aquí, señor Wilson —respondió—. Todavía no hemos descartado una conexión entre los dos incidentes. Hemos interrogado a los huéspedes de las otras cabañas, y todos pueden confirmar dónde se encontraban en torno a la hora del accidente...

—Ya, y nosotros también —le recordó Scott con un ligero deje de indignación en la voz.

—Sí, por supuesto. Solo que es un poco difícil determinar los tiempos y paraderos en relación con el atropello, ya que todos ustedes se estaban desplazando en aquel momento, la mayoría solos. Y lo mismo pasa con la desaparición de su esposa: cuando se marchó, todos dormían separados.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Georgia, desconcertada.

—Nadie puede corroborar que estuvieran ustedes durmiendo en sus camas.

Esperé a que Angela mencionara que había visto a Danni esa mañana, pero no lo hizo.

—Mire, inspectora jefe Freeman, no quiero ser grosero, pero en mi opinión está usted perdiendo un tiempo muy valioso —dijo Scott—. Ninguno de los presentes haría daño a Danni.

Freeman respiró hondo, mostrando una expresión indescifrable que me sugirió que tal vez no se creyera aquello. Yo, desde luego, no lo haría.

—Le aseguro, señor Wilson, que perder el tiempo no está en nuestros planes —añadió con una pizca de sarcasmo en su voz—. Estamos preocupados por su mujer: está embarazada y no conoce la zona, por lo que corre un riesgo considerable, dadas las condiciones meteorológicas y el terreno. Tenemos helicópteros buscándola, además de parte de nuestro equipo, pero la nieve está dificultando mucho la búsqueda. Por eso he venido a hablar con sus familiares, con la esperanza de que podamos abordar su desaparición desde todos los ángulos.

Todos sabíamos lo que eso significaba: pensaban que alguno —o varios— de nosotros podría saber más de lo que decía. Iban a interrogarnos esperando que alguien cometiera un desliz.

—Así pues, nos gustaría tomarles declaración a todos —anunció.

—¿Declaración? —dijo Angela como si nunca hubiera oído esa palabra antes.

—Sí, eso implica hablar con todos ustedes de forma individual y en privado. Normalmente se haría en comisaría, pero no es posible en este momento. Esperábamos que, para hoy, el tiempo hubiera

mejorado y pudiéramos tomarles declaración allí, pero hemos tardado más de dos horas en llegar hasta aquí en un vehículo policial acondicionado. Sin sus declaraciones, no podremos avanzar más en la investigación; necesitamos concretar horas, fechas y hechos por escrito. Así que nos gustaría interrogarlos a todos por separado, en un espacio privado. Grabaremos todas las declaraciones y habrá dos agentes presentes que lo revisarán todo.

Todos nos vinimos abajo visiblemente. Como si las cosas no fueran lo bastante mal, ahora también contábamos con la grata compañía de tres agentes de policía. Iba a ser un día largo. Scott y Jenna se pusieron manos a la obra para facilitar a la policía una suerte de sala de interrogatorios; el resto nos miramos unos a otros, incapaces de ocultar el terror que sentíamos.

Tras deliberarlo, se eligió la habitación de Scott y Danni para llevar a cabo los interrogatorios. Disponía de un escritorio, una silla y espacio suficiente para acomodar el equipo de grabación y a tres miembros de la policía de Cornualles, además de al interrogado.

—Cómo mola, parece que estamos en un *true crime*—dijo Sam con un brillo en los ojos.

Georgia puso los ojos en blanco.

—Si crees que esto mola, es que necesitas ir al psicólogo —murmuró, malhumorada.

—No tardarán mucho —intentó tranquilizarlos Angela—. Una vez hubo un robo en el club de arte. La policía nos interrogó y terminaron en cuestión de minutos.

—Aquello no tiene nada que ver con esto, mamá —dijo Scott mientras entraba en el salón, seguido de cerca por Jenna, tras haber ayudado a la policía a instalarse.

—Ya, jolines, no digo que sea así. Solo nos preguntaron por el material y quién tenía acceso al armario del almacén.

—Creo que lo de hoy va a ser muy diferente —dijo Jenna emulando el aire pedante de Scott, apoyándose en la pared junto a él. Ambos permanecían en un extremo de la habitación.

—Bueno, tú sabrás cómo va esto, Jenna, de cuando robaron en la cafetería... —dijo Angela.

Instintivamente, Jenna se apartó de la pared, como si estuviera

lista para echar a correr.

—Es verdad, pero aquello no fue nada. —No miró a Angela mientras lo decía.

—Escuché que robaron un montón de dinero de la caja.

—¿En serio? No lo sabía. —Jenna sonrió, pero sus ojos reflejaban otra cosa. No quería seguir indagando en aquel tema.

—Todos tuvisteis que declarar ante la policía, ¿no? —insistió Angela, decidida. Me preguntaba si de verdad no captaba la incomodidad de Jenna.

—Sí, creo que sí.

—Pues se llevaron bastante dinero. Mi amigo Fran, el dueño, estaba destrozado. No tienen demasiados beneficios. Solo venden bocadillos y café. —Se dirigió a todos nosotros.

—Anda, ahora que lo dices, les prometí a los policías que les iba a llevar un café, así que será mejor que me ponga a ello —comentó Jenna, y se fue hacia la cocina, seguida rápidamente por Scott.

Miré a Georgia y a Sam, y me intrigó saber qué conclusiones habrían sacado de todo aquello.

De repente, se abrió la puerta de la habitación al final del pequeño pasillo y un agente asomó la cabeza.

—Vamos a empezar con los interrogatorios, iremos lo más rápido posible e intentaremos no retenerlos demasiado tiempo. ¿Podrían esperar aquí? Y les pediríamos que no comentaran lo que han declarado ni lo que van a declarar —dijo.

Yo era consciente, al igual que mis hijos, de que en aquel instante Scott y Jenna estaban haciendo precisamente eso en la cocina.

—Angela, ¿podríamos hablar con usted primero? —preguntó, leyendo su nombre de una lista.

La pobre Angela parecía a punto de llorar. No debería haber tenido que pasar por algo así en su estado. También me preguntaba hasta qué punto sería útil su declaración; su mente estaba lúcida un minuto y nublada al siguiente. Pero se levantó, todavía con el pañuelo retorcido en la mano, y en su arrebato casi se tropieza con su bolso. Me puse en pie de un salto, pero Sam llegó antes.

—Cuidado, abuela. —Sam la agarró del brazo.

Ella sonrió y le acarició la cara mientras él levantaba el brazo para

sostenerla.

—Eres un chico muy bueno, Sam —dijo, entrelazando su brazo con el de él.

Sam la escoltó por el pasillo hasta la habitación de Scott y Danni, donde esperaba la policía. Volvió segundos después, enarcando las cejas mientras se sentaba.

—¿Está bien? —le pregunté.

—Creo que sí. Lo que pasa es que no entiende por qué la va a interrogar una inspectora en el dormitorio de papá; aunque, claro, yo tampoco.

Asentí, aquello era ridículo. Habían traído equipos de audio, transmisores y hasta un técnico especializado. No sabía qué tenía de malo esperar a que mejorara el tiempo y pudiéramos ir a comisaría, pero parecía que había cierta urgencia, lo cual me molestaba.

Angela fue «liberada» más de una hora después, y nos informó de que le habían tomado muestras de ADN, lo cual fue una sorpresa. Scott apeló a Freeman, quien le explicó que, si no se presentaban cargos, se eliminaría la información.

—Estoy preocupado —dijo Scott—. No quiero tener antecedentes policiales.

—Ni nosotros tampoco —traté de reconfortarle. Pero, a pesar de las palabras tranquilizadoras de Freeman, me sentí violenta cuando me tomaron las huellas dactilares y me hicieron un frotis bucal.

La toma de declaraciones continuó durante toda la tarde y, a fin de calmar un poco los nervios, me dije a mí misma que era como una entrevista de trabajo. Desde luego me sentía como en una. Los «candidatos» eran llamados uno a uno para luego volver en silencio, incapaces de insinuar siquiera lo que se había dicho dentro de la sala. Después de los chicos, hicieron pasar a Scott. Me pregunté si el orden era relevante y, de ser así, por qué no habrían entrevistado a Scott en primer o último lugar. Dicen que el marido o la mujer son siempre los principales sospechosos en una investigación de desaparición o asesinato conyugal. No creía que Scott le hubiera hecho nada a Danni, pero, de entre todos nosotros, era el principal sospechoso. Deseaba saber lo que les había contado sobre *nuestra* relación, porque no quería contar una historia diferente. Tampoco

quería mentir en ningún caso, ya que eso podría inculparme si su versión difería de la mía.

Scott pasó dentro mucho tiempo y, cuando por fin salió, había envejecido diez años. Me sentí fatal. Había llegado mi turno y, puesto que mi relación con la desaparecida se basaba en el rencor y la aversión, mi falta de entusiasmo era patente. Tras el interrogatorio de Scott, el agente de policía recorrió el pasillo con su lista.

—Gracias por su cooperación, ya casi estamos —dijo—. Solo nos quedan dos interrogatorios. Jenna, ¿podría venir conmigo, por favor?

Parecía sorprendida.

—No soy de la familia, apenas conozco a Danni —mintió.

—Pero estaba usted aquí cuando desapareció, ¿verdad?

—Sí. —Se encogió de hombros, irritada. Me sorprendió su reacción. ¿Acaso pensaba que la policía no la tenía en su lista de sospechosos? Pensé en la historia que Angela me había contado antes sobre el robo en la cafetería donde trabajaba Jenna. ¿Mentía Danni al acusar a Jenna de traficar o era Jenna quien mentía? No estaba segura de a quién creía, y ahora también me inquietaba la forma en que Jenna miraba a Scott. ¿Cómo había estado tan ciega? Lo observaba constantemente cada segundo que él estaba cerca, era como si quisiera lanzarse a sus brazos para no separarse jamás. Me habría encantado ser una mosca y escuchar desde una pared el interrogatorio de Jenna; sin duda, sería el más interesante de todos.

Pero una idea sombría me había estado atenazando durante todo ese calvario: la policía tenía algo contra alguno de nosotros y no se andaba con rodeos. Mi conocimiento sobre los procedimientos policiales era limitado, pero no alcanzaba a comprender por qué se tomaban la molestia de preparar una sala de interrogarnos en la cabaña en lugar de esperar unas veinticuatro horas y hacerlo en comisaría. Llegué a la conclusión de que debían tener información o pruebas confidenciales sobre la desaparición de Danni o el atropello. En ese caso... ¿qué o quién había llevado a la policía hasta la cabaña? ¿Y *quién* era el principal sospechoso?

VEINTICINCO

FIONA

Tuve que esperar más de una hora hasta que Jenna salió de la «sala de interrogatorios de la policía» al final del pasillo. Me pareció una eternidad. Me entraban náuseas cada vez que se abría una puerta o se arrastraba una silla por el suelo de madera. Todas y cada una de esas veces fueron falsas alarmas: alguno de mis hijos entraba en su habitación, Scott movía la cuna por el suelo o alguien emergía de la cocina con otra taza de té o café. La policía nos había dicho que no compartiéramos información sobre los interrogatorios con los demás huéspedes. Por desgracia, Angela seguía las normas a rajatabla y apenas me dirigía la palabra, como una niña a la que le han ordenado que no cuente nada. Sentí curiosidad sobre qué habría dicho de Danni, dada su reciente falta de filtros, aunque dudaba que fueran cumplidos.

Finalmente, tras una hora y cuarenta y cinco minutos, Jenna salió con aspecto derrotado pero desafiante. Se me encogió el corazón. Sabía que Jenna era una superviviente, y si se veía contra las cuerdas, sería capaz de decir lo que fuera para salvarse. Deposité mis esperanzas en no ser una víctima de su desesperación.

Fui la última persona a la que llamaron para interrogar. Cuando el agente dijo mi nombre, pensé que me iba a desmayar. La tensión producida por la espera, los pensamientos y la preocupación constantes me habían agotado por completo. Si unos días antes me hubieran dicho que iba a ser interrogada en la habitación de mi exmarido, no me lo habría creído. A veces, la vida te abofetea la cara sin piedad alguna, y yo había podido comprobarlo de diferentes maneras en los últimos meses y años.

Seguí al agente por el pasillo y entré en la habitación con cautela; todo mi cuerpo temblaba a causa de los nervios. Pero Freeman mostró una sonrisa apacible, e incluso hizo un comentario sobre las hermosas vistas del dormitorio mientras yo entraba, lo que me

ayudó a tranquilizarme un poco.

—Sí, es una vista preciosa —respondí—. Es un paisaje impresionante.

—¿Y esta era la habitación de Scott y Danni? —Parecía estar pidiéndome que lo confirmara.

—Sí, son la única pareja, así que se quedaron la habitación doble. Angela tiene la otra doble.

Miró sus notas.

—Entiendo. Angela ha dicho que usted quería esta habitación, ¿es así?

¡Bum! Esa no me la esperaba.

—No, eso no es del todo... —¿Cómo podía explicarlo sin sonar como una exmujer amargada?—. Angela me la enseñó, y yo supuse que era para mí... —empecé.

—¿Así que la decepcionó?

—No, en absoluto —mentí—. No tuve ningún problema en quedarme una habitación individual, era lo más lógico.

—Ajá. Claro, era lógico para ellos, pero no para usted. —Frunció el ceño—. Quiero decir, el hijo pródigo regresa con su nueva esposa y su bebé, mientras que la ex queda relegada a la habitación infantil de Barbie. Menuda caída en picado, ¿no?

No respondí.

Entonces me miró y sonrió.

—Yo también estoy divorciada. No es fácil pasar de la doble a la individual, ¿verdad?

Me sentí muy incómoda ante eso.

—Estoy bien, para mí no tiene importancia.

Se reclinó en su asiento e hizo una pausa, pensando en cómo lanzar la siguiente frase, supuse.

—Mire, voy a ser honesta con usted: nadie la culparía por guardarle rencor a Danni.

—Bueno, yo no diría que...

—Tranquila, la entiendo —me interrumpió—. Y, por lo que nos ha contado su exsuegra, fue bastante duro. Tuvieron una aventura, se hizo viral, la dejó y se casó con ella.

—No creo que se hiciera... viral. Y él no me dejó: yo lo eché. Pero

nada de eso es relevante ahora, es cosa del pasado.

Miró sus notas.

—Solo hace tres años que se separaron. Apuesto a que fue duro después de diecisiete años casados.

—Sí —pude oír la tensión en mi propia voz y traté de suavizarla—, lo fue. Siempre es triste que un matrimonio se rompa, pero lo he superado. Ambos lo hemos hecho.

—¿De verdad?

Asentí, temiendo que mi voz me delatara.

—Es que su suegra ha dicho que no. —Volvió a mirarme y quise proteger mis ojos de su escrutinio. Tomó aire—. Su suegra, perdón, exsuegra... —añadió, metiendo el dedo en la llaga—, cree que aún siente algo por su exmarido.

Me quedé de piedra. Sabía que Angela no estaba muy centrada, pero ¿qué demonios hacía? ¿No se daba cuenta de que ese tipo de comentarios podían perjudicarme?

—Es el padre de mis hijos y me preocupo por él, pero no hay nada *más* —respondí con firmeza, preguntándome si Scott habría mencionado nuestra reciente aventura. Aquello no nos haría ningún favor a ninguno de los dos, pero, como no nos habían dejado hablar ni antes ni después de los interrogatorios, no tenía ni idea de lo que había dicho. O de lo *que no había* dicho.

—Danni y usted... —retomó el interrogatorio—. He oído que tuvieron ciertas rencillas.

¿También la había informado Angela de mis enfrentamientos con Danni? Tal vez, aunque seguro que Jenna también habría disfrutado contándoselo a Freeman.

—La cosa es que sí, estaba resentida con Danni y también con Scott. Claro que lo estuve en un primer momento. La noticia de su aventura me llegó como un mazazo, y tardé un tiempo en aceptar los enormes cambios que aquello suponía. Tuve que vender la casa familiar. Los chicos se mudaron conmigo y tenían que ir a ver a su padre... y a Danni.

Noté un destello en su rostro; ella comprendía perfectamente lo que sentía por mi sustituta. Freeman era una observadora profesional y yo acababa de delatarme.

—No la culpo por odiarla... —murmuró.

No tenía sentido ocultárselo, podía leerme como a un libro abierto, era su trabajo.

—Mentiría si dijera que me cae bien. No es el caso. Pero no la odio. Si fuera así, nunca habría aceptado venir a este viaje familiar. —Ni siquiera yo terminaba de creerme eso; la única razón por la que había aceptado compartir tiempo con la nueva mujer de mi marido era por Angela.

—Sí —dijo con la duda grabada en el rostro—, pero Angela ha dicho que usted vino solo porque pensaba que estaba enferma... —Miró sus notas—. Ella dijo que podría ser su último cumpleaños, lo que usted interpretó como que podría padecer una enfermedad terminal, ¿es así?

—Sí, así fue, era una conclusión lógica —respondí, intentando que mis palabras no reflejaran mi impaciencia.

Tomó aire bruscamente mientras movía la cabeza para expresar empatía.

—Pedirle a alguien que se meta bajo el mismo techo que su exmarido y su nueva mujer son palabras mayores.

—Sí, tiene razón y, como ya he dicho, me pareció bien. Admito que me sorprendió que Angela nos pidiera algo así a cualquiera de las dos; debió ser tan duro para Danni como para mí. Pero, por respeto y amor a Angela, estaba dispuesta a venir aquí, de la misma manera que también estaba dispuesta a aceptar a Danni y el lugar que ocupa en esta familia —añadí, aunque no era cierto. Quería verla con Scott, observarlos como se observa a los animales en un safari..., y luego destronarla y destruirla, como ella había hecho conmigo.

—Debió ser duro verlos juntos. Y con su nuevo bebé, además —dijo, pasando al siguiente punto—. Y con sus propios hijos también presentes. Georgia y Sam han dicho que no hablaban con usted de los fines de semana que pasaban con su padre porque le molestaba.

Nunca les había dicho eso directamente a mis hijos, pero debía estar implícito, del mismo modo que Georgia no se atrevió a decirme que había acompañado a Danni a probarse su vestido de novia. Me sentí avergonzada y muy culpable por ello, pero no estábamos en

una sesión de terapia, así que no hacía falta entrar en detalles. No sabía muy bien qué decir. ¿Cómo podía salir de ahí sin parecer culpable? Estaba convencida de que Freeman pensaba que yo había arrastrado a Danni al amanecer y la había empujado por el acantilado hacia el mar embravecido, en plan *mujer despechada*.

—Sé lo que puede parecer —dije finalmente—. Soy la esposa agraviada y, por lo tanto, la principal sospechosa, supongo. — Intentaba aplicar la psicología inversa, hacer evidente mi culpabilidad para así parecer inocente. Era una técnica que utilizábamos a veces en el trabajo cuando entrevistábamos a candidatos para un puesto.

Me miró durante un rato, examinándome, sin responder ni reaccionar a lo que acababa de decir. Era buena.

Respiró hondo y entró a matar.

—Su exmarido ha dicho que usted *intimida a* Danni.

Me quedé muerta. ¿No se daban cuenta Scott y Angela de que al decir esas cosas me estaban haciendo parecer culpable? Eso, sumado a la insinuación de mis hijos de que mi odio hacia Danni era tan fuerte que ni siquiera podían mencionarla en mi presencia, hacía ver que yo estaba implicada en su desaparición.

Vale, si todos iban a ser completamente sinceros, yo tenía que hacer lo mismo y decir la verdad, aunque solo fuera para salvarme. No tenía otra opción. Si Scott estaba implicado de algún modo en la desaparición de Danni porque quería volver conmigo, tenía que cubrirme las espaldas. Decirle a la policía que yo intimidaba a su mujer no me dejaba en buen lugar, y si pensaba echarme a los lobos, ¿por qué no iba a hacer yo lo mismo con él?

—Voy a ser completamente honesta con usted, inspectora — empecé—. La posible enfermedad de Angela no fue lo único que trajo aquí este fin de semana.

—Continúe. —Su interés se despertó.

—Hay algo más. —Hice una pausa, pues no sabía cómo decirlo—. Hace poco, Scott y yo hemos... reconectado. Quería pasar tiempo con él, con los chicos y también con Angela —respondí, sin mencionar que también ansiaba dejar atrás Worcestershire y a Nick Cairns, quien había resultado ser alguien muy distinto del hombre

que me había enamorado en nuestra primera cita—. Scott iba a terminar su relación con Danni —continué—. Me dijo que había cometido un error y que quería volver conmigo y los chicos, y yo estaba considerando esa posibilidad muy seriamente. Así que no tengo ninguna razón por la que quisiera deshacerme de ella.

—Entonces, ¿usted y el señor Wilson han vuelto?

—Todavía no. No ha tenido esa conversación con Danni todavía. Iba a hablar con ella después de estas vacaciones, pero, claro, no ha tenido oportunidad, puesto que ha desaparecido.

—Él parece bastante afectado por su desaparición, me ha dado a entender que eran muy felices. —Se reacomodó en su asiento—. No ha mencionado que haya vuelto con usted.

Me encogí de hombros.

—Bueno, ¿por qué iba a hacerlo?

Así que ahora era su palabra contra la mía, y a lo mejor mi versión me había hecho parecer una psicótica. Trataba de salvarme, pero tal vez me acababa de condenar.

—No pretendo ofenderla, pero su exmarido nos ha dicho que Danni está embarazada.

—Sí, lo sé. Fue un error.

—Ah, ¡sí? Parecía bastante emocionado cuando he hablado con él. Ha dicho que están deseando aumentar la familia.

Dios, qué retorcida era esa mujer. Tomaba nota de todo lo que decíamos y lo tergiversaba.

—Me dijo que no fue planeado, eso es todo lo que sé —respondí con desgana.

Me dedicó una mirada dubitativa, como diciendo: «*Eso no es lo que nos ha contado».*

¿Por qué fingía Scott que todo iba bien con Danni, por qué no les había hablado de lo nuestro y por qué decía que Danni me encontraba intimidante? Me estaba haciendo parecer culpable.

—Me sorprende que Scott no les haya hablado de lo nuestro.

—No. No lo ha hecho.

Me miró, esperando a que yo añadiera algo más, hasta que la complaciente que llevo dentro me obligó a hacerlo:

—No íbamos a abandonar a Danni, no queríamos hacerle daño.

—¿El mismo daño que le hicieron a usted? ¿A eso se refiere?

Hice una pausa; no iba a morder el anzuelo.

—Solo quiero que sepa que no tengo ningún móvil. Scott y yo tenemos un plan: volveremos a estar juntos, él compartirá la custodia de los niños con Danni y *ella* podrá volver a trabajar. Es muy ambiciosa, *le vendría bien*... —Sentí que me iba por las ramas.

Freeman no parecía muy convencida, pero no insistió más. Tras eso, me dio la impresión de que tenía prisa por terminar el interrogatorio. Miró el reloj y, para mi alivio, lo dio por concluido antes de que yo pudiera hundirme más en el fango. Pero, justo antes de que pudiera levantarme, dijo:

—Ah, espere. Una cosa más —Puso los codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante—. ¿Nicholas Cairns?

Sus palabras impactaron en mí como un trueno, pero traté de mantener la compostura.

—¿Quién? —respondí, ocultando el temblor de mi voz y poniendo las manos debajo de la mesa para que no pudiera ver cuánto las apretaba.

—La víctima del atropello. Acabamos de publicar sus datos. Vivía en Worcester, no muy lejos de usted. —Lo dijo con naturalidad y luego me miró como si esperara una explicación de por qué vivía cerca de mí.

—Ah, sí, vi en las noticias que la víctima era de Worcestershire... —respondí sin convicción.

—¿Lo conoce?

—No —solté, y luego sonreí torpemente para intentar recuperarme, lo que no hizo sino despertar más su interés.

—Vaya, nadie del grupo lo conoce, y eso que viven todos bastante cerca, a solo unos kilómetros.

Me escrutaba la cara, estaba convencida de que esa mujer podía leer mi alma. Mentirle acerca de conocer a Nick no había sido una buena jugada, pero, si le hubiera dicho la verdad, habría sospechado de mí de inmediato. Además, ya era demasiado tarde, había negado conocer a Nick y tenía que atenerme a eso.

—Primero, tuve que avisar a la familia. Su mujer y sus hijos están destrozados —dijo.

Me sentí como si me hubieran disparado en la cara. No me inmuté, o al menos lo intenté, pero estaba segura de que había palidecido al oír su nombre.

—Vaya... —fue todo lo que pude decir. No tenía *ni idea de* que estaba casado y tenía hijos.

—Me sentí fatal por la esposa —dijo—. Resulta que usaba páginas de citas. Ya sé que no está bien hablar mal de los difuntos... —sacudió la cabeza y me miró directamente—, pero qué cabronazo vicioso, ¿eh?

—Es horrible —logré decir mientras negaba enérgicamente.

—Ya ve, otro buen padre de familia, ¿eh? —Sonrió de forma conspiradora.

Yo quería echar a correr.

Tomó una respiración profunda; yo, por mi parte, aguanté la mía hasta que habló:

—Bueno, eso es todo por ahora. Gracias, señora...

—Fiona, por favor. Llámeme Fiona —solté, aliviada, desesperada por escapar de allí.

Sonrió.

—Gracias por su tiempo, Fiona.

Salí de la habitación con la impresión de que no me iban a dar el puesto de trabajo. De hecho, en mi esfuerzo por ser transparente y sincera, había hablado más de la cuenta y le había dado información que ni siquiera me había pedido, implicándome a mí misma en la desaparición de Danni y, de paso, en el atropello. Recorrí el pasillo con las piernas temblorosas, agotada y aterrorizada.

***

Más tarde, cuando la policía se hubo ido, nos sentamos a charlar y, al poco tiempo, ocurrió lo inevitable: nos saltamos las normas y acabamos revelando parte de nuestras declaraciones. Todos nos mostramos cautelosos con respecto a lo que habíamos dicho y solo compartimos algunos fragmentos de los interrogatorios, pero escuchar lo que los demás contaban sobre Freeman, su comportamiento, sus preguntas y comentarios era como encajar las

piezas de un rompecabezas. Y el resultado final me preocupaba.

—La policía cree que uno de nosotros sabe lo que ha pasado —dije, sentándome en el salón con los demás. Era lo que todos pensábamos; yo solo quería decirlo en voz alta. También quería ver sus reacciones, pero *todos* me parecieron sospechosos, incluso mis propios hijos. Para entonces todos estábamos paranoicos e intentábamos convencernos de que ninguno de nosotros estaba implicado en la desaparición de Danni ni en el atropello. Todavía le daba vueltas al hecho de que Nick estuviera casado, y también me inquietaba que la policía encontrara mi perfil en la web de citas en la que lo había conocido.

—Querían saberlo todo, pero no ha sido ninguno de nosotros. ¿Acaso no se les mete eso en la cabeza? —Georgia sonaba estresada, al borde de las lágrimas.

—Me preguntaron por mi tarta de cumpleaños, la que hizo Danni —dijo Angela.

—¿Qué dijeron? —pregunté.

—Querían saber quién la destrozó. Les dije que creía que habías sido tú, Fiona.

Sabía que estaba confusa, pero...

—¿Por qué les dijiste eso, Angela? Sabes que no es verdad.

Se giró hacia Scott.

—Creo que fue Scott quien me lo dijo.

Esperaba que Scott lo negara, pero, en lugar de eso, balbuceó y se sonrojó.

—Scott, ¿eso es cierto?

—Pues... Danni me dijo que pensaba que habías sido tú. Tampoco se la puede culpar por ello; tú siempre preparabas la tarta de mamá y ella pensó que podrías estar celosa por que hubiera usurpado tu puesto.

—¡Santo Dios! La puta tarta no fue lo único que hizo para usurparme —escupí, furiosa—. ¿Y le contasteis eso a la policía? —Miré a Angela y a Scott. Sus reacciones me dijeron todo lo que necesitaba saber.

—*A mí* también me preguntaron por la tarta y les dije que seguramente habías sido tú —comentó Jenna, como si me estuviera

haciendo un favor. Se estaban comportando de forma ingenua y desconsiderada al contarle esas cosas a la policía... ¿o estaba pasando algo más?

—¿Por qué les dijiste eso, Jenna? —pregunté, ansiosa por saber qué demonios ocurría.

—Es lo que pienso. ¿Quién habría hecho eso si no?

—Tú, por ejemplo —arremetí contra ella infantilmente.

—Pues no fui yo. —Jenna se encogió de hombros ante eso. ¿Era una bravuconería para ocultar su nerviosismo?

—¡Y yo tampoco!

—Lo siento, Fiona, pero tenía que decirles la verdad, sobre todo cuando me preguntaron por tu relación con Danni —añadió.

Me dio un vuelco el estómago. Esa niñata no entendía nada de nuestra relación, *no* sabía *nada* sobre mí ni sobre la situación que vivía y, sin embargo, la muy estúpida me estaba inculpando ante la policía. ¿Y por qué iba a por mí de repente? ¿También estaba tratando de edulcorar su relación con Danni, como hacía Scott? Por desgracia, Freeman no me había preguntado nada sobre Jenna. Ojalá lo hubiera hecho, porque Jenna parecía mucho más culpable que nadie. En mi opinión, tenía *múltiples* razones para querer que Danni desapareciera.

Pero lo que de verdad me dolió fue que ella no había sido la única que me había acusado ante la policía. Scott había ocultado que estábamos juntos de nuevo; Angela le había dicho que yo accedí a ir a la cabaña solo porque pensé que ella estaba enferma. Incluso mis hijos le contaron que no compartían conmigo cosas sobre Danni porque me molestaba. Todo aquello era cierto, pero, dadas las circunstancias, cada pequeño detalle podía ser una condena.

Todos tenían tanto pavor de parecer culpables que cambiaban constantemente el foco de atención... y siempre volvía a mí. Eso era lo que ocurría cuando la gente intentaba salvarse a sí misma: acababa por traicionar a los demás. Nos habíamos vuelto unos contra otros. Pero, al parecer, yo era la única persona a la que *todos* habían implicado en la desaparición de Danni.

Eché un vistazo a la habitación mientras tomaba un sorbo de café. El hecho de que todos me hubieran culpado como si nada me hizo

pensar que alguien en aquella sala sabía más de lo que decía. Tras aquellos interrogatorios, la policía se haría una idea de lo que había pasado y, ya fuera acertada o no, la red estaba a punto de cernirse sobre alguien. Y mi mayor miedo era que ese alguien fuera yo.

VEINTISÉIS

FIONA

Angela fue la primera en irse a la cama la noche de los interrogatorios. Pensé que quizá el brandi la había agotado, pero, cuando se acostó, Scott me dedicó una mirada de preocupación.

—¿Tu madre está bien? —le pregunté. Quería decirle muchas cosas, preguntarle por sus verdaderos sentimientos hacia Danni, hablar de los chicos y que se sincerara sobre su «amistad» con Jenna. También quería preguntarle por el atropello y si conocía a Nick Cairns, pero no podía. Ambos nos ocultábamos secretos, y ahora no era el momento de abrirnos. Scott estaba angustiado por la desaparición de Danni, y Angela nos estaba dando a los dos motivos de preocupación; no podía pensar con claridad con todo lo que estaba pasando. No, ahora no era el momento de abrirse.

Jenna y los niños se fueron al *jacuzzi* y, aunque ya eran lo bastante mayores como para cuidarse solos, yo los observaba desde la distancia. Dadas las circunstancias, no me parecía bien que pasaran tiempo fuera solos, sobre todo cerca de Jenna. Además, me pareció que la amistad de los chicos con ella se había enfriado, lo que me hacía sentir aún más curiosidad por saber por qué pasaban tiempo con ella.

—Estoy preocupado por mamá —dijo Scott—. Lo que le ha pasado a Danni la ha trastornado mucho. Se culpa por habernos traído aquí. Me resulta difícil mirar a Olivia sin sentirme culpable.

—¿Por qué?

Se detuvo por un momento, conteniendo las lágrimas.

—Porque, si las cosas hubieran sido diferentes, habríamos dormido en la misma habitación la otra noche. Incluso si hubiera decidido ir a pasear al amanecer, o lo que fuera, yo podría haberle pedido que no lo hiciera.

—Todos echamos la vista atrás y nos preguntamos si las cosas podrían haber sido de otra forma. Yo no fui especialmente amable

con ella —dije, con sentimientos encontrados. Estaba preocupada por Danni, pero me dolía que Scott hubiera desechado por completo lo que había pasado entre nosotros. ¿Todo aquello había caído en el olvido ahora que Danni no estaba?

—Creo que se sentía sola, sobre todo cuando Jenna y tú os hicisteis amigas.

Eso me sorprendió.

—No considero a Jenna una amiga.

—Creo que Danni pensó que sí. Decía que hablabais de ella a sus espaldas.

—Eso no es cierto, era solo su paranoia. —Sentí un pinchazo de rabia al recordar su papel de víctima—. Me está empezando a cabrear que se utilice el dolor de Danni para ponerme en el punto de mira. La felicidad de Danni no es responsabilidad mía, ni la falta de ella. Dices que se sentía insegura y paranoica porque la gente hablaba de ella, ¡pero a lo mejor eso estaba más conectado con tu relación con Jenna que con la mía! Imagino que le habrás contado a la policía esa teoría de Danni de que yo me confabulé con Jenna —dije bruscamente.

Parecía confuso.

—Le dije la verdad a la policía, nada más, Fiona. Le conté... todo.

—¡No le hablaste de nosotros!

—No, no lo hice porque no creo que sea relevante para la investigación.

—Solo le dijiste tu supuesta verdad cuando hacía que otra persona pareciera culpable. Pero ¿qué pasa con la verdad que te incrimina a ti? Como el hecho de que estuvieras casado con ella y tuvieras una aventura conmigo; o que salieras de madrugada a buscarla y volvieses con sangre en el jersey.

Hizo una pausa.

—Mira, hay cosas que no sabes, cosas incluso peores que el que me encuentren culpable de herir a Danni.

Eso me tomó por sorpresa.

—¿Como qué?

—Nada, nada... No debería haber dicho nada.

—Lo siento, Scott, no puedes cambiar de opinión. Di lo que ibas a

decir...

Respiró hondo.

—La noche antes de que Danni se fuera, me amenazó con dejarme y llevarse a Olivia.

—Anda. —No me sorprendió del todo. Danni parecía infeliz, pero la amenaza de quitarle a Olivia y a su futuro hijo habría acabado con Scott; tenía sus defectos, pero adoraba a sus retoños, lo eran todo para él.

—También hay algo más —dijo con la voz tan tensa por la emoción que le costó trabajo escupir las palabras—. Esa noche, me dijo que el bebé no era mío.

Me quedé de piedra.

—¿En serio? ¿Sospechabas algo? —dije con voz entrecortada.

Se encogió de hombros.

—Tenía la impresión de que estaba saliendo con alguien. Se había aburrido de estar de baja por maternidad y buscaba algo nuevo. Creo que mi encanto de hombre mayor ya no era suficiente para ella —añadió con tristeza.

Eso explicaba lo que Georgia me había contado sobre la conversación que escuchó, en la que su padre le preguntó a Danni si se había estado viendo con *él*.

—¿Y qué pasó?

—Me dijo que se había encontrado con un antiguo novio, una cosa llevó a la otra y se acostaron juntos... Una sola vez, supuestamente. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Eso fue hace unos tres meses, en un momento en el que ella y yo nos habíamos distanciado. En fin, las matemáticas no fallan. —Lo sentí por él. Aunque, por otra parte, él se había acostado conmigo varias veces en los últimos meses, así que ninguno de los dos era un santo. Sin embargo, esa historia cambiaba un poco el panorama, y entendía por qué le preocupaba que pudiera incriminarlo en la desaparición de Danni.

—¿Y le contaste todo esto a la policía? —le pregunté.

—Sí, aunque me haga parecer la persona más culpable del planeta.

Nos quedamos en silencio unos momentos mientras procesaba eso, y entonces pregunté:

—¿Sabe Jenna lo del bebé o lo de la amenaza de Danni de dejarte?

—¿Jenna? —Parecía genuinamente sorprendido por mi pregunta—. ¿Por qué iba a saberlo ella? Yo no le he dicho nada, desde luego. Solo se lo conté a mamá el día de la desaparición.

—Mmm. ¿Crees que tu madre se lo podría haber dicho a Jenna? Está muy confundida últimamente, puede que le repitiera lo que tú le habías contado.

—Espero que no. No había pensado en eso. Pero ¿qué interés tendría eso para Jenna?

—No sé, Danni no se fiaba de ella. Supongo que una información así podría ser dañina en malas manos, y Jenna parece estar metida en todos los berenjenales. El otro día la oí hablar con tu madre: decía que tenía que ir a la policía, que había visto sangre en la nieve. Creo que tu madre intentaba detenerla.

—¿Qué? —Parecía horrorizado, aunque luego cambió algo el tono —. Como dices, mamá está confundida, probablemente no se enteró de nada.

—No, yo misma escuché la conversación. Tu madre ha estado un poco desubicada últimamente, es cierto, pero yo lo escuché todo a la perfección. Jenna amenazaba con ir a la policía y tu madre le rogaba que no lo hiciera. Incluso le ofreció dinero, Scott.

—Madre mía, está perdiendo la cabeza por completo, ¿no?

—Diría que sí, y no creo que le venga bien estar cerca de Jenna. Además, tengo la sensación de que Jenna está manipulando a tu madre; no sé si es por dinero, por trabajo o, simplemente, para formar parte de una familia. Sé que Danni no confiaba en ella y, cuanto más conozco a Jenna, más comparto su opinión.

Volví a recordar la advertencia de Angela cuando salimos a pasear por la nieve: «No te fíes de ella...». *¿H*ablaba de *Jenna o solo eran las palabras de una anciana aturdida*? ¿Acaso ella también pensaba que Jenna tramaba algo?

—No, Jenna nunca manipularía a mamá, es una buena chica.

—Le gustas —solté la bomba para ver su reacción.

—¿Qué quieres decir? —Parecía nervioso.

—Creo que debes tener cuidado de no darle una impresión equivocada, Scott. Podría malinterpretar tu interés por ella. Me dijo que fuisteis a dar un paseo por la mañana temprano, los dos solos, y

que le enseñaste mucho. También he visto cómo te mira.

El miedo se reflejó en su rostro, y no pude evitar notar que se ruborizaba. ¿Qué era lo que no me estaba contando?

—Te equivocas. Somos amigos, eso es todo. Ella busca orientación, y yo se la doy. Danni tenía sus propios motivos para rechazar a Jenna. No la entendía.

—Estoy empezando a pensar que Danni tenía razón.

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

—Jenna no es quien dice ser, ni lo que dice ser. No cocinó ninguno de aquellos platos, Scott. Encontré los envoltorios: eran comidas precocinadas que se limitó a recalentar. Si ella es chef de Le Cordon Bleu, yo también.

Palideció, y su reacción volvió a incomodarme:

—Seguro que sí... Te estarás equivocando. A lo mejor trajo comida de sobra, por si se nos acababa.

—No, no fue así. Los paquetes vacíos de todas las comidas que nos había «preparado» estaban allí almacenados —le contesté. De nuevo, me sorprendió que la defendiera con tanto ímpetu, así que seguí presionando—: No me fío de ella, Scott. Si nos mintió con las comidas, ¿sobre qué más está mintiendo? —Llegados a aquel punto, ya no me fiaba de nada ni de nadie—. Siento que no puedo confiar en nadie.

—Lo sé —dijo suavemente—, están siendo momentos difíciles para todos. Pero aún puedes confiar en mí. —Y, cuando me rodeó con los brazos, le creí y me dejé llevar por su apretón; echaba de menos el calor y la seguridad del abrazo de mi marido. Guardaba la esperanza de que aquello significara que nuestro amor no se había disipado, que una vez descubriéramos lo que le había ocurrido a Danni, podríamos estar juntos de nuevo. Nos abrazamos durante largo rato hasta que Sam llegó, haciendo que nos separáramos cargados de culpa.

—Pero bueno, idos a un hotel —dijo sonriendo mientras salpicaba agua del *jacuzzi* por todo el suelo.

—Sam —le reprendió Scott por su comentario inapropiado, pero Sam siguió sonriendo como si nada. Se estaba secando el pelo, tan rubio y rizado como cuando era pequeño y yo me envolvía cada uno

de sus rizos alrededor de los dedos para que se durmiera. Me costaba creer que aquel hombre de metro ochenta que se alzaba ante mí fuera la misma persona, radiante, fingiendo sentir náuseas ante el afecto entre sus padres. En el fondo, supe que estaba encantado con aquello.

Justo entonces el vigilabebés empezó a berrear al ritmo de Olivia, y tras darme unas palmaditas cariñosas en la rodilla, Scott se levantó para ir a atenderla.

—¿Dónde están Georgia y Jenna? —le pregunté a Sam, mirando por la ventana y cayendo presa del pánico tan pronto vi que el *jacuzzi* estaba vacío.

—Se han ido a la cama. No te has dado cuenta porque estabas besuqueando a papá.

—Solo nos estábamos consolando —dije con seriedad—. No bromees con eso, es una falta de respeto hacia Danni.

—¡Venga ya! ¿Y no te faltó ella al respeto a ti acostándose con papá estando casados?

Aquello me sorprendió. Nunca había oído a mi hijo hablar en aquellos términos.

—Es agua pasada, no les guardo rencor —repetí la misma mentira de siempre. Quizá algún día llegara a perdonarles el dolor que me habían causado a mí, pero nunca les perdonaría el dolor que les habían causado a mis hijos.

—Entonces, ¿papá y tú os estabais enrollando? —me preguntó, sentándose a mi lado en el sofá.

—Te he dicho que dejes de bromear con eso. No tiene gracia ni es apropiado; la pobre Danni podría estar ahí fuera malherida o... —Me detuve—. ¡Y quítate del sofá, estás empapado! —exclamé.

Sonrió.

—A veces eres demasiado madre.

—Lo siento, la culpa es de mis hijos.

—¿Todavía quieres a papá?

Su pregunta me atravesó como una bala y necesité unos segundos para responderla.

—No estabas aquí hace un momento, ¿no? —le dije. Volvió a sonreír—. ¿Que si quiero a papá? —repetí la pregunta despacio—. Ya

no lo sé —respondí con sinceridad, dándome cuenta de ello en aquel instante.

—Es que todo me parece muy raro.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Bueno, Danni desapareció anteayer, y papá y Jenna se convirtieron de repente en el padre y la madre de la casa, la abuela se está volviendo loca y ahora os encuentro a vosotros así de acaramelados.

—No lo digas así. Papá y yo nos conocemos desde hace mucho. Está sufriendo, cariño.

—Lo sé, esto nos ha afectado a todos.

Asentí con la cabeza.

—Lo ha puesto todo patas arriba. Es la incertidumbre lo que nos mata. ¿Está bien? ¿Está sufriendo? ¿Ha huido sin más o...?

—¿Está muerta? —terminó mi frase.

—Sí, bueno, supongo que si sigue sin aparecer, es algo que tendremos que considerar.

—Sí, no me lo quito de la cabeza. Danni es alguien con quien puedo hablar. Me cae muy bien. —Se le quebró la voz mientras intentaba fingir que no estaba llorando—. ¿Crees que la encontraremos? ¿O más bien que la policía se dará por vencida en algún momento y seguirá con sus cosas? —preguntó, enjugándose rápidamente los ojos con el dorso de las manos.

—¿Quién sabe? Pero tengo mis sospechas.

Eso captó su atención por completo.

—¿Qué? ¿Quién?

—No lo sé, pero lo único que digo es que la persona en la que menos confío es en Jenna.

Reflexionó sobre mis palabras.

—Tiene sentido: ella odiaba a Danni, y se trae un rollito de «niña obediente» muy raro con papá.

Me estremecí ligeramente ante esa expresión.

—No sé yo. Creo que solo lo ve como a su mentor. Conozco a tu padre, no le van esas cosas.

—Mmm. Cuando Jenna trabajaba en el instituto, Georgia decía que siempre estaba en el despacho de papá, y eso sacaba a Danni de

quicio.

—Era su mentor —dije a la defensiva.

—Ya, pero para mí que Jenna se pensaba que era más que eso. Puede ser un poco pegajosa ¿sabes?

—¿En serio?

—Sí, el hermano mayor de un amigo mío salió con ella un par de veces. Al final la dejó porque era demasiado dependiente, y ella empezó a escribir cosas sobre él en Facebook. Le dijo a todo el mundo que estaba embarazada, cuando era mentira.

—Madre mía. Por lo que dices, parece que Jenna tiene bastantes problemas. Ninguno de nosotros puede probar dónde estaba cuando Danni salió la otra mañana. ¿Quién sabe si alguien la siguió o la acompañó? Me imagino a Jenna y a Danni discutiendo hasta que Jenna perdió los papeles.

Enarcó las cejas.

—Puede ser. Pero yo creo que Danni no era feliz y se fue.

—Sí, es posible, pero la policía sigue pensando que hay algo sospechoso en todo esto. Además, oí a Jenna hablar de que vio sangre en la nieve.

—No jodas. ¿Cuándo dijo eso?

—La escuché hablando con la abuela.

—¿Qué cojones?

—No confío en ella.

—Yo tampoco —susurró—. Pero es que no me imagino a nadie haciéndole daño a Danni —dijo.

—Si le ha pasado algo a Danni, no se me ocurre nadie que la odie tanto como para matarla —dije, sin llegar a creérmelo del todo.

Dejó la toalla que sostenía y la cambió por la caja de bombones de menta que le habían regalado a Angela por su cumpleaños. Empezó a comérselos.

—Danni es muy atractiva. Debe resultarte difícil tenerla como madrastra.

Una sonrisa se dibujó lentamente en su rostro.

—Crees que estoy enamorado de Danni o algo así, ¿verdad?

—No, pero... mira, no serías el primer hijo que tiene pensamientos sobre...

—Mamá, pensaba que lo sabías, que solo estabas esperando a que yo te lo dijera.

Me dio un vuelto el corazón.

—¿Danni y tú...? —Contuve el aliento.

—¡No! Es mi madrastra, sería asqueroso. Además, Danni nunca me ha interesado.

—Solo supuse que...

—En serio no tienes ni idea, ¿verdad, mamá?

—¿Ni idea de qué?

—Mamá, soy gay.

No tuve ningún problema con esa noticia, por supuesto, pero eso no quita que me impresionara. Mi hijo, el machote del equipo de *rugby*, el que nos había protegido a mí y a su hermana cuando Scott se fue. El joven que podría llevarse a la chica que quisiera.

—Pero si siempre has estado rodeado de chicas y... —Lo miré—. Entonces, las chicas que te llevabas a tu cuarto... ¿Y la encantadora Kara, con la que siempre estás en la uni? —Me miraba con una media sonrisa—. ¿Solo son amigas?

—Sí. No tengo otro tipo de interés en ellas. He estado con chicas, pero nunca llegué a disfrutarlo. Sentía que lo hacía solo por sentirme uno más del equipo de *rugby*, ¿sabes?

Asentí lentamente.

—Sam, ¿por qué no me lo dijiste? —Me dolía pensar que me lo había ocultado.

—Iba a decírtelo este fin de semana o cuando tuviera la oportunidad. He conocido a un chico en la uni. Estamos juntos, y... me siento bien, ¿sabes?

—Ay, cariño, eso es maravilloso. —Le di un abrazo—. Me siento mal por no haberlo sabido, por no suponerlo siquiera.

—¿Por qué?

—Porque soy tu madre. Las madres deberían saber esas cosas, ¿no? —Sonrió—. ¿Quién más lo sabe? ¿Tu padre?

Sacudió la cabeza.

—Georgia sí, lo notó. Por eso pensaba que tú también.

—Vaya, me alegro mucho de que hayas encontrado lo que buscabas —dije.

—Espero que esto no te enfade..., pero Danni lo sabe.

—Ah.

—Sabía que te molestaría que se lo hubiera dicho a ella antes que a ti.

—No, para nada. Lo prometo.

—Se lo dije la otra noche, cuando estábamos en el *jacuzzi*, y me dijo que lo había sospechado. Pero después de decírselo me quedé en vilo por si se lo contaba a papá. Sé que le parecerá bien, pero quería decírselo en persona y que no se molestara por contárselo a ella primero.

—Lo comprendo. —Y volví a pensar en todos los traumas y el sentimiento de culpa que les habíamos transmitido a nuestros hijos sin darnos cuenta. Nos esforzamos por protegerlos del divorcio, y ellos intentaron no herir nuestros sentimientos, pero, a veces, tenemos que aceptar el dolor para mejorar como padres.

—Así que al día siguiente le hice prometer que no se lo diría a papá —continuó—. Y, mientras hablábamos, ella se pensó que tú nos estabas espiando desde puerta. Me hizo mucha gracia.

—¡Sí, muy gracioso, sobre todo porque no os estaba espiando! —respondí, indignada.

—¡Mamá, eres una mentirosa! —Se rio.

—Vale, puede que escuchara alguna que otra palabra, pero no me enteré de la historia. ¡Fue muy frustrante! —bromeé. Mi hijo me conocía bien. Extendí ambos brazos y lo rodeé con ellos—. Estoy orgullosa de ti, mi vida —dije a aquellos rizos rubios—. ¿Y quién es el afortunado?

—Se llama James y estudia Derecho, como yo. Te encantará, mamá.

—Seguro que sí; pero, si tú lo quieres, es lo único que importa.

Así que la amistad entre Sam y Danni era solo eso, sin encuentros secretos ni comportamientos inapropiados. Las caricias y el afecto de Danni eran solo su manera de ser, y Sam, a diferencia de Georgia, siempre se había sentido cómodo con el contacto físico. Me reconfortaba saber que Sam era feliz, y ahora estaba más tranquila con respecto al comportamiento de Danni hacia él. Parecía que, a fin de cuentas, podía confiarle mis hijos a Danni.

En medio de aquella vorágine de locura, tristeza, sangre y oscuridad, el hecho de que Sam se abriera conmigo supuso un breve respiro de tanto miedo. Lo guardé como oro en paño y lo situé cerca de mi corazón para el resto de mi vida. Mi niño se había hecho un hombre, y yo no podía estar más orgullosa. Y, por primera vez, no sentí resentimiento hacia Danni por su cercanía con Sam; de hecho, su aceptación y su cariño habían ayudado a mi hijo.

VEINTISIETE

FIONA

—¿Mamá? —dijo Sam—. Quiero preguntarte algo.

—Claro. ¿Qué quieres preguntarme?

Jugueteó con los últimos bombones que quedaban en la caja, sujetando uno entre dos dedos.

—¿Conoces al tipo que mataron, el del atropello?

Sentí que se me oprimía el pecho.

—Sí.

—Lo busqué en Google, su foto aparecía en las noticias locales. Nicholas Cairns era el mismo Nick que estabas viendo, ¿no?

Sacudí la cabeza a modo de reacción instintiva, pero sabía que tratar de ocultarlo era inútil.

Respiró hondo, apartó la mirada con frustración y volvió a mirarme a los ojos.

—Mamá, lo conozco. ¿Recuerdas que lo vi una vez que vino a recogerte? He visto su foto, seguro que es él.

No podía hablar; me limité a mirarlo mientras el pánico ascendía por mi garganta.

—Cuando vi las noticias, tuve un presentimiento y salí a ver el coche. Retiré la nieve y vi los daños: el capó y la puerta del conductor estaban abollados...

—Mierda. ¿El coche está dañado? —Estaba en estado de *shock*. En mi intento desesperado por salir de la carretera, llegar a la cabaña y aparcar sin ser vista, no reparé en los posibles daños entre tanta oscuridad. Creo que me empeñé tanto en sacarlo de mi cabeza que ni siquiera me permití pensar en el coche; tan solo lo aparqué y lo dejé ahí fuera.

—No, apenas sufrió daños, excepto el capó, que está abollado. He conseguido quitarlo, casi ni se ve... No ha quedado perfecto, pero tendrías que fijarte muy bien para ver los daños. Esperemos que la policía no se ponga a mirar.

—Gracias —me oí decir, sabiendo que, si la policía me encontraba en la misma web de citas, irían directos a comprobar mi coche.

Dudó un momento.

—Lo que dijeron en las noticias... sobre que el coche dio marcha atrás...

Asentí, reavivando el chirrido de los neumáticos, el golpe contra su cuerpo al retroceder sobre él, una y otra vez. Miré a mi hijo con horror.

—Cuando vi su nombre en internet y me di cuenta de que Nicholas Cairns era el tipo con el que habías estado saliendo...

Exhalé un fuerte suspiro.

—¿Por qué, mamá? Dime qué pasó.

Lo miré durante un largo rato, tratando de decidir qué decir, si es que acaso era capaz de pronunciar alguna palabra. Lo último que quería era contarle a uno de mis hijos el horrible secreto que llevaba días guardando. Pero era como un veneno que me corroía por dentro. Me debatía entre el alivio, la culpa y el autodesprecio. A veces me sentía como si llevara el nombre de Nick Cairns tatuado en la frente y todo el mundo pudiera verlo.

—¿Mamá? Cuéntame lo que pasó. —Mi hijo me observaba, había descubierto mi secreto. Y, fueran cuales fueran las consecuencias, le debía una explicación. Esa vez tenía que contarle la verdad.

***

Nicholas Cairns fue alguien a quien una vez creí amar. Por poco tiempo. Lo conocí a través de una aplicación de citas. Fue un acto de desesperación en toda regla por mi parte: estaba destrozada tras el abrupto fin de mi matrimonio. Había pasado un tiempo. Estaba divorciada y Scott se había casado con Danni, y sabía que era hora de pasar página. Lo que no supe reconocer, ni siquiera a mí misma, era que esa nueva relación con Nick estaba impulsada por mis sentimientos hacia Scott y, en un intento de escapar del dolor, este acabó atrapándome por completo. No hice suficientes preguntas, no escuché con atención. Como Scott tenía una nueva relación, quise hacer lo mismo, como un ojo por ojo, un contraataque para decirle:

«Si tú puedes hacerlo, yo también».

Pero, en el fondo, no llegué a volcarme en la relación. Al principio, Nick parecía el compañero perfecto: me traía rosas, me escribía poesías y me decía lo hermosa que era; pero, tras un tiempo, se marchitó. Le dije que lo nuestro se había acabado y esperaba que cada uno siguiera su camino, pero a un hombre así nunca puedes dejarlo del todo.

Jamás lo olvidaré. Georgia llevaba varios días fuera en una excursión con la clase de Geografía. La había echado mucho de menos y estaba deseando que llegara a casa esa noche. El autobús la dejaría a las ocho de la tarde y había planeado una buena cena para que me contara su viaje con todo lujo de detalles.

Pensé en comprar algo para la cena de bienvenida de Georgia de camino al trabajo. Era verano, hacía calor y empezaba a sentirme feliz de nuevo. Albergaba la estúpida esperanza de que todo iba a ir bien, de que podría estar sola, amar a mis hijos y vivir mi vida. Pero, de repente, me di cuenta de que un coche circulaba despacio a mi lado, y poco después se detuvo. Supe que era él y empecé a acelerar el paso, con la respiración entrecortada y el corazón martilleando.

—Hola, Fiona. Te he llamado, ¿por qué no me has devuelto las llamadas? ¿Dónde has estado?

—En ningún sitio, simplemente creo que es mejor que no mantengamos el contacto. —Le dediqué una sonrisa y seguí mi camino.

—Venga, no seas así. Podemos seguir siendo amigos, ¿no? Sube, te acerco al trabajo.

—Gracias, pero estoy bien, prefiero caminar —le contesté sin mirarlo siquiera. Pero él seguía circulando a mi lado, lo que me intimidó bastante.

—Vamos, Fiona, ni que fuera un desconocido. —Soltó una risita—. Es un trayecto de cinco minutos, solo quiero hablar.

—No, gracias —dije por encima del hombro.

—Deja que me explique, te prometo que no volveré a molestarte. Sé que esto se ha acabado, solo quiero despedirme como es debido. Por favor, Fiona, necesito hacerlo para pasar página.

—Se acabó, Nick. —Me sentía muy culpable, pero tenía que ser firme, pues era consciente de que no debía darle mensajes contradictorios.

—Sí, ya sé que se acabó, pero, si me das cinco minutos, te prometo que te dejaré en paz. Por lo menos podríamos ser amigos, ¿no? No puedo creer que no quieras ni dirigirme la palabra. Ni siquiera quiero que volvamos; he conocido a alguien, es maravillosa.

—Me alegro —respondí, aliviada con la noticia.

—No quiero que me vuelvan a hacer daño, Fiona; solo quiero que me des consejo. No quiero perderla a ella como te perdí a ti. Por favor, necesito que me digas en qué me equivoqué.

Trascurrieron varios minutos más así hasta que pensé: «Estamos a plena luz del día, ¿qué puede hacerme?».

Por tanto, convencida de que así conseguiría ayudarlo a que dejara de ser tan obsesivo con su nueva pareja, y viendo que por fin accedería a dejarme en paz, subí al coche.

Como habíamos estado saliendo unos meses, sabía dónde estaba mi oficina, así que se dirigió hacia allí. No dejaba de hablar mientras avanzábamos, diciendo que me echaba de menos y que siempre tendría un lugar especial en su corazón.

—Lo entiendo, de verdad que sí, y sé que no podemos ser pareja, pero podemos ser amigos, ¿no? —Sacudí la cabeza—. No me refiero a ser mejores amigos. Solo a que, si nos encontramos por la calle, no te cruces de acera para evitarme, porque eso es lo que haces.

—¿Y te piensas que lo hago porque me apetece?

—No, mi comportamiento ha sido inaceptable, y admito que me obsesioné un poco contigo. Pero ahora estoy mejor, he conocido a alguien.

Eso fue como música para mis oídos, y me relajé un poco mientras me hablaba de su nueva novia.

—Llevamos poco, pero sé que es la mujer de mi vida.

Sonreí aliviada y hablamos mientras él conducía. Una ligera llovizna empezó a golpear las ventanillas del coche.

—Menos mal que me has traído, me habría empapado —le dije. Era una conversación trivial, mi forma de darle las gracias.

—Sí. Para llevarte de un sitio a otro y que no se te moje el pelo soy

perfecto, pero para lo demás no soy lo bastante bueno para ti, ¿eh, doña Perfecta?

Pensé que estaba bromeando. Escupió ese comentario de la nada y traté de averiguar por su expresión qué estaba pasando. Pero se limitó a mirar al frente, con las dos manos en el volante. Entonces me di cuenta de que habíamos dejado la oficina atrás.

Se lo señalé con calma, pero él se giró hacia mí y, despacio, me dijo:

—Cierra tu sucia boca.

Sentí que se me caía el alma a los pies. Me había metido en un coche con un psicópata y las puertas estaban cerradas.

—Nick, para el coche y déjame salir —le dije, intentando desesperadamente abrir la puerta, imaginando que podría escapar lanzándome al vacío.

Pero, mientras decía eso, él pisó el acelerador, aumentando el ritmo más y más a medida que nos alejábamos de la ciudad. Le pedí varias veces más que se detuviera, pero cada vez que lo hacía me clavaba la mirada, apartándola de la carretera y pisando el acelerador para ir más rápido. Varios de los coches que venían de frente tuvieron que desviarse para no chocar contra nosotros. Yo grité, lo que pareció escandalizarle y, antes de que me diera cuenta, me cruzó la cara con el dorso de la mano. Chillé de dolor y me agaché cuando su mano volvió para golpearme de nuevo. A partir de ese momento guardé silencio, porque el más mínimo ruido por mi parte resultaría en otra bofetada. Estaba agonizando; me sangraba la nariz e intentaba desesperadamente no llorar mientras buscaba un pañuelo en el bolso. Cuando él se dio cuenta, supuso que estaba buscando mi teléfono, por lo que cogió el bolso y lo tiró al asiento trasero, fuera de mi alcance.

Conducía por caminos rurales y yo estaba tan aterrorizada que no podía ni hablar. Tenía sangre seca por toda la cara y, al mirarme la blusa beis, vi que estaba roja. Al final, detuvo el coche en una solitaria vía rural.

—Ahora... —dijo con una voz que yo creí amable y gentil, pero que dadas las circunstancias sonaba siniestra. Se inclinó hacia mí y yo me estremecí—. Tranquila, no voy a hacerte daño si te portas bien

conmigo... —Su mano, la misma que me había dejado la cara ensangrentada, ahora me acariciaba. ¿Cómo podía una persona ser tan diferente, tan extrema? Bajé la mirada, incapaz de soportar la visión de su rostro, la sensación de su mano en mi mejilla. La sangre había corrido desde mi nariz hasta mi blusa beis, floreciendo en la seda como una rosa roja en plena primavera.

Volví a decirle que tenía que irme.

—Me echarán en falta en el trabajo y, si no aparezco, llamarán a la policía —intenté, incapaz de ocultar el terror en mi voz.

—Qué exagerada —dijo—, siempre te gustó el drama, ¿eh?

Levantó la otra mano para acunarme la cara. Me estremecí cuando me miró a los ojos y me sujetó la cabeza con firmeza. No podía moverme.

—Estoy seguro de que tus colegas no van a llamar a la policía porque llegues unos minutos tarde. —Sonrió, acercando su cara a la mía, y bajó la voz—: Simplemente pensarán que eres una zorra perezosa y que te has quedado dormida.

Dicho eso, sacó las llaves del contacto, se las guardó en el bolsillo y me dijo que me pusiera en la parte trasera del coche, donde me violó. Diez minutos después, me tiró a la cuneta de la carretera, cubierta de sangre y medio desnuda. Tenía tanto miedo de que volviera que me escondí durante horas en un matorral junto a la carretera, callada, haciéndome la muerta como un animal herido. Al final, cuando recobré el sentido, encontré mi teléfono en el bolso, pero se había quedado sin batería, por lo que tuve que dirigirme a la casa más cercana, donde una joven me acogió. Fue muy amable conmigo, pero no quería que sus hijos me vieran cubierta de sangre. Llamó a la policía para que se ocuparan del desastre que estaba causando en su cocina cuando comencé a sangrar por la nariz de nuevo. Estaba tan angustiada —prácticamente histérica— ante la perspectiva de llamar a la policía que, en lugar de ello, me dejó telefonear a una amiga. Mientras, ella llevó a sus hijos al colegio y me pidió que cerrara la puerta al salir.

Mi amiga Maureen apareció en su coche y, después de llevarme a su casa, quiso llamar a la policía, pero yo le arranqué el teléfono de la mano. Me suplicó que no me duchara.

—Habrá dejado su ADN por todas partes —me dijo—, es la única forma de atrapar a ese cabrón.

Pero lo único en lo que podía pensar era en que él conocía a mis hijos, los había visto en mi casa; sabía dónde estudiaba Georgia. ¿Y si le hacía lo mismo a ella? Recuerdo haber llorado, pensando en el momento en que ella volviera a casa de su excursión. No podía dejar que me viera así, sería demasiado traumático para ella. No quería que ni ella ni Sam supieran lo que había ocurrido. Así que llamé a Scott, le dije que tenía que trabajar hasta tarde y que si podía recoger a Georgia y llevársela a su casa con Danni. Siempre fue un buen padre y aceptó de inmediato. Estaba muy decepcionada por no poder recogerla, pero agradecida con Scott, porque sabía que estaría a salvo con él.

Maureen seguía insistiéndome en que denunciara a Nick a la policía. Estaba enfadada conmigo, y tenía todo el derecho a estarlo; yo también estaba enfadada conmigo misma. Pero no podía continuar con mi vida sabiendo que él conocía nuestra casa, que un día, cuando yo llegara tarde del trabajo y uno de mis hijos estuviera allí solo, nada le impediría atacarlos. Maureen estaba tan preocupada por el miedo que yo sentía y por lo que me había pasado que insistió en fotografiar mis heridas cuando salí de la ducha. Luego me dijo que le enviara las fotos.

—Mándale un mensaje y amenázalo con avisar a la policía si vuelve a acercarse a ti —me dijo—. Si no paras esto ahora, nada le impedirá volver a meterte en su coche, o plantarse en tu patio y colarse en tu casa.

Me aterraba tanto vivir en un futuro en el que él estuviera presente que pensé que podría funcionar. Así que le envié las fotos diciéndole que iría a la policía si se acercaba a mí o a mis hijos. Quizá así, si pensaba que tenía algo contra él, alguna prueba de lo que había hecho, me dejaría tranquila. Pero los hombres como Nick no desaparecen así como así; una amenaza así por parte de una mujer es un desafío para ellos. Mi mensaje tuvo el efecto contrario y pareció avivar más su furia por el daño que le había hecho al terminar la relación. Respondió diciendo que, si acudía a la policía, haría daño a mis hijos, que los seguiría o los esperaría en mi casa

cuando yo estuviera trabajando. No sabía qué demonios hacer. Por eso me alegré tanto de poder largarme con mis hijos a Cornualles. Solo era un fin de semana, pero pensé que sería una buena oportunidad para pensar con claridad y decidir qué hacer; sin duda, lo que tendría que haber hecho era llamar a la policía en cuanto hubiéramos llegado a casa. Llegué a la cabaña tras una larga semana de mensajes de texto, llamadas y amenazas contra mí y mi familia, y estaba agotada y aterrada. Había animado a Georgia a pasar unos días con Sam en Bristol porque sabía que allí estaría más segura que en Worcestershire conmigo; tenía la sensación de que nos estaba vigilando. Incluso estaba dispuesta a soportar la presencia de mi némesis, Danni, si eso significaba poner kilómetros de distancia entre él y yo. La cabaña estaba en un lugar remoto y hacía mal tiempo, lo cual era estupendo. Además, abracé encantada la idea de pasar unos días sin miedo. Temí estar volviéndome paranoica; lo imaginaba mirando por las ventanas, merodeando por las esquinas y esperando oculto en su coche.

Al llegar a Kynance Cove, sentí que me quitaba un gran peso de encima y, por primera vez, me planteé seriamente llamar a la policía a mi regreso de Cornualles. Pero a un par de kilómetros de la cabaña, lo vi: su coche, detrás de mí, siguiéndome por la carretera, acercándose demasiado sobre el suelo helado, hasta el punto de que casi me hizo derrapar. Era una tarde de invierno y la luz escaseaba, pero reconocería su coche en cualquier parte. Seguí conduciendo, asegurándome de que las puertas estuvieran cerradas, y empecé a llorar. Desde aquel terrible día en su coche, el miedo no había abandonado mi pecho, y el mero hecho de saber que estaba cerca lo intensificaba. Sabía que existía la posibilidad de que no llegara a la cabaña. Él me había dicho que me iba a matar, y ese era el lugar perfecto para ello. No había nadie, el clima era tan malo que apenas se podía ver. Cuando al fin me adelantó, dio un volantazo y se cruzó delante de mí, obligándome a frenar el coche, que encima se me caló. Giré la llave en el contacto, pero estaba tan alterada que no fui capaz de arrancarlo. Él había salido de su coche y caminaba hacia mí. Iluminado por los faros, pude verlo sonreír entre la tormenta de nieve. Se acercó y se detuvo delante de mi coche, riendo. Me tenía

atrapada, como a un animal, y en ese momento comencé a gritar tanto como pude. Los faros lo deslumbraban y, sin dejar de reír, se tapó los ojos con un brazo, haciéndome gestos con el otro para que bajara del coche. Por un momento, estuve a punto de ceder; a punto de abrir la puerta del coche, salir y dejarme atrapar por el infierno que me tenía preparado. Esa vez seguro que me mataría, pero, si esa era la única forma de librarme de él y mantener a mis hijos a salvo de su acecho y sus viles amenazas, que así fuera. Ese había sido mi mayor miedo; al fin podría afrontarlo y acabar con él.

Pero pensar en mis hijos revivió mi instinto de supervivencia. El terror se convirtió en rabia, la mente dio paso al cuerpo, cada nervio de mi sistema me instó a arrancar el coche. De repente, el motor cobró vida y pisé el acelerador para emprender la huida. Salí a toda velocidad, pero no giré lo suficiente y él no se apartó a tiempo. Rebotó contra el capó del coche. Pisé el freno enseguida, gritando horrorizada. Mantuve el motor en marcha mientras su silueta reaparecía entre los faros como un fantasma que resucita de entre los muertos. Se tambaleó un poco y pensé que había caído al suelo, pero, de repente, agarró el tirador de la puerta de mi coche, tratando de abrirla desesperadamente. Rodeé su coche y pisé con más fuerza el acelerador. Avancé en línea recta, con la mirada fija hacia delante, ahogando mis gritos y gemidos con su cara apretada contra el cristal, demasiado cerca de la mía. Seguí avanzando mientras sus puños golpeaban la ventanilla. Por el rabillo del ojo percibí su rostro contorsionado, como el de un animal salvaje, que escupía furia y odio amortiguados apenas por el cristal. Aporreaba con fuerza su cabeza contra la ventanilla del coche. Pum, pum, pum. Me estaba poniendo enferma, pero no paré, no podía parar; si lo hacía, las puertas se abrirían automáticamente y él entraría en el coche, mi garganta estaría al alcance de sus manos. Sabía que esa vez me mataría. Pero, cuanto más aceleraba, con más fuerza se aferraba él. Parecía que nunca se soltaría, que se quedaría agarrado a la puerta de mi coche para siempre, con su cara junto a la mía. Cuando por fin me pareció ver por el rabillo del ojo que se deslizaba por el cristal, no me detuve. Estaba demasiado asustada como para parar y darle tiempo a que volviera a levantarse. Conseguí reunir el

valor suficiente para frenar y permanecí unos instantes en shock. Mi instinto me empujaba a seguir conduciendo, pero sabía que tenía que parar y ver cómo estaba. Mi histeria era desmesurada y no tenía ni idea de lo que iba a hacer, pero supe que lo correcto era dar la vuelta y regresar. Podía llamar a una ambulancia, decir que había sido un accidente sin dar mi nombre y marcharme. Encendí el motor y miré por el retrovisor. Casi se me paró el corazón. Estaba en el suelo, moviéndose como un animal, intentando por todos los medios ponerse de pie. Dado el alcance de sus heridas, no sé cómo podía seguir respirando siquiera, y dudo que hubiera llegado muy lejos aunque hubiera podido levantarse. Pero pensé en mis hijos y en que, si sobrevivía, seguiría siendo una amenaza para nuestras vidas. Entonces supe lo que tenía que hacer para librarnos de ese mal que nos acechaba en cada esquina. Puse la marcha atrás y pisé a fondo el acelerador.

Mantuve los ojos cerrados y grité a pleno pulmón mientras me acercaba a él a gran velocidad. No tuvo ninguna oportunidad. Todavía puedo sentir el impacto de su cuerpo cuando lo embestí con el coche, segando su vida en un instante. Y entonces lo hice de nuevo.

Después de aquello, me quedé sentada un buen rato en la oscuridad, temblando, con las puertas del coche cerradas, todas las luces apagadas y el motor parado. No podía moverme. Seguía teniendo miedo de que se levantara una vez más y se acercara tambaleándose al coche. Ahora solo lo hace en mis pesadillas. Sabía que el trauma de lo que había ocurrido me acompañaría siempre y, sin embargo, no sentí arrepentimiento ni vergüenza. Tenía que salvarme a mí y a mis hijos, y estaba dispuesta a matar para ello. Salí del coche. Ojalá pudiera decir que fue para tomarle el pulso, llamar a una ambulancia o para despedirme... Pero no fue así. Quería asegurarme de que estaba muerto. Y de que no había rastro de su sangre en el coche.

La oscuridad inminente me envolvió mientras permanecía de pie bajo el viento helado, mirando el cuerpo que tenía ante mí. La sangre se filtraba en la nieve blanca y fría. La chaqueta rasgada dejaba al descubierto la carne desnuda sobre el suelo helado. Y el

silencio, ese silencio mortal y tortuoso.

De repente, un brazo se extendió, con los dedos estirados por la conmoción y el dolor. Un movimiento inútil, una última sacudida de vida, y luego nada. Tuve que apartar la mirada. Resultó difícil ver lo que había hecho, el desastre que había provocado, pero era la única forma de seguir adelante con mi vida. Era mi venganza.

De pie en el blanco país de las maravillas invernal, con solo árboles esqueléticos y retorcidos como testigos, alcé la voz para ver si había alguien. Esperé, pero solo el viento y el mar me respondieron. Después me fui.

VEINTIOCHO

FIONA

Los carámbanos habían empezado a gotear desde la puerta de la cabaña a medida que se derretían y la nieve cesaba de caer. Sam y yo llevábamos horas hablando sobre lo que había ocurrido con Nick Cairns y los últimos y horripilantes momentos de su vida. Él se mostró tan comprensivo, tan indulgente y compasivo... Una vez más, me sentí orgullosa de tenerlo como hijo.

—No tenías elección, mamá. Si yo hubiera sabido todo esto, también le habría deseado la muerte.

—Siempre habría estado en nuestras vidas, como una sombra. No podía dejar que se acercara a ti o a Georgia después de lo que me hizo. No podía dormir, comer ni descansar. Estaba permanentemente al borde de un ataque de pánico porque sabía que volvería en cualquier momento. Intenté ocultar mi ansiedad porque no quería preocuparos, pero, cuando se puso en mi camino, supe que era mi oportunidad de librar al mundo de ese cáncer.

Me sentía afortunada de tener a Sam en mi vida. Siempre había sido una persona amable y cariñosa, y después de hablar con él me sentí mucho mejor, mucho menos sola.

—No creo que la policía sepa nada —dijo—. No hay cámaras por aquí, estaba oscuro y hacía un tiempo de perros. Todos pasamos por esa carretera tratando de ver un palmo más adelante. Estuviera donde estuviera, yo no lo vi. Georgia y yo fuimos los primeros en llegar después de ti, tú ya estabas en la cabaña en ese momento.

—Sí, estaba a un lado de la carretera. Estaba nevando, así que supongo que quedó enterrado.

—Creo que debemos mantener la calma y no contárselo a nadie —susurró Sam.

Recordé a la inspectora jefe Freeman al mencionar la web de citas. No la utilicé mucho tiempo, pero seguro que, si la policía comprobaba los archivos, encontraría mi perfil y sumaría dos más

dos. No se lo mencioné a Sam porque no quería preocuparlo.

—No está bien, debería decírselo a la policía. Aunque entonces me encerrarían y Georgia se quedaría sola, y tú nunca podrías ser abogado. Prométeme que, si algún día la policía viniera haciendo preguntas o a detenerme, les dirás que no sabías nada —le pedí—. No quiero involucrarte de ninguna manera. Es mi crimen, no el tuyo.

Estuvo de acuerdo y ambos juramos no volver a mencionarlo. Fue un momento agridulce: no estaba orgullosa de lo que había hecho, pero poder contárselo a mi hijo hizo que nuestra relación fuera más fuerte y sólida. Hablar con él me ayudó a empezar a asimilar lo que había hecho y a alcanzar cierta sensación de redención, por pequeña que fuera.

***

Era medianoche cuando Sam se fue a la cama. Yo estaba recogiendo para acostarme cuando Scott apareció en la puerta.

—Me pareció oír a alguien —dijo—, quería comprobar que todo fuera bien.

—Todo va bien —dije, sintiéndome frágil pero también feliz y tranquila por compartir mi secreto con Sam—. ¿Cómo te encuentras? —pregunté.

—Destrozado. —Se derrumbó en el sofá a mi lado—. No puedo comer ni dormir; no dejo de ver imágenes de ella tendida en la nieve.

—Lo sé, pero puede que esté bien en algún sitio. Tenemos que aferrarnos a esa posibilidad y no rendirnos.

—No. Ha muerto, puedo sentirlo. Ella era una luz y se ha apagado. —Lo rodeé con el brazo. Parecía frágil, delicado, como si se estuviera desvaneciendo—. No puedo aceptar que esté muerta, que Olivia y yo tengamos que seguir solos, sin ella.

—No estarás solo —lo tranquilicé—, me tendrás a mí, y a Sam y a Georgia.

—He estado pensando en largarme de aquí. Hay una vacante de director en un instituto de Escocia.

¿Qué?

—No puedes... —rechacé—. No puedo mudarme allí, Scott, está demasiado lejos. Tengo mi trabajo aquí... ¿y qué pasa con los chicos?

Me dirigió una mirada interrogante.

—No hace falta que vengas, Fiona. Me iría con Olivia. Mamá podría venirse conmigo y cuidar de la niña.

Aquello era de lo más extraño. ¿A qué venía eso?

—Tu madre no podría cuidar de un bebé, sufre algún tipo de demencia.

—Sí, sí, lo sé. Voy a pedir cita con su médico de cabecera cuando volvamos, pero aun así la llevaría conmigo.

—Pero, si te quedas aquí, no tendrás que trasladar a tu madre, y estarás más cerca de mí y de los chicos... —Dudé un momento y luego dije—: Scott, pensé que tú y yo íbamos a volver a estar juntos. Creía que el plan era que dejaras a Danni.

—¿Dejarla? —Estaba genuinamente sorprendido.

—Me dijiste que volverías a casa. —De repente, el llanto me bloqueó la garganta. Me había dicho que era infeliz con Danni, que se arrepentía de haberme dejado.

—Me gustaría, claro que sí, pero no es tan fácil, Fiona. No puedo *abandonarla* sin más, ni a Olivia.

Eso fue como una puñalada en el corazón. Comprendía el peso que tenía Olivia, pero ¿cómo se atrevía expulsarme por completo de sus planes?

—Pero si dijimos que podríamos ponerle un cuarto a Olivia en mi casa, hablamos de ello sin parar, pensé que...

—Sí, lo hablamos. Hablamos de lo fantástico que sería hacer todas esas cosas en un mundo ideal. —Se levantó y caminó hacia la ventana—. Pero no eran más que eso, Fiona: palabras. No vivimos en un mundo ideal.

Eso me dejó sin aliento. Nos quedamos en silencio, mirando por la ventana el infinito blanco mientras yo me tragaba las lágrimas y reunía el coraje para decir:

—Me acosté contigo. ¿Cómo pudiste engañarme de esa manera sabiendo que no tenías intención de llevarlo a cabo?

—Yo... cometí un error con Danni. No quiero cometer otro error,

necesito estar solo un tiempo. Quizá en el futuro podamos pensar en estar juntos.

—¿Quizá en el futuro? ¿Cuando estés desesperado y aburrido o te hartes de tu última aventura? ¿Quizá entonces vuelvas?

—No seas así, Fiona. Sabes que te quiero, siempre te querré.

—No me quieres, solo me has estado utilizando. Me estuviste utilizando durante casi todo nuestro matrimonio, y yo lo confundí con amor. Solo fui un desahogo para ti, alguien a quien podías acudir, pero con quien no tenías que compartir tu vida real. Si me dejaste por Danni, fue porque no vivías con ella; la vida real nunca te tocó con ella. Hasta que llegó Olivia, claro, y los dos os aburristeis. Fue entonces cuando Danni y yo intercambiamos papeles sin saberlo.

—Lo estás simplificando todo, Fiona...

—¡Ni se te ocurra! —le advertí—. No te atrevas a hablarme con desprecio. Cada vez que teníamos problemas en nuestro matrimonio corrías a los brazos de tu madre... y con Danni corriste a los míos. Pues yo no soy tu refugio en la tormenta, Scott. ¡Aprende a vivir tu vida de una vez! No voy a esperarte para siempre, ¡porque soy libre de irme cuando quiera! —espeté.

—Lo siento, no quiero perderte, Fiona.

Me di la vuelta.

—Me perdiste el día en que la besaste, el día en que pusiste en riesgo nuestro matrimonio y todo por lo que habíamos trabajado. Me arrancaste el corazón y lo aplastaste entre tus manos. Lo rompiste simplemente porque podías..., pero eso se acabó.

Empecé a llorar y me fui corriendo a mi infantil habitación rosa. Allí, entre unicornios, reflexioné sobre lo tonta que había sido por creerme sus promesas, por escuchar sus mentiras... otra vez. Pensé en la locura que suponía su plan de mudarse a Escocia, llevarse a su madre y a Olivia y dejarlo todo atrás. Pero, dejando a un lado el dolor que sentía yo, ¿qué pasaba con Danni? No podría llevarse a Olivia a Escocia si Danni volvía, y aún no sabíamos si iba a aparecer o no. De repente, me recorrió un escalofrío. Scott estaba planeando el resto de su vida como si Danni ya estuviera muerta. ¿Por qué haría algo así? ¿Acaso sabía qué le había pasado?

Quizá el más interesado en quitarse a Danni de en medio fuera Scott, no porque pensara dejarla por mí, sino porque pensaba dejarla por otra. Volví a sentirme aterrada por el comportamiento de mi marido, por su actitud displicente hacia sus seres queridos. Hacía solo tres años que había destrozado nuestra familia al dejarme por el equivalente humano de una baratija brillante, y ahora parecía darle la espalda a ella incluso antes de saber si había muerto o no. Eso me llevó a preguntarme si Scott *ya* sabía lo que le había pasado a Danni, y si por eso se sentía libre de mudarse a Escocia con su nueva baratija brillante.

Me costó asimilarlo, pero, cuanto más pensaba en ello, más sentido cobraba. Y tuve que cuestionarme si alguna vez llegué a conocer de verdad al hombre con el que había estado casada, y hasta dónde sería capaz de llegar para conseguir lo que quería.

VEINTINUEVE

EL ÚLTIMO DÍA DE DANNI

El frío del exterior me alivia. Sé que suena a locura, pero prefiero estar aquí vagando entre la blanca soledad que encerrada en esa maldita cabaña. Me he despertado sola, con esa sensación de opresión en el pecho. ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado?

Nunca he sido capaz de mantener una relación duradera, pero creía que, con un hombre responsable y estable como Scott, no tendría que intentarlo siquiera; que él se encargaría de llevarme a buen puerto. Pero no había contado con que mi ex, Pete, reaparecería unos meses atrás para recordarme lo divertida que podía ser la vida. Scott trabajaba muchas horas y yo me sentía insegura, no paraba de darle vueltas a qué estaría haciendo mientras yo me quedaba en casa todo el día.

Amo a Olivia con locura y siempre he deseado que Scott se implicara más, pero se mostraba distante y prefería pasar el tiempo en casa de Fiona con ella y sus otros dos hijos. Y entre tanto apareció en escena Pete, con su sonrisa pícara y su mirada juguetona. Un día me invitó a tomar algo y, a partir de entonces, empecé a ir a su piso siempre que podía encontrar canguro para Olivia.

Irónicamente, mi matrimonio con Scott había sido un intento de alejarme de los Petes del mundo. Quería madurar y sentar la cabeza con alguien de fiar que me quisiera y me aportara estabilidad. Lo último que necesitaba era una aventura con mi ex: un músico sin trabajo, sin dinero, sin capacidad de compromiso y sin futuro. Pero esa es la historia de mi vida, siempre arruino todo lo bueno que tengo. Aspiro a conseguir algo o a alguien y, una vez que está en mi mano, lo tiro todo por la borda. Mi madre decía que soy autodestructiva. Ella debería saberlo bien, pues era igual. Vivíamos como nómadas cuando yo era niña. Me decía que éramos dos espíritus libres y que, como ella, yo nunca sentaría la cabeza, así que

supongo que Scott, el íntegro director, fue mi manera de rebelarme contra mi alocada y bohemia madre.

Estar atrapada en una hermosa cabaña como esta puede parecer un sueño hecho realidad para algunos, pero yo me siento como un pájaro encerrado en una jaula de oro. Me sedujo la calidez de la madera, el crepitar del fuego y la belleza del mar en este entorno invernal. Pero, como todo lo demás en mi vida, una vez que lo toqué se convirtió en polvo. Tuve que destruirlo. Ni siquiera me di cuenta de que lo estaba haciendo hasta ahora, cuando ya es demasiado tarde.

No es que me apeteciera demasiado pasar tiempo con Fiona, pero la verdadera pesadilla empezó en el momento en que vi a Jenna; por experiencia, sabía que a partir de entonces todo iba a ir cuesta abajo. Jenna tiene esa manera viperina de manipular a la gente, apretándolos hasta que obtiene lo que quiere. Puedo ver cómo lo hace con Angela y Georgia, e incluso ha encontrado la forma de ganarse a Fiona. Ahora cocinan juntas como si fueran madre e hija. Luego están Georgia y Angela, que no paran de cuchichear para luego encerrarse en sus habitaciones, y siento que todo el mundo habla de mí. Y, justo cuando pensaba que nada podía ir peor, Jenna o Fiona —o las dos— destrozaron la tarta de cumpleaños que le había preparado a Angela. Deben haberse ensañado con ella para causarle tanto daño, y eso me ha puesto aún más nerviosa, porque el golpe que recibió la tarta estaba destinado a mí. Me asusta pensar que alguien de los presentes me odie tanto, y no quiero ni imaginar lo que me haría si tuviera la oportunidad. Pero ¿quién es? Podrían ser tanto Jenna como Fiona y, por otro lado, no sé qué lugar ocupa la benigna y dulce Angela en todo esto, porque durante este fin de semana he visto su cara oculta. Nunca me había sentido tan sola y atacada como en la cena de anoche; parecía que todos se habían confabulado contra mí. Quizá me metí yo misma en esa situación, pero Jenna se estaba saliendo con la suya con su ridícula farsa y tuve que pararle los pies. Resultó ser un gran error, porque ahora todos piensan que soy una zorra desquiciada. Pero no soy *yo* quien vende drogas a adolescentes vulnerables ni quien pone comentarios dañinos en la página web del instituto.

Todavía estoy enfadada con Scott porque no llamara a la policía cuando le conté el asunto de Jenna. Quería esconderlo debajo de la alfombra y eso me resultó extraño: no era propio de él. Siempre se había guiado por sus propias opiniones, no era de los que hacían cosas por complacer al resto. Jenna debe tener algún tipo de trapo sucio sobre él, porque no la despidió hasta que amenacé con ir a la policía. Me suplicó que no lo hiciera, y yo le dije que me olvidaría del tema solo si hacía algo al respecto, así que le adelantó tres meses de sueldo y «la dejó marchar». Sin embargo, eso no impidió que Jenna y Scott siguieran en contacto. Él debió sentirse en deuda con ella porque le pidió a Angela que hablara con el pobre dueño de esa cafetería para que contratara a Jenna.

Ojalá nunca hubiera conocido a Jenna. No me ha dado más que problemas desde que empezó a trabajar en el instituto. Estaba intentando sacar una bolsa de patatas fritas de la máquina de la sala de profesores y oí que comenzó a insultarla, así que me acerqué y le di una patada a la máquina. Cayeron varias bolsas, ella lo encontró divertido y me dijo que me debía una copa.

A pesar de que era mucho más joven que yo, nos hicimos amigas enseguida: era inteligente, adorable y más divertida que la mayoría de los carcamales que se pasaban el día quejándose en la sala de profesores. Cuando se enteró de que me chiflaban los cócteles, me propuso ir a una nueva coctelería. Después de aquello empezamos a salir juntas con frecuencia. Las dos estábamos oficialmente solteras, aunque yo salía con Scott en secreto, y cuanto más enamorada estaba de él, más quería compartirlo. Y quién mejor para compartir mi secreto que mi nueva y encantadora amiga, que no me juzgaría como los otros miembros del personal docente. Así que una noche, con unos tragos de más, le revelé nuestra aventura. Ella estaba tan emocionada por mí como yo misma.

Pensar en aquella época me recuerda lo que sentía por Scott entonces. Esos primeros días de nuestro romance, la magia, el anhelo... ¿Cuándo se estropeó todo tanto?

Empezó siendo mi jefe, pero no era como ningún otro jefe que hubiera tenido antes. Tenía una actitud amable, tranquilizadora y autoritaria que resultó ser un ungüento para mi inseguridad y mi

falta de confianza en el nuevo trabajo. Me guio por el pedregoso sendero entre alumnos y padres, recursos y necesidades, tablas de clasificación, resultados de exámenes y objetivos. Sabía que con él a mi lado lo conseguiría todo, podía ganarme a todos los alumnos y convertirme en la mejor profesora posible. Él comprendía mi ambición y yo lo respetaba y admiraba, esperanzada en que su habilidad y experiencia se me contagiaran. Pero poco a poco empezó a cambiar la naturaleza de nuestra relación de trabajo; de repente, me entusiasmaban los lunes por la mañana, me emocionaba cuando me invitaba a una comida de trabajo o a una tutoría después de clase. Hasta entonces, me había dicho a mí misma que era algo inocente e inofensivo, que él estaba felizmente casado y que el hecho de trabajar juntos no iba a cambiar eso.

Pero echo la vista atrás y me veo obligada a preguntarme: ¿abandonaría una buena persona a su mujer y a sus hijos por una mujer a la que solo conoce desde hace unos meses? ¿Fui solo un paliativo, el empujón que necesitaba para superar su crisis de los cuarenta? ¿Acaso no he sabido ver quién era Scott en realidad? ¿Conozco siquiera a mi marido?

Me dio pánico decirle a Scott que estaba embarazada la primera vez. Fue algo tan inesperado que ni siquiera yo podía hacerme a la idea. Pero esta segunda vez estaba aún más nerviosa. No me había recuperado bien del parto de Olivia; la depresión posparto me ganó la partida durante los primeros meses y decidimos no tener más hijos, al menos por ahora. Así que, cuando me enteré de que estaba embarazada de nuevo, tuve tanto miedo que no supe qué hacer. Sin embargo, la reacción de Scott fue positiva: me dijo que me brindaría todo el apoyo que necesitara y que estaba feliz. Pero he estado todo este tiempo viviendo con una mentira dentro y anoche tuve que decirle la verdad. Que este bebé no era suyo. La noticia lo destrozó en mil pedazos. Me dijo que nunca me perdonaría, que le había arruinado la vida, que él lo había dejado todo por mí y que había ido demasiado lejos.

—¿Es que no te importa nadie más que tú misma? —me preguntó Scott con lágrimas en los ojos.

—Me importa Olivia —respondí—, ella lo es todo para mí.

Me miró con un odio profundo, sus ojos eran oscuros y pequeños. Me dijo:

—Ella también lo es todo para mí.

Le dije que lo entendía si no podía perdonarme y aceptar a un bebé que no fuera suyo, pero que, si me iba, me llevaría a Olivia conmigo. En ese momento se puso hecho una fiera, no paraba de decir que le había engañado para que dejara a Fiona, que no me quería y que nunca me había querido.

—No fue más que lujuria y miedo al paso del tiempo —le dije.

Luego acercó su cara a la mía y dijo:

—Puedes pensar lo que quieras y hacer lo que quieras, pero Olivia se queda conmigo. Será así cueste lo que cueste.

Me puso los pelos de punta; nunca lo había visto así, y la verdad es que me daba pavor irme a dormir. Me preocupaba que me asfixiara con una almohada en mitad de la noche. Sentí un alivio enorme cuando me dijo que se iba a dormir al salón. Cerré la puerta del dormitorio con llave y coloqué una cómoda delante. Por eso estoy aquí afuera ahora: no me apetecía tener que lidiar con su ira esta mañana, y desde luego no quería que volviera a la habitación. No me habría sentido a salvo estando a solas con él.

No estoy orgullosa de mis actos. Me he estado acostando con otra persona y ahora estoy embarazada de él. He cometido un error y lo reconozco. Pero Scott ha estado distante, dejó de mirarme hace algún tiempo. Y no me refiero en sentido figurado: evitaba mirarme. Creo que el nacimiento de Olivia reventó la burbuja en la que vivía Scott. Yo ya no podía gozar de la misma espontaneidad en la cama que antes, y él se quejaba de que la llama se había apagado. Rencontrarme con Pete me hizo sentir deseada de nuevo, y me vi atraída hacia él. Pero, mientras yo me acostaba con Pete, ¿dónde estaba Scott? Sabía desde hacía tiempo que estaba saliendo con otra persona, aunque él lo negara. Ahora que he presenciado la «amistad» que tiene con Jenna, no me sorprendería que fuera ella. Intento no imaginármelos a los dos juntos y me cuesta creer que una vez fuera mi amiga. Me asusta la facilidad con la que fue capaz de desentenderse de nuestra relación cuando consiguió lo que quería: acceso a Scott. Ella lo adora, salta a la vista. Está pendiente

de cada una de sus palabras. Sus traumas paternos son evidentes y a él le encanta tener la atención de una mujer más joven, tal y como le pasó conmigo.

Me ha costado lo mío convivir con estas sospechas, y Scott adora recordarme lo paranoica que soy, pero él no sabe ni la mitad de la historia. Enterarme de que Jenna conocía a Charlotte fue una puta pesadilla; pensé que el corazón se me iba a parar en ese mismo instante. Varias semanas atrás me había hecho un test de embarazo en los baños del trabajo, ya que, por razones obvias, no quería que Scott lo supiera. Cuando apareció esa línea confirmando mis temores, me sentí hundida porque sabía que el bebé no podía ser suyo. Me quedé allí plantada, lavándome las manos en el lavabo con la mente en blanco. Empecé a llorar justo cuando Charlotte entró en los aseos. Me preguntó si estaba bien y, sin poder evitarlo, se lo conté todo. Tiendo a confiar demasiado en la gente, siempre pienso que esta vez todo irá bien, aunque nunca es así. Confié en Jenna. Confié en Charlotte, pensaba que era una amiga de verdad. Y, cuando le envié un mensaje pidiéndole que borrara aquella publicación, nunca se me ocurrió que no lo haría, que lo dejaría ahí. Pero durante la cena, cuando Jenna me preguntó si sabía algo de Charlotte, *supe* que había llegado a ella y que por eso nunca borró la publicación.

Jenna sabía que Charlotte y yo éramos amigas, así que debe haberla engatusado para que le contara lo que sabía. Y, si Jenna es la que va dejando esos mensajes envenenados, ahora puede publicar lo que quiera. Sabe que Charlotte no los borrará, ahora le es leal a Jenna.

Tenía que contarle a Scott lo del bebé, pero sabía que Jenna se empeñaría en publicarlo y pensaba rogarle que no pusiera nada en internet. Ya era bastante humillante para los dos, no quería que él se enterara así. Sería demasiado cruel. Así que, después de cenar, fui a la cocina, dispuesta a suplicarle. Su sonrisa falsa se le borró del rostro en cuanto me vio.

—¿Podemos hablar, Jenna? —pregunté—. Esta situación es horrible. Siento que perdieras tu trabajo, pero no fue nada personal. No podía quedarme de brazos cruzados sabiendo lo que estaba

pasando.

Estaba apoyada en el armario de la cocina, sus ojos oscuros y vacíos me miraban fijamente. Sacudía la cabeza con lentitud.

—Estás de coña, ¿no? —El odio emanaba de sus ojos—. ¿Por qué querría volver a hablar contigo? Eres una zorra egoísta y engreída que me tenía celos porque yo era más popular con los chicos que tú.

—¡Sí, porque les vendías drogas!

—No, porque soy más joven y más guay. Ah, y tu marido piensa lo mismo, por cierto —añadió, y se volvió hacia el fregadero.

—Vale, lo entiendo. Ya es demasiado tarde, no podemos ser amigas. Supongo que Charlotte te lo ha dicho, ¿no? Por eso escribes mensajes amenazantes en la web del instituto.

—Como ya he dicho, Charlotte y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo; me lo cuenta todo, imbécil. —Sonrió con satisfacción.

—Solo quería pedirte, rogarte... Por los viejos tiempos, ¿podrías no poner nada más en la web? Si no lo haces por mí, hazlo por Scott.

Sus ojos brillaban, la sonrisa se dibujó en esos finos labios rojos.

—¿Te refieres al GRAN secreto? No puedes decirme lo que tengo que hacer, ¡lo publicaré cuando me dé la gana!

Esa era la verdadera Jenna: mala, perversa y dañina. Soy la única que la ve como es realmente. Mi marido piensa que es una chiquilla inocente que necesita que la cuiden. Solo Dios sabe qué está pasando en realidad, pero ella dio a entender que hay algo entre ellos y, después de haberlos visto en la habitación de Angela, creo que es cierto.

Sam dice que es divertidísima; a Georgia la tiene embelesada, al igual que a Angela y ahora a Fiona. Pero a mí no me engaña. Sé que ha venido a la cabaña por una razón, solo que no puedo averiguar cuál es. Algo que he notado es lo unida que está a Georgia. Le he enviado un mensaje para advertirle que no confíe en Jenna. Cuando trabajaba en el instituto, siempre se hacía amiga de los niños más débiles y crédulos y, antes de que te dieras cuenta, los tenía en la palma de su mano. Poco después les vendía drogas a ellos y a sus amigos, y ganaba una fortuna a su costa. Me enteré y le dije que aquello tenía que acabar. Fue entonces cuando nuestra amistad terminó y ella fue corriendo a decirle a Scott que yo la estaba

acosando. Alegaba que yo estaba celosa e iba por ahí contando mentiras sobre ella. A día de hoy todavía no entiendo por qué Scott la creyó antes que a mí. Pero Scott es incapaz de romper las reglas, y tal vez tenía miedo de que Jenna acudiera a las autoridades escolares y les dijera que la estaba acusando de algo atroz sin tener pruebas. Pero un día la vi en el centro pasándole algo a un adolescente del instituto. Sabía que la había pillado, incluso saqué una foto con mi móvil, y fui directamente a hablar con Scott. Pero su reacción fue muy extraña: me dijo que lo que más me convenía era borrar la foto y olvidarme de esos rumores.

—Créeme, hará más mal que bien —me dijo—. Olvida el asunto, hazme caso.

Pero yo *no podía* olvidarlo. Mi hermano murió de sobredosis con solo diecisiete años. Consumía desde los doce, y le habían vendido droga en la puerta del colegio. Jenna era aún más peligrosa, vendía desde *dentro* del instituto. Era técnico de laboratorio y, por tanto, miembro del personal docente. Además, los alumnos confiaban en ella. No podía dejar que eso pasara delante de mis narices y mirar para otro lado, así que le dije a Scott que la iba a denunciar a la policía.

—Le arruinarás la vida —dijo.

—¿Y cuántas vidas arruinará ella si la dejamos seguir con esto?

Empezó a suplicarme que no fuera a la policía, y fue entonces cuando empecé a sospechar de él. Y he mantenido esa sospecha durante mucho tiempo, hasta esta noche, cuando después de contarle mi secreto, le he preguntado qué ocultaba.

Quería saber por qué se negó a denunciarla a la policía; por qué siguió en contacto con ella después de que dejara el instituto; por qué le encontró un trabajo en la cafetería que frecuentaba su madre.

—¿Qué está pasando entre Jenna y tú? —le pregunté—. ¿Con qué te tiene pillado, Scott?

Y entonces me lo contó todo, y ahora estoy sentada en la terraza a las cinco de la mañana, viendo la luna hundirse en la nieve y sabiendo que ya es demasiado tarde.

Estoy perdida, no sé qué hacer, pero siento un profundo deseo de escapar de esta cabaña llena de mentiras y secretos.

Me levanto y camino por la nieve. Necesito despejarme, respirar el aire frío, contemplar el hermoso paisaje gélido. El cielo luce azul marino, el mar se arremolina bajo mis pies mientras doy mis primeros pasos vacilantes por el sendero rocoso junto al acantilado. Aquí puedo pensar con claridad sobre mi vida, mi futuro y lo que quiero para Olivia y para mí.

Sé que si mi madre estuviera viva me diría que he vuelto a cagarla hasta el fondo. El botón de autodestrucción siempre está presente en cada una de mis relaciones, y esta vez lo he detonado. Pero ¿cómo iba yo a saber lo que estaba pasando? ¿Cómo podía saber que Jenna ejercía tanto control sobre mi marido?

Espero que, cuando vuelva dentro de unas horas, Scott haya superado su enfado y yo haya podido aceptar lo que me contó. Con suerte, podremos encontrar la manera de seguir adelante con todo esto, pero, decidamos lo que decidamos, será por separado. Nuestro matrimonio ha terminado.

Mientras deambulo entre la tormenta de nieve, con el cielo blanco sobre mí y las gélidas aguas acumulándose a mis pies, me siento libre por primera vez en años. Olivia y yo nos mudaremos a un piso, tendré al bebé, contrataré a una niñera y volveré a trabajar. No puedo regresar a mi antiguo instituto, del que Scott es director, pero puedo buscar una nueva ciudad, una nueva vida y seguir adelante por fin.

Camino con cuidado pero con determinación. Mis músculos agradecen el ejercicio después de tantos días encerrada. Es precioso, pero a la vez un tanto inquietante, como si fuera el único ser humano en kilómetros a la redonda. Probablemente lo sea. Hay un silencio sepulcral, no hay ni un alma en los alrededores y, pese a que eso era lo que buscaba, me hace sentir intranquila. Si me cayera o me hiciera daño, nadie sabría mi paradero. Y, por mucho que gritara, nadie me oiría entre la espesa nieve, porque aquí no hay nadie. Eso me asusta y acelero el ritmo. Creo que debería volver pronto. No puedo olvidar que estoy embarazada. Había olvidado lo agotador que es llevar un bebé dentro, me lo está arrebatando todo y lo único que quiero es dormir. Me detengo. Me ha parecido oír algo. ¿Una ramita quebrándose? Espero en silencio tratando de

escuchar algo más. Espero y espero, pero no oigo nada. Silencio a mi alrededor. Giro sobre mí misma y, allá donde miro, solo veo blanco. La nieve sigue cayendo, ahora con más intensidad, y el viento azota, rasgándome las mejillas. Apenas puedo ver unos centímetros por delante, casi tropiezo y tengo que agarrarme a la corteza de un árbol marchito cubierto de nieve. Aferrada al tronco, veo a alguien que camina hacia mí. No distingo quién es, solo una figura oscura que avanza a zancadas, cada vez más grande. Quiero darme la vuelta y regresar, pero eso significaría avanzar hacia la silueta, y eso me aterra. Instintivamente, empiezo a correr.

TREINTA

FIONA

Viernes por la noche

Después de una semana encerrados en la cabaña, empezábamos a cuestionarnos si el encierro terminaría algún día.

—Es como volver al COVID —observó Angela en más de una ocasión, lo que no ayudó mucho a levantar el ánimo colectivo.

Sin embargo, ese viernes por la noche, mientras cenábamos, se oyó un fuerte golpe en la puerta. Todos nos miramos asombrados. Nos habíamos imaginado tantos escenarios imposibles a esas alturas que dudo que yo fuera la única que esperaba encontrarse a un asesino en serie al otro lado de la puerta. Pero, en cuanto Scott abrió nuestra hermosa prisión, entraron Freeman y Fry. El viento helado y el ruido de la radio irrumpieron violentamente en la comedida calma patrocinada por el tintineo de cubiertos y la charla desenfadada, recordándonos lo aislados que habíamos estado del mundo en los últimos días.

—La nieve ha cesado, pero ahora tenemos aguanieve, que es mucho peor —anunció Freeman entrando y pisoteando con sus botas nevadas el felpudo.

Seguía hablándole a sus botas mientras pisaba con firmeza. Luego levantó la vista y nos vio a todos, expectantes. Fue como si, de repente, recordara por qué estaba allí y, recomponiéndose, entró en la habitación, seguida por Fry.

—¿Señor Wilson? Me temo que tenemos novedades —cambió a un tono más formal y respetuoso, lo que me heló la sangre.

—¿Qué novedades? —preguntó Scott con un horror evidente.

Todos avanzamos desde la mesa hacia donde él estaba, sosteniendo a Olivia en un brazo. Georgia se acercó a él, posándole una mano en la espalda mientras él le rodeaba el hombro con su

brazo libre. Ahora era ella quien lo sostenía a él. Tenía la cara blanca y parecía que se iba a caer en cualquier momento.

Freeman se dirigió hacia él y dijo en un tono tranquilo y solemne, lo bastante alto como para que todo lo oyéramos:

—Señor Wilson, me temo que tengo noticias complicadas. ¿Le gustaría hablar en privado?

Sacudió la cabeza desconcertado, pero, como el resto de nosotros, sabía que lo que iba a decir la inspectora lo cambiaría todo.

Scott tomó asiento y posó a Olivia sobre sus rodillas. Freeman comenzó:

—Hemos encontrado un cuerpo junto al sendero costero. Una mujer de unos treinta años. Necesitaremos una identificación formal, pero queríamos advertirle: creemos que es su esposa Danni, señor Wilson.

La carita de Olivia miró a Freeman y luego, a su padre. En ese instante pensé que la pequeña no era consciente del significado de ese momento, cuando informan a su padre de la muerte de su madre, pero ahora pasará a formar parte de ella.

Sam y Georgia corrieron a consolar a su padre, pero Jenna ya estaba allí, enredándose a su alrededor como una hiedra, manteniendo alejados a los chicos y a todos los demás. Me estremecí, sabedora de que estaría disfrutando del drama, de la emoción, de la atención. Scott, sin embargo, parecía ajeno al resto del mundo; la sangre había abandonado su cara, las lágrimas le marcaban las mejillas. Fue entonces cuando me di cuenta de lo mucho que amaba a Danni.

—Necesitaremos la ayuda de un familiar o de alguien cercano a Danni Wilson para que identifique formalmente el cuerpo —dijo Freeman.

Jenna levantó la vista del pecho de Scott, preocupada.

—¿Están ustedes seguras de que es Danni? —preguntó, buscando una confirmación.

—No podemos asegurarlo por el momento —respondió Freeman.

—Yo iré a identificarla —dijo Sam—. No quiero que pases por eso, papá.

—No, hijo, me gustaría verla...

—Debo advertirles que sufrió una muerte violenta —dijo Freeman.

Scott asintió.

—Puedo soportarlo.

—De acuerdo, haremos los preparativos para que pueda ir a la morgue mañana. —Se aclaró la garganta y, tomando aliento, dijo—: Esto es bastante delicado, pero creemos que la señora Wilson fue asesinada. Y hemos encontrado el arma homicida. —Todos nos miramos—. Las primeras tomas de huellas prueban que fue el arma utilizada para matar a Danni.

La tensión en la sala aumentó. Una vez más, sin hablar, cruzamos miradas. ¿Estaba el asesino de Danni en la habitación?

—No quiero alarmar a nadie, pero nos gustaría que esa persona viniera con nosotros a comisaría, donde podremos hablar de las nuevas pruebas.

¿Quién?

De nuevo, todos deslizamos los ojos por la sala para ver si alguien se delataba, si las expresiones dejaban algo al descubierto.

Pero Freeman nos dejó a todos de piedra cuando dijo:

—Angela Wilson, ¿podría acompañarnos a comisaría, por favor?

Se oyó un grito ahogado. Angela estaba tan sorprendida como el resto y nos miraba a Scott, a mí y a la policía con una expresión de confusión y dolor en el rostro.

—No —sentenció Scott—. Sé que tienen sus teorías, pero creo firmemente que fue un asesinato al azar. Y, mientras ustedes están aquí asustando a una pobre anciana y a su familia en duelo, el asesino vaga por las colinas en busca de su próxima víctima.

—Lo siento, señor Wilson. Comprendo que esto debe ser estresante para todos, incluida la propia señora Wilson, pero puedo asegurarle que solo queremos hablar con su madre. No vamos a arrestarla en estos momentos.

—¿Arrestarla? —Pensé que le iba a dar un infarto, pero sentí la misma indignación y conmoción: de ninguna manera creía que Angela hubiera hecho algo así—. No puede exigir que mi madre la acompañe a comisaría sin un abogado. —La cara de Scott estaba llena de ira y miedo.

La agente Fry dio un paso adelante.

—Como ha dicho la inspectora jefe Freeman, no vamos a arrestarla, señor Wilson, pero puede solicitar la presencia de un abogado, claro, si cree que lo necesita.

Scott sacudió la cabeza con reticencia. Era obvio que no quería hacerla parecer culpable antes de que la hubieran interrogado siquiera.

—No necesito un abogado —dijo Angela—, no soy culpable de nada.

—Vale, mamá, pero no puedo dejar que vayas sola a comisaría.

—Puede venir con nosotros, aunque interrogaremos a su madre a solas, evidentemente. En cualquier caso, puede acompañarla si así lo desea. ¿Le parece bien, señora Wilson? —preguntó Freeman.

—Sí, por favor —dijo. Teniendo en cuenta que era Angela la que estaba a punto de ser interrogada, estaba mucho más tranquila que Scott. En cuestión de minutos, la escoltaron cortésmente por la resbaladiza explanada frente a la cabaña y la introdujeron en un coche policial, seguida de Scott.

Sam se ofreció a ir con ellos, pero Scott rechazó su oferta amablemente.

—No pasa nada, hijo, quédate y cuida de los demás.

Típico de Scott. En esa casa llena de mujeres, ¿quién iba a poder cuidar de sí misma? En su mundo, todas las mujeres necesitan de un hombre. En lo que a mí respecta, me atrevería a decir que mi vida habría sido mucho más feliz y menos complicada sin ellos.

Cuando se fueron, se hizo el silencio en la cabaña. Jenna parecía disgustada, pero Georgia estaba inconsolable y Sam y yo nos pasamos las siguientes horas reconfortándola.

—Pero ¿la abuela podría ir a la cárcel? —preguntó entre sollozos.

Tratamos de tranquilizarla, pero yo estaba tan estupefacta como Georgia y no tenía ni idea de si su abuela iba a estar bien. No *llegaba a imaginar* qué habían encontrado en la escena del crimen que pudiera implicarla tanto.

—No le haría daño a Danni, la quería —dijo Georgia.

—Todo el mundo quería a Danni. —Sam fue el único que opinaba eso. Yo no iba a mentir, e incluso Jenna se resistió a unirse a *ese* obituario. La tarde siguió su curso, la nieve se derretía llenándolo

todo de gotas, y nosotros continuamos atrapados en un bucle de conversaciones y lágrimas. Nos habían dado la noticia de Danni e inmediatamente después nos enteramos de lo de Angela. Nos estaba costando asimilar todo aquello.

—¿De verdad creéis que Angela mató a Danni? —preguntó Jenna con un destello en los ojos.

—No, no lo creo —respondí con firmeza—. Debe tratarse de un gran error. Estoy de acuerdo con Scott: fue un asesinato al azar y, una vez que hayan investigado el arma y los restos de ADN, Angela estará de vuelta.

Pero ya no estaba convencida de nada. Angela *no* quería a Danni, y pese a la imagen de anciana dulce y desatinada que mostraba al mundo, yo había visto una versión diferente durante aquellas vacaciones. Y a pesar de —o tal vez *a causa de*— su confusión y deterioro mental, era capaz de cualquier cosa.

Al llegar la medianoche todavía no teníamos noticias de Scott, de Angela ni de la policía, así que Georgia, Jenna y Sam se fueron a la cama. Cerré las puertas con llave con la esperanza de dejar al asesino atrapado fuera y no dentro, y fui a ver a Olivia, que dormía como un tronco. Luego volví al salón, me tumbé en el sofá, me envolví en una manta de piel y dejé que el sueño se apoderara de mí.

Scott y Angela me despertaron sobre las dos de la madrugada. Hablaban con bastante ánimo y parecían estar algo mejor de lo que cabría esperar.

—¡Gracias a Dios! —dije, deshaciéndome de la manta y corriendo a abrazar a Angela, que parecía más animada que Scott, cuyo rostro estaba gris debido al cansancio y la preocupación—. ¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Dejaré que mamá te lo cuente, yo me voy a la cama —dijo Scott —. ¿Olivia ha estado bien?

—Se ha quedado dormida —le contesté, y él se marchó a la cama tras dedicarme un gesto de aprobación.

Preparé té para las dos y le unté un bollo con mantequilla a Angela. Tenía un apetito sorprendente, teniendo en cuenta el calvario que había pasado y lo tarde que era.

—Era mi bastón, Fiona. ¿Recuerdas que lo perdí aquel día que fuimos a pasear juntas?

—Lo recuerdo. ¿Dónde estaba?

Hizo una mueca.

—Por desgracia, estaba cerca del cuerpo de Danni.

—Cielo santo —dije mientras nos instalábamos de nuevo en la sala de estar—. ¿Por eso te han interrogado?

—¡Sí, esos cabrones se lo han quedado, no quieren devolvérmelo! —gruñó, dejando de ser la dulce e inocente Angela para convertirse en otra persona.

—Seguramente lo necesitan como prueba —dije con indulgencia, pero ella seguía inmersa en su inquina.

—Era el bastón de mi madre.

—Sí, lo recuerdo —respondí con suavidad, esperando calmar su evidente enfado.

—Pregunté si me lo devolverían cuando pasase todo esto, pero me dijeron que probablemente no porque era una prueba. Era un buen bastón, con mango de perlas. Era de mi madre —repitió—. Antes sí que se hacían bastones buenos. Robustos y pesados, no como esos ligeros de plexiglás que usan ahora los famosos.

Su descripción recordaba más a la de un arma que a la de una herramienta para caminar... y quizá lo fuera.

Angela estaba perdiendo el hilo. Estaba presente un instante, y al siguiente divagaba. Si ese bastón era el arma que había matado a su nuera, ¿qué importaba que fuera una reliquia familiar? ¿En serio quería recuperarlo?

—Era mi ADN, Fiona, lo encontraron en el bastón —dijo esas tres letras despacio, como si no las hubiera oído antes.

—Bueno, era tu bastón, claro que tendría tus huellas.

—Sí, pero no había ADN de nadie más... excepto de Danni. —Volvió a pronunciar las letras despacio, con cuidado.

—¿Tenía sangre de Danni?

—Sí. Lo encontraron escondido, enterrado bajo la nieve fresca. Vieron la sangre: una gran mancha roja entre tanta blancura. —Se inclinó hacia delante, conspiradora—. Quien mató a Danni lo escondió. Su ADN estaba en el bastón —repitió.

Parecía imposible que Angela pudiera caminar sola hasta el sendero, pero, por otra parte, el día que fuimos a pasear andaba bien sin el bastón; de lo contrario, no lo habría olvidado. Era su capacidad mental la que parecía estar mermando entonces. Pero Angela iba al gimnasio, no llevaba una vida sedentaria, y ella misma me había dicho durante el paseo que era capaz de caminar bastantes kilómetros, solo que no podía hacerlo rápido.

Pero ¿podría someter físicamente a una mujer más joven y fuerte? Le di vueltas a ese pensamiento mientras ella mordisqueaba su bollo con mantequilla. Danni estaba embarazada, tal vez se sintiera cansada y débil, y que por tanto Angela pudiera con ella.

—¿Y te han dejado marcharte sin más? —pregunté. Había algo que no encajaba. Tenían un arma homicida con su ADN; ¿por qué estaba de vuelta en la cabaña?

—Por supuesto. Yo no maté a Danni. —Dio un sorbo a su té y, volviendo a poner la taza en el plato, añadió—: Les dije que no podía caminar hasta tan lejos. Estaba enfadada porque el bebé no fuera de Scott, pero él me dijo que no les contara eso, así que les dije: «No me importa quién fuera el padre del bebé, ese niño era *mi* nieto». —Volvió a su bollo.

—¿Pensabas eso de verdad o fue lo que Scott te dijo que les contaras?

—Exacto, hice lo que Scott me pidió. Por lo que a mí respecta, ese bebé no tenía nada que ver conmigo. No era de mi Scott, sino de otro hombre. ¡Danni era una zorra!

Me quedé helada. Nunca había oído a Angela pronunciar una palabra así; no solo era extremadamente educada y correcta, sino que además respetaba a las mujeres. Eso confirmaba que no era la mujer que yo conocía.

—Podría haber matado a Danni —dijo de pronto, como si se le acabara de ocurrir—. Podría haberle golpeado la cabeza con el bastón una vez tras otra. Pum, pum, pum. —Gesticuló imitando que golpeaba a alguien en la cabeza con un bastón robusto y pesado. Tenía los ojos entrecerrados, la boca apretada; su cara temblaba como si estuviera recordando, como si reviviera ese momento. Me puse enferma—. Podría haber tirado su teléfono al mar, y como solo

soy una vieja insignificante, nadie pensaría que fui yo, ¿verdad? Después de todo, nadie sospechó que fui *yo* quien destrozó su tarta. Tú siempre te encargas de mis tartas de cumpleaños, no *ella.* —Se llevó un dedo tembloroso a los labios.

Todo mi mundo se puso patas arriba.

EPÍLOGO

Un año después

Ha pasado un año desde aquellas vacaciones en la cabaña; cuesta creer que Danni lleve un año muerta.

Angela fue detenida y juzgada por el asesinato de Danni.

La policía no ha avanzado en la investigación del asesinato de Nick Cairns.

Me alivia que no hayan encontrado nada que me incrimine, pero me preocupa que sea cuestión de tiempo. Intento que no me afecte a mi vida cotidiana, y algunos días apenas pienso en ello, pero, cada vez que suena el teléfono o el timbre de la puerta, se me para el corazón. Me he planteado entregarme, llamar a la policía y contárselo todo. Tal vez, dadas las circunstancias, los tribunales fueran indulgentes conmigo. Pero, cuanto más tiempo posponga la confesión, peor será para mí, y a estas alturas mi delito me llevaría directamente a la cárcel. Vivir así es como tener dentro de ti un cáncer que crece poco a poco y que algún día habrá que extirpar. Pero yo sigo adelante, esperando que se cure solo.

Todo se reduce siempre a mis hijos. Sam está en su segundo año en la Universidad de Bristol, y sigue con James, su pareja, que también estudia Derecho. Sueñan con montar su propio bufete algún día. Y Georgia se fue a Exeter a estudiar Medicina. La vida le resulta un poco más dura que a su hermano, que es mucho más sociable. Aún está en el primer cuatrimestre, pero la medicina es su sueño, y creo que es feliz. No quiero separarme de ellos; lo único que pido es permanecer en libertad hasta que se hayan asentado, con sus carreras, sus familias y sus propias vidas.

En cuanto a Angela, había pruebas más que suficientes como para encerrarla el resto de su vida. Ella misma confesó el asesinato de Danni en un interrogatorio policial, pero más tarde negó tener nada que ver con él y acusó a Jenna de ser la asesina. Sin embargo, el bastón, el ADN y la forma en que criticó a Danni ante la policía por

su «promiscuidad» la señalaban como culpable. No olvidemos que Angela fue quien organizó ese fin de semana en la cabaña. A todas luces, parecía una estratagema para reunirnos a todos, incluida a Jenna, y luego inculparla. No la ayudó que ninguno de los huéspedes supiera con certeza el motivo por el que organizó aquel viaje. Creo que en sus momentos de lucidez se dio cuenta de lo que le estaba ocurriendo y nos invitó pensando que podría ser su último cumpleaños de verdad, pero luego perdió la razón. La policía reconoció que Angela no estaba en su sano juicio, pero alegó que había organizado el fin de semana con el pretexto de matar a Danni y que Scott y yo pudiéramos volver a estar juntos. A pesar de nuestras protestas, el caso llegó a los tribunales, donde Angela tuvo que lidiar con una salud mental en constante deterioro. No obstante, tras un juicio que se prolongó bastante, fue declarada inocente por enajenación mental, y el jurado consideró que su demencia no diagnosticada la había llevado a cometer esos actos.

Angela fue ingresada. No irá a la cárcel por su crimen, pero pasará el resto de sus días en la seguridad de un centro médico. Sigue con nosotros en espíritu, exhibiendo sus pendientes extravagantes y sus zapatillas chillonas. Nos aseguramos de que así sea. Todas las semanas voy a la residencia a visitarla, pero Angela ya no es Angela. A veces vuelve a ser la de siempre durante un tiempo, como hace unas semanas, cuando los chicos y yo le llevamos una tarta por su setenta y seis cumpleaños.

—Siempre me han encantado las tartas de Fiona —dijo con su voz de siempre—. No es mi cumpleaños sin una tarta de Fiona. —Me la imaginé machacando la tarta de Danni... e intenté no imaginármela machacándole la cabeza.

Aún me cuesta pensar que Angela fuera capaz de matar a alguien, pero el bastón solo tenía su ADN y el de Danni, lo cual fue bastante concluyente. Sigo preguntándome cómo una mujer de setenta y cinco años tuvo la fuerza suficiente como para matar a una treintañera en forma, pero, al parecer, el primer golpe que recibió Danni fue por la espalda. Quizá eso la dejó inconsciente y Angela aprovechó la oportunidad para acabar con su vida. ¿O puede que tuviera ayuda?

Fue una época horrible: todos éramos presa del miedo y desconfiábamos unos de otros. La cabaña era preciosa, sí, pero también opresiva, y todos nos sentíamos atrapados. Hace poco que he empezado a sanar de aquellas heridas y a ver un resquicio de esperanza, algo de luz al final del túnel.

Los chicos llegan hoy a casa por Navidad. Viajan juntos en el mismo tren desde Exeter, al que Sam subirá en Bristol. Me hace muchísima ilusión verlos. Estoy limpiando uno de los armarios de Sam cuando encuentro un jersey enrollado, y recuerdo que lo llevó en la cabaña el año pasado. Lo desenrollo con la intención de lavarlo; será de utilidad este invierno, dado el precio de la calefacción. Mientras lo hago, aparece algo sólido y brillante. Lo reconozco y de inmediato dejo que caiga al suelo, como si fuera a morderme. Luego me sitúo sobre el objeto mientras una secuencia infinita de posibles acontecimientos se sucede como una película en mi cabeza. Es el teléfono rosa y resplandeciente de Danni, con un «DANNI» estampado en diamantes falsos. Me quedo mirándolo durante mucho tiempo —demasiado—, incapaz de cogerlo. Nunca lo encontraron. La teoría era que Angela lo había lanzado por un acantilado hacia el mar después de matar a Danni. Pero está aquí, y no tengo ni idea de por qué mi hijo lo ha escondido dentro de un jersey. El miedo me carcome.

Tengo la mente en blanco. Una expansión sin fin de nieve blanca, una mancha de sangre, el bastón con mango de perlas de Angela, el teléfono de Danni tirado en el suelo de la habitación de Sam... No tiene sentido.

Angela no habría sido tan previsora como para llevarse el teléfono de Danni, ni siquiera antes de su descenso a la locura. Quienquiera que se lo quitara —o que se lo arrebatara a su frío cadáver— era alguien que comprendía *el poder* de un teléfono y los secretos que guarda. Sigo mirándolo fijamente. Considero la posibilidad de enterrarlo, quemarlo o envolverlo de nuevo en el jersey y dejarlo donde estaba. ¿Debería fingir que no lo he visto y olvidarme de él?

Supongo que el teléfono no funciona, debe haber estado tirado en la nieve durante mucho tiempo. Aunque, claro, si Sam... No puedo ni pensarlo. Pero, si fue *otra persona quien* mató a Danni,

posiblemente le quitara el teléfono justo después de hacerlo. A diferencia de Angela, sabría toda la información que puede conseguir la policía a partir de un dispositivo así. Pero ¿por qué no lo tiró al mar? Enchufo el cargador a la pared y conecto el teléfono con la vaga esperanza de que funcione y, cuando vuelvo unos minutos más tarde, está cargando. Una foto de Danni y Olivia me devuelve la mirada. Ella está radiante con su bebé en brazos. ¿Por qué tiene Sam este teléfono? Estoy segura de que no mató a Danni. ¿O sí?

***

Los pensamientos más extraños se me vienen a la cabeza mientras conduzco de camino a un pequeño mercado a las afueras de la ciudad. He visto en internet que hay un puesto de teléfonos aquí. Prefiero hacer esto de manera discreta —esquiva, incluso— y por eso vengo aquí en lugar de ir a una tienda convencional. En su página web dice que pueden desbloquear cualquier teléfono, y me acerco al puesto esperando tener suerte. El tipo me dice que puede hacerlo por cincuenta libras. No me hace ninguna pregunta, pero, aun así, siento la necesidad de contar una enrevesada patraña sobre que el teléfono pertenece a mi hija.

—Me ha pedido que se lo desbloquee —le digo. Soy demasiado mayor para hacerme pasar por una Danni con una llamativa funda rosa de diamantes falsos.

Más tarde, mientras conduzco de vuelta a casa con el teléfono desbloqueado en mi bolso, siento la tentación de tirarlo a un campo de hierba alta o a un río. Pero ¿y si volvieran a encontrarlo? ¿Y si alguien lo entregara y acabara en manos de la policía? Además, necesito saber qué secretos oculta, aunque solo sea para proteger a Sam.

Una vez en casa, tomo asiento y me mentalizo antes de abrir el teléfono y asomarme a los últimos días de Danni.

Consciente de que esto es una seria violación de la privacidad de otra persona, me digo que solo miraré los mensajes que sean relevantes. Encuentro los más recientes, que resultan ser entre Danni y Georgia. Me siento con derecho a verlos, aunque solo sea

para proteger a mis hijos. El primero es de Danni, enviado la noche antes de morir:

> Hola, Georgie. Te envié un mensaje antes advirtiéndote que no confiaras en Jenna. Supongo que llegué tarde, ¡unos cuantos años tarde! Esta noche, tu padre y yo hemos tenido una conversación. Le he contado algunas cosas de las que no estoy orgullosa, pero lo más importante es que me ha dicho por qué nunca le contó a la policía lo de Jenna, y por qué me impidió a mí hacerlo. La verdad es que te estaba protegiendo. Cuando Jenna se enteró de que yo sabía que traficaba con drogas, le dijo a tu padre, que si íbamos a la policía, te señalaría a ti como la traficante principal. Por desgracia, tenía fotos tuyas pasándoles sustancias a otros alumnos, y también guardó varios mensajes incriminatorios. Ahora lo entiendo. Después de todo, tu padre es de los buenos, pero creo que me di cuenta demasiado tarde. No quiero que te preocupes, comprendo que lo habrás pasado fatal con esto durante mucho tiempo, y quiero que sepas que nunca le contaré nada a nadie. Eres joven, tienes toda la vida por delante y te has dejado engañar por alguien mayor que tú, alguien que no se preocupó por ti en lo más mínimo. Por favor, reconsidera tu amistad con Jenna, por el bien de tu padre. Él trata de portarse bien con ella para que no te delate. Pero, sinceramente, creo que lo va a joder, y a ti también si se le presenta la oportunidad. Papá no se lo ha dicho a nadie, excepto a tu abuela, y como sabes, yo no me suelo meter en estas cosas, pero quiero que lo sepas. También quiero que te enteres por mí de que tu padre y yo hemos decidido dejarlo. Siento decírtelo así, Georgie, pero me iré tan pronto como pueda y me llevaré a Olivia conmigo. Cuídate, cariño. Un beso, D.
>
> Jo, Danni, siento mucho lo de papá y tú. Sé que no fui muy agradable contigo cuando llegaste a nuestras vidas, pero ahora te veo como a una amiga. Cuando Olivia y tú os vayáis, ¿podré ir a veros? Te quiero, y a mi hermanita también. Pero tienes razón sobre Jenna. Creía que era mi amiga y no sabía que se había chivado a papá. Hace años que no tomo drogas, pero hoy me ha amenazado con denunciarme a la policía si no le doy quinientas libras mañana por la mañana. Yo no tengo tanto dinero. No sé qué hacer. Si me meto en problemas, les romperé el corazón a papá y mamá. No entraré en la universidad y nunca seré médico.
>
> Hola, Georgie. Todo irá bien. No hagas nada. Yo llamaré a la policía en cuanto salga de aquí. Lo haría ahora, ¡pero prefiero estar lo más lejos posible de Jenna cuando la delate! Yo me encargo. Un beso, D.

Dejé el teléfono un segundo para digerir todo esto. ¿Qué hizo

Danni para ayudar a Georgia? ¿La mataron por eso?

Los mensajes son toda una revelación, y me hacen comprender el comportamiento de Scott. También explican quién es Jenna en realidad: una criminal. Pero sigo sin saber lo que le ocurrió a Danni. Además, haber encontrado el teléfono en el armario de Sam y el hecho de que Jenna estuviera involucrada en otras cosas me hace cuestionarme lo que pasó de verdad.

***

Los chicos están en casa, hemos cenado de maravilla y, para deleite de Georgia, compartimos una botella de vino entre los tres.

—Vaya, ahora ya puedo beber vino. ¿Por fin te has dado cuenta de que he crecido, mamá? —dice.

—Ya llevas tres meses en la universidad, y seguro que te estás inflando de chupitos de tequila todas las semanas.

—¿Tequila? ¿Yo? —bromea, e inmediatamente vuelvo a esos mensajes. Nunca me había imaginado siquiera que mi hija pudiera haber tomado drogas, y todavía me choca.

Sirvo el postre y hablamos de la vida. Las historias de los niños están llenas de amigos, diversión, clases y fiestas nocturnas. Mis relatos son un poco menos emocionantes; consisten principalmente en jornadas laborales y noches a solas con Netflix, y eso me parece perfecto. No quiero otra relación. Disfruto saliendo a tomar algo o cuidando de Olivia cuando Scott lo necesita, pero no quiero que vuelva. Ahora necesito vivir mi vida a mi manera. Sus planes de mudarse a Escocia nunca llegaron a término, pero durante un tiempo estuve convencida de que se iba a largar. Se me pasó por la cabeza que podría haber tenido algo que ver con la desaparición de Danni, pero Scott es demasiado legal. Por desgracia, no se puede decir lo mismo de Jenna; al parecer, ella sentía algo por Scott, y él se excusó en que todo era demasiado complejo. Ella le dijo que le había dado mensajes contradictorios. Quizá lo hiciera. Siempre fue amable con ella y hacía cuanto podía por ayudarla, al igual que Angela, pero, al parecer, ella se había hecho una idea equivocada y no se lo tomó bien cuando él le explicó que no estaba interesado en

una relación. Ahora comprendo que solo se portaba bien con ella para proteger a Georgia, y una remota parte de mí siente lástima de Jenna. Buscaba amor, pero también dinero, y vio a mi familia y todos sus secretos como una fuente de ingresos.

Después de cenar, disfrutamos de la sobremesa, terminando los últimos bocados de la cena y sin parar de reír. Odio tener que hacer esto, pero les digo que tenemos que hablar.

—He encontrado el teléfono de Danni —digo sin paños calientes, esperando ver la reacción de Sam. Me mira fijamente, en silencio. Así que les enseño los mensajes. Obviamente, Georgia ya los conoce, y supongo que Sam también, pues los habrá leído cuando tenía el teléfono—. ¿Por qué guardas el teléfono de Danni, Sam? —Clava los codos en la mesa y apoya la cabeza en las manos—. ¿He tenido razón todo este tiempo? —pregunto rompiendo el silencio. Él me mira de nuevo, sin decir nada—. Me he enterado de que papá encubrió a Jenna solo para proteger a Georgia. ¿Volvió a estallar todo después de eso? ¿Le dijo Danni algo a Jenna tratando de advertirla o amenazándola con denunciarla a la policía? ¿Siguió Jenna a Danni durante su paseo con el bastón de la abuela? —De repente, se me ocurre esta idea—. O puede que se lo encontrara entre la nieve y golpeara a Danni con él.

—Ostras, sí, creo que tienes razón, mamá. Eso debe ser lo que pasó —responde Sam.

—Entonces, ¿estás escondiendo el teléfono de Danni para proteger a Jenna?

—No, no. Es que me lo encontré...

—¿Que lo encontraste? ¿Dónde? ¿Y por qué no nos lo dijiste a nosotros ni a la policía? —Estoy confundida. Pensaba sinceramente que habría una razón simple por la que Sam tendría el teléfono en su poder. Pero está ocultando algo. Conozco a mi hijo; sin duda, la está encubriendo—. Respóndeme, Sam. ¿Estabas escondiendo el teléfono para proteger a Jenna? —pregunto, alto y claro—. Sé cómo es, Danni tenía razón: es manipuladora, no se puede confiar en ella. Si te pidió que guardaras el teléfono, tienes que decirnos la verdad o te meterás en problemas.

—Sí... supongo... —Sacude la cabeza.

—Estudias Derecho, no hace falta que te recuerde lo mal que pinta esto —suelto, enfadada con él por ser tan ingenuo.

No responde. Se queda con la mirada fija en la mesa, así que, cuando me doy cuenta de que no tiene intención de hablar conmigo, le digo:

—Muy bien. Mañana iré a hablar con la policía a primera hora. Voy a decirles que no fue la abuela, sino Jenna.

—Pues buena suerte con eso, mamá —dice Georgia con tristeza.

—¿Por qué? —pregunto.

—Se fue a Tailandia en febrero, nadie ha sabido nada de ella desde entonces —explica.

—Bueno, para eso está la Interpol. Seguro que la encuentran, ¿no?

—Mamá, la pillaron en Bangkok con tres litros de Molly en botellas de ginebra —dice Sam.

—Lo siento, no he entendido ni una palabra. ¿Me lo traduces, por favor?

—Drogas, mamá. La detuvieron en la aduana tailandesa. Ya está entre rejas, así que se ha hecho justicia. No la vamos a ver en mucho tiempo, gracias a Dios —dice Sam, meneando la cabeza.

—Sí —se une Georgia—. Jenna era peligrosa, es una persona tóxica.

Asentí con la cabeza.

—Estoy de acuerdo, llegó a nuestra familia ese fin de semana e intentó destruirla. Pero que ya esté en la cárcel no significa que no la puedan juzgar por lo que le hizo a Danni.

Sam reflexiona un momento.

—Pero, como tú dices, todo el mundo piensa que fue la abuela. Ya la han juzgado y no tuvo que entrar en la cárcel. Las leyes no se le aplican debido a su estado, así que tal vez es mejor no agitar el avispero y dejar a Jenna en paz, ¿no crees?

—Sam, ¿cómo puedes decir eso? Sé que no se encuentra en buen estado, pero es tu abuela. ¿Quieres que sea recordada como una asesina? Sabes perfectamente que ella se merece justicia...

—No podemos hacer eso, mamá.

—No —elevo la voz. Me enfado en nombre de Angela, de la mujer que una vez fue—. Sam, tú quieres ser abogado, este tipo de

injusticias son las que quieres evitar, ¿no?

—Mamá, no lo entiendes —dice, irritado.

—¡BASTA YA! Dejadlo de una puta vez —grita Georgia. Ambos nos volvemos hacia ella—. No puedo más. —Mira a Sam y sacude la cabeza, le caen lágrimas por la cara.

—Georgia —dice Sam en tono de advertencia.

Miro a mis dos hijos en busca de una respuesta.

Toma aire y, cuando parece que está a punto de hablar, Georgia empieza a gemir. Entonces, en un tono de voz que no reconozco en ella, dice:

—No puedo seguir mintiendo.

—No, Georgia. No podemos decírselo a nadie. Papá nos lo advirtió...

De repente, el mundo se tambalea y pierdo el equilibrio.

—No me importa lo que diga papá, no puedo vivir con esto dentro de mí. —Está mirando al frente, con la cara torcida. Su voz suena diferente, como poseída.

—¡GEORGIA, CÁLLATE! —le grita Sam.

—¿Papá? ¿Qué ha hecho? —Estoy en ascuas, con los nervios a flor de piel—. Hablad, ¿papá mató a Danni? —Los miro a ambos, pero ellos no son capaces de devolverme la mirada—. ¡Contádmelo de una vez! —digo a voz en grito—. Tenéis que contármelo...

—Yo te lo explico —dice Georgia, mirando con admonición a Sam, que está a punto de intervenir—. Mamá, la cosa es que yo estaba harta de ella —empieza, en un tono de voz más alto—, me tenía hasta el coño.

—¿Danni? —pregunto—. Pensaba que tú...

—No, estaba harta de que Jenna controlara nuestras vidas. —Hace una pausa, sin saber muy bien cómo continuar—. Era una víbora, siempre tratando de manipular a todo el mundo, metiéndonos en problemas. Y estaba obsesionada con papá. —Respira agitadamente —. Danni me dijo una vez que Jenna era mala, y ahora lo creo. Destrozó el matrimonio de papá y Danni; conseguía que discutieran todo el tiempo, insinuándole a Danni que tenía algo con papá.

«Y, después de que Danni se marchara, empezó a chantajear a la abuela. Le dijo que se había encontrado a papá cavando en la nieve

y que había visto sangre. Le dijo que era él quien había matado a Danni. La abuela me lo contó; estaba confusa, pero yo lo entendí, y supe que Jenna la estaba chantajeando.

—¿Y Jenna decía la verdad? —me oigo preguntar, con la voz temblorosa por la emoción—. ¿Scott es el asesino?

—Sí, Jenna lo vio, es cierto —admite Georgia—. Estaba en la nieve, y había estado cavando, y... —Rompe a llorar—. Había sangre, muchísima sangre... ¡estaba intentando esconder el cuerpo!

Solloza, y Sam se acerca para consolarla.

Estoy demasiado sorprendida y alterada para hablar, así que me limito a esperar a que mi hija continúe y, cuando lo hace, vomita las palabras.

—Una noche, terminé tarde de jugar al *netball* y me acerqué al despacho de papá para ver si me llevaba a casa, pero, cuando llegué, la puerta estaba cerrada. No sé por qué, pero di la vuelta por el exterior. Estaba oscuro, y estuve a punto de golpear la ventana porque pude verle la nuca. —Se pone pálida al revivir esto, y puedo ver que fue duro para ella. Le ha dejado trauma.

«Él y Danni estaban... juntos. —Se limpia las lágrimas—. Yo me enfadé tanto que se lo conté a Jenna al día siguiente, y ella fue muy amable conmigo y me consoló. Yo solo tenía catorce años y ella era la técnico de laboratorio del instituto. Se portaba bien conmigo y parecía que se preocupaba por mí. Me dijo que la forma de poner fin a su aventura era tomar fotos como prueba y colgarlas en Facebook y en el foro de la web del instituto. Dijo que les daría tanta vergüenza que dejarían de verse y tú y papá seguiríais juntos. No sabía lo que estaba haciendo, no podía contártelo a ti porque no quería hacerte daño. Pensé que yo podría encargarme sola. Así que hice lo que me sugirió y colgué la foto. —Hace una pausa, recordando las terribles consecuencias—. Y, por supuesto, no funcionó: tú te enteraste y echaste a papá, y todo fue por mi culpa. —Empieza a llorar de nuevo.

—¡Georgia, no digas eso! —le ordeno, enfadada porque nuestra hija cargue con esa culpa—. Lo que pasó entre tu padre y yo no fue por tu culpa. Tu padre me estaba engañando, nuestro matrimonio se acabó y tú no tuviste nada que ver en eso, ¿me oyes?

Ella asiente.

—Aquello fue horrible, y me apoyé en Jenna cuando papá y tú os separasteis, ahora me doy cuenta de ello. Parecía tan comprensiva y empática... Y, cuando le conté que no podía concentrarme en clase, me dijo que iba a darme algo para ayudarme... y ahí empezó todo. Me tomaba todo lo que me daba. Confié en ella y llegué a depender de ella, a depender de sus drogas. Después me dijo que tenía que pagarle, porque ella compraba la droga y no tenía dinero. Me sentí fatal, y cuando me dijo cuánto le debía, le dije que no podía pagarle. Entonces me dijo que me haría un favor: si yo vendía drogas a los otros chicos, me la dejaría gratis.

—Ay, Georgia —susurro, tendiéndole la mano a través de la mesa.

—Me odiaba a mí misma, así que, en cuanto me sentí con fuerzas, dejé de tomarlas y le dije que aquello se había acabado. Pero me amenazó con ir a la policía y me dijo que tenía que seguir trabajando para ella o acabaría en la cárcel.

Veo que Sam ya sabe todo esto. Está sentado, con la cabeza gacha, mientras yo ahogo un grito, horrorizada.

—Esa noche, en la cabaña, cuando recibí los mensajes de Danni y descubrí que papá me estaba cubriendo las espaldas, que tenía que ser bueno con Jenna por mí... —Sacude la cabeza con incredulidad —. Me entraron ganas de matarla. Estaba haciendo daño a gente a la que quería y me estaba arruinando la vida. Entonces, la mañana en que Danni... se fue, la pobre abuela entró en mi habitación muy temprano, tan temprano que aún estaba oscuro. Se sentó en mi cama llorando. Me dijo que Jenna iba a contarle a la policía lo mío con las drogas. Jenna le dijo que iba a asegurarse de que yo no fuera médico nunca, que sería una delincuente convicta.

«La abuela aún entendía las cosas entonces, pero estaba un poco confusa y todo esto la angustiaba. Mientras la abuela me contaba esto, oí que alguien salía de casa. Ella también lo oyó y dijo: «Es Jenna, va a hablar con la policía, me dijo que lo haría». Me entró el pánico; me puse un abrigo y salí corriendo tras ella. Podía ver su chaqueta amarilla brillante en la distancia con la linterna de mi teléfono. Creí que había salido temprano porque quería llegar hasta la carretera por el sendero de la costa. Pensé que quería hablar con

la policía a primera hora, antes de que nos levantáramos y pudiéramos detenerla. No iba a permitirle que me delatara por nada del mundo, así que eché a correr tras ella.

«Cuando me acerqué a ella, se dio cuenta de que la perseguía y empezó a apretar el paso. Pero yo era mucho más rápida, y cuanto más corría ella, más me enfadaba yo. Tropecé con algo en la oscuridad y casi me caigo. Me agaché y lo recogí. Era un palo, grande y pesado, y lo iba a usar para amenazarla. Iba a decirle que, si no volvía a la cabaña a la de ya, le daría una paliza. Y, mientras corría, no paraba de pensar en lo que le había hecho a papá, a Danni y a la abuela, y en cómo me había dado drogas y me había obligado a vendérselas a otros chicos.

«Los mensajes de Danni me ayudaron a entender por qué papá la aguantaba y por qué la abuela le había encontrado un trabajo: intentaban mantenerla contenta para salvarme —Nuevas lágrimas caen por sus mejillas, y tiene que dejar de hablar para limpiarse los ojos y sonarse la nariz.

Ahora está más tranquila. Vuelve a recorrer sus pasos por el sendero, recordando lo que sucedió.

—No fue sin querer, no fue un accidente, simplemente *sabía* que no quería un mundo en el que estuviera ella. Y... y... —Se detiene un momento para recordar cada segundo—. Me puse justo detrás de ella y la golpeé con el palo tan fuerte como pude. Nunca olvidaré el ruido que hizo: fue silencioso, un gemido breve como el de un animal al que disparan. Pero no me detuve, seguí golpeándola sin parar, e incluso cuando intentó darse la vuelta, no dejé de pegarle. La ira se apoderó de mí, perdí el control de mis actos, y cuando ella cayó al suelo, me di cuenta de lo que había hecho.

«Y *entonces* sentí miedo, tanto que me empezaron a castañear los dientes. Encendí la linterna y... Estaba asustada y quería que ella se levantara, o al menos que emitiera algún sonido para saber que seguía viva. No podía permitirme pensar que estaba muerta, que había *matado* a alguien, aunque *fuera* Jenna. No podía concebir ese pensamiento. Pero fue mucho peor que eso. Nunca lo olvidaré: alumbré el suelo con la linterna para ver dónde había caído, y vi el nombre *de Danni* en los pequeños diamantes de su móvil, tirado en

el suelo. Sentí un escalofrío terrible recorriéndome el cuerpo. Y, de repente, me di cuenta de lo que había hecho. Tuve que taparme la boca para evitar gritar.

—Dios mío, Georgia —gimo. Las lágrimas surcan mi cara.

—Y entonces eché a correr. Corrí y corrí, y cuando volví a la cabaña fui directamente a contárselo a Sam.

Me levanto y rodeo la mesa para consolarla. Y es entonces cuando se derrumba; su cuerpo se estremece, todo un año de duelo y horror brota de ella, y yo la abrazo durante un buen rato hasta que por fin empieza a tranquilizarse. Sam sigue sentado en silencio, mirando la mesa, moviendo el corcho del vino de una mano a otra en un movimiento constante. Hasta que por fin habla:

—Cuando Georgia me lo contó, no sabía qué cojones hacer, pero pensé que, si seguía viva, teníamos que llamar a una ambulancia. Tenía la esperanza de que solo estuviera aturdida o inconsciente y pudiéramos salvarla. Así que le dije a Georgia que me llevara allí y salimos de inmediato. No dejaba de rezar por que no fuera tan grave como Georgia lo pintaba.

—Pero, cuando llegamos, seguía tirada en el suelo, con el cuerpo retorcido —dice Georgia entre lágrimas—. La nieve se había impregnado de la sangre que le manaba de la cabeza. —Su tono se eleva hasta alcanzar el de un chillido de horror.

—Para entonces ya era de día. Me acerqué lo bastante como para verle los ojos abiertos; su cara era de un azul pálido, nunca lo olvidaré. —Sam se estremece, con lágrimas en los ojos.

Intento no reaccionar, mantener la calma. Georgia está al borde de un ataque de pánico.

—¿Y qué hicisteis después?

—¿Qué podíamos hacer? Estaba muerta. Pero entonces lo vi: su teléfono rosa. Georgia me había dicho que estaba tirado a su lado; probablemente lo había sacado para llamar a alguien cuando la seguía y se le había caído al suelo. Los dos estábamos muy nerviosos y me entró el pánico. Pensé que el teléfono podría incriminar a Georgia de alguna manera, así que lo cogí y echamos a correr.

Se me ocurren tantas preguntas que no sé por dónde empezar.

Tengo la mente entumecida, pero me doy cuenta de que soy la única adulta en la sala, y tenemos que hablar de lo que va a pasar ahora.

—Entonces, ¿la abuela no tuvo nada que ver con esto? —Ambos sacuden la cabeza—. ¿Y por qué solo encontraron sus huellas en el bastón? —pregunto.

—Porque yo llevaba unos guantes de lana. Me puse el abrigo y los guantes estaban en el bolsillo; cuando encontré el palo, ya los tenía puestos —aclara Georgia—. Pero la abuela estuvo usando el bastón en casa, sin guantes ni nada, y por eso tenía sus huellas.

Asiento, eso tenía sentido.

—El cuerpo..., ¿has dicho que papá movió el cuerpo?

Ambos se miran y Sam empieza con las explicaciones:

—Se lo conté a papá. Georgia no quería, creía que él la odiaría, pero vino a hablar conmigo a solas y me preguntó si estaba bien. Intenté aparentar que no pasaba nada, pero papá tiene esa forma de averiguar las cosas. Y me dijo que el mensaje que había recibido de Danni lo había enviado otra persona.

—¿Quién? —pregunto.

—Yo —dice Sam—. Pero él sabía que no era de Danni.

—¿Cómo lo supo?

—Porque había firmado el mensaje con una D, pero eso solo lo hacía con los mensajes que nos mandaba a nosotros. Los que le enviaba a papá los firmaba con una S. Era un guiño a cuando empezaron su relación. —Me mira torpemente—. Papá la tenía guardada en el móvil como Steve.

No reacciono ante esto, ya ni siquiera me duele. Todo eso forma parte del pasado, y yo por fin estoy en el presente y feliz... hasta hoy al menos.

—Entonces tú enviaste ese mensaje desde el teléfono de Danni diciendo que no la buscara, que necesitaba espacio —digo.

—Sí, fue una estupidez, pero pensé que, si podíamos hacer creer a todo el mundo que solo era otra de las pataletas de Danni, conseguiríamos algo de tiempo. También quería mover el cuerpo y hacer que pareciera un suicidio. Pero papá pensó que el mensaje lo habías enviado tú y que le habías hecho daño a Danni —me dijo Sam.

Me quedé horrorizada.

—¿Tu padre no me conoce en absoluto o qué le pasa?

—No, pero entonces me di cuenta de que teníamos que decirle la verdad a papá o te echaría las culpas a ti. Se enfadó muchísimo y yo creía que iba a llamar a la policía en ese mismo momento, pero, en lugar de eso, me preguntó dónde estaba Danni.

—Así que esa noche salimos a buscarla. Jenna y tú también vinisteis. Llevamos a papá hasta el cuerpo —añade Georgia, haciendo un montoncito con los pañuelos húmedos sobre la mesa.

—¿Nos perdiste a Jenna y a mí deliberadamente?

—Sí, teníamos que hacerlo, pero podíamos veros a lo lejos. Georgia os vigilaba para que no os perdierais ni nos encontrarais.

—El plan de papá era sacar a Danni del sendero donde yacía, pero estaba muy oscuro y costaba mucho ver bien, incluso con las linternas. Su cuerpo estaba congelado y pesaba mucho, y papá dijo que corríamos el riesgo de resbalar al moverlo, así que decidimos cubrirlo con nieve. Pensamos que la policía no la encontraría ahí y que tendríamos tiempo de pensar mejor qué hacer.

—Al día siguiente, papá salió temprano. Entró por la puerta trasera, ¿recuerdas? Pensamos que era un intruso.

—Sí, y nos dio un susto de muerte —respondí. Todas las piezas de esta macabra historia empiezan a encajar.

—Había salido a ver a Danni, quería comprobar que su cuerpo estuviera bien escondido. Le preocupaba que lo encontraran los zorros u otros animales. Pero, cuando llegó, la nieve con la que la habíamos cubierto se había convertido en un bloque de hielo.

—Y eso explica que tuviera la manga manchada de sangre.

—Sí. El cuerpo estaba totalmente congelado, pero tenía una mano libre. Seguramente tocó la sangre que se había derretido en la nieve cuando intentó moverlo. —Sam se estremece.

—Qué horror. —Tiemblo al imaginarme a Danni encerrada en su propio ataúd de hielo—. ¿Papá nunca sugirió contárselo a la policía? —pregunto.

Ambos sacuden la cabeza.

—Nos dijo que teníamos toda la vida por delante —comenta Sam —, y que si alguien encontraba el cuerpo, diría que había sido él. —

Exhalo un largo suspiro—. Y, cuando Freeman nos dijo que habían encontrado a Danni, papá estaba preparado para confesar, pero la abuela se le adelantó, estaba confusa.

—No tanto —digo, dándome cuenta de que en sus últimas semanas de lucidez, Angela había salvado tanto a su nieta como a su hijo. Ella era consciente de lo que estaba pasando; Scott se le había contado casi todo. Además, sabía que Georgia había salido corriendo esa mañana hecha una furia—. Supongo que nunca lo sabremos, pero creo que la abuela confesó para exculpar a papá y a Georgia —digo en voz baja.

Nos quedamos sentados un rato, asimilando la cruda realidad. Finalmente, digo lo que pienso:

—Sabéis que lo correcto sería ir a la policía y explicarlo todo, ¿verdad? —digo, consciente de lo irónico de la situación, ya que yo debería hacer lo mismo con respecto a Nick.

—Sí, es lo que tendríamos que hacer —dice Sam sin entusiasmo—, aunque eso sería como abrir la caja de Pandora.

Sam me mira. Está pensando en el atropello, pero no quiero que Georgia lo sepa. Es demasiado frágil y ya ha sufrido bastante. Sacudo la cabeza y él asiente.

—Eso sería lo correcto —repito—, pero ¿cuáles serían las consecuencias? Georgia, esa mañana saliste decidida a hacerle daño a Jenna; cogiste el bastón y lo usaste como arma contra la víctima. A pesar de que se trataba de Danni, a quien no tenías intención de matar, seguiría considerándose un asesinato premeditado y, aunque solo tenías diecisiete en aquel momento, podrías acabar en la cárcel. Fue un asesinato. En los casos más graves, los menores de edad pueden ser condenados y encerrados en algún tipo de institución.

Georgia asiente lentamente, con el terror reflejado en el rostro. Sam, por su parte, se retuerce. Los dos sabemos que Georgia no sobreviviría a ningún tipo de encierro; es frágil, una niña con ansiedad que se está convirtiendo en una mujer con ansiedad. Sería su fin, y yo no puedo permitirlo.

—Y yo encontré el teléfono y me lo quedé, por lo que también estoy implicado —señala Sam—, es decir, que mi futuro como abogado se iría a tomar por culo. Y papá también está implicado

porque intentó mover el cuerpo, así que se acabó la enseñanza para él. Ninguno de nosotros llamó a una ambulancia ni a la policía, y tampoco se lo dijimos a las agentes de policía cuando nos interrogaron. De hecho, mentimos a la policía —afirma—. Nos meterían en la cárcel un tiempo y, cuando saliéramos, tendríamos antecedentes policiales y un futuro muy negro.

—Así que, teniendo en cuenta todo este... lío..., nos podrían declarar culpables a todos de una forma u otra —concluyo—. Y si, como dices, pudiéramos acabar en la cárcel, tenemos que pensar en lo que eso significaría para Olivia. —Dejo macerar esta idea para que reflexionen sobre ello, y luego digo—: Pero ¿cuál es la alternativa? ¿Podríamos vivir con la conciencia tranquila si no confesamos ante la policía?

Se miran el uno al otro. Ninguno de los dos responde.

Espero a que asimilen esto y pregunto:

—¿Qué querría la abuela que hiciéramos? —Ambos reaccionan de la misma manera, con una media sonrisa cargada de arrepentimiento—. No creo que a la abuela le gustara que nadie de su familia entrara en la cárcel y que su nietecita quedara a cargo de los Servicios Sociales, ¿verdad? —ofrezco.

Ambos sacuden lentamente la cabeza.

—Ella querría que los dos fuéramos libres e hiciéramos del mundo un lugar mejor —dice Sam—. Y querría que papá siguiera cambiando la vida de sus alumnos, siendo director y cuidando de Olivia.

Me giro hacia Georgia.

—¿Y tú qué crees? A ti te costará aceptar esto más que a Sam. Si decides no contárselo a la policía y seguir como hasta ahora, tendrás que ser fuerte y vivir con ello.

Permanece quieta un rato, por su rostro joven y perfecto caen las lágrimas de toda una vida. Sé que esto será difícil para ella, pero, si confiesa y la condenan, sería su fin.

Continúa sentada durante largo rato, aferrada a sus pañuelos húmedos. Su rostro es un estudio impecable del dolor y el arrepentimiento.

—Nunca volveré a hacer algo así —dice en voz baja—. Quiero ser médico, es lo que siempre he querido. Danni me apoyaba con ello, y

la abuela también. Sé que ellas querrían que siguiera por ese camino. Nunca superaré lo que hice; la muerte de Danni es lo peor que me ha pasado, y eso nunca cambiará. La verdad es que no estoy segura de cuánto tiempo podré vivir con lo que hice, pero, mientras lo haga, intentaré aportar algo positivo... Y cada vez que salve una vida podré justificar que yo sigo viva, mientras que Danni no lo está...

Respiro profundamente y le toco la mano. Me preocupo por Georgia, siempre lo he hecho y siempre lo haré. En el fondo, no creo que llegue a liberarse nunca de una carga como esa. ¿Quién podría? Está convencida de que no merece vivir porque Danni murió. Solo espero que su carrera profesional le aporte algo de equilibrio, que le sirva como redención para vivir con tranquilidad el resto de sus días.

—Vale, estamos de acuerdo. —Me levanto, cojo el teléfono de Danni de la mesa y me dirijo al lavadero, donde guardo un martillo. Después de sacar la tarjeta SIM, lo hago añicos.

Nunca podré justificar esto desde el punto de vista moral. Lo que hago está mal. Soy una mala madre que está animando a sus hijos a no decir la verdad, al tiempo que oculta su propio crimen. Pero no se trata de mí, no intento salvarme el pellejo, sino mantener a mis hijos a salvo y evitar daños mayores. Sé que Georgia es una buena persona, sé que salvará vidas, y si es capaz de aceptar lo que ha hecho, solo le deseo que lleve una vida plena. Espero lo mismo para Sam, y para Olivia, que también tendrá que enfrentarse a sus propias pruebas. Si todo va según el plan, Scott la guiará y yo estaré en un segundo plano, haciendo las veces de la tía afable que la cuida cuando su padre trabaja hasta tarde.

Sé que debería llamar a la policía ahora mismo y contarles lo que hice, y lo que hizo mi hija. Y quién sabe, quizá se me adelanten: puede que encuentren algún registro de mi perfil en la misma página de citas que usaba Nick Cairns, y ese sería mi fin. Por el momento, no ha habido ninguna llamada, pero, si la policía se pone en contacto con alguno de nosotros mañana o si Georgia no puede seguir guardando el secreto, iremos a la policía y confesaremos juntas.

Angela siempre decía que pararía una bala con el pecho por sus

nietos, y creo que lo hizo. Fue su último acto de amor hacia su familia antes de desaparecer en el trágico agujero negro de la demencia. Se sacrificó para que ellos mantuvieran su libertad, y no pienso reprochárselo. No tomo esta decisión a la ligera, pero creo que es lo *correcto*, al menos de momento.

Y para quienquiera que lea estas páginas y piense que soy la peor madre de la historia y la mujer con la moral más corrupta del mundo, debe saber que probablemente tenga razón. Pero, cuando cierren este libro, siéntense un momento y pregúntense: «Si mi hija asesinara a alguien y yo pudiera salvarla, ¿qué haría?».

UNA CARTA DE SUE

Muchas gracias por leer *La cabaña*. Si te ha gustado y quieres estar al día de mis últimas publicaciones, suscríbete en el siguiente enlace. Tu dirección de correo electrónico no se compartirá bajo ningún concepto y podrás darte de baja en cualquier momento.

www.bookouture.com/sue-watson

La inspiración para este libro llega de los preciosos anuncios de vacaciones de invierno que aparecen en las noticias y en las últimas páginas de las revistas ilustradas. Esas fotos de familias perfectas en *jacuzzis*, bebiendo champán y sonriendo, con los dientes tan blancos como las cumbres de las montañas nevadas. Esas magníficas imágenes me hicieron pensar en lo maravilloso que sería reservar una preciosa cabaña en un paraje invernal mágico e invitar a toda la familia a pasar unas vacaciones. Tres generaciones reunidas junto a la chimenea mientras afuera la nieve cae como confeti blanco... ¿Qué podría salir mal? Bueno, eso depende de la familia, y cuando se juntan la antigua esposa y la nueva bajo el mismo techo, puede ocurrir cualquier cosa. Seguro que es solo cuestión de tiempo que todos los resentimientos, celos y culpas salgan burbujeando hasta la superficie, como en una lujosa bañera de hidromasaje.

Me encantó escribir este libro; de hecho, una vez que los personajes tomaron las riendas, fue fácil: ellos hicieron todo el trabajo. Me senté tranquilamente con mi taza humeante de chocolate caliente y dejé que las cosas se enrevesaran más y más, y me dediqué a gozar de las vistas.

Espero que hayas disfrutado leyendo *La cabaña* tanto como yo escribiéndola y, si es así, te agradecería de corazón que dejaras una reseña. No hace falta que sea todo un párrafo; cada palabra cuenta y es de gran ayuda. Me encantaría saber qué te ha parecido, y también resulta muy útil para que los nuevos lectores descubran mis libros.

Me encanta conocer la opinión de mis lectores, así que no dudes en contactar conmigo a través de mis redes sociales.

Muchas gracias por tu tiempo,

Sue
facebook.com/suewatsonbooks
twitter.com/suewatsonwriter

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, mi más sincero agradecimiento al maravilloso equipo de Bookouture. Son increíbles, me brindan todo su apoyo y transforman con maestría mis ideas en libros.

Gracias a mi magnífica editora, Helen Jenner, que es capaz de domesticar mi escritura, le da sentido y hace que mis libros alcancen todo su potencial. Gracias también a Sarah Hardy, mi publicista, por hacer siempre un trabajo increíble para dar a conocer mis libros.

Mil gracias, como siempre, a Harolyn Grant, mi amiga y lectora canadiense, que no solo emplea su ojo forense en los detalles para encontrar cosas que se me escapan, sino que aporta mucho más con sus maravillosas ideas y su visión de la vida. Gracias también a Su Biela y Dawn Angel por sus fabulosas primeras lecturas, y a Anna Wallace por su fantástica puesta a punto final.

Como siempre, muchas gracias a mi paciente marido, Nick; a mi increíble hija, Eve; a mi encantadora madre; al resto de mi familia; y a todos mis fantásticos amigos.

Y un último guiño para el nuevo miembro de la familia. Lamentablemente, a finales del año pasado perdimos a nuestra gata Poppy, de dieciocho años, que se sentaba a mi lado en el sofá mientras yo escribía por la noche y que debería haber aparecido en los créditos junto a mí por todas las horas que le dedicaba. La echamos mucho de menos y, durante un tiempo, esas largas noches frente al portátil fueron de lo más solitarias, hasta que adoptamos un pequeñajo precioso y peludito llamado Cosmo. Ha ocupado el lugar de Poppy, me hace compañía cuando todos los demás duermen y siempre está dispuesto a ayudarme con esos complejos giros de guion a cambio de unos deliciosos *snacks* para gatos, sea la hora que sea.



Todos tenemos secretos

McDine, A.J.
9788742814185
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Hasta qué punto conoces a las personas que más quieres?
¿Hasta qué punto conoces a tu propia familia?

La mujer: Eve desea con todas sus fuerzas que su vida sea perfecta. Vivir en una casa preciosa, con unas vistas increíbles al campo, es todo lo que siempre ha soñado. Y está dispuesta a hacer lo que haga falta para no perder ese sueño de vida ideal.

El hijo: Joe es el hijo perfecto, un estudiante ejemplar que nunca se mete en líos. Sabe que su madre no permitiría otra cosa. Pero la noche después de haber celebrado su decimosexto cumpleaños, todo se tuerce de forma dramática. Con las luces de la policía y la ambulancia iluminando el exterior de la casa, de repente todas las miradas se centran en su familia.

El marido: Noah no siempre es sincero con su mujer. Sabe lo exigente que puede llegar a ser. Pero las mentiras que ha ido acumulando empiezan a descontrolarse. Y cuando un accidente impactante sacude su propio hogar… ¿podrá mantener unida a su familia o está a punto de perderlo todo?

«Un **drama familiar trepidante** con un r**itmo excelente y giros inesperados**: es muy difícil saber en quién confiar. Una **trama fascinante** y una gran variedad de personajes interesantes, aunque no necesariamente simpáticos».
Lyndas Bookreviews ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Empiezo a creer que A. J. McDine no es capaz de escribir un libro que no me guste**».
My Book Review Freedom ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«La historia **me enganchó desde el primer momento**… Los **giros inesperados** me tuvieron mordiéndome las uñas… **¡A. J. McDine nunca decepciona** con sus novelas de suspense doméstico!».
Books by the Bottle ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Una historia **absorbente y llena de sorpresas**, y todos los personajes esconden más de lo que parece… ¡Me leí el libro en menos de un día, con muchas ganas de descubrir la verdad y ver cómo terminaba todo!».
Locky Loves Books ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Una de mis autoras favoritas de thrillers psicológicos**. ¡Este libro despertará emociones que no sabías que tenías o que habías olvidado!… **¡Uno**

de mis favoritos de 2024!».
Life, Love and Books ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



Bigamia

Halsall, Rona
9788742814109

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Es el marido perfecto.
Pero tú no eres su única esposa.

«La mujer que contesta al teléfono de mi marido Sam dice que no está disponible. No reconozco su voz, así que le pregunto con educación quién es. Su respuesta, "Soy su mujer", hace que mi mundo se desmorone».

Emma supo que quería casarse con Sam en cuanto lo conoció. Después de perder a su madre de forma repentina, el encantador arquitecto de voz suave y mirada castaña profunda era justo el nuevo comienzo que necesitaba.

Cuando Emma se queda embarazada, no cabe en sí de felicidad. Hace todo lo posible para que su pequeña familia funcione e intenta ignorar los largos viajes de trabajo de Sam, las llamadas que coge en privado y sus excusas sobre por qué el dinero desaparece constantemente de la cuenta bancaria de ella. Pero él no tiene ni idea de lo que Emma ha

estado haciendo en su casa mientras él está fuera… ni tampoco cómo consiguió ese dinero en realidad.

Entonces Emma descubre que Sam esconde mucho más de lo que jamás habría imaginado. Porque su marido lleva una doble vida. Está casado con otra mujer.

Pero él no es el único que guarda secretos y no sabe hasta dónde está dispuesta a llegar Emma para protegerse…

«**Un thriller trepidante** que devoré en dos sentadas… **El final me dejó sin palabras. ¡Brillante!**».
Carla Kovach ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Uno de mis libros favoritos del año**… Esta historia esconde mucho más de lo que parece a simple vista. Tienes que experimentar por ti mismo todos estos giros. Y hay muchos… **Un thriller psicológico que se queda contigo mucho después de haber leído la última página**».
Fireflies & Free Kicks Fiction Reviews ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Decir que me sorprendió es quedarse corta**… Rona Halsall ofrece **una lectura realmente buena**

y estoy deseando leer su próximo libro».
Robin Loves Reading ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«¡Tantos giros que no dejé de sorprenderme hasta la última frase!... **Imprescindible para los amantes de los thrillers psicológicos**».
@stamperlady50 ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Increíble**... **Fantástico**... Me mantuvo en tensión hasta bien entrada la noche porque no podía soltarlo... **Perfecto, adictivo, absorbente**».
Bookworm86 ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Completamente imposible dejarlo**... Me atrapó desde el prólogo y no pude soltar el Kindle hasta que lo terminé... Madre mía, cuántos giros... **Brillante**... **Le daría más de 5 estrellas si pudiera**».
@leona.omahony ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Me mantuvo despierta toda la noche para poder acabarlo... **Cada giro me dejó completamente descolocada**... **Me encantó**».
Bookloversanonuk ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Tú también pagarás

Dalmau, Eugenia
9788742814024
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Siete mujeres. Un pasado que las une. Un viaje que lo cambiará todo.

Desde que un escritor se presentó en su domicilio, interesado en los sucesos que ocurrieron hace veinte años durante un viaje que su madre, Julia, hizo a Egipto, Lucía no ha dejado de hacerse preguntas: «¿Por qué mi madre me habrá mentido? ¿Estará relacionado con lo que la prensa llamó *La Tragedia del Nilo*? ¿Será Egipto la clave?».

En aquel entonces, el azar llevó a Julia y a seis mujeres de cierta edad a embarcarse en un crucero por el Nilo. El viaje transcurrió con normalidad hasta que una de ellas apareció muerta bajo circunstancias sospechosas. Esto desencadenó una serie de acontecimientos que llevaron a Julia a investigar los verdaderos motivos por los que sus compañeras habían emprendido aquel viaje.

La visita del escritor a casa de Lucía coincide con el hallazgo fortuito de una ecografía, y esa doble casualidad la obliga a cuestionarse todo lo que creía saber sobre su origen.

Mientras trata de averiguar quién es realmente su padre, se ve inmersa en una búsqueda que desenterrará verdades largamente ocultas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



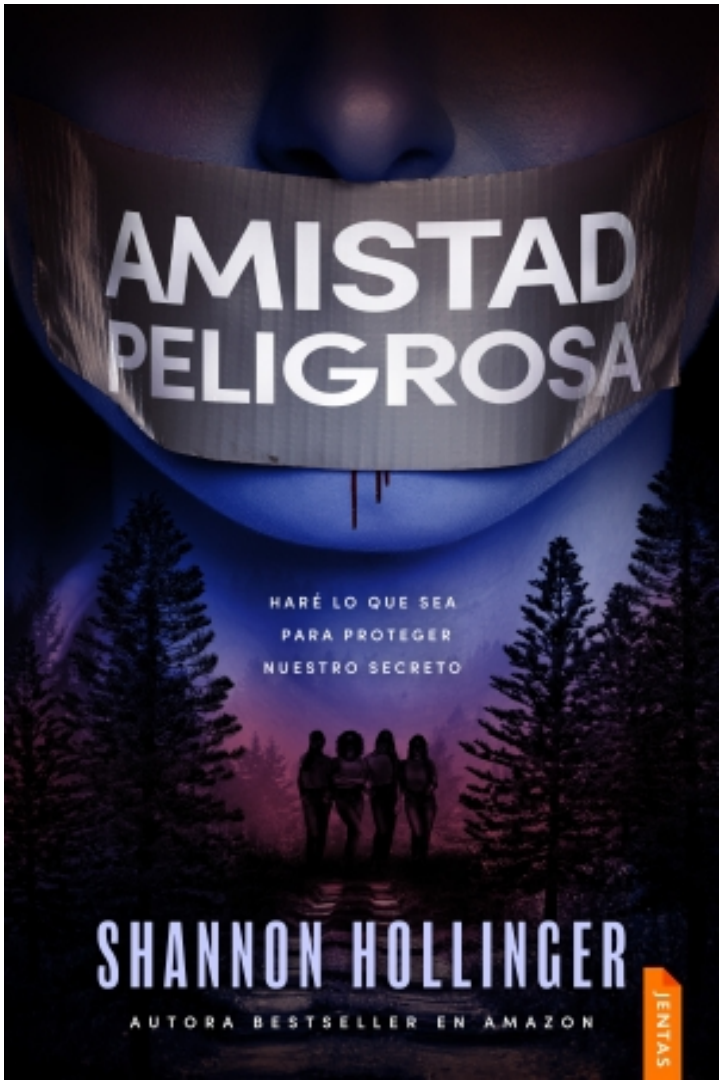
La pareja en la cabaña

Hurst, Daniel
9788742812655
249

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ellos harán lo que sea para salir. Ella hará lo imposible por mantenerlos dentro. Grace y Dominic están felizmente casados; por lo menos, eso es lo que piensa Grace. Pero una noche, cuando vuelve temprano a casa después de un evento de trabajo, descubre a su marido con otra mujer en la cabaña en el fondo de su jardín. Conmocionada, enfadada y con ganas de venganza, Grace actúa rápidamente, encerrando a la pareja desnuda en la cabaña hasta decidir qué hacer con ellos. Mientras Dominic y su amante tratan desesperadamente de liberarse, Grace traza un plan en el exterior, un plan que se basa en la experiencia. Porque no es la primera vez que encierra a alguien… ¿Quién es el verdadero villano? ¿El marido infiel? ¿O la mujer vengativa?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Amistad peligrosa

Hollinger, Shannon
9788742814208
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Mi mejor amiga y yo guardamos un terrible secreto. Y haré todo lo posible para protegerlo.

Emma y yo éramos inseparables, crecimos haciendo todo juntas. Hasta la noche en la que todo cambió, y me marché, alejándome de mi madre, de mi hermana, de todo lo que conocía. Desde entonces, Emma y yo no hemos vuelto a hablar.

Mi hermana, Lily, también estaba en la playa aquella noche. Desde ese momento, no ha vuelto a decir ni una sola palabra. Ya han pasado diez años.

Pero tengo que volver, mamá y Lily necesitan mi ayuda. Además, no puedo huir del pasado para siempre. Estoy lista para hablar con Emma.

Sin embargo, el mismo día que regreso a casa, encuentran a Emma muerta, y todo lo que creía saber se desmorona.

Porque si alguien la mató, puede que sepa la verdad. Y solo es cuestión de tiempo que yo sea la siguiente. A no ser que consiga descubrir antes quién lo hizo… Al fin y al cabo, dicen que las mejores amigas son para siempre. Y nadie sabe hasta dónde estaré dispuesta a llegar para que nuestro secreto siga oculto.

«¡¡Me ha encantado, encantado, encantado este libro!!… ¡Dios mío!… **¡¡Alucinante!!**… Me atrapó de principio a fin… ¡Madre mía, los giros de la trama!… **Uno de los thrillers psicológicos más adictivos, angustiosos e imposibles de soltar que he leído jamás**».
bookworm86 ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Increíble**… Me tuvo en vilo y con la intriga hasta el final… **¡Excelente!**».
Bookishlaurenh ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**¡Imposible dejar de leer!** Empecé este libro por la noche y no debería haberlo hecho, porque cuando me quise dar cuenta, eran las dos de la madrugada y ya iba por la mitad… **¡Satisfacción total!**».
Reseña en Goodreads ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**¡Me ha encantado!**… ¡Y ese final! Ha sido increíble… **Los giros de la trama son buenísimos**… Lo recomiendo sin dudar».
Reseña en Goodreads ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Fenomenal**… Hay muchos giros y sorpresas, no pude dejar de leer hasta que lo terminé».
Reseña en Goodreads ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)